HISTORIA POLÍTICA DE BRASIL

Francisco Iglesias

COLECCIONES
MAPFRE

1492

Los conquistadores portugueses exploraron el Brasil, pero no lo ocuparon. El territorio era inmenso y Portugal tenía poca población, pero durante tres siglos lo defendió de las pretensiones españolas, francesas, inglesas y holandesas. Los recursos se desarrollaron parcialmente; los indios fueron sojuzgados y desaparecieron en gran número. La venida de millones de esclavos africanos marcó a la sociedad desde el punto de vista étnico y técnico. En 1822, con la independencia, se instaura una monarquía que dura 67 años. La política estuvo marcada siempre por la dicotomía centralización-descentralización, y en 1889 se adoptó el federalismo. El régimen democrático ha sido interrumpido por varios golpes militares entre 1930 y 1964. Brasil vive hoy graves crisis por el desarrollo acelerado —una muestra es la explotación desmedida de la Amazonia—, que provoca grandes desigualdades regionales y sociales. Francisco Iglesias, en un trabajo riguroso, ofrece al lector 464 años de historia política del Brasil.

Francisco Iglesias (Pirapora - Minas Gerais, 1923). Profesor titular de la Universidad Federal de Minas Gerais. Obras: *Política econômica do governo provincial mineiro* (1959), *História e Ideologia* (1971), *Constituintes e Constituiçoes brasileiras* (1985).

Colección Realidades Americanas

HISTORIA POLÍTICA DE BRASIL
(1500-1964)

Director coordinador: José Andrés-Gallego
Traducción: Rosendo Chas Silva
Diseño de cubierta: José Crespo

Paseo de Recoletos, 25 - 28004 Madrid
ISBN: 84-7100-331-7 (rústica)
ISBN: 84-7100-332-5 (cartoné)
Depósito legal: M. 20233-1992
Impreso en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
Carretera de Pinto a Fuenlabrada, s/n, Km. 20,800 (Madrid)
Impreso en España-Printed in Spain

FRANCISCO IGLESIAS

HISTORIA POLÍTICA DE BRASIL (1500-1964)



ÍNDICE

Tercera parte

LA MONARQUÍA (1822-1889)

Cuarta parte

LA REPÚBLICA (1889-1964)

INTRODUCCIÓN

El tema del libro, por su carácter genérico, requiere algunas observaciones. [illegible] se trata de una historia general, sino de una historia nacional, [illegible]. Es, pues, una historia especial, no una historia del país, que debe comprender también la evolución económica y social en todos sus aspectos. La historia política no puede omitir las [illegible] a los grupos étnicos, clases sociales, religión, artes, ciencias, mentalidades, formas de vida o, para decirlo con una sola expresión, las manifestaciones culturales, usando la palabra cultura en el sentido que le dan las ciencias sociales, en particular, la antropología. Es decir, como toda respuesta que da el hombre para hacer frente a sus necesidades. No puede dejar de referirse a esos elementos, pero no [illegible] en ellos. Los invoca para caracterizar el sentido general. Como unidad que es, según las enseñanzas de Marc Bloch,

la ciencia sólo descompone lo real para observarlo mejor, gracias a un juego de fuegos cruzados, cuyos rayos se combinan e interpenetran constantemente.

La ciencia social es realidad global, y sólo se explica teniendo en cuenta el todo. Los factores ya [illegible] el problema de la Historia Universal, [illegible] como [illegible] Bloch.

INTRODUCCIÓN

El tema del libro, por su carácter genérico, requiere algunas consideraciones. No se trata de una *Historia general*, sino de una *Historia política de Brasil*. Es, pues, una historia especial, no una historia del país, que debe comprender también la evolución económica y social en todos sus aspectos. La historia política no puede omitir las referencias a los grupos étnicos, clases sociales, religión, arte, ciencia, mentalidades, formas de vida o, para decirlo con una sola expresión, a las manifestaciones culturales, usando la palabra cultura en el sentido que le dan las ciencias sociales, en particular, la antropología. Es decir, como toda respuesta que dé el hombre para hacer frente a sus necesidades. No puede dejar de referirse a esos elementos, pero no profundiza en ellos. Los invoca para caracterizar el sentido general. Como totalidad que es, según las enseñanzas de Marc Bloch,

> la ciencia sólo descompone lo real para observarlo mejor, gracias a un juego de fuegos cruzados, cuyas lenguas se combinan constantemente y se interpenetran [1].

La ciencia social es realidad global, y sólo se explica teniendo en cuenta el todo. Los teóricos ya cuestionaron el problema de la Historia Universal, viéndola como una construcción literaria como hace Benedetto Croce:

[1] Bloch, M., *Apologie pour l'Histoire ou Métier d'Historien*, París, Librairie Armand Colin, 1952, p. 75.

> abarcar en una exposición única la historia de todos los tiempos y de todos los pueblos (...) no es un problema de historia, sino de composición literaria [2].

Con la profundización de la ciencia histórica, en particular desde el siglo XIV mediante la utilización de las llamadas disciplinas auxiliares —paleografía, epigrafía, diplomática...— y la constitución científica del estudio de lo social —economía, sociología, política, antropología ...—, el historiador se ve equipado para realizar un sólido trabajo con base en documentos, orientados y usados técnicamente, o con las teorías de las ciencias sociales, con sus instrumentos para organizar, interpretar o comprender el proceso evolutivo.

Anteriormente, con menos preparación o equipamiento, paradójicamente, se osaba enfrentarse a la Historia Universal. Hoy, con un conocimiento más pleno, se prefiere hacer el estudio por partes, con *cortes temporales* (Antigüedad, Edad Media o Contemporánea..., adaptándose al esquema convencional o historia de un siglo, una década, un año, una fecha considerada decisiva), *cortes especiales* (un continente, un país, un área, una provincia o una ciudad) o *aspectos de lo real* (político, económico, religioso, artístico, social). Se establecen así las llamadas historias especiales.

En nuestro caso, no se ofrece la historia general, sino la historia de Brasil, es decir, un corte en el espacio. En ese corte se hace otro, privilegiando lo político. Tenemos entonces una historia especial doble: en el espacio y en el tema. Como se trata de casi todo el proceso político brasileño, desde sus primeros días hasta 1964, tenemos una historia especial, la de Brasil, vista desde el ángulo de una unidad político-social-administrativa, en su totalidad en el tiempo. Viene a ser así una historia especial tratada a todo lo largo de la vida nacional, 464 años, casi cinco siglos.

La historia de Brasil coincide con la de América, como coincide, también, con la Moderna y Contemporánea, pues surge, como decenas de otras, con el expansionismo europeo realizado en los siglos XV y XVI por los pueblos ibéricos, portugueses y españoles. América coincide con

[2] Croce, B., *La Historia como hazaña de la Libertad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1942, p. 105.

lo moderno y lo contemporáneo, con el esplendor del sistema capitalista, pues el Nuevo Mundo no prolonga el sistema feudal o medieval, sino que adopta otras formas económicas y sociales en ruptura con aquél, confundiéndose, en general, con el sistema capitalista.

Siento tener que manifestar estas consideraciones, breves y aparentemente dogmáticas, pero me parecen indispensables.

En el libro se tiene en cuenta una realidad de casi 500 años. Es una larga duración, significativa para los pueblos jóvenes, pero no tanto para las antiguas sociedades o naciones, como los asiáticos, que tienen una historia no de siglos, sino de milenios. De acuerdo con las normas establecidas por los coordinadores de las colecciones MAPFRE, se busca un texto «que pueda ser leído por cualquier persona culta y ser citado, también, como un trabajo especializado con síntesis de nivel académico». No es de alta erudición, con pretensiones de originalidad, como tampoco lo es de divulgación de nivel medio o elemental. Tal vez sea el caso decir que se trata de un texto, como afirman los franceses, *de haute vulgarisation.*

Programa del libro

Todo texto historiográfico parte de una periodización que debe servir nada más que como señalización para el desarrollo del tema. Si la historia no es una serie de fechas, según supuso alguna visión ingenua, su categoría esencial consiste en ser un proceso que ha de tener en cuenta ciertas fechas, indispensables como referencia de todo trabajo. Se adopta aquí la periodización convencional, dividiendo la materia en tres fases: I) Período colonial, 1500-1822; II) Monarquía, 1822-1889; III) República, 1899-1964.

Es, como puede verse, una división esquemática y, al igual que cualquier otra, susceptible de reparos. Es, sin embargo, funcional y puede ser adoptada. Cada uno de los tres períodos (de 322 años el primero, de 67 el segundo y de 75 el tercero) admite subdivisiones para que se pueda buscar una comprensión más densa y profunda, con el fin de lograr un mejor rendimiento didáctico, como se verá a lo largo del texto. Se ha prestado más atención al período nacional, es decir, el del Brasil libre que se afirma como autónomo, sin sometimiento al dominio portugués.

En la primera fase se ha intentado trazar el cuadro general en sus grandes rasgos. Lo más interesante aquí es fijar cómo fue colonizado Brasil por los portugueses, en tanto que el resto de América Latina fue objeto, sobre todo, de la colonización española. Se ha intentado mostrar de un modo abreviado las formas que distinguen el dominio español del dominio portugués en América. Son notables y deben ser tenidas en cuenta como origen de las grandes diferencias entre Brasil y las demás naciones del continente. Si hay mucho de común en la trayectoria lationamericana, hay también diferencias significativas, cuya explicación tiene que ser buscada en las formas de gobierno adoptadas por los españoles y por los portugueses, además de las peculiaridades naturales de ambos, principales responsables de la colonización del mundo americano en su parte de origen latino.

En el estudio del segundo período, la Monarquía, se subraya la existencia de ese régimen en su singularidad, en tanto que el conjunto colonizado por los españoles se fragmenta en repúblicas. Además de la distinta forma política, hay que destacar notables rasgos de naturaleza económica y social, como se verá en el examen no sólo del segundo período, sino también del tercero, el republicano. Brasil tiene mucho de singular en el continente, no sólo por su extensión territorial, sino también por sus diversas formaciones étnicas y sus peculiaridades económicas. A lo largo del texto quedarán claros los rasgos comunes en el pasado, en el presente y en la perspectiva de varias naciones, así como también las diferencias que hay que señalar y establecer con el máximo rigor posible.

Si bien la periodización en tres etapas es frecuente, resulta, en realidad, demasiado esquemática. En un estudio ambicioso, cada uno de los tres períodos debe ser subdividido para hacer un mejor seguimiento del proceso. Es lo que haremos con el segundo y tercero, objetivos principales del libro, cuando se estudie la nación libre a partir de 1822. La Colonia, como fue preparación de lo posterior, merecerá un estudio sumario, a pesar de ser la fase más extensa.

En un deseo de fijar la trayectoria nacional, pensamos en llegar hasta nuestros días, como práctica común de la historia de la actualidad. Aun reconociendo como válida esta forma, pues el presente también es historia y es muy seductor, preferimos usar como fecha final el año 1964. Brasil es todavía un país en busca de su identidad, vive en crisis permanentes, sobre todo a partir de 1930. Si todo período tiene

sus crisis (negar este hecho revela falta de sensibilidad histórica), en algunos momentos se acentúan, como ocurre en el Brasil de las últimas décadas. El proceso conoció en 1964 una inflexión de tal importancia que es difícil para quien lo vivió tratarla sin excesos subjetivos y personales. De ahí el período fijado para el presente estudio: de 1500 a 1964.

PRIMERA PARTE

EL BRASIL PORTUGUÉS: 1500-1822

PRIMERA PARTE

EL BRASIL PORTUGUÉS 1500-1822

La historia política de Brasil sólo puede ser comprendida en función de la historia general. Como parte de un todo, tiene que ser vista en ese conjunto que es, en líneas generales, el de Occidente. Los estudiosos insisten en que los procesos nacionales sólo son inteligibles si se consideran en sus límites de espacio y tiempo. El sentido pleno se esclarece al relacionar las partes con las que se forma un sistema, configurador de los diversos aspectos.

La historia de Brasil en su fase colonial coincide con la de la Historia Moderna. La dependencia de Portugal revela los rasgos característicos de esa Edad, que, como es sabido, transcurrió marcada por el expansionismo marítimo, que produjo la ampliación de los horizontes de lo considerado como campo de la historia, anteriormente centrado en Europa, norte de África y Oriente Próximo, y que tenía el mar Mediterráneo como centro. A partir del siglo XV, con los grandes viajes, adquiere impulso lo intentado antes tímidamente por algunos navegantes del norte europeo. Las expediciones de los vikingos, por ejemplo, habían llegado ya en la Edad Media hasta lo que después sería América, o las de los italianos al invadir las aguas del Oeste o las tierras del Este en expediciones todavía no suficientemente conocidas. En el siglo XV, los ibéricos, en particular los portugueses, avanzan por las costas de África y llegan a las islas más próximas, preludiando el conocimiento y el dominio del océano Atlántico.

Las tentativas son cada vez más osadas, sobre todo en las últimas décadas cuando se llegó al extremo de África, doblado en el viaje del portugués Bartolomé Días en 1488. La hazaña hizo renacer la creencia en la posible llegada por mar a las Indias, principal instigadora del ex-

pansionismo. Poco después, en 1498, otro portugués, Vasco da Gama, llegó a las Indias por vía marítima. Anteriormente, por tierra, habían llegado allí los portugueses en misiones oficiales sin resultados prácticos. Los portugueses se destacaban por sus iniciativas, debido a una cierta fatalidad de su destino como nación precozmente consolidada. Portugal era la nación más antigua en una Europa atomizada en pequeños núcleos por el sistema feudal predominante. Ya en la Edad Media, en 1140, el recurso era lanzarse a los mares, pues Portugal es el punto extremo del continente, cercado por pueblos que le impiden caminar hacia el interior y por los mares. En la última década del siglo XV, se llegó a una relativa unidad española con la expulsión definitiva de los árabes y con la unión de Aragón y Castilla por la boda de Fernando e Isabel. La nación española pudo entregarse entonces al expansionismo. Cristóbal Colón solicitó su ayuda para la consecución de su sueño de llegar a Oriente por Occidente, ayuda rehusada por la Corona portuguesa. El genovés consiguió ayuda para la expedición. Partió a la búsqueda de las Indias, que suponía que iba a encontrar. No llegó a la tierra fabulosa, pero entre aquélla y Europa se interponían otras tierras, que no eran simples islas sino un continente, un Nuevo Mundo.

Comenzó así la disputa entre las Coronas de España y Portugal. Desde comienzos del siglo XV, los papas interferían en el proceso por medio de bulas, por ser los protagonistas naciones católicas. Hay varios ejemplos. En este caso no podían quedarse fuera. Era papa el cardenal aragonés Rodrigo Borgia, con el nombre de Alejandro VI. Era político y adoptó la causa española en la bula *Inter Coetera*, de 1493. Meses más tarde, otra bula con el mismo nombre, ante el disgusto provocado por la primera en Portugal, es más explícita en la división entre las dos partes. Estableció un meridiano de 100 leguas más allá de las islas Azores y Cabo Verde, a partir del cual todas las tierras pertenecerían «a los reyes de Castilla, León y Aragón». La llamada «bula de la partición», seguida por otras dos, es injusta, tendenciosa, obra de un papa altamente político y sin respeto a la verdad, como se ve en las fechas falsas de los cuatro documentos. Además, era inviable en sus términos por el desconocimiento total de la geografía. Determinaba como referencia las islas Azores y Cabo Verde, que están en longitudes diferentes, haciendo inviable la demarcación.

La partición no satisfizo, y las dos partes se entendieron directamente, llegando en 1494 al Tratado de Tordesillas, que señaló otro

meridiano, 370 leguas al oeste de las islas de Cabo Verde. Aun así la partición no fue pacífica. Se hicieron muchos ajustes para definir lo que era portugués o español, en Occidente y en Oriente, mediando disputas y acuerdos a lo largo de los siglos XVI, XVII y XVIII, en el que se llegó a un relativo acuerdo.

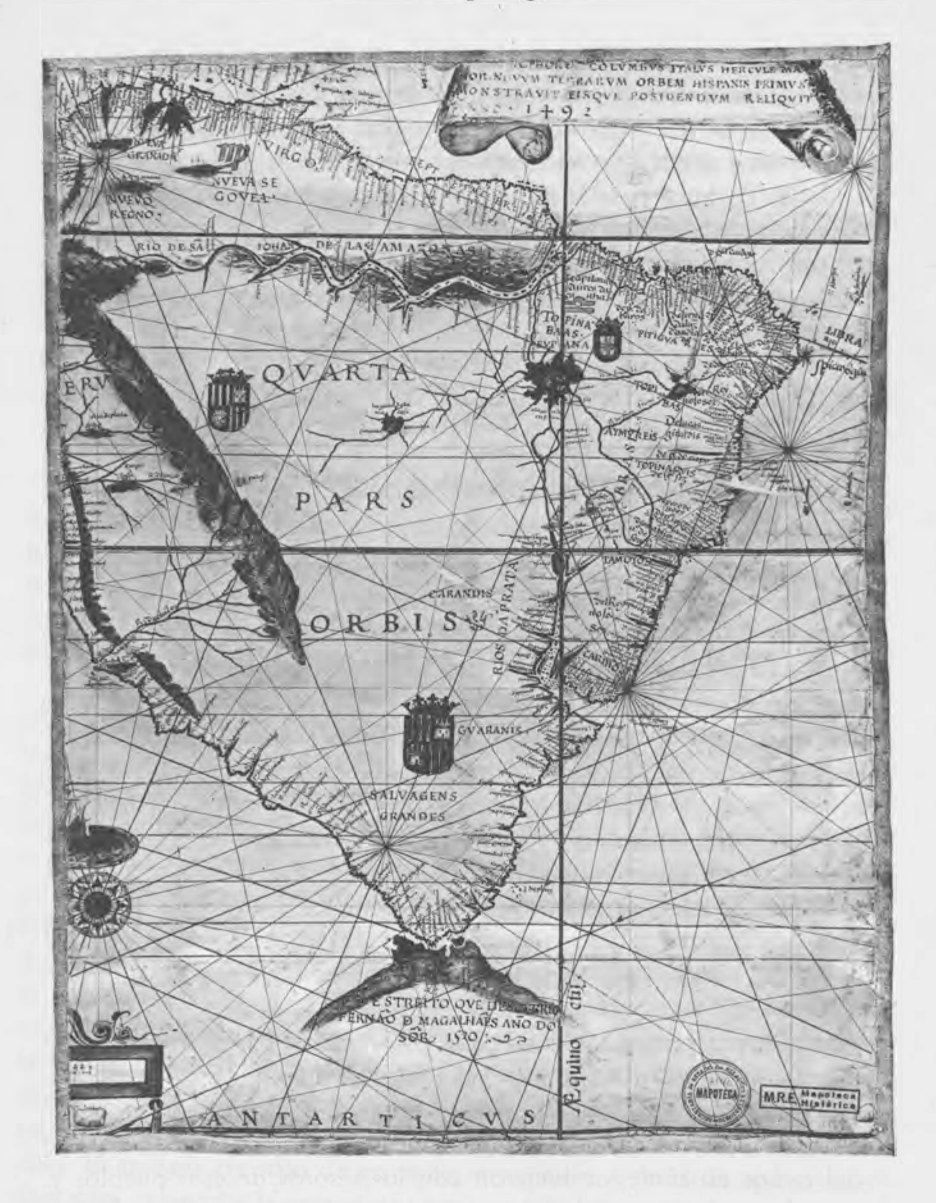
Los siglos XV y XVI son los de los descubrimientos. Por mucho tiempo se habló de descubrimiento de América o de Brasil, por ejemplo. Hay centenares de obras con esos títulos en la bibliografía general, en la española, en la portuguesa y en la brasileña. Recientemente, se viene insistiendo en la inconveniencia de hablar de descubrimiento. Ciertos autores denuncian el acento imperialista del término, como si esas tierras no existieran anteriormente. La palabra entraña el tan denunciado etnocentrismo europeo. El mundo americano existía, con algunas áreas de culturas avanzadas, como las de los aztecas, mayas e incas. Lo que ocurrió a partir del siglo XVI fue el comienzo de los contactos entre el Viejo y el Nuevo Mundo, con la explotación de las riquezas y la dominación de viejas culturas por los conquistadores españoles y portugueses. En particular, por los españoles, pues los portugueses encontraron culturas con poco nivel de desarrollo. En Brasil no había ninguna que se aproximara, ni siquiera de lejos, a las citadas, existentes en México, América Central o Perú. Para muchos sectores no debe hablarse de descubrimientos, sino de colonización o exploración de nuevas tierras. Para ellos el sentido fundamental del expansionismo fue económico, visto como un capítulo de la historia del comercio, disminuyendo el alcance del factor religioso o social de la empresa. Aunque no sea gratuita la afirmación condenatoria del término descubrimiento, éste se ha consagrado con el tiempo y puede continuar usándose, sobre todo una vez hecha la evidente observación de que no se creaba nada nuevo, sino que se establecía una relación hasta entonces inexistente.

La política del dominador, fuera español, portugués u otros llegados después que se disputaban esas zonas, como los ingleses, franceses y holandeses, es conocida por el nombre de mercantilismo, que adoptó medidas políticas y, sobre todo, económicas. El mercantilismo era el pensamiento dominante en la Edad Moderna, desde el siglo XV al XVIII, en el que nuevas ideas acabaron por debilitarlo, pero no suprimirlo, con la relativa victoria del liberalismo. La máxima expresión del mercantilismo era la idea del pacto colonial, es decir, que las colonias

existen para suministrar materias primas a las metrópolis. A éstas les corresponde su aprovechamiento y transformación. Se configuró la idea del dominio político de las metrópolis sobre las colonias, cuando estos dos términos alcanzaron su plenitud y verdadera fisonomía.

La Edad Moderna ha planteado a los estudiosos el problema teórico y conceptual siguiente: si América prolongó el ciclo del feudalismo, fundamentado en la atomización del poder en las economías reducidas a la producción de lo necesario, sin apertura al crecimiento, o si vino a dar fuerza al nuevo sistema político-económico del capitalismo. Éste tiene su fundamento, por el contrario, en la ocupación del suelo para su explotación, posible sólo en gran escala bajo la dirección de un estado fuerte. Esto supone la existencia de las naciones, no de los poderes atomizados. Además, la producción no se destina a las necesidades inmediatas, sino para otras que deben ser creadas. La antigua era una economía para el consumo inmediato. La nueva tiene como fin la producción en escalas crecientes, creadoras de necesidades, mediante inversiones en tecnología para lograr mayores rendimientos. Aquélla era una economía restringida, cerrada, para el consumo; ésta es una economía amplia, abierta, para el comercio a grandes distancias, una vez superada la idea del feudo por la de un campo dilatado. En este sentido, la exploración del Nuevo Mundo fue más capitalista que feudal. Fue una nueva fase de la historia, con el fortalecimiento de otro sistema, el capitalismo, llamado comercial en su primera fase (los teóricos de la economía suelen cuestionar esta forma), y que, posteriormente, será industrial y financiero desde mediados del siglo XVIII, alcanzando su esplendor en el XIX y en el actual.

América no fue tanto una aventura comercial con su expansión económica, nueva fuente de productos agrícolas o minerales, como un amplio mercado para la actuación de los europeos, que llegaron para buscar materias primas y dar salida a sus artículos. La economía creció en todos los sentidos. Contó en los primeros momentos con el sensacional encuentro realizado por los españoles de culturas con gran técnica en el trabajo de la plata y del oro, en zonas abundantes en esos metales. Los españoles se hicieron con los tesoros de esos pueblos y, más tarde, pasaron a explotarlos con el uso de técnicas más eficaces, inundando el mercado europeo de metales que transformaron la economía, desde la revolución de los precios en la segunda mitad del siglo XV, cuya naturaleza fue percibida finamente por el pionero análisis de



Mapa 1. Mapa del Tratado de Tordesillas de 1494. Parte americana del mapamundi del cartógrafo portugués Bartolomeu Velho, de 1561-1562. (Fotografía del ejemplar de la Biblioteca Histórica do Itamaraty, Río de Janeiro, realizada por Hugo Leal).

Jean Bodin, en 1568. Los metales afianzaron más el capitalismo, que superó, al poco tiempo, la economía natural del trueque con la monetaria, uno de los puntos del nuevo orden. Los portugueses no tuvieron la misma suerte. No encontraron culturas en la edad de los metales. Como Portugal vivía la ilusión de explotar las riquezas de las Indias (especias, sedas, piedras preciosas, que no necesitaban producir, sino arrebatar o confiscar por la fuerza), dejó su colonia americana en cierto abandono. Aquí, como veremos, el origen de la fortuna fue la agricultura más que la minería.

I

GOBIERNO PORTUGUÉS EN BRASIL

A lo largo de esta primera parte, más que en las siguientes, debe hacerse la comparación entre el colonizador español y el portugués. Es preferible no abusar de la línea comparativa, pues las diferencias son notables. Es mejor tratar lo característico de Brasil, dejando el resto de América a los autores especializados en ello. Abordaremos, por tanto, sólo la colonización portuguesa.

A comienzos del siglo XV, Portugal tenía una población reducida. El censo hecho en 1527 daba 1.326.000 habitantes. Cálculos más sobrios hablan de cerca de 1.500.000 en 1500. Esa escasa población debía dirigir un imperio inmenso, con algunas partes en la costa africana, islas en el Atlántico y en el Índico, posesiones en Asia, incluso en las regiones más remotas de Oriente. Algunas expediciones llegaron a Japón, estuvieron en el sudeste, se establecieron en puntos de China (Macao), en islas del Pacífico y del Índico, y quizás llegaron a Australia. Ante tantas responsabilidades y con tan pocos recursos humanos, se impuso la duda de si debían simplemente explorarse áreas con riquezas seguras, como la India, mediante factorías para comerciar, o intentar su colonización con un amplio cuerpo administrativo y tareas definidas. Las factorías eran la forma más indicada en áreas de mucha población y de recursos bien explotados, propiciadores de fortunas fáciles. El trabajo era sólo de gerencia, necesitado a veces de apoyo militar para garantizar la conquista, con una administración bien planteada para lograr la continuidad de los beneficios. No se planteaba el establecerse para crear riqueza ni para explotar el potencial del área.

El contacto directo con la India y sus riquezas amplió las perspectivas del comercio. Había facilidades antes desconocidas que fueron las

responsables de inversiones temerarias, como los viajes de Marco Polo y el consiguiente poderío de las ciudades italianas en los primeros siglos del segundo milenio de la era cristiana y el intenso movimiento comercial con otros puntos de Europa, a través de las Hansas, que produjeron el desarrollo de núcleos urbanos en diferentes puntos del centro y del norte, que llegaron hasta Rusia.

No era fácil para una pequeña nación sostener tal proyecto por mucho tiempo. Pronto se reveló la enormidad de las tareas. Faltaba gente, los viajes eran difíciles, se producía la destrucción de las flotas por los temporales debido a la mala calidad de la construcción de los barcos y por el exceso de tripulantes y pasajeros, entre otros factores. Esto dio origen a las célebres *Historias trágico-marítimas*, narraciones anónimas recogidas por Bernardo Gomes de Brito. Era penosa la distribución de los productos orientales a los centros consumidores. A los portugueses les faltaba la experiencia comercial de los italianos o de los hanseáticos, que continuaban distribuyendo los géneros con beneficios mayores, pues se proveían de ellos en Portugal, que había hecho el trabajo más difícil, y lo mismo ocurrió en gran parte con los españoles. Los ibéricos realizaban las tareas casi heroicas de atravesar los mares y soportar los enfrentamientos con africanos y asiáticos y más tarde con los americanos, que les oponían resistencia, en tanto que los beneficios seguían perteneciendo a otras naciones más hábiles en las actividades económicas.

De la observación de este estado de cosas se produjo mucha literatura especulativa sobre las realizaciones ibéricas, que no se correspondían con las ganancias. Se llegaron a escribir obras como la del economista veneciano Antonio Serra, *Breve tratado de las causas que pueden producir abundancia de oro y plata en regiones en las que no hay minas*, de 1613, una especie de programa de acción para los no ibéricos (franceses, ingleses, holandeses y otros). La aparente riqueza obtenida en Oriente o en América desarticulaba las economías de Portugal y España, dependientes de la importación de casi todo. En la literatura del mercantilismo hay muchas obras con la pregunta formulada por Antonio Serra y la búsqueda de posibles caminos para el desarrollo de la industria, a la manera de Colbert en Francia, o para el desarrollo del comercio, a la manera inglesa o francesa, en curiosas experiencias del siglo XVII, que condujeron a guerras entre ellos.

La Península Ibérica continuó pobre a pesar de sus hazañas, como escribió el historiador inglés Tawney, que llegó a señalar en sus pueblos una incompetencia casi congénita para los asuntos económicos. Se dice que desde el siglo XVI los ingleses se aprovecharon de las hazañas ibéricas, enriqueciéndose con ellas. La política seguida por aquéllos no entendía los nuevos tiempos, a los cuales contribuyeron con poco más que cierto arrojo. Les faltó a los pueblos de la Península la capacidad para organizar la empresa, en lo que se denunció como aversión a las iniciativas económicas. Una sociedad enriquecida por el comercio está condenada al fracaso si asume valores aristocráticos, como ocurrió en la Península.

Hay que evocar con cautela estos análisis pues, aunque aparentemente tengan razón al mostrar al estado real del crecimiento de naciones como Francia, Inglaterra y otras, mientras España y Portugal vegetan en un plano secundario, para explicar la situación señalan razones de carácter nacional siempre discutibles y peligrosas a causa de su sesgo psicologizante. En la Península había estados nacionales, pero no se había formado una burguesía movida por la agresividad económica. De esto modo, permaneció en un segundo plano, volcada en cultivar los rasgos aristocráticos. El modo de ser burgués, en cambio, fue el motor de los estados modernos, en consonancia con la llamada mentalidad del capitalismo, que dio origen a importantes estudios ya desde el siglo XVI, culminando en los análisis de Marx y otros del siglo presente debidos, sobre todo, a Sombart y Max Weber.

Primeros tiempos

La Corona portuguesa no reveló un interés inmediato por la llegada al Nuevo Mundo en 1500, con la expedición dirigida por Pedro Álvares Cabral. Se dirigió a la India, pero por alteraciones en la ruta, achacadas a la falta de viento o a tempestades, vino a tierras americanas, al lugar llamado Porto Seguro, hoy Cabralia, en Bahía. Si el desvío fue intencionado o mero accidente es una cuestión muy discutida. La intencionalidad estaría justificada, pues garantizaría la posesión de las tierras que Portugal consideraba suyas por derecho, por saber de su existencia, por lo que había hecho y por el Tratado de Tordesillas. Parece que no hay duda de que Cabral, acompañado por navegantes experimentados –que no era

su caso, ya que era un hidalgo–, no cometió ningún engaño, sino que cumplió una decisión superior para establecer las bases de la posesión. Se detuvo poco en Santa Cruz, Veracruz, y finalmente, en Brasil, continuando viaje hacia Oriente, una vez comunicados al rey los hechos desde la salida del Tajo hasta entonces.

La noticia no conmovió al gobierno, dejándolo, si no indiferente, sí sin reacción. Algunas expediciones de poco porte habían venido, en labor de guardacostas, a reconocer el litoral o a conseguir palo de Brasil, único producto de cierto valor hallado hasta entonces, lo que despertó iniciativas oficiales y particulares. La primera expedición es de 1501, y hubo otra en 1503. En las dos estaba presente el famoso navegante italiano Américo Vespucio. En sus innumerables cartas no habló favorablemente de las nuevas tierras, sin perspectivas, según su opinión. Fue importante la observación de que no se trataba de una isla, como le había parecido a Cabral, sino de un verdadero continente. En esa primera expedición de 1501 viajaron por la costa, de norte a sur, bautizando ciertos puntos con los nombres de los santos del día. Siguieron otras expediciones, igualmente sencillas, algunas sólo recordadas por el nombre de uno de sus protagonistas, como la de Juan Díaz de Solís en 1515, que descubrió el río de la Plata, o la de Fernando de Magallanes en 1519, ambas por cuenta de España. El segundo era portugués, pero sirvió a la Corona del país vecino, haciéndose famoso por haber comenzado el primer viaje de circunnavegación del globo.

Los primeros viajes de cierta importancia fueron los dirigidos por Cristóbal Jaqués, español al servicio de Portugal, en 1516 y en 1526. Siguió el de Martim Afonso de Souza, de 1530 a 1532, el más importante de todos por sus realizaciones, por su amplitud y por sus propuestas de aprovechamiento de la tierra. Reconoció una enorme faja de litoral, desde Pernambuco hasta el río de la Plata, y dejó señales de toma de posesión. Fundó la primera villa, la de San Vicente, en el litoral, y realizó una breve penetración por el interior hasta la altura de la actual ciudad de São Paulo. Ordenó otras entradas más audaces, como las que partieron de la bahía de Guanabara. Estas tierras, por tanto, no se habían olvidado del todo, aunque Portugal estuviese empeñado en la aventura de Oriente. Además de las referidas, algunas expediciones recalaban en Brasil a la vuelta de la India. La atención gubernamental fue atraída por la presencia continuada de navegantes extranjeros, españoles, ingleses y, sobre todo, franceses desde el princi-

pio. Ante la amenaza de una pérdida del territorio, se impuso a la Corona prestar especial atención a sus posesiones de Occidente. Como no había riqueza susceptible de confiscación, como ocurría en Oriente, en México o en Perú, era preciso crearla.

Tal fue la tarea inicial del gobierno, siguiendo las propuestas de Cristóbal Jaqués y de Martim Afonso de Souza. La idea era crear una administración descentralizada con varios puntos en el extenso litoral. No había adversarios que vencer, los indios estaban desorganizados y no oponían fuerte resistencia, pero las tierras que había que administrar eran muy extensas. Los nativos, llamados indebidamente indios, se dividían en decenas de tribus, en guerras unas con otras. Según estimaciones, serían entre dos y cuatro millones. La diferencia entre las dos cifras da idea de su escasez. Ninguna tribu presentaba un grado cultural apreciable. Vivían de manera primitiva, de la recogida de frutos y de pequeñas plantaciones, es decir, de un trabajo elemental. El nivel técnico de esos grupos era bajo: estaban en la edad de piedra. Su organización social era sencilla. Ciertas tribus practicaban la antropofagia. Recuérdese que no se puede hablar de los indios genéricamente, pues había una enorme diversidad entre los grupos, y éstos eran centenares. Los portugueses no tuvieron la suerte de encontrar tribus de un nivel cultural avanzado, de los cuales pudieran aprovechar sus riquezas, los depósitos de metales preciosos y las formas organizadas de trabajo. Para el esfuerzo de administrar las extensas tierras encontradas, los portugueses prefirieron contar con la colaboración de particulares, personas de recursos, a invertir capital público o de la Corona. Se concibió el plan de convocar a los ricos —nobles o militares— para la dirección, sin carga para el Tesoro. El rey comunicó la idea a Martim Afonso de Sousa en 1532, que tal vez la había sugerido recordando el ejemplo de otras experiencias en islas del Atlántico, como Azores, Madeira, Cabo Verde, Porto Santo, São Tomé y Príncipe. Era también el pensamiento de Cristóbal Jaqués y del humanista Diogo de Gouveia, presentado anteriormente. El sistema había sido experimentado con la donación de la isla de São João (antes, de la Cuaresma) en 1504 a Fernando de Noronha, el primer subastador del contrato de madera de Brasil. La isla se llamó después Fernando de Noronha, y estaba situada a 50 leguas del litoral del nordeste. La tentativa se frustró, pues no dio resultados prácticos ni sirvió como incentivo para la explotación de las nuevas tierras del imperio.

Era el sistema de las capitanías hereditarias, puestas en práctica por don João III en enero de 1534. El país se dividió en lotes de 50 leguas de costa y por el interior hasta la demarcación de la línea de Tordesillas, que estaba, evidentemente, pendiente de hacer. En consecuencia, las capitanías tuvieron dimensiones diferentes. Las situadas más al sur eran mucho menores por el hecho de que la línea de demarcación estaba más próxima al litoral. Cada lote era entregado a un capitán-mayor, que era el responsable de todos los negocios y que disponía de grandes poderes, aunque la Corona se reservaba parte de lo recaudado, asegurando así la presencia del poder real. Las unidades tenían el nombre de capitanías y eran propiedad de las personas a las que se les habían otorgado, que tenían el poder de transmitirlas a sus descendientes. Eran hereditarias y no tenían relación unas con otras. Además, los concesionarios podían conceder parte de sus tierras a otros, en sextas partes, obteniendo a cambio una parte de lo producido. Así como el capitán-mayor era un delegado de la Corona, el arrendatario de aquél era un delegado suyo. La legislación portuguesa fue aplicada con tolerancia, admitiendo la venida de ciertos condenados por la justicia, libres de pena. Movía al administrador la idea de incentivar el poblamiento del inmenso territorio. Los derechos y los deberes del Estado y de los capitanes estaban establecidos en las *Cartas de Donación* y en los *Foros*, reguladores del orden jurídico del sistema, que contaba, además, con las *Ordenaciones del Reino*, el Código Manuelino.

A primera vista, parecía un regreso al feudalismo, pero en la práctica no fue así, como se verá más adelante. La primera forma administrativa fue muy descentralizada y dio pocos resultados. Comenzó con la creación de 14 capitanías, con 12 concesionarios, algunos tenían más de una. Se distribuyeron tierras del Marañón hasta Santa Catalina, quedando los extremos norte y sur sin adjudicar. Pocos concesionarios mostraron interés por las tareas. Algunos ni habían venido. Otros invirtieron poco o no realizaron nada. Sólo dos capitanías conocieron cierto florecimiento: la de Pernambuco o Nueva Lusitania, de Duarte Coelho, fue la que obtuvo mejores resultados. San Vicente, de Martim Afonso de Souza, también tuvo algún éxito, pero menor. Los colonos portugueses eran muy pocos.

Venían personas de extracción social media. Hubo quien habló de hidalgos, gente de la más rancia nobleza, lo que, a la vista de algunos concesionarios, era cierto. Estaban también los considerados como la

escoria de la sociedad portuguesa, los desterrados. Las dos tesis carecen de base. No había tantos hidalgos en Portugal, ni los desterrados eran necesariamente personas de conducta abominable. La justicia era demasiado severa en la aplicación de las Ordenaciones del Reino, castigando con rigor ciertos actos considerados posteriormente ni siquiera como faltas, mucho menos como delitos. El derecho tradicional confundía delito y pecado en una época de religiosidad extrema no sólo en la Península, sino en toda Europa. Esto ocurrió hasta el triunfo del racionalismo jurídico en la segunda mitad del siglo XVIII, sobre todo, con la obra del italiano Cesare Beccaria *De los delitos y de las penas*. Los desterrados podían ser personas normales, excluidos por una justicia carente de sentido. La mayoría de los portugueses llegados a las colonias no eran hidalgos ni desterrados. Eran trabajadores, personas sin perspectivas en su propio país por no ser propietarios de tierras. Eran los desarraigados, con mínimas posibilidades de trabajar para los grupos intermedios entre la nobleza y la gente del pueblo.

Los llegados a Brasil no tuvieron dificultades para adaptarse casi de inmediato. Este hecho lo explica la apertura del portugués a todas las prácticas y costumbres, dada su intensa convivencia con otros pueblos en Europa, África y América. Lisboa, por ejemplo, tenía grupos de todas las nacionalidades y una enorme población negra africana. La relación interétnica era fácil para el colono, pues ya la conocía en su país. La adaptación a los alimentos y prácticas de los indios y de los negros no constituyó un problema. En seguida se introdujo la esclavitud, pues la mano de obra era escasa. Si había problemas con el indio, que por sus características culturales era poco dado al trabajo que querían imponerle, se acudía al negro.

Es un error, puesto de evidencia por los antropólogos, la acusación de indolencia o incapacidad para el trabajo de los indios que les atribuían los portugueses. Lo que pasaba era que los indios eran enemigos de la rutina, del esfuerzo continuado en tareas que exigían el sedentarismo, pues preferían la acción, el movimiento continuado, como andarines que eran. A la mentalidad indígena no le disgustaba la guerra. Las mujeres hacían el trabajo agrícola. El blanco deseaba de ellos otro tipo de actividad incompatible con su modo de ser. De ahí su rebeldía, el rechazo al tratamiento como esclavo. Desde los primeros días se produjeron choques entre el indio y el portugués, en realidad un choque entre culturas diferentes e inasimilables. Por ello, la

esclavitud del negro, bien conocida por los portugueses, que los compraban en África no sólo para servir en las tierras del imperio, sino también en su país. Lisboa contaba ya en el siglo XV con una gran población negra para las tareas domésticas, la solución fue adoptada también en Brasil. Era más fácil lidiar con el negro que con el indio, de rebeldía más acentuada. Los colonizadores lo entendieron pronto, admitiendo una esclavitud y prohibiendo la otra, por los malos resultados de las tentativas. El número de indios empezó, en seguida, a caer a causa de las enfermedades adquiridas en la convivencia con el blanco. Sus organismos no estaban habituados a las enfermedades de los europeos o de los negros, y sucumbían ante ellas a veces por brotes epidémicos devastadores.

En los primeros tiempos el número de africanos llegados fue pequeño. En 1548, cuando se adoptó el sistema centralizado, aún era mínimo. A partir de esa fecha, empezó a crecer. También era pequeño el número de colonos portugueses. Otros blancos eran todavía más escasos, aunque se encontraron algunos en el nordeste, en mayoría franceses. La gran masa indígena estaba poco integrada en la sociedad organizada.

En Pernambuco y en San Vicente hubo un cierto grado de progreso que no se dio en las demás capitanías. La de Espíritu Santo, por ejemplo, no avanzó a pesar del empeño del concesionario, Vasco Fernandes Coutinho, que invirtió cuanto poseía y acabó en la miseria.

Destino poco glorioso tuvo el concesionario de Bahía de Todos os Santos, Francisco Pereira Coutinho, contra el que se levantaron los compatriotas que se encontraban allí. Ante las dificultades, dejó sus tierras y se retiró no lejos de la capitanía, hasta que decidió volver. Al llegar naufragó ante la isla de Itaparica, fue hecho prisionero y muerto por los indios, que lo devoraron siguiendo una práctica común. Otro, Pero de Campos Tourinho, de la capitanía de Porto Seguro, trajo sus bienes y colonos iniciando un amplio trabajo. Por sus excesos verbales, fue llevado ante el Tribunal de la Inquisición bajo la sospecha de ateísmo. Quedó libre y no volvió a sus tierras. La capitanía del Maranhao tuvo al famoso historiador João de Barros, que se asoció con otras personas. No vino él, sino que envió una expedición, que sufrió un naufragio a la vista del punto de destino. Sólo algunos consiguieron escapar e iniciar el poblamiento.

Ciertos concesionarios no vinieron, como el de Ceará, Antonio Cardoso de Barros, Pero Lopes de Sousa, hermano de Martim Afonso

de Sousa, que vino con él en 1530 y dejó un importante *Diario de navegación*, que fue el primer texto de gran valor sobre Brasil en la fase anterior a la administración. No volvió más, aunque había obtenido tres capitanías: Itamaracá, al norte, Santo Amaro, junto a San Vicente, y Santana, más al sur, hoy Santa Catarina. Tampoco vino Jorge de Figueiredo Correa, dueño de Ilheus. Martim Afonso de Sousa, concesionario de San Vicente, estuvo aquí cierto tiempo desarrollando largos trabajos, pero tampoco volvió para visitar la capitanía recibida. Él no vino, pero por medio de sus delegados tuvo grandes iniciativas en sus posesiones.

Los resultados no fueron positivos ni podían serlo, aunque con este sistema se consiguió preservar el patrimonio portugués. Las condiciones eran adversas para obtener un resultado mejor. La empresa no era seductora. Ante las dificultades, los propios concesionarios pidieron ayuda al rey. Era necesario intentar otras formas. Don João III creó en 1548 un Gobierno General para superar las deficiencias del sistema. Si las capitanías significaban la descentralización, el Gobierno General era, como su nombre indica, la centralización. Bajo el signo de esta ambigüedad transcurrió la trayectoria política brasileña. Así fue en la Colonia, en el Imperio y en la República, como se pondrá de manifiesto a lo largo de este estudio. Entretanto, no adelantemos el final. La primera experiencia política descentralizada duró de 1534 a 1548, apenas quince años.

El Gobierno General

Atendiendo a la petición de los propios concesionarios a causa de las dificultades de las capitanías y su escaso rendimiento, el rey don João III resolvió en 1548 sustituir la descentralización del sistema por la centralización mediante el Gobierno General. Nombró a Tomé de Sousa primer gobernador de Brasil. El título de gobernador general es de 1577. La autoridad recibió un *Estatuto*, bastante minucioso, con el programa que había que seguir y con los derechos y deberes específicos. El Estatuto era una de las obras más elaboradas por el gobierno de Lisboa y servía para orientar la acción. Había uno para casi todos los tipos de autoridades, no sólo para los gobernadores, como auxiliares en el ejercicio de la administración, que se quería rigurosa en todos

los sectores. Como sede se funda la ciudad de Salvador, en Bahía, capitanía comprada a la familia de Francisco Pereira Coutinho, cuyo drama fue referido anteriormente. Se ve, por ejemplo, cómo las capitanías eran hereditarias, pues los descendientes vendieron a la misma Corona lo que había sido donado por el rey.

Bahía fue, pues, la primera capitanía real, como Salvador fue la primera ciudad brasileña y la primera capital de la Colonia. El emplazamiento fue bien escogido, no sólo por la excelencia del lugar, sino por ser el centro geométrico del largo litoral, que va desde Maranhao a Santa Catarina. Salvador fue construida en la parte alta para evitar los ataques de los corsarios o de los indios. Se construyeron un colegio de jesuitas y varias iglesias cuando comenzaba a configurarse la fisonomía de la ciudad, una de las más fascinantes, si no la más, del Brasil portugués. Creció rápidamente hacia los montes y las playas. Tomé de Sousa llegó a finales de marzo de 1549 y, en seguida, recibió el apoyo de los colonos allí residentes, entre ellos Diogo Alvares Corrêa, el famoso Caramuru, establecido allí muchos años antes y que había venido en alguna de las expediciones.

La nueva autoridad ya había prestado grandes servicios en Oriente. Era de origen humilde, aceptado por su sinceridad y determinación. Vino con gran acompañamiento, tres navíos y tres carabelas, 600 hombres de armas y 400 desterrados. La administración se estableció: para ayudar al gobernador en el ejercicio de la justicia vinieron el oidor mayor, un procurador para recaudar impuestos, y un capitán mayor para defender la costa, mediante su recorrido y fiscalización. Importante también fue la venida de religiosos, seis jesuitas dirigidos por el padre Manuel de Nóbrega. Trazaron los caminos de la evangelización en la catequesis. Querían cristianizar al indio, lo que no era una tarea sencilla. Los indios imitaban las formas externas del culto, pero no asimilaban la religión cristiana, demasiado compleja para su mentalidad. Nóbrega tenía una cultura superior y un fino entendimiento de la realidad, como se vio por su trabajo y por sus escritos. El más importante es el *Diálogo sobre a conversão do gentio*, en 1559, en el que demuestra una lúcida visión del problema, que analiza casi como un científico social.

Los sacerdotes suponían que la evangelización sería posible por el hecho de que los indios carecían de religión. El padre Nóbrega en seguida percibió que poseían un universo de religiosidad, tenían sus

creencias y no las abandonaban de inmediato. Repetían las palabras que les eran enseñadas, pero no penetraban su sentido. Imitaban el ritual de los cultos por puro mimetismo, sin entender su significado. Con el indio, igual que con el negro, se dio el llamado sincretismo religioso, en el que palabras y gestos de las creencias originales se mezclaban con palabras y gestos cristianos, lo que fue más evidente entre los negros, que identificaban con los santos o con el Dios de los católicos el objetivo de su culto o de su reverencia, fenómeno bien estudiado por los antropólogos.

En la relación con los nativos, el gobierno utilizaba las divisiones entre ellos. Las tribus vivían en disputa, favoreciendo con ello la acción oficial: por ejemplo, Tomé de Sousa combatió a los tupinambás con la ayuda de los tupiniquins.

Otro factor que despertaba la atención del gobierno era la práctica de costumbres condenadas. En la Colonia reinaba un clima de libertinaje, pues los hombres, en general, venían solos, sin familia, lo que conducía a uniones mal vistas posibilitadas por las indias y las negras, fáciles de dominar por el blanco. Para aminorar esos resultados el gobierno solicitó de Lisboa la venta de mujeres, las huérfanas recogidas por la reina, para que se casaran con los colonos. Éste es el origen de muchos troncos de familias que actuaron en el siglo XVI y posteriormente. Las tareas eran amplias y difíciles, pues el país, además de los problemas con los indios, tenía necesidad de normalizar las costumbres, bastante perturbadas por los colonos que llevaban una vida libre y sin ataduras, lejos del poder político o religioso.

Tomé de Sousa demostró una gran eficiencia administrativa. Cuidó de la defensa del territorio, siempre amenazado por extranjeros debido al afán de conquista o al simple contrabando de madera tintorera. Visitó el país y llegó a la bahía de Guanabara y a San Vicente, creando aquí más poblaciones. En San Vicente entró en contacto con el famoso Hans Staden, contratado como artillero y que había sido prisionero de los tamoios. Su aventura fue narrada en un fascinante libro que sigue siendo hoy atractivo para la juventud. La edición alemana es de 1557. Se confirma su eco si recordamos que sólo en el siglo XVI se hicieron seis ediciones del original o de traducciones. El Gobierno pensó en hacer expediciones hacia el interior en busca, sobre todo, de minas. Las autoridades no se conformaban con los hallazgos preciosos en Perú o en México y su ausencia en Brasil. Las expediciones hacia la

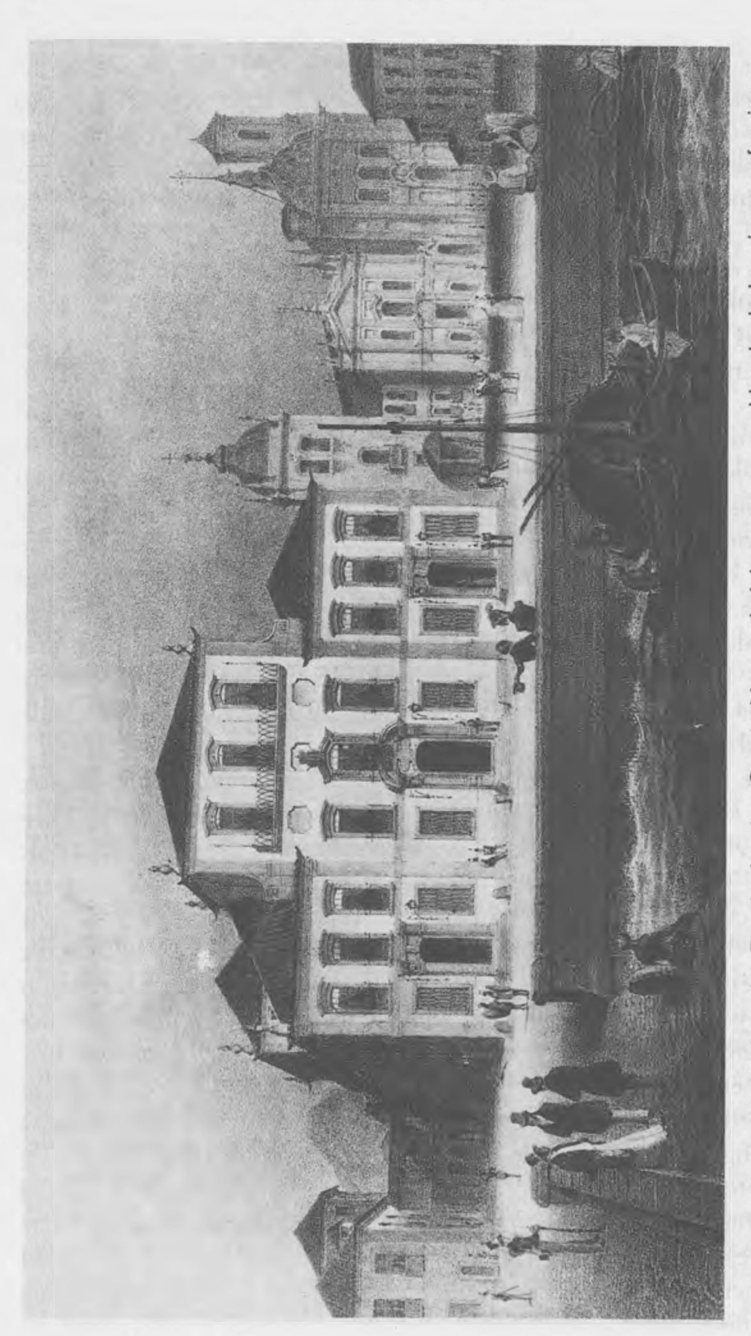


Figura 1. Antiguo palacio imperial, Río de Janeiro. Construido en el siglo XVIII como residencia de los virreyes, fue inaugurado en 1743. En él vivió el príncipe regente don João, el futuro don João VI. También fue residencia de don Pedro I y don Pedro II. Más tarde fue sede de institución pública y hoy, después de haber sufrido grandes reformas, es un centro cultural que alberga un museo, exposiciones, espectáculos y actos oficiales. (Fotografía de la colección de la Secretaría do Patrimonio Histórico e Artístico Nacional).

selva alejada de la costa partían normalmente de Porto Seguro, y llegaban hasta zonas de lo que habría de ser en el siglo XVIII la capitanía de Minas Gerais. Se protegió a los indios y, a veces, se utilizó una violencia inaudita, que comprometía su actuación. Aplicaron las leyes y sobre todo las penas sin más criterio que el simple capricho momentáneo. El primer obispado independiente del de Funchal es de 1552, y lo ocupó don Pedro Fenandes Sardinha. En 1553, Tomé de Sousa regresó a Portugal, después de los cuatro años preceptivos de ejercicio.

Le siguió el gobernador Duarte da Costa, de 1553 a 1558. Puso empeño en su tarea, pero no tuvo el mismo éxito. Su falta de entendimiento con el obispo estorbó su acción debido, principalmente, a la conducta desordenada de su hijo Álvaro da Costa, que se ganó las censuras del jefe religioso. El episodio más importante fue la ocupación de la bahía de Guanabara por franceses calvinistas, bajo el mando de Villegagnon, en la famosa experiencia de la Francia Antártica. Repercutían en el Nuevo Mundo las disputas entre católicos y protestantes en Francia. Como se ha dicho, la presencia más frecuente en el litoral, en el nordeste sobre todo, fue la de los franceses, marineros y contrabandistas. Sin fuerzas suficientes para expulsar al invasor, fue prolongándose la presencia indeseada con ayuda de aguerridos grupos indígenas, mal dispuestos con los portugueses.

Sobre la Francia Antártica quedaron dos interesantes documentos, escritos y editados en la época y leídos todavía hoy: *Les singularités de la France Antartique*, de André Thévet, publicado en 1558 después de una breve permanencia de tres meses, de noviembre de 1555 a enero de 1556, cuida mucho la descripción de las costumbres indígenas, de la flora y de la fauna. *Histoire d'un voyage fait en la Terre du Brésil*, de Jean de Léry, fue editado en 1578; era calvinista y, además de describir el paisaje y a los indios, habla también de las luchas. Un etnólogo moderno, Claude Levy-Strauss, consideró el libro de Léry como «el breviario del etnólogo».

Llegaron más jesuitas, entre ellos José de Anchieta, la más famosa figura evangelizadora del siglo XVI. En 1554 se fundó, cerca de San Vicente, en terreno llano y alto, el colegio São Paulo, cuna de la ciudad que crecería lentamente, centro de las expediciones más notables hacia la selva alejada de la costa, las de los exploradores paulistas. La ciudad sólo conoció un impulso decisivo en el siglo XIX, justo después de 1870, cuando, con el café y los inmigrantes, empezó a convertirse en

la mayor metrópoli sudamericana, como ocurre en el final del siglo xx, en que constituye también uno de los más impresionantes núcleos urbanos del mundo. Ante las diferencias entre el gobierno y el obispo, el rey lo convocó. El viaje comenzó mal. Sufrió un naufragio, cerca del litoral, y fue hecho prisionero por los caetés, que lo devoraron en un ritual antropofágico. No fue feliz el obispo Sardinha en su misión.

Después de don Duarte de Costa, vino otro gobernante que logró muchos éxitos, Men de Sa, con una actuación prolongada, de 1558 a 1572. Continuaban las obras de defensa del litoral, los esfuerzos en favor del poblamiento y las luchas con los indios. El principal desafío, afrontado con éxito, fue la expulsión de los franceses de la bahía de Guanabara. Se fundó allí la ciudad de Río de Janeiro para enfrentarse mejor al invasor. Men de Sa vino al sur y atacó a los intrusos. Visitó la capitanía de San Vicente y tomó importantes medidas de poblamiento, de las cuales se derivó la fijación de São Paulo. Como los franceses expulsados por Men de Sa se refugiaban en la selva y, con la marcha del gobernador, volvían a las islas, éste hizo otra embestida, bajo la dirección de su sobrino Estacio de Sa. Contando con refuerzos de otras capitanías, San Vicente y Espíritu Santo, llegó a Río de Janeiro en 1565. Es un momento importante de la ciudad. Ese año se da como el de la fundación de la ciudad por Estadio de Sa. La ciudad fue la sede de otra capitanía real. Ya en el primer siglo fueron capitanías reales Paraíba, Sergipe y Río Grande do Norte. Se combatió durante dos años a los franceses, que contaban con la ayuda de los temoias. Men da Sa volvió en 1567 con refuerzos, y ayudó al sobrino Estacio en la expulsión. Estacio murió en la lucha. Los franceses fueron, finalmente, expulsados, después de permanecer allí 12 años. El gobernador continuó empeñado en la construcción de la ciudad hasta 1568. Volvió a Salvador, donde falleció en 1572. Hacía mucho que pedía un sucesor, que no le fue concedido. El rey nombró a Luis de Vasconcelos en 1570. La expedición fue asaltada en alta mar por un pirata normando. En la lucha pereció él y muchos acompañantes de siete embarcaciones.

Con el final de su gobierno, la Corona decidió dividir la administración en dos. De Ilheus hacia el norte se encargó Luis de Brito e Almeida, que ejerció hasta 1578, con sede en Salvador. De Porto Seguro hacia el sur se encargó Antonio Salema, con sede en Río de Janeiro. El principal cometido de los dos fue la lucha contra los indios

y los franceses. Al norte, para garantizar la posesión de Paraíba, amenazada por los franceses; al sur y en cabo Frío, frecuentado igualmente por los franceses con ayuda indígena. Las victorias eran poco relevantes, pues los indios y los traficantes volvían en cuanto reponían fuerzas. Fue una fase cambiante que terminó en 1578, cuando se unieron nuevamente las dos partes con el gobierno otra vez en Bahía, ejercido por Lourenço da Veiga, de 1578 a 1581, que tuvo que enfrentarse a los mismos problemas.

En esa época lo más importante fueron los acontecimientos que ocurrieron en Portugal con motivo de la sucesión en el trono. En su lucha desatinada en África murió sin descendencia el joven rey don Sebastián, en la batalla de Alcazarquivir, en Marruecos. Ocupó el trono su tío, el viejo cardenal don Enrique, pero murió en 1580. Terminó así la dinastía de Avis, que estuvo al frente del reino desde finales del siglo XIV hasta el final del XVI, cerca de 200 años. En la disputa por el trono venció el rey Felipe II de España. Portugal perdió la independencia. Iba a comenzar una nueva fase de su historia, el período llamado filipino.

y los franceses. Al norte, para garantizar la posesión de Paraíba, amenazada por los [illegible] por los franceses con ayuda indígena. [illegible] los traficantes volvían en cuanto [illegible] zas. Fue una lucha constante que terminó en 1574, cuando [illegible] por [illegible] de 1578 a 1581, que tuvo que enfrentarse a los [illegible] indígenas.

En esa época lo más importante fueron los acontecimientos que ocurrieron en Portugal con motivo de la sucesión en el trono. En su [illegible] en África [illegible] el joven rey don Sebastián, en la batalla de Alcazarquivir, en Marruecos. Ocupó el trono el viejo cardenal don Enrique, pero murió en 1580, [illegible]

EL PERÍODO FILIPINO

Portugal fue dominado de 1580 a 1640 por [illegible] dinastías: la de Borgoña o alfonsina, de 1140 a 1385, y de [illegible] de 1385 a 1580 [illegible]. Después del período filipino [illegible] la de Braganza, de 1640 a 1910 [illegible] quedó bajo el dominio de los reyes españoles. Las sucesiones [illegible] siempre difíciles. Así fue en 1385 y en 1580. Como don Sebastián no dejó [illegible] de su tío el cardenal don Enrique, surgieron varios pretendientes [illegible]. Uno de ellos era el rey de España Felipe II, que se impuso con algún derecho y, además, por la fuerza. El cardenal don Enrique, cuando ocupaba el trono, se inclinaba a favor de doña Catarina, duquesa de Braganza, [illegible] Felipe II [illegible] amplio sector de la nobleza y del clero. El pueblo, por su parte, quería un rey portugués. Fuertes intereses ligaban a la burguesía portuguesa con España. [illegible] a ellos se deben las adhesiones a aquella [illegible] de las ventajas comerciales y de la corrupción. Nobleza, alto clero y burguesía se confundían, a veces, en las dos naciones. Las [illegible] clases [illegible] poder [illegible] el pueblo [illegible]. A lo largo de los 60 años, el pueblo se sintió humillado, [illegible] patriotismo [illegible] pronto a [illegible] hubo traiciones sin cuenta, y el territorio fue [illegible] ocupado [illegible] Felipe II [illegible] hacia el Atlántico.

Hubo luchas [illegible] don Antonio, el prior de Crato [illegible]

II

EL PERÍODO FILIPINO

Portugal fue dirigido, de 1140 a 1580, por dos dinastías: la de Borgoña o alfonsina, de 1140 a 1385, y, de 1385 a 1580, por la de Avis o juanina. Después del período filipino, será el trono de la dinastía de Braganza, de 1580 a 1640, cuando queda bajo el dominio de los reyes españoles. Las sucesiones, cuando no hay pretendiente incontestable, son siempre difíciles. Así fue en 1383 y en 1580. Como don Sabastián no dejó ningún hijo, caso también de su tío, el cardenal don Enrique, surgieron varios pretendientes alegando derechos. Uno de ellos era el rey de España, Felipe II, que se impuso con algún derecho y, además, por la fuerza. El cardenal don Enrique, cuando ocupaba el trono, se inclinaba hacia doña Caterina, duquesa de Braganza y sobrina suya, pero admitió a Felipe II, lo mismo que un amplio sector de la nobleza y del clero. El pueblo, por su parte, quería un rey portugués. Fuertes intereses ligaban a la burguesía portuguesa con España, y a ello se debían las adhesiones a aquella Corona, a causa de las ventajas comerciales y de la corrupción. Nobleza, alto clero y burguesía se confundían, a veces, en las dos naciones. Las llamadas clases altas aceptaron el poder vecino; el pueblo, jamás. A lo largo de los 60 años, el pueblo se sintió humillado, sin ceder en su patriotismo, pronto a acompañar cualquier rebeldía. Entre los más beneficiados hubo traiciones sin cuenta, y el territorio fue poco a poco ocupado en un dominio que no llegó a ser una conquista. Con la victoria, Felipe II hizo más osada su política, ya apenas vuelta hacia Europa, sino hacia el Atlántico.

Hubo luchas, sobre todo la de don Antonio, el prior de Crato, que se proclamó rey de Portugal. Felipe II disponía de ejércitos y ma-

rina. El prior de Crato no quería ceder, y se armó en las Azores con ayuda de una escuadra francesa. Contaba con el apoyo de la reina de Francia, doña Catalina de Médicis, y con la de la reina Isabel de Inglaterra. Se utilizó a Brasil como solución. Felipe II lo ofreció a la duquesa de Braganza a cambio del apoyo a su causa, pero la duquesa no lo aceptó. También se pensó en ofrecer Brasil a don Antonio, el prior de Crato, que igualmente lo rechazó. Francia llegó a armar una flota para conquistar Brasil, Azores, Madeira y Cabo Verde.

Mientras se tramaban acuerdos, las Cortes de Tomar, en 1581, proclamaron rey a Felipe II, que entró en Lisboa el día 25 de julio. Se comprometió a respetar los foros, privilegios y libertades existentes. Permaneció en Portugal casi dos años, hasta febrero de 1583. Regresó a Castilla, dejando al frente del gobierno al cardenal Alberto de Austria, sobrino suyo, dándole tres consejeros, todos portugueses. Fue una fase importante en la historia de los dos países. Los españoles la designan con el nombre de «Unión peninsular». El hijo de Carlos V tenía un imperio inmenso, y era uno de los monarcas más poderosos de la época. Ocupó el trono español de 1556 a 1598. Durante 18 años, de 1580 a 1598, también ocupó el trono portugués con el nombre de Felipe I. A lo largo del siglo XVI la población portuguesa disminuyó como consecuencia de los viajes y sus accidentes, naufragios y luchas, además de enfermedades, expulsión de los judíos, temblores de tierra y emigración, pasando de 1.326.000 habitantes señalados en el censo de 1527, a 1.080.000, como se registró en el de 1580, teniendo siempre en cuenta la precariedad de esos datos.

Si los 60 años del período español representan un cierto cambio, éste fue el resultado, en gran parte, de las disputas que tuvieron lugar entonces. El hecho de ser español contribuyó mucho a ello, debido al mayor juego internacional. Si Portugal sufrió perturbaciones que seguramente no hubiera conocido sin su subordinación al poderoso vecino, el hecho fue debido al exceso de movimientos de Felipe II. Era un monarca poderoso, que había heredado parte del inmenso imperio de su padre Carlos V, con las naturales consecuencias del gigantismo. Carlos V, como herencia de su abuelo Habsburgo, había obtenido mucho de Europa central, de los estados alemanes, partes de Francia y los Países Bajos, además de lo heredado de su madre, doña Juana la Loca, Castilla y Aragón, lo reinos de Nápoles y de Sicilia, Cerdeña y las vastas extensiones de las colonias americanas de España. El pode-

roso emperador abdicó en 1556. A su hijo Felipe II legó España, los Países Bajos, el Franco Condado, posesiones italianas y las colonias españolas, legando a su hermano Fernando I lo que poseía en Europa central.

Felipe II tenía, por tanto, muchos campos de acción, acrecentados por el fervor religioso y la defensa intransigente de la Contrarreforma, por lo que los protestantes le designaron como el demonio del Mediodía. Además de cuanto tenía por herencia, obtuvo Portugal y sus posesiones en 1580. Su exaltado catolicismo impidió la entrada del protestantismo en la Península, apelando a la Inquisición. Ello le condujo a declarar guerras para buscar la unidad religiosa en zonas de Europa ya batidas por los vientos protestantes. Combatió a los turcos, venciéndoles en Lepanto en 1571, y tuvo también enfrentamientos con Inglaterra por motivos religiosos. Por esta última fue derrotado en 1588, a causa de la desgracia de la Armada Invencible, que había preparado cuidadosamente: de 130 navíos sólo regresaron 15. Sus intervenciones en materia religiosa aumentaron sus trabajos y le crearon enemigos, llevándole a luchas interminables. Era preciso intervenir a fondo en la política europea en varios puntos, con obvias repercusiones en grandes zonas de otros continentes sometidas a colonización.

Portugal, sometido, pasa a ser visto como español y entra a desempeñar el papel contrario de los enemigos del imperio, lo que era una situación nueva, pues siempre procuró mantenerse distante de las disputas tan comunes en Europa. Entonces, contra su deseo y tradición, se vio envuelto con frecuencia en ellas. Más adelante, quedará de manifiesto este aspecto fundamental. Para evitar un dominio traumático de los Felipes en tierras portuguesas, el iniciador de la serie, así como sus sucesores, obraron con cautela, sobre todo el primero. Ya se mencionó que vino a Lisboa en julio de 1581 y que permaneció hasta febrero de 1583, casi dos años, comprometiéndose a respetar las tradiciones gubernamentales portuguesas. Contó, sobre todo, el hecho de que las partes acordaron que el administrador en Portugal o en su imperio continuaría siendo portugués. Se afirma en el documento *Patente de las mercedes, gracias y privilegios de que el Rey Nuestro Señor hace merced a estos sus reinos* que en

> todos los cargos superiores e inferiores de la justicia, de la hacienda y del gobierno de los lugares se provean portugueses y no extranjeros.

Además:

> Que los tratos de la India, Guinea y de otras partes pertenecientes a este reino, así descubiertas como por descubrir, no los echen de ellas, ni bajo mudanza de que en el presente se usa. Y que los oficiales que anden en dichos tratos y sus navíos, sean portugueses.

Portugal, hasta entonces aislado, pasa a ser víctima de los enemigos del imperio español. Entre ellos se contaban Inglaterra, Francia y Holanda, con los cuales Portugal había vivido en relativa paz hasta entonces, a pesar de los ataques a sus posesiones en Oriente y en Brasil. Eran frecuentes los viajes de los marineros de Hanfleur, Dieppe, Saint Malo y demás puertos franceses para hacer contrabando con el palo de brasil y con otros productos. Se llegó incluso a ocupaciones prolongadas, como en Paraíba, y, sobre todo, con la experiencia de la Francia Antártica durante 12 años, referida anteriormente. Los holandeses hasta entonces preferían buscar las mercaderías brasileñas, africanas u orientales en el puerto de Lisboa. Todo cambió después de 1580, cuando vinieron a los puertos en el continente europeo o en el americano, en el asiático o en el africano, en pie de guerra. Venían de lejos las visitas de los ingleses a puertos brasileños. La primera debió de ser en 1530, por el negociante de Plymouth William Hawkings. Hasta 1532 hizo tres veces la travesía del Atlántico, un hecho explicable, pues los ingleses siempre frecuentaron los puertos portugueses, en los que obtenían información sobre las tierras de allende el mar. El propio Hawkings vino más veces de paso hacia África, como se vio en su regreso a la patria en 1540, cargado de palo de brasil y colmillos de elefante. De otros navegantes ingleses dedicados al comercio se tiene noticia en escritos de la época a lo largo de todo el siglo XVI.

Ahora bien, el poderío naval español estaba debilitado, a causa de las muchas batallas y por el desastre de la Armada Invencible, que alcanzó también a la flota portuguesa, obligada a participar en aquella aventura. El debilitamiento portugués venía de muy atrás, por los viajes y batallas en océanos y continentes y, más recientemente, por los choques con los infieles, como el conducido desastrosamente por don Sabastián en Alcazarquivir, concluido con su muerte, generadora de la crisis dinástica que llevó a la nación a la pérdida de su independencia y originó la literatura mística o cabalística del sebastianismo.



Mapa 2. Mapa de los límites de Brasil con las tierras de la Corona española en América meridional. En el mapa original se destacaba en color amarillo *(amarelo)* la zona ocupada por los portugueses y en rosa *(rosa)* la parte española. La zona restante todavía no había sido ocupada. Año 1751.

Este mapa se hizo después de la firma del Tratado de Madrid en 1750. Con él se delimitaron los territorios pertenecientes a los reinos de Portugal y España. Se le conoce como mapa de las Cortes y es documento esencial para la historia de Portugal, España y Brasil.

(Fotografía del ejemplar conservado en la Biblioteca Histórica do Itamaraty, Río de Janeiro, realizada por Hugo Leal).

Podía hacerse referencia a decenas de ataques a zonas del imperio. En 1596, los holandeses intentaron tomar São Jorge da Mina. En 1604, atacaron la fortaleza de Mozambique. Desde 1604 pensaron en conseguir Macao. En 1609 tomaron Ceilán y establecieron la primera factoría en Japón. En 1616 intentaron establecerse en Cochim, en la India. En 1617, expulsaron a los portugueses de Japón. En 1622, reanudaron la conquista de Macao, y en 1625 intentaron de nuevo la de São Jorge da Mina. Los ingleses, aliados con los persas, tomaron la fortaleza de Ormuz. Y todo esto sin hablar de los ataques a los puertos brasileños a causa del sometimiento de Portugal a España y por carecer la costa americana de la debida protección.

Los ataques se recrudecieron a causa de la disputa y posesión del trono por Felipe II. En el reinado de Isabel aumentaron las venidas irregulares al Brasil, llegando a armarse navíos, como el *Minion*, que permaneció en el puerto de Santos cuatro meses y que siguió después a Bahía. Santos y São Sebastião eran buenos puntos de parada, de descanso y de abastecimiento para navíos que iban al Río de la Plata o intentaban incluso llegar al estrecho de Magallanes. Varios navíos ingleses también se detuvieron en el nordeste, como el *Royal Merchant*, venido de Londres a Olinda en 1583, donde permaneció algunos meses, en convivencia casi pacífica al principio. Las relaciones fueron menos fáciles cuando el navío fue tomado por el almirante español Valdés, que confiscó su carga. Si los ingleses usaban anteriormente barcos portugueses para sus negocios, luego ya no pudieron hacerlo, pues España era enemiga de Inglaterra. De ahí las acciones de piratería, con saqueos a puertos americanos.

Hubo innumerables casos, que no viene a cuento referir en su totalidad, pero citaremos algunos. El inglés Edward Fenton, en 1583, entró en el puerto de Santos con dos barcos de guerra, con la curiosa noticia de que «el rey católico había muerto y don Antonio tenía el reino de Portugal y que ofrecía grandes cosas de parte de la reina de Inglaterra». En 1583, entraron navíos franceses en Guanabara, presentándose como enviados de don Antonio, el prior de Crato. Salvador fue objeto de la ambición inglesa en 1587, con un pequeño apoyo holandés. Se pretendía saquearlo, pero la resistencia demostrada por los locales llevó a los intrusos a desistir. También inglés era Thomas Cavendish, que con algunos navíos atacó de repente, en las fiestas de Navidad, el puerto de Santos en 1591. Otros buques del mismo origen

apoyaron a los anteriores, y los corsarios pensaron instalarse allí, saquearon, destruyeron instalaciones y partieron hacia el sur. Fueron a Espírito Santo y atacaron de nuevo, sin mayores resultados, sólo pequeñas escaramuzas. Los hombres eran poco numerosos y no disponían de navíos y armas suficientes. Pero todavía no era el final. Lo más grave se dio en el siglo siguiente.

Ya en el siglo XVI la piratería inglesa dio bastante que hacer. En 1595, Recife fue atacado por James Lancaster, que partió de Inglaterra con tres navíos y 275 hombres. El capitán Venner se alió con Lancaster en el archipiélago de Cabo Verde. Los dos realizaron el ataque a Recife, obteniendo valiosas presas, ante el abandono del puesto por los pernambucanos. Tomaron cuanto pudieron, incluso la carga de un barco llegado de la India. Para transportar el gran botín obtenido, Lancaster contó con la ayuda de tres navíos holandeses anclados allí. Contó, además, con la ayuda de barcos franceses que habían llegado. A pesar de los combates con los dueños de la tierra, Lancaster consiguió partir con una enorme carga, y volvió a Inglaterra con 15 navíos y muchas riquezas. Como se ve, Brasil fue un capítulo importante en la historia de la piratería, tan común en la época.

La presencia más constante hasta entonces fue la francesa, sobre todo en el nordeste. Jacques Riffaut recorrió la costa y, a la altura del Maranhão, dos de sus barcos naufragaron y él partió con uno solo. Los supervivientes recogidos establecieron un asentamiento que inspiró después la experiencia de la Francia Equinoccial. En ese intervalo, los franceses continuaron atacando la costa en Ilheus y Sergipe. Los holandeses lo intentaron sin éxito en Río de Janeiro en 1599, y vinieron al refugio de Bahía, en una acción facilitada por la bahía de Todos os Santos, durante casi dos meses. Retornaron en 1604. Los franceses insistieron desde el Río Grande do Norte hasta el Maranhão. Frecuentaron también el Grao-Pará, en la desembocadura del río Amazonas, antes y después de la ocupación de la zona por brasileños y portugueses, con holandeses e ingleses, intentándolo en la Amazonia, área de incorporación más tardía, en 1616.

Esos episodios son de pequeña importancia, pero dos deben ser destacados: la ocupación del Maranhão por Francia y, sobre todo, las llamadas guerras del azúcar, las guerras con los holandeses, quienes echaron raíces en el nordeste durante algunos años, con hondas repercusiones en la vida brasileña.

La Francia Equinoccial

De la abundante presencia francesa quedaron señales principalmente en el nordeste, donde permanecieron algún tiempo, emparejándose con los nativos, con las indias o con brasileñas y portuguesas. Hay muchos brasileños con rasgos fisonómicos franceses, en un amplio proceso de mestizaje. Más importante, sin embargo, fue su presencia en la bahía de Guanabara, de 1555 a 1567, con la Francia Antártica, primera ocupación significativa de la zona, que exigió esfuerzos gubernamentales para su expulsión. La ciudad de Río de Janeiro, como se ha visto, tiene su origen ligado a esa aventura. Lo mismo ocurrió con otra ocupación, que duró un cierto tiempo en el siglo siguiente. Ya se ha hablado de Jacques Riffaut y de sus marchas desde el Río Grande del Norte al Maranhão. Del naufragio de su expedición quedaron algunos supervivientes, que se establecieron en la isla, dando origen a la llamada Francia Equinoccial.

La insistencia de los extranjeros en la costa, para ocuparla o para hacer contrabando, llevó al gobierno a levantar fortalezas, colocar fuerzas en determinados puntos y mantener pequeñas flotas de uno, dos o tres navíos, en movimiento permanente, para garantizar las posesiones, evitar su conquista por otros o ahuyentarlos. Incluso los habitantes, los residentes, debían disponer de armas en caso de necesidad. El estado de alerta ante una posible guerra contra el invasor o contra el indio era en esos tiempos una constante.

El episodio de Guanabara se repitió en el Maranhão. En 1594, Charles des Vaux y Jacques Riffaut, armadores de Dieppe, se establecieron en la isla de Maranhão, con ayuda de los indios. Como se ha recordado, franceses y portugueses explotaban las rivalidades entre las tribus, acudiendo a una o a otra para su dominio. Contaban con un plan apoyado por la corte de Enrique IV. Otra expedición vino en 1612 como refuerzo, dirigida por Daniel de la Touche, señor de la Ravardiêre. Empresa particular como la anterior, contó con las simpatías del gobierno, a cuyo frente estaba la reina María de Médicis, madre de Luis XIII, regente en su minoría de edad, que les prestó apoyo político, incentivos y ayuda financiera. Además, la aventura seducía a parte de la nobleza por el deseo de evasión en busca de tierras idílicas, la búsqueda permanente de la utopía, la visión del paraíso, constante en la historia y muy avivada por los viajes reveladores de nuevas tie-

rras y perspectivas de colonización. Los llamados motivos edénicos fueron incluso el motivo de ciertos viajes y del impulso colonizador, que tuvieron, como es obvio, otros motivos más consistentes. A este tema dedicó un importante libro Sergio Buarque de Holanda, *Visão do Paraíso* (los motivos edénicos en el descubrimiento y colonización de Brasil), de 1958, con varias ediciones y traducciones, considerado con justicia una de las obras fundamentales de la historiografía nacional.

Los franceses del Maranhão también llevaron indios a Francia para comprobar la idealización que de ellos hacían, como ya había acontecido en el siglo anterior en la fiesta de Rouen. Los franceses fundaron en la isla el núcleo urbano de São Luis, en homenaje a su rey (Luis XIII). Como la localidad progresaba, el gobierno portugués comenzó a combatirla, bajo la jefatura de Jerónimo de Alburquerque y la ayuda de Martim Soares Moreno. Se pensó en un acuerdo de paz entre Francia y España. Éste fue quebrantado, hubo una gran batalla y los franceses fueron vencidos, retirándose a su patria. Les faltó un mayor apoyo de su gobierno.

En el primer momento, en la alegría de la victoria, se cambió el nombre de São Luis por el de São Felipe, en homenaje al rey español, volviéndose luego al nombre primitivo, mantenido hasta hoy en una de las ciudades más interesantes del país. En 1614-1615, el buen puerto garantizaba el comercio y la isla se impuso. La administración pensó en aprovecharla mejor, no sólo por sus recursos, sino como base para avanzar en dirección al Amazonas. Partió la expedición en Navidad de 1615. En 1616 se fundó un fuerte con el nombre de Presepio para proteger a la ciudad de Santa María de Belem y la colonización de la Amazonia. En la desembocadura del gran río aparecen franceses, ingleses y holandeses en discordia. Era preciso incorporar la Amazonia, inmensa área despoblada. El punto inicial de su conocimiento fue el viaje de Pedro Teixeira. Partió en 1637 con 1.000 indios y 70 soldados y subió el Amazonas hasta su nacimiento. A la vuelta se detuvo en el río Napo, donde fundó Franciscana, hoy Tabatinga. Por tierra, algunos llegaron a Quito en una extraordinaria expedición. Pedro Teixeira fue desde la desembocadura al interior, al contrario que Francisco Orellana, compañero de Pizarro, que fue desde Perú hasta la desembocadura, descendiendo el río, cien años antes, en 1539. Para administrar correctamente esta inmensa área, el gobierno creó el estado de Maranhão,

del Ceará al Pará, en otro momento de descentralización, como se verá más adelante.

La tentativa francesa fue la base del dominio del extremo norte, importante no sólo por centros urbanos como São Luis o Belem, sino, sobre todo, por el impulso a la necesaria explotación de lo local, como se había verificado en el siglo anterior con Río de Janeiro. Se coronaba así la obra defensiva de Portugal respecto a sus posesiones y a su expansión: de Itamaracá a Pará o de la expulsión de los franceses de Paraíba al establecimiento luso-brasileño en la desembocadura del río-mar. En el mismo año de 1584 se fundó en la costa la ciudad de Filipeia de Nossa Senhora das Neves, obvio homenaje al rey. El nombre fue cambiado después varias veces y no sobrevivió. De 1584 a 1616 pasaron 32 años, período breve para una empresa de semejante envergadura. Curiosamente, Belem era el punto fijado en el Tratado de Tordesillas cuando las tierras aún no eran conocidas, ni siquiera intuidas. Con la incorporación del norte, se ampliaba el territorio, faltando sólo llegar al interior, lo que fue hecho lentamente, comenzando ya bajo los Felipes con el viaje de Pedro Teixeira ya mencionado. El extremo sur tuvo una incorporación más tardía, que queda fuera del período del presente análisis.

Si de la Francia Antártica quedó un relato notable en dos obras de la época, valiosas para el conocimiento de la tierra y de la gente, sobre todo desde el punto de vista de la antropología e historia de las costumbres (André Thévet y Jean de Léry), como se ha señalado, también de ésta quedaron dos libros importantes para la bibliografía. El de Claude d'Abbeville, *Histoire de la Mission des Pères Capucins en l'Isla de Maragnan et terres circoinvoisines où est traicté des singularités administratives et des Moeurs merveilleuses des indiens habitants de ce pays*, publicado en París en 1614 y después muy editado y traducido, así como el de Yves d'Evreux, *Voyage dans le nord du Brésil fait durant les années 1613 et 1614*, cuya primera edición fue hecha en París en 1615, también con muchas reediciones y traducciones, con importantes noticias para el conocimiento del país, con una mezcla de datos religiosos y teológicos, económicos y políticos, con predominio de los primeros, pues los dos autores eran padres católicos.

Holandeses en el nordeste

La presencia más digna de señalar en la vida brasileña fue la flamenca, entre 1624 y 1654. Los Países Bajos, a comienzos del siglo XVII, conocían una burguesía sólida e imbuida de los nuevos valores económicos del capitalismo creciente. Sin buena base territorial y de independencia reciente, acababan de liberarse en 1579 de la tutela de Felipe II, totalmente asfixiante, y se dedicaban al comercio, para lo que disponían de una eficiente flota, a lo que se debía su lucha contra Inglaterra por el dominio de los mares. No sin razón correspondió al país un importante papel en la historia del derecho internacional, en la defensa del *Mare Liberum*, de 1609, como se ve en la obra de su compatriota Hugo Grotius *De iure bellis ac pacis*, de 1625. Holanda e Inglaterra eran la expresión máxima del mercantilismo comercial, enemigo de los monopolios vigentes.

Las relaciones entre Holanda y Portugal eran razonables. Los navíos holandeses iban a Lisboa a llevar las mercancías del norte europeo, como trigo y productos industriales, volviendo con las especias de Oriente y de África, maderas, azúcar y curiosidades de Brasil, además de la sal de Setúbal. Los holandeses no vinieron a Brasil, como sus vecinos, a practicar el contrabando. Ya se ha mencionado que los ingleses encontraron en el puerto de Bahía, en 1587, un barco holandés, del que se sirvieron. Entonces comenzó el intenso movimiento de navíos de los Países Bajos en el Atlántico, que tenían prohibido frecuentar los puertos portugueses. Ellos no podían prescindir del azúcar brasileño, en cuya producción colaboraban mediante la financiación de las instalaciones del nordeste, así como del refinado del azúcar en Portugal o en la propia Holanda, implicándose en gran medida en su distribución.

Con el dominio de Portugal por España la situación se agravó. La economía de los Países Bajos se fundamentaba en compañías comerciales, como la Compañía de las Indias Orientales, de 1602. Como era fundamental no sólo para ellos, sino también para Portugal y Brasil, España estableció una tregua de 12 años, entre 1609 y 1621. Con ello se reveló nítidamente la ventaja de conquistar Brasil, como proponían los comerciantes, banqueros y políticos. Precisamente en 1621, al final de la tregua, capitales flamencos crearon la Compañía de las Indias Occidentales. Era una empresa particular, solamente posible en un es-

tado de economía avanzada, de capitalismo desarrollado y con una burguesía activa. Contaba con el apoyo del gobierno de la República, de forma que podría caracterizarse como de economía mixta. Era una empresa que hacía tratados con príncipes y otros jefes, podía nombrar autoridades y disponer de navíos y gente de armas del estado. El objetivo principal de la Compañía eran las relaciones con Brasil y, si fuera posible, la conquista del nordeste. El propósito fue explicitado en el folleto *Motivos por los que la Compañía de las Indias Occidentales debe intentar quitar al Rey de España la tierra de Brasil, y esto cuanto antes*, de Jan Andries Moerbeeck, de 1624, editado en Amsterdam. El intento no tardó, y en 1624 fue lanzado un ataque a Bahía, ocupada por un breve período, pues el invasor fue expulsado en seguida por la escuadra española.

La fuerza libertadora portuguesa era de 26 navíos y 4.000 hombres; la española, de 38 navíos y 7.000 hombres. Restaurada la posesión de Bahía, la escuadra regresó. La portuguesa, a la vuelta, fue arrasada. De sus 26 navíos sólo uno llegó al Tajo. Los demás naufragaron, fueron quemados o bien víctimas de los corsarios del Atlántico. Como puede verse, por este y otros muchos hechos ya narrados, la aventura oceánica continuó devorando vidas insaciablemente. Varios volúmenes, como las *Historias trágico-marítimas*, de la época de los primeros grandes viajes, podrían escribirse sobre la relación Portugal-Brasil en un tiempo en que cualquier viaje era una temeridad debido a la precariedad de las embarcaciones, falta de preparación de las gentes, osadía y falta de humanidad de los piratas.

Aunque hubo derrotas holandesas en Bahía, en 1625, y otras en África y en las Antillas, las grandes ganancias se sucedían, como la del saqueo de Bahía en 1627 por el almirante Piet Heyn, el apresamiento por él mismo de la flota española al año siguiente, además de los muchos ataques sufridos por navíos portugueses a la vuelta de la India o de Brasil. Los socios de la Compañía iban acumulando capitales y haciéndose cada vez más ricos. Como puede verse, la relación entre Holanda y Brasil obedecía a un plan y se encuadraba en la racionalidad capitalista, no eran simples actos de piratería. Fue, de hecho, una guerra del azúcar. Con razón, ellos llamaban a Brasil el Zuikerland (país del azúcar). Expulsados de Bahía, los dueños de la empresa no desistieron y planearon otro ataque en 1630, en este caso a Pernambuco. Disponían de recursos financieros y humanos para el éxito.

Esto ocurrió durante cierto tiempo, con grandes repercusiones en la historia de Brasil de la primera mitad del xvii. De hecho, ocuparon Pernambuco, hicieron conquistas al sur, en Alagoas y Sergipe, y al norte, en Paraíba, Río Grande do Norte y otras zonas. La conquista duró cinco años, de 1630 a 1635. Contando con flotas bien equipadas y con fuerzas militares bien entrenadas, permanecieron durante algún tiempo. Derrotaron a los tradicionales señores de las industrias, portugueses o brasileños. Se establecieron no tanto en Olinda como en Recife, zona hasta entonces poco apreciada, en la cual construyeron un núcleo urbano que sería de los más importantes del país. Recife era una zona de lagos, sin una separación muy clara entre la tierra y las aguas, características bien conocidas por los holandeses, que tenían una parte de su territorio tomado al mar del Norte.

Además, la Compañía designó para administrar sus negocios a hombres con experiencia y visión, el principal de los cuales fue el conde Juan Mauricio de Nassau-Siegen, alemán, aristócrata muy representativo. Era joven, inteligente, emprendedor y gobernó con decisión, lucidez y tolerancia. Vino por la alta retribución mensual que percibía. Noble y burgués, refinado, culto y protector de las artes, trajo pintores y arquitectos, así como científicos. Unos hicieron construcciones, sobre todo en Recife, que se desarrolló en detrimento de la antigua Olinda, sede de los portugueses poderosos. Otros artistas fijaron en sus cuadros el paisaje, en tanto que científicos notables escribieron libros sobre la naturaleza, botánica y zoología. Hubo también historiadores flamencos, que registraron los acontecimientos y son todavía hoy leídos con provecho.

Nassau llegó en 1637 y partió en 1644, dejando la impronta del administrador. Su período fue el más brillante de la presencia extranjera. Nassau renovó la administración y sustituyó a las autoridades de tipo portugués por otras en la línea flamenca. Fue relativamente tolerante con los católicos, a los que permitió el libre ejercicio del culto, como también con los judíos. Después de él no hubo la misma tolerancia ni con los católicos ni con los judíos, hecho extraño, pues la Compañía contaba mucho con ellos como accionistas o en puestos relevantes. Pensó en el pueblo, dándole diversiones, mejorando las condiciones del puerto y del núcleo urbano, haciendo museos de arte, jardines botánicos, parques zoológicos y observatorios astronómicos. Recife conoció un extraordinario impulso y, en poco tiempo, fue más importante que Olinda.

Por primera vez, Brasil conoció una afrenta semejante. Eso despertó los ánimos de portugueses y nativos. Colonizadores y brasileños, blancos, indios y negros se unieron en defensa de la tierra. Como símbolo de esa solidaridad en la resistencia, quedaron el negro Henrique Dias, el blanco André Vidal de Negreiros y el indio Camarão. Primeramente, lucharon en guerrillas y emboscadas, pues el invasor estaba mejor equipado militarmente. La gran insurrección comenzó en junio de 1645, teniendo como principal figura al hacendero João Fernandes Vieira. El clima era más favorable después de la partida de Nassau, con nuevas orientaciones, que no tenían la misma eficiencia y lucidez.

Los holandeses tenían éxito en los centros urbanos, mientras que los portugueses y brasileños sabían defenderse en las zonas rurales. En las luchas participaron gentes de todos los tipos, etnias y colores, en un esbozo de conciencia nacional. Los flamencos contaron con la colaboración de muchos nativos, sobre todo con la adhesión de Calabar, con sus consejos y conocimiento de los caminos. Quedó como símbolo de la traición. Hubo algunas alianzas por intereses económicos o personales, debidas a casamientos entre unos y otros. Los holandeses pensaban más en comerciar; los portugueses, en cultivar. Con la destrucción de los ingenios por la guerra, por los incendios, inundaciones y sequías, sin faltar epidemias con alta mortalidad entre los negros, cayó la producción de azúcar, lo que llevó al invasor a dar ayudas para la reconstrucción de las plantaciones. Holandeses y judíos chocaron también con portugueses e indígenas por motivos religiosos. Aquéllos, en general, protestantes; éstos, católicos. Los conflictos eran frecuentes.

Finalmente, con la Restauración, con un rey portugués en el trono, en 1640, la situación flamenca fue más difícil. Una de las razones de la lucha era la animosidad entre holandeses y españoles. Acabado el período filipino, fue más fácil establecer un acuerdo con Portugal. Aunque los flamencos continuaban luchando, intentaron conquistar nuevas zonas en Brasil y en África. El regreso de Nassau en 1644 contribuyó a hacer inviable la continuación de la conquista. En los enfrentamientos, los holandeses casi siempre perdían, a pesar de su equipamiento militar. Por otro lado, Pernambuco recibió refuerzos de Bahía. Era una lucha constante, con pequeños choques y precarios resultados para las dos partes. El desgaste era sucesivo. Incluso como empresa económica y financiera, los beneficios disminuyeron y los déficits aumentaron. Era entonces lo normal, cuando antes los beneficios habían

sido inmensos. Recuérdese, por ejemplo, que de 1623 a 1626, la Compañía consiguió armar 800 navíos, apresar 500, capturando cargas preciosas y embarcaciones venidas de Brasil o de Oriente.

En los Países Bajos se formó un poderoso grupo en defensa de la paz. No obstante, la Compañía aún recibía ayudas oficiales en dinero y en personal. En 1648 hubo la batalla de Guararapes con derrota holandesa, agravada por la pérdida de Angola. Al año siguiente, Guararapes fue escenario de otra batalla con el mismo resultado. Los invasores y los insurrectos continuaron en sus propósitos, aunque sin ánimo decidido, sobre todo por parte del agresor. Contó para ello la situación europea, ya que Holanda entró en guerra con Inglaterra en 1652, a causa de la primera *Navigation Act* (Ley de navegación), del año anterior. Holanda no podía tolerar la política de Cromwell, protectora de la marina de su país, garantizándole privilegios y cercenando la acción de los otros, sobre todo de Holanda, la única que podía hacerle frente en los océanos y que vio en aquellas medidas, con razón, una seria amenaza a su poderío.

La situación de su dominio en la colonia americana se agravó. Una escuadra portuguesa llegó para ayudar en la expulsión definitiva. Recife fue cercado en 1653 por mar, cuando ya lo estaba por tierra. Como consecuencia vino la rendición el 26 de enero de 1654, con la vuelta del nordeste a la Corona recientemente restaurada. Pocos años después, en 1661, reconocieron en un tratado de paz la situación de hecho. Habían perdido la causa en la que se habían ocupado de 1624 a 1654, a veces con excelentes resultados. Como era común en los tratados portugueses, económicos o políticos, Holanda cobró mucho, exigiendo la restitución de armas, libertad religiosa, favores a su comercio y una elevada indemnización de 4.000.000 de cruzados, a pagar en 16 años, en prestaciones anuales de 250.000 cruzados, debiendo Brasil participar con 120.000 por año.

Exploración del territorio

Los navegantes portugueses que llegaron a Brasil en 1500 pensaron, en el primer momento, que habían llegado a una isla. Las pequeñas expediciones para conocer la tierra no se apartaban del litoral y en seguida percibieron la amplitud del nuevo dominio. Las más osadas,

en las cuales participa Américo Vespucio, recorren la costa de norte a sur y anuncian que no están en una isla, sino en un verdadero continente. No se osa, sin embargo, a no ser de modo tímido, penetrar en el interior. Así ocurrió con las 30 personas que recorrieron 40 leguas en 1503 y 1504, partiendo de cabo Frío, según consta en carta de Vespucio. Fue el caso de Martim Afonso de Sousa, por ejemplo, al crear la villa de San Vicente y llegar a la meseta, aunque a pocos kilómetros de la costa, estableciendo núcleos urbanos. También ordenó recorridos hacia el interior, partiendo de la bahía de Guanabara en 1531. De otras, hay noticias vagas.

Durante el gobierno de Tomé de Sousa, en 1553, se hicieron algunas exploraciones en busca de metales y piedras preciosas. El rey ordenaba al gobernador general que se buscaran minas. Esos movimientos tenían el fin de buscar plata, oro y piedras preciosas, con pequeños hallazgos de oro en tierras del sur por iniciativa de vicentinos. También de las capitanías de Porto Seguro, Ilheus y Bahía partieron expediciones hacia el interior en busca de las imaginadas minas de plata.

En casi todas las expediciones de reconocimiento de la costa, hubo también entradas hacia el interior para ver lo que había, aunque con prudencia, sin mayores audacias. A lo largo del primer siglo se avanzó poco. Como decía fray Vicente do Salvador, primer brasileño autor de una *Historia del Brasil*, en 1627

> de la longitud que la tierra de Brasil tiene hacia la selva interior, no trato, porque hasta ahora no hubo quien la recorriera por negligencia de los portugueses que, siendo grandes conquistadores de tierras, no se aprovechan de ellas, sino que se contentan con andarlas superficialmente a lo largo del mar como cangrejos [1].

La tierra era desconocida y una geografía fantasiosa la convertía en terrible.

Su conocimiento fue debido, sobre todo, al llamado «bandeirismo» o exploración de las tierras del interior, predominantemente paulista, pero con exclusividad. Le cupo descubrir las selvas alejadas de la costa, hasta entonces desconocidas. Quien primero proclamó la impor-

[1] Salvador, frei V. de, *História do Brasil*, 3.ª ed., São Paulo, Companhia Melhoramentos, p. 19.

tancia del interior fue Capistrano de Abreu en el libro *Capítulos de la Historia Colonial*, de 1907. «La invasión flamenca constituyó un mero episodio de ocupación de la costa. Dejó en la sombra todos los asuntos relacionados con la selva interior[2]». Hubo expediciones que partían de las capitanías del centro y del sur y también de Pernambuco, aunque en menor número y con menos alcance. El siglo XVII fue el de las grandes penetraciones, desde sus primeros años.

Puede verse en ellos otra consecuencia de la unificación de gobierno de Portugal con España, el del período filipino. Fue posible entonces avanzar con cierta falta de temor por las selvas del interior, sin miedo a llegar a las posesiones españolas. Aunque la línea del Tratado de Tordesillas fuese desconocida, existía y se procuraba evitarla. Como todo el continente americano del sur estaba bajo la misma Corona, el peligro desapareció. De hecho, se formaron entonces las grandes expediciones, con hombres armados dispuestos a enfrentarse a las tribus indígenas, en busca de metales y piedras preciosas o de indios para servir como esclavos. Partieron hacia el sur, no controlado todavía por el gobierno, hacia el centro oeste, hacia el extremo norte y hacia las selvas interiores del nordeste.

Realizaron un notable trabajo de audacia, echando mano de la máxima violencia para obtener lo pretendido. Expediciones indagadoras de lo desconocido, no fueron propiamente pobladoras, con el apresamiento de indios que separaron de sus tierras, como se vio en el sur.

El mérito fue descubrir el interior, convenciendo a la administración de la amplitud de las tierras que podían ser explotadas. La obra creció a los largo del XVII y del XVIII. Mucho antes del tercer siglo de la conquista, se había obtenido mucho. Y el dominio portugués fue más que doblado, entrando en zonas mucho más allá de la línea de Tordesillas. Y en la segunda mitad de ese siglo se plantean los problemas de fronteras y de la necesidad de tratados entre las dos Coronas del continente, como se verá en otro punto. Una de las grandes obras del período colonial, si no la principal, fue la definitiva configuración del territorio. Portugal ganó más que España, anulando la división hecha en 1494, cuando nada concreto se sabía sobre océanos y continen-

[2] Abreu, J. C. de, *Capítulos de História Colonial (1500-1800)*, 5.ª ed., Brasilia, Editora Universidade, 1963, p. 121.

tes. Fue una obra grandiosa, aunque con aspectos brutales, inhumanos, con desplazamiento de los grupos establecidos allí o, incluso, con su exterminación.

Las expediciones son conocidas por los nombres de los grupos de exploradores. Éstos estaban constituidos por mucha gente, bajo la jefatura de algún poderoso rodeado de parientes y de otros, unidos por el interés de posibles descubrimientos de riquezas minerales o de apresamiento de indios como esclavos, y llevando indios y negros para los peores trabajos.

El papel del indio fue significativo, pues él conocía las tierras, los ríos y las montañas y señalaba los mejores caminos; era conocedor del valor de los árboles y las plantas, en general, y de los frutos que podían servir como alimento. Los grupos salían con provisiones para poco tiempo. Los más cuidadosos hacían sembrados en determinados lugares para recogerlos a la vuelta. No era rara la presencia de mujeres y de niños. Los principales iban bien armados para hacer frente a las fieras o a las tribus violentas y contrarias a cualquier invasión.

Sobre el asunto se escribió abundantemente, complaciendo a los investigadores de la historia narrativa, anotando los caminos, las fechas y los nombres de los jefes, con prioridades discutibles. Hay una amplia bibliografía que permite conocer las rutas y la exploración del territorio en todos los sentidos. El primer grupo de exploradores bien conocido fue el del portugués André de Leão, que salió de São Paulo al comienzo de 1601, con 70 u 80 personas. De él quedó un relato minucioso, debido a Wilhelm Glimmer, holandés entendido en mineralogía, que vivía en São Vicente. Caminó hacia el norte hasta el río São Francisco, después de atravesar el río Paraíba y la sierra de Mantiqueira. Descubrió el interior, las futuras Minas Gerais, invirtiendo nueve meses en el viaje, sin haber hallado nada valiosa. Señaló el camino para que pudiera ser recorrido por otros.

Gobernaba don Francisco de Sousa, el último nombrado en el siglo XVI y en ejercicio de 1591 hasta 1602, volviendo después en 1608 como gobernador general de las capitanías del sur (Espíritu Santo, Río de Janeiro y San Vicente) y con el título de administrador general de las minas y la promesa del título de marqués Das Minas. Francisco de Sousa fue una de las autoridades portuguesas más seductoras e importantes. Ligado a la nobleza, se entusiasmó ya en Portugal con las posibles riquezas minerales de Brasil y, con el objetivo de hallarlas, estuvo

dos veces en el gobierno. Favoreció muchas expediciones desde Bahía, sin el deseado éxito, cuando confiaba en encontrar tierras resplandecientes de plata y esmeraldas. Cuando vino a São Paulo, trajo ingenieros y técnicos en el trabajo de minas. Visitó las zonas de posibles minas de oro, encontrando hierro.

Lo importante, sobre todo, fue su presencia en el sur, animando viajes y dándoles sentido. El interior de Minas Gerais, donde más tarde se realizarían preciosos hallazgos, fue objeto de su interés, por lo que apoyó a los grupos de André de Leão y Nicolau Barreto en 1601 y 1602. Dejó el cargo de gobernador general de Brasil, pero definió el nuevo centro en el que debían realizarse los hallazgos. Determinó también la venida de expediciones al sur y al oeste, en Paraíba y Paraguay. Fueron ésos los ejes de las expediciones exitosas y con resultados, así como la ampliación del territorio mediante la conquista de regiones españolas de derecho. Volvió en 1608, entregado de nuevo al mismo afán, y murió, pobre y desvalido, en 1611.

Otras expediciones se realizaron al principio del siglo XVII, partiendo de São Vicente hacia el oeste y hacia el sur y consiguiendo apresar indios mediante el uso de la violencia. Los españoles se habían establecido en el sur, aún no ocupado por los portugueses, o en zonas paraguayas. La principal fue la Ciudad Real del Guairá, en los alrededores de los célebres saltos de agua del río Paraná. Allí y al sur los jesuitas habían creado sus famosas reducciones, agrupamientos de indios para la evangelización y el trabajo. Esas aldeas despertaron la atención de los paulistas, que descendieron sobre ellas para apresar indios, consiguiéndolo con violencia y sacrificio.

Algunos paulanistas se hicieron célebres en estas empresas. El principal fue Antonio Raposo Tavares, portugués establecido en São Vicente, tal vez el explorador más activo, que actuó en el sur en el apresamiento de indios, tarea en la que más destacó. Fue el gran destructor de las reducciones jesuitas, lo que le sirvió para apresar innumerables grupos y para conquistar tierras en los actuales Paraná, Santa Catarina, Río Grande del Sur y Mato Grosso, incorporándolas a Brasil. Contribuyó como nadie a la ampliación del territorio. Las reducciones jesuitas comenzaron con los españoles en 1610. En 1628, además de pequeñas villas y reducciones, había 13 núcleos con 50.000 habitantes, casi todos guaraníes.

Fue cuando Raposo Tavares comenzó sus *vazzias*. Otras reducciones surgieron después de que algunas fueran destruidas. De Guairá a Tapes y, después, Itatim. Los paulistas también sufrieron derrotas y hubo pausas en las invasiones.

Raposo Tavares resolvió volver a São Paulo varias veces para regresar de nuevo. En 1648 invadió Itatim

Subió tanto por el río Paraguay cerca de tres años que llegó a combatir a los españoles en Perú. Después descendió en balsas el río Madeira, entró en el río Amazonas hasta el Pará, adonde llegó en 1651. Volvió a São Paulo en 1656 y murió poco después en 1658 o 1659. Recuérdese que en luchas con los jesuitas, indios y españoles consumió mucho tiempo, pero no todo, pues aún tuvo ocasión de ejercer cargos en São Paulo. Incluso participó en combates con los holandeses en el nordeste por convocatoria de los paulistas, por las autoridades portugueses de Bahía y Pernambuco. Habría ido en 1639, como se ve en los documentos. Incluso estuvo en el Reino, antes de 1648, en misión oficial. Pocos hombres anduvieron tanto e hicieron cosas tan diversas como Antonio Raposo Tavares, símbolo de los grupos de exploradores del interior de Brasil.

Era preferible atacar las reducciones, donde los indios estaban reunidos, y procurar dispersarlos por la selva. La empresa tuvo un acento salvaje, merecedor hasta de los reparos del Papa. Los jesuitas abandonaron estas reducciones y establecieron otras más al sur, en regiones del Uruguay y Tapes, hoy Río Grande del Sur, o en el territorio argentino de Misiones, objeto también de ataques de los grupos de exploradores. Antonio Raposo Tavares atacó no sólo en el sur, en 1636, sino también en el oeste, en tierras del Mato Grosso, diezmando las reducciones de Itatim. De nada sirvieron las protestas españolas a los gobernadores brasileños o a su rey, e incluso al papa Urbano VIII. De tal modo se distinguieron los exploradores en el oficio de apresar indios, que más tarde fueron contratados por las autoridades para someter a tribus insatisfechas. Y lo hicieron con crueldad y eficiencia, sobre todo, en el nordeste. Las capitanías eran asaltadas por tribus, como ocurrió en Bahía, en Porto Seguro y en Ilheus, con perjuicios para las haciendas y los ingenios. Para hacer frente al peligro, las autoridades contrataron a exploradores paulistas, como ocurrió en 1658-1660 por primera vez con la empresa de blancos y mestizos dirigidos por Domingo Barros Calheiros.

La expedición más eficiente fue la de 1671, dirigida por Esteban Ribeiro Baião Parente. Era la llamada guerra justa, repetida algunas veces. Los exploradores fueron a Bahía y partieron en expediciones contratadas por los gobernantes hacia el sur y oeste y, sobre todo, el norte, donde descubrieron tierras desconocidas, como ocurrió en Piauí, por ejemplo, cuya ocupación no comenzó por el litoral, sino por el interior. El principal nombre fue el de Domingo Jorge Velho, que realizó *razzias* contra los indios en 1679 y en el año siguiente. Curiosamente, él y otros fueron llamados para acabar con los conjuntos de chozas de los esclavos negros huidos, en lo que algunos protagonizaron tétricos sucesos. El conjunto de chozas más famoso fue el de Palmares, hoy en la zona de Alagoas. Duró decenios y reunió a millares de esclavos huidos de sus señores. Llegó a tener tan buena organización que parecía un estado africano en tierras brasileñas. Tuvo su origen a comienzos del siglo XVII, y fue combatido sin éxito por fuerzas holandesas, como sin éxito continuó el combate después de 1640. Al final, en 1691, fue convocado Domingo Jorge Velho, célebre diezmador de indios. Con ayuda y refuerzos llevó adelante la tarea hasta arrasar las chozas. Sólo en 1695 se consiguió la destrucción del mayor movimiento de rebeldía negra. La figura de mayor autoridad en la resistencia fue el casi legendario Zambi, símbolo del coraje de los negros.

En el siglo XVII hay otra faceta de los grupos de exploradores dedicada solamente al descubrimiento de piedras y metales preciosos. Desde el comienzo de la colonización ya había este empeño, pero entonces se acentuó con las expediciones de los paulistas hacia el norte, a las tierras centrales. La principal fue la de 1674, dirigida por Fernando Dias Pais, en busca de esmeraldas. Recorrió en diferentes direcciones lo que es hoy Minas Gerais, y supuso que había encontrado las piedras verdes. Murió en la expedición de 1681, con la ilusión de haberlas encontrado. No era así, pero la gente de su grupo continuó en Minas y, en la última década del siglo, quizás en 1693, encontró el oro de Tipuí, en la zona llamada después Vila Rica y Ouro Preto. Por primera vez se halló oro en cantidad considerable, provocando un desplazamiento hacia el interior. Vino gente de São Paulo, de Río de Janeiro, del norte y hasta de Portugal. Ello provocó medidas prohibitivas del gobierno portugués y la zona conoció un súbito desarrollo, con una rápida ocupación y un brote urbano.

Pronto hubo luchas entre paulistas y no paulistas, gente de Río de Janeiro, Bahía y portugueses, lo que produjo una guerra de 1708 a 1710. Ante el desorden del aventurerismo, el gobierno retiró de Río de Janeiro la capitanía de São Paulo, instituyendo en 1709, la capitanía de São Paulo e Minas de Ouro. Las autoridades preferían vivir en Minas, no en São Paulo, pues en Minas estaba la riqueza. Como continuaban las luchas, en 1720 hubo una sedición en Vila Rica contra el pago de impuestos y Mina fue separada de São Paulo. En 1720 se creó la capitanía de Minas Gerais, con una existencia de acelerado ritmo, al contrario de lo que ocurría en el resto del país. El hecho era típico de las regiones mineras, bajo el signo de la aventura y de los cambios rápidos, en tanto que las regiones agrícolas serán lentas, con poco movimiento y crecimiento tímido.

Ante la derrota de los primeros ocupantes paulistas frente a los grupos formados no siempre por portugueses, sino también por brasileños de otras procedencias, los paulistas fueron más al norte y descubrieron oro en Goiás y Mato Grosso, forzando al gobierno a crear nuevas capitanías. El oro de Minas Gerais, en realidad, era el de aluvión, el encontrado en la superficie de la tierra. No había recursos financieros o técnicos para explotar el posible oro de mina. Fue, por tanto, una explotación superficial y pronto en decadencia por las muchas dificultades. Los grupos exploradores mineros descubrieron más bien una región, de rápido desarrollo.

El hecho fue de importancia trascendente en la historia de Brasil, pues llevó al gobierno portugués a mejorar la máquina del estado, asumiendo su verdadero papel, hasta entonces delegado a la iniciativa privada, a señores poderosos que ejercían lo privado casi en plenitud. Si el estado, en realidad, nunca se había ausentado, ni siquiera en la primera tentativa de administración descentralizada con las capitanías hereditarias, como se ha visto, estaba, a veces, poco presente. A comienzos del siglo XVIII, se impuso con rigor y asumió todas sus funciones, como se verá.

Política y administración

La guerra del azúcar y la expansión territorial, sobre todo en la exploración de las selvas del interior, fueron las dos notas característi-

cas del período filipino. Cabe ahora hablar de la vida administrativa de la enorme colonia. Ya se ha recordado el entendimiento entre españoles y portugueses para que Brasil continuara con el modelo anterior, con funcionarios portugueses y no españoles, acuerdo que fue mantenido. A lo largo de 60 años varios portugueses, pertenecientes en general a las clases altas de la sociedad, fueron designados para el gobierno general del país, así como para los cargos más importantes. Entre ellos, algunos tuvieron una actuación notable, como don Francisco de Sousa, del que ya se ha hablado, destacando su preocupación por los hallazgos mineros, que redundaron en el incremento de las expediciones por parte del gobierno; unas habían resultado de los otros, en marchas llamadas de entrada o de grupos de exploradores. En los estudios de historia de Brasil todavía no se ha llegado a una definición rigurosa y diferenciadora de los dos conceptos, de modo que los usamos sin rigor, prácticamente como sinónimos.

Desde la perspectiva administrativa, continuó la indecisión entre gobierno centralizado y descentralizado, todo emanando de la autoridad con sede en Bahía o con centros en Bahía y en el sur. En el segundo gobierno de don Francisco de Sousa, por ejemplo, de 1608 a 1612, él mismo fue designado para las capitanías del sur, con plena autonomía, aunque existiese el gobierno general en Bahía, cargo que había ocupado de 1591 a 1602. Lo más importante en el período filipino, desde el ángulo político-administrativo, fue la división de Brasil en dos grandes estados, el de Brasil y el de Maranhão, en 1621. El de Brasil, con sede en Bahía, tenía poder sobre las tierras de Río Grande del Norte hasta el extremo sur. El de Maranhão, con sede en São Luis, desde Ceará hasta la Amazonia. A veces, los dos gobiernos se subdividían. El de Maranhão, por ejemplo, tuvo su sede bien en São Luis o bien en Belem, llamándose del Maranhão o del Grão-Pará, como entre 1652 y 1654.

Conviene recordar los motivos profundos de esa división. Además de la dificultad de dirigir tierras extensas en épocas de difíciles comunicaciones, contaba una razón objetiva de naturaleza geográfica. La relación del norte con el resto del país era muy difícil. Las costas brasileñas del nordeste eran de problemático acceso a causa de las corrientes marítimas del norte. La más conocida, la corriente del golfo de México, bordea las Antillas, la Amazonia, el norte de Brasil y a la altura de Ceará toma dirección norte, bordeando África y la Europa más occi-

dental, llegando a las costas británicas, con un efecto suavizador del clima por tratarse de aguas cálidas. Centenares de expediciones o navíos venidos a Brasil oriental seguían la dirección hasta la desembocadura del gran río e iban a dar a las costas antillanas. Se sabe de decenas de barcos portugueses con rumbo a la costa del nordeste o del norte que, desviados del rumbo, fueron a dar a las Antillas.

Las expediciones del norte al nordeste eran empujadas por la fuerza de las corrientes y cambiaban de rumbo, desviándose de Brasil hacia el medio del océano hasta llegar a África y Europa. Los barcos tenían una preparación insuficiente y no siempre resistían los vientos y las corrientes marítimas, incapaces de seguir el rumbo previsto. El extremo norte se unía más fácilmente a Lisboa que a Salvador, por razón del desvío de la ruta. Por ello, se dividió la Colonia en dos grandes partes: estado de Brasil y estado de Maranhão.

Ya se ha acentuado el carácter unitario o centralizador de la colonización portuguesa, distinta del carácter múltiple y descentralizador de la colonización española. El gobierno español, con tierras en América del Norte, en la Central y en la del Sur, ya encontró una división rígida de tribus, en general, de nivel muy superior al brasileño. Algunas estaban en un nivel altísimo por el trabajo de los metales, una buen agricultura y una organización social incluso sofisticada, como se dio, sobre todo, con los aztecas, mayas e incas, en la edad de los metales, en tanto que las de Brasil vivían en el paleolítico. Con tribus divididas y adversas, los españoles mantuvieron ese marco cuando establecieron su administración en virreinatos, capitanías y otras unidades. Conservaron las antiguas autonomías y eran contrarios a las relaciones entre ellas, incluso prohibiéndolas. Las diversas partes americanas del imperio español no se comunicaban unas con otras, sino directamente con la metrópoli. El hecho es de significado trascendente en la historia de América Latina, y explica los procesos de independencia, como se verá en su lugar apropiado, y, posteriormente, la existencia dividida y alborotada de las naciones emergentes de la colonización española, en tanto que Brasil consiguió preservar su unidad como nación-continente por sus dimensiones. Ésta fue una de las notas más destacadas para distinguir el trabajo de los colonizadores ibéricos en América.

El estado de Maranhão era menos populoso que el de Brasil, y tenía menos diversidad. Presentaba una fisonomía social marcada por el predominio del indio, en tanto que en el estado de Brasil el indio

contó menos que el negro, a no ser en el primer siglo. Portugueses e indios configuraban la etnia, con indios en número mayor, mestizos y blancos, en tanto que en el Brasil dirigido por Bahía eran indios, con un número importante de blancos, negros y mulatos. El predominio indígena y la necesidad de mano de obra suscitaron uno de los problemas esenciales de la zona, o sea, la esclavización del indio, varias veces intentada y siempre sin éxito. Ellos contaban con la defensa de los jesuitas contra los administradores y comerciantes o empresarios. Su principal defensa fue, sin embargo, la inadaptación al tipo de trabajo que los portugueses deseaban imponerles. No por indolencia, como dicen los tratadistas psicologizantes, sino por falta de consonancia entre las dos culturas, la de las tribus y la de los colonizadores, tan diversas en todo. Hubo una abundante legislación en defensa del nativo hasta la ley de 1755, que determinó su emancipación total. En la Amazonia la lengua portuguesa era poco conocida y usuales las hablas primitivas. Sólo en 1777 fue obligatoria la lengua portuguesa, pero fue un acto centralista de Pombal que tuvo pocos resultados, por lo menos en los primeros tiempos.

Económicamente, el estado de Maranhão contaba con productos agrícolas, maderas, plantas y fibras y cultivos como el del algodón, próspero en ciertos momentos, cacao, tabaco, además de una enorme variedad de productos de la floresta, las llamadas drogas o especias de la selva interior, plantas de todo tipo que podían usarse como alimentos, tejido para vestidos, y material para la construcción. El clima cálido dominante de la región ecuatorial permitía el uso de construcciones ligeras, abiertas para su ventilación, con pocos cierres, para impedir los rigores del sol. No había prácticamente caminos, usándose el mar para las comunicaciones en el litoral y los millares de cursos de agua para las comunicaciones interiores. La zona reveló al mundo diversas plantas aromáticas, tintoreras y medicinales. Como todavía está pendiente de ser explorada debidamente, es posible que guarde hasta hoy muchos secretos. Aquí el animal de carga o de tracción no contó, sólo la isla de Marajó en el extremo norte, en la frontera con Venezuela, hoy territorio de Río Branco, fue un centro de cría importante. Como la agricultura existía en pequeña escala, próxima a los núcleos de población, sus practicantes se dedicaban a la mandioca, al café, a la caña y a unos pocos cereales. El café comenzó en Brasil por la Amazonia, de donde vino a Río de Janeiro. Como no había carne, la solución natu-

ral era el pescado, abundante en los ríos. Había maderas o troncos de árboles adecuados para la construcción de pequeños barcos, de conducción segura hasta para los niños. Además, el indio tenía una extraordinaria intimidad con la selva, las tierras y las aguas, pues vivía la ley de la naturaleza.

El estado de Maranhão no fue una experiencia breve, episódica, como otras divisiones aquí señaladas. Sólo se extinguió en la época del ministro marqués de Pombal, jefe de mentalidad mercantilista, de los llamados «déspotas ilustrados», comunes en la Europa de los siglos XVII y XVIII. Uno de los rasgos de la severa política del estadista fue el sentido de unidad, que le llevó a extinguir, por ejemplo, las capitanías hereditarias, primera muestra de vida administrativa, como se ha visto, y, por el culto a la unidad, a acabar con los dos estados en 1774, manteniendo sólo el estado de Brasil, con la capital en Río de Janeiro. Salvador había dejado de ser sede administrativa, como lo había sido desde 1549, para serlo la ciudad de Río de Janeiro en la bahía de Guanabara en 1763. Varios motivos explican el cambio, como se verá en otra parte del estudio.

Elemento importante para la historia de Brasil, aún bajo dominio español, fue el Código Filipino, con vigencia no sólo durante el dominio portugués, que no lo sustituyó por otro, sino hasta después de la emancipación de 1822. Antes del racionalismo jurídico consagrado en el siglo XVIII por la doctrina de la Ilustración, el cuadro de las leyes era precario. Anteriormente, las naciones se regían por códigos poco claros y, a veces, incoherentes. El sentimiento religioso en vigor llevaba a la confusión entre pecado (concepto religioso) y delito o transgresión (concepto civil o jurídico). Portugal hizo algunos intentos de compilar sus leyes dispersas. El primero dio como resultado las Ordenaciones Alfonsinas o Código Alfonsino, del rey Alfonso V. Se concluyó en 1446 y se aplicó, pero no se imprimió mientras estuvo en vigor. Las Ordenaciones Manuelinas o Código Manuelino fue promulgado por don Manuel I en 1521, pero apareció en 1513. Las Ordenaciones Filipinas o Código Filipino, vigente bajo el dominio español (Felipe II de España o Felipe I de Portugal), estuvo disponible en 1595, pero fue impreso en el reinado de Felipe III de España o Felipe II de Portugal, en 1603. Además de estos códigos, hubo leyes anteriores y posteriores dispersas, conocidas como *Leyes Extravagantes*. La mayor parte de la vida de Brasil fue regida por el Código Filipino. Con la independencia

en 1822, partes de él continuaron en vigor, en tanto las leyes nacionales no las sustituyeron. Lo derogaron en parte la Constitución Imperial de 1824 y los Códigos Criminal y Procesal, de 1830 y 1832, y de Comercio, de 1850. Faltaba el Código Civil. Fueron presentados varios proyectos, pero hasta la República, la ley no sancionó un Código Civil, lo que ocurrió en 1916. El Código Filipino tuvo una vigencia más larga en Brasil que en Portugal (su Código Civil es de 1867). Éste fue el último eco del período filipino.

en 1822, partes de él continuaron en vigor, en tanto las leyes nacionales no las sustituyeron. Lo derogaron en parte la Constitución imperial de 1824 y los Códigos Criminal y Procesal, de 1830 y 1832, y de Comercio, de 1850. Faltaba el Código Civil. Fueron presentados varios proyectos, pero hasta la República, la ley no sancionó un Código Civil, lo que ocurrió en 1916. El Código Filipino tuvo una vigencia más larga en Brasil que en Portugal (el Código Civil es de 1867). Este fue el último eco del período filipino.

[illegible]

III

PORTUGAL Y BRASIL BAJO LOS BRAGANZA

La Restauración

El ejercicio del poder por los reyes españoles había agotado sus posibilidades. Portugal, tal vez la nación europea más antigua, no podía soportar el dominio extranjero. La promesa hecha por Felipe II de conservar las prácticas tradicionales y de nombrar sólo autoridades nacionales no fue cumplida totalmente por él y menos todavía por sus dos sucesores, Felipe III, su hijo, de 1598 a 1621, y Felipe IV, hijo del anterior, de 1621 a 1640. Cada uno de los tres fue, progresivamente, más adverso a los intereses portugueses, que veían su patria reducida a una provincia española, debido, sobre todo, a la acción del todopoderoso ministro conde-duque de Olivares. Las permanentes guerras de los españoles con las poderosas naciones europeas llevaban al compromiso a los portugueses, sacrificados por una causa que no era la de ellos. Además, el imperio fue perdiendo algunas de sus partes.

Gran parte de la nobleza y del clero aceptaba la Corona española, pero el pueblo portugués la recusaba, como se vio por varios movimientos, el principal de los cuales fue el de Évora en 1637, cruelmente reprimido. Se había afirmado la palabra «contestación» y no le costaría imponerse. A veces, hubo confluencia de intereses en los dos países. Económicamente, la producción y el comercio podían coincidir en ciertos momentos, antes de 1580 o durante el dominio español. Las más de las veces, sin embargo, los intereses se oponían, marchando la burguesía de cada uno en sentidos diversos. El pueblo, en su sustrato más profundo, nunca se confundió, pues las raíces de las nacionalidades ya eran seculares. Había algunas semejanzas en las costumbres, pero

no eran suficientes para llegar a una identidad. Ni siquiera la práctica del bilingüismo en las clases cultas, con portugueses escribiendo en español y españoles escribiendo en portugués. Podrían darse muchos ejemplos, pero cada lengua tenía su marca distintiva. Sobre todo, la portuguesa, en tanto que la nación vecina tenía más de un idioma como el gallego y otros, además del español.

La separación se consumó el día 1 de diciembre de 1640. Curiosamente, 500 años después del comienzo como nación libre en 1140, por la acción de Afonso Henriques, el fundador de la dinastía de Borgoña, que pasó a dirigir un estado nacional, en tanto que Europa continuaba atomizada en feudos. La separación la comenzaron algunas decenas de hidalgos con un golpe. Invadieron el palacio de Ribeira, residencia de la duquesa de Mantua y virreina. Mataron a su secretario y proclamaron rey de Portugal a don João, octavo duque de Braganza, con el nombre de João IV. Él inauguró la tercera dinastía, después de las de Borgoña y Avis, o la cuarta, si se tiene en cuenta la dinastía Habsburgo. Era hijo de don Teodosio, séptimo duque de Braganza. Don João fue el octavo de una casa ducal que venía de 1401 y que fue acrecentando su patrimonio en sucesivas generaciones. Se casó en 1633 con una española, doña Luisa de Guzmán, de la casa de Medina-Sidonia. Desde 1638, los conjurados, deseosos de separarse del dominio de España, trabajaban junto a don João para que dirigiera el movimiento. Él se mostró vacilante y cauteloso, lo que llevó a los conjurados a pensar en otro nombre. El duque esperaba su momento, aunque permaneció indeciso, incluso después del golpe del 1.° de diciembre de 1640. Después de aceptar su elevación al trono, lo defendió con bravura, para consolidar las fronteras con España y obtener el reconocimiento de otras naciones, en lo que obtuvo el deseado éxito. Los Braganza estuvieron en el trono portugués y brasileño hasta el cambio del régimen monárquico por el republicano, en Brasil en 1889 y en Portugal en 1910.

Portugal fue ayudado por las luchas internas de España, como la revuelta de Cataluña, incentivada en parte por Francia. No fue fácil la aceptación de hecho. El duque de Braganza dudó al principio. En octubre, por ejemplo, rechazó la idea. Los conspiradores anunciaron entonces el propósito de proclamar una república. El golpe fue el 1.° de diciembre, pero el duque, que sería rey, llegó a Lisboa unos días después y fue aclamado el 15 de diciembre. El golpe lo dieron los grupos

más privilegiados de la sociedad, incluso de la nobleza (aunque parte se mantuvo fiel a los Habsburgo y muchos nobles marcharon a España), sin audiencia del pueblo, aunque podían contar con él pues las capas populares nunca habían aceptado el poder del extranjero.

Los Habsburgo habían gobernado autoritariamente. De 1580 a 1620, las Cortes sólo habían sido convocadas cuatro veces, y desde el último año hasta 1640, ninguna vez. Don João fue confirmado en enero de 1641 por las Cortes de Lisboa, pero España no aceptó pacíficamente la sepración. El país iba a sumergirse en una guerra con la nación vecina, siempre en combate. Era preciso obtener el reconocimiento de las demás, de alto coste en esfuerzos y conversaciones. Don João IV mandó emisarios a Francia, Países Bajos, Inglaterra y a la Santa Sede, escogiendo entre sus hombres públicos a los más caracterizados. Había muchos hábiles y cultos, pero las naciones no se abrían con claridad, queriendo sacar provecho de la situación. En las transacciones diplomáticas contaban los intereses económicos y hasta financieros, y se jugó con alianzas mediante casamientos. El reconocimiento más costoso fue el de Roma, pues la Iglesia estaba muy unida a los Habsburgo. Sin embargo, se hicieron los acuerdos. La propia España aceptó la situación de hecho en 1668, después de una guerra con muchas batallas y pérdidas humanas.

El momento era difícil, pues otros, igualmente, se consideraban con derecho al trono. Así surgió una conspiración contra el rey, llegándose a pensar en eliminarlo. Descubierta a tiempo, fue abortada y sus responsables sentenciados a muerte, a prisión o al exilio. Otras conspiraciones tuvieron lugar, igualmente sin éxito. Era difícil gobernar, y reponer a la nación en orden, pues la guerra con la antigua dominadora era un hecho, con incidentes fronterizos desde 1641 a 1644. La guerra comenzó verdaderamente en 1644 con la invasión del territorio vecino por el ejército portugués, victorioso en Montijo.

Don João IV murió en 1656 y le sucedió su segundo hijo, con el título de Afonso VI, menor de 13 años. Gobernó como regente su madre, la reina doña Luisa de Guzmán, hasta que él asumió el poder en 1662. La guerra prosiguió con victorias españolas de las fuerzas de don Juan de Austria o con victorias portuguesas como la de Líneas de Elvas en 1659, la de Ameixal en 1663 y la de Montes Claros en 1665. La de Ameixal fue la más importante, pues el invasor dejó 4.000 muertos sobre el campo y 6.000 prisioneros, además de mucho material. A cada

paso se confirmaba la Restauración. Si algunas colonias perdidas fueron recuperadas, como el nordeste brasileño, Tánger, Angola y São Tomé, Ceuta, Malaca y Ceilán no volvieron al imperio. Otras se habían ido como dote del casamiento de la infanta doña Catarina, hija de don João IV, con Carlos II de Inglaterra. A cambio de la ayuda prometida por él, la infanta llevó las fortalezas de Tánger y Bombay. También en la India, Cochim y Cananor habían sido perdidas.

Don Afonso VI fue depuesto del trono por un golpe de su hermano, don Pedro, que lo acusaba de incapaz, en 1667, quedando don Pedro como regente hasta la muerte del rey, preso en Sintra, en 1683. De hecho, Afonso VI era no sólo incompetente, sino también enfermo. Había sufrido de niño una parálisis que le afectó física y mentalmente. Durante esta regencia fue acordada la paz entre las dos Coronas en 1668 entre don Pedro y Carlos II, rey de España, poniendo fin a una guerra de 27 años. Portugal pudo retomar pacíficamente el destino como nación soberana.

Política y administración, 1640-1808

Con la dinastía de Braganza, al frente del gobierno está el rey de Portugal dirigiendo la máquina administrativa que actúa a través de las autoridades nombradas por él. La monarquía era la forma común entonces, pues sólo había repúblicas en pequeñas unidades como las Provincias Unidas de los Países Bajos o en algunas ciudades italianas, pero en ningún territorio extenso. Esto ocurrió durante casi toda la Edad Moderna. La idea común de monarquía se asociaba al absolutismo, hablándose incluso, a veces, de derecho divino. Ciertamente, ya en la Edad Media había teóricos de la política que reconocían el derecho de manifestación de la voluntad popular en todos los segmentos de la sociedad para frenar el ejercicio de la realeza y señalarle límites. Autores medievales y de los primeros decenios del siglo XV y del XVI consideraban legítima la resistencia a la tiranía.

En Inglaterra se llegó en el siglo XIII a la imposición de la Carta Magna, limitadora del poder del trono y garantía de los derechos generales. No sólo los teóricos, sino también los políticos pensaban en un gobierno sometido a la ley y hubo varias declaraciones de cartas de derechos. El pensamiento político más avanzado tuvo lugar en Ingla-

terra entre los teóricos del liberalismo, entre los cuales destacó John Locke. Con sus libros se constituyó en el ideólogo de la Revolución Gloriosa de 1688, que afirmó de una vez la función primordial del parlamento, acuñando la fórmula de una monarquía dependiente del poder legislativo. Éste, sin embargo, no es el lugar para consideraciones filosóficas o teorizantes.

Hay que notar que la monarquía de los Braganza, como antes la de Borgoña o la de Avis, no se rigieron por principios liberales, aunque tenía unas Cortes o Cuerpos que eran convocados para que opinaran sobre problemas del estado, como era el caso de las demás monarquías de entonces. Aún más: en los municipios existían las Cámaras, que reunían a personas para deliberar sobre asuntos locales y que podían incluso recusar las instrucciones llegadas de la Corte. Eran elegidos entre los llamados «hombres buenos» o personas de cierta categoría social. Como el cuadro de los electores y de los elegibles era muy restringido, no puede hablarse de liberalismo, ni siquiera en el sentido amplio de la expresión.

Política

Con la Restauración, no hubo un cambio repentino en la línea política en Brasil, pero, de hecho, el orden se alteró, como se hizo evidente algunas décadas después. Es siempre difícil en historia fijar el marco o la fecha de un cambio. Esto sólo es posible en el caso de un trato superficial de la historia política, cuando se adopta como referencia la sustitución de un gobernante por otro o alguna batalla notable en caso de guerra, en un esquema de historiografía convencional. Incluso la historia política, si se ve en profundidad, presenta dificultades, pues las más de las veces los cambios de gobierno o hasta de régimen pueden significar poco. Son, frecuentemente, un simple cambio de ocupantes eventuales del poder. El historiador desea el dato, el marco visible, para establecer sus periodizaciones, que son de tanta ayuda en la comprensión del proceso evolutivo. Marc Bloch decía que es un rasgo dominante del trabajo[1] de la llamada «tribu de los historiadores» la

[1] Bloch, M., *op. cit.*, p. 5.

«obsesión por los orígenes». Es un asunto difícil por el hecho de que la historia es un flujo continuo, de modo que es problemático escoger una fecha precisa, sin correr un riesgo de arbitrariedad o ligereza. Si el problema existe en la historia política, es más vivo aún en la social o económica, cuyos cambios reales son menos aparentes y que, cuando se verifican, acostumbran a llevar a errores.

En los dos primeros siglos, predominó lo particular sobre lo público. Al hablar de predominio, es preciso dejar bien claro que nunca hubo carencia de estado, que siempre actuó y estuvo presente. Acontece, sin embargo, que la autoridad puede ser forzada a delegar su poder en la iniciativa particular por intereses momentáneos. Tal fue el caso del gobierno portugués en los primeros años de la colonización, cuando estaba vuelto hacia Oriente, cuya abundante riqueza fue el primero en usufructuar y explotar, por el carácter pionero de su llegada a la India por vía marítima en 1498, realizando una vieja aspiración considerada imposible. Disponiendo de una pequeña población, no pudo entregarse a gestionar el vasto imperio, con tierras en Oriente, del próximo al más alejado, islas en los océanos Índico y Atlántico y posesiones en África y América. Brasil seducía menos y apeló a lo particular, comenzando la administración descentralizada, como se ha visto. Como el sistema no dio resultado, adoptó el gobierno general, centralizado, pero con muchas prerrogativas anteriores concedidas a la iniciativa privada, como también se ha señalado.

La codicia de los extranjeros que frecuentaban la costa para hacer contrabando o que intentaban incluso la conquista, alertó a las autoridades. Así ocurrió, sobre todo, con las dos grandes tentativas de la Francia Antártica en 1555 y de la Francia Equinoccial en 1612 (además de decenas de ataques en diferentes puntos, del extremo norte al sur, con insistencia en el nordeste). Más importante, por duradera y por amenazar la supervivencia del dominio, que llegó casi a la fragmentación, fue la conquista holandesa de 1624 a 1654. Esas amenazas alertaron a la Corona, que pasó a atender más a su posesión. El período filipino, cuando el poder era español, produjo las naturales consecuencias en la colonia. Algunas fueron benéficas, como el aumento de las penetraciones hacia el interior, ya que todo el continente estaba bajo el mismo dominio.

La Restauración suscitó algunos problemas en Brasil. El virrey, marqués de Montalvão, aceptó el nuevo orden. Había tomado pose-

sión el día 1 de julio de 1640, y el movimiento restaurador era del 1 de diciembre, aunque la noticia llegó a Bahía en febrero del año siguiente. Había dudas respecto a él, que se revelaron infundadas, pues procedió con corrección en relación con Portugal. Había problemas, pues parte de la guarnición estaba constituida por españoles y napolitanos (unas 600 plazas). El virrey ordenó que sólo los demás, portugueses y brasileños, mantuviesen las armas. Luego, comenzó las consultas secretamente con el obispo, el capitán de artillería y autoridades, oyéndoles uno por uno. Sólo después de conocer la opinión de todos, los reunió y se aclamó a don João IV. A pesar de todo, Montalvão fue víctima de un jesuita que tenía órdenes de Portugal para actuar en caso de que hubiese resistencia de la autoridad. No la hubo. Dos emisarios habían partido para Lisboa a confirmar el apoyo, cuando el jesuita, arbitrariamente, resolvió prender a Montalvão y mandarlo para el reino, quedando en su lugar una Junta de Gobierno. Al marqués se le reconoció su comportamiento, vino a ocupar cargos importantes, pero fue hecho preso otra vez, como ya lo había sido antes de venir a Brasil en su accidentada biografía.

Hubo, sin embargo, breves resistencias. Fue el caso de Río de Janeiro, gobernado por Salvador Correia de Sa. Hijo de española y casado con española, aceptó de buena voluntad el reinado de Felipe IV. Tuvo dudas al verlo sustituido por un portugués, al que sólo admitió después de oír a muchas personas, la mayoría de las cuales eran favorables al cambio. Apoyó, pues, esa corriente, sin preparar ninguna reacción por saberla inviable. Lo que contó, principalmente, fue el episodio de São Paulo, donde parte del pueblo no quiso reconocer al nuevo rey y prefirió aclamar a un paulista. Fue el episodio de la aclamación de Amador Bueno da Ribeira, el «paulista que no quiso ser rey». Aclamado sin ser oído, no consintió en aceptar, negándose y llegando a esconderse y a huir. El juramento de don João IV como rey en São Paulo se verificó el día 3 de abril de 1641.

Hubo quien vio en la aclamación de Amador un golpe español, pues flaqueaba la causa portuguesa. Amador tendría un vínculo con el orden establecido de subordinación a España. Todo indica que era una fantasía. No hubo intervención española en la aclamación del paulista, sino un intenso movimiento de la gente de São Paulo en los negocios de su tierra. Alguien había visto la posibilidad de que un nativo dirigiera el país, en precoz manifestación de independencia. El episodio

no tuvo profundidad y fue la expresión ligera e inconsistente de un pequeño grupo. Hoy se recuerda por los historiadores más por lo inusitado que por la posible victoria de una idea vaga, desprovista de base. Amador Bueno da Ribeira no renunció a nada, pues la oferta era inviable. Se reveló como hombre con un mínimo de buen sentido.

Realizada la Restauración, el gobierno portugués no se afirmó inmediatamente, pues tuvo que obtener el reconocimiento de las demás naciones y de la propia España, todas ellas envueltas en disputas diplomáticas o en guerras en el continente o a causa de las distantes colonias. Le costó afirmarse, por cierta fragilidad de la Corona portuguesa, con un rey enfermo como don Afonso VI, el sustituto de don João IV, y por las indecisiones en su deposición y en el gobierno del regente y después rey, don Pedro II, como se ha recordado ya. El primer rey no contestado fue don Juan V, ya en 1706. Ello no significa que en el largo ejercicio del poder por el regente o rey don Pedro II, a finales del XVI, no hubiese una administración a veces inteligente y dinámica, que se puso de manifiesto en la política industrialista del ministro conde de Ericeira, que intentó sacudir la modorra de la vida social y económica del país.

La historia política es la más estudiada en los libros de historia de Brasil, como se da también en otros países. Entre los autores con contribuciones más originales, destacan dos: Caio Prado Junior, con *Evolución política de Brasil*, de 1933, y Raimundo Faoro, con *Los dueños del poder*, de 1958. En el fondo, en cuanto al período portugués, defienden tesis aproximadas y complementarias, a pesar de partir de interpretaciones diferentes. Caio, desde el materialismo histórico, del cual fue pionero en el país. Faoro, sin renunciar a la misma teoría, le añade análisis de autores del siglo presente, más globales, debidos al impulso de las ciencias sociales. Caio dividió la historia colonial en dos períodos: el primero, hasta el final de las guerras holandesas; el segundo, hasta la venida de la Corte en 1808. Aparentemente simplificador, tiene una profunda razón de ser. En el primero, la acción del estado es mucho menos nítida que en el segundo. Faoro insiste en la misma dirección, sofisticándola al hablar de la política en dos fases. En la primera, por delegación del poder a la nobleza, hay algo más que el estímulo a sus acciones. Después, viene la transigencia, y el gobierno admite menoscabos a su autoridad, provocados por él mismo y consecuencia de los privilegios concedidos. Al final del siglo XVII, «hay un abierto desen-

tendimiento con el conflicto entre la voracidad fiscal de la Corona y la privatización del poder de los poderosos» [2].

El proceso apuntado por Faoro se comprende por los cambios verificados. El fin de las guerras holandesas y la Restauración de la Corona en Portugal en 1640 exigieron una administración más objetiva, definida en sus metas y procesos. Tuvo que ser más activa en la delegación de atribuciones. El país ya era mucho más conocido, podría decirse que menos desconocido. La economía comenzó a diversificarse un poco y a tener un cierto crecimiento. Las reivindicaciones políticas eran notas nuevas en el cuadro general, con protestas contra imposiciones antes comunes, preludio de contestación al sistema colonial. Su maduración llevó naturalmente a su superación. Contribuyó de modo decisivo en el cambio de actitud, el hallazgo de oro en cantidad suficiente para ser explotado con grandes beneficios. Así ocurrió en Minas en la última década del XVII. Se coronó la larga y ansiosa búsqueda originaria de los primeros tiempos, que fue uno de los factores de la exploración del territorio.

Hallado el oro, hubo un salto del litoral hacia el centro, donde estaba localizada la riqueza. Inmediatamente, comenzó a llegar gente en gran número y de todas las procedencias, no sólo paulistas sino también bahianos, gente de Río de Janeiro y del sur, así como los portugueses. De poco valieron las prohibiciones de emigrar, y millares atravesaron el Atlántico en busca del prometido Eldorado.

Como era frecuente en las zonas mineras, hubo un desorden inicial, debido al gran número de personas y a su condición aventurera y ambiciosa, así como al vacío en la zona, hasta entonces sin atención y, consiguientemente, sin autoridades oficiales. Las luchas fueron continuas, culminando en la llamada guerra de los «emboabas», entre paulistas y no paulistas, o entre los supuestos descubridores, que se consideraban dueños de todo, y los que acudieron seducidos por la riqueza. Se impuso entonces la presencia del estado, que estableció su máquina judicial y fiscal, funcionarios judiciales para garantizar el orden y fiscales para recaudar los impuestos debidos y ocultados por los interesados. Confirma la atención del estado la creación en 1709 de una unidad político-administrativa propia, que se separó de Río de Janeiro, la

[2] Faoro, R., *Os donos do poder,* Río de Janeiro, Editora Globo, 1958. p. 77.

capitanía de São Paulo y Minas de Ouro, integrada por las atractivas nuevas tierras. Fue el principio del orden en un territorio que lo desconocía. No fue fácil y los problemas continuaron. Para lograr una solución más efectiva, se impuso crear en 1720 la Capitanía de Minas Gerais como unidad autónoma.

Ninguna otra tuvo un desarrollo tan rápido. La población creció, se multiplicaron los núcleos urbanos, de modo que caracterizaron a la capitanía como una unidad de urbanización e industrialización precoces. La sociedad, consiguientemente, fue más abierta, no cerrada en el esquema de señor y esclavo. Ofreció perspectivas a las capas medias, comerciantes, artesanos y funcionarios, y a muchos marginados, así como a aventureros de todo tipo, que esperaban oportunidades para hacer negocios, y a jugadores, vagabundos y prostitutas. Como los habitantes tenían como función predominante el trabajo minero, se desperdigaron por las tierras y por las márgenes de los ríos para el trabajo en batea. No había entonces recursos financieros ni técnicos para explotar el posible oro de las minas. El descubrimiento de diamantes en 1729 hizo el cuadro más complejo y agitado y exigió la creación del Distrito Diamantino. Se aisló dentro de la capitanía una larga zona, severamente vigilada (un estado dentro del estado), con autoridades que ignoraban a las de la capitanía e incluso a las del gobierno general, relacionándose directamente con Lisboa.

Había necesidad de producir bienes de consumo, que fue el origen de la referida incipiente industrialización, mucho menos desarrollada en otros centros. Se produjo también el establecimiento del comercio con el norte y el sur, como primer momento de relaciones entre las varias partes de la colonia, hasta entonces aisladas. El sur, con base en la ganadería, se desarrolló para abastecer a las minas. Como el eje de la vida económica se desplazó del norte, se realizó en 1763 el cambio de la capital, de Salvador a Río de Janeiro. Esto fue provocado no sólo por las minas, sino también por las guerras en el sur con los españoles, a causa de los límites entre los dos imperios. Aunque hubo mucho de ilusorio en esa explotación (no se estaba, de hecho, en El-dorado), la población en gran parte permaneció allí, y la capitanía central fue bastante numerosa, destacándose entre las demás. El momento decisivo de ese proceso fue la guerra de los «emboabas» de 1708 a 1710. Los paulistas, vencidos, fueron en gran número hacia el interior, explorando el centro-oeste. En seguida, el gobierno central, para garan-

tizar el orden en esas tierras distantes, creó las capitanías de Goiás y Mato Grosso.

Los mineros eran más vigilados que los demás. El aparato estatal era amplio y severo para desarrollar en el pueblo la conciencia de su realidad. Puede decirse que aquí tuvo su origen el sentimiento nacional brasileño, no sólo por la actividad política, sino también por la cultural, con la creación del primer movimiento artístico homogéneo, reflejado en una escuela literaria de alto nivel, unas artes plásticas superiores, expresadas en la arquitectura, escultura y pintura, y una escuela de compositores musicales. Esta escuela fue llamada barroca, como se hizo con las demás artes, en un uso de esta expresión a la que quizás fuese mejor sustituir por la de rococó.

Es importante asociar el impacto de la guerra de los «emboabas» con otro hecho ocurrido en los mismos años, entre 1708 y 1710, en Pernambuco, hasta entonces la zona de más importancia económica, la de la producción de caña de azúcar, actividad agro-industrial que era la mayor generadora de capital para la metrópoli. Fue la guerra de los vendedores ambulantes, tan interesante y significativa como la otra, la de los «emboabas». Era el choque entre lo que podría llamarse, forzando un poco la expresión, el Brasil arcaico y el Brasil nuevo. Se enfrentaron Olinda y Recife. Aquélla era el primer núcleo urbano importante de la capitanía de Pernambuco, la más desarrollada de las unidades creadas por don João III. En Olinda se asentaban el gobierno y los grandes señores de los ingenios, latifundistas creadores de la mayor riqueza de la colonia, la caña de azúcar. En torno a esa producción, se desarrolló una sociedad bien estratificada de señores y esclavos, con mínimas perspectivas para las capas sociales medias. Una vasta bibliografía historiográfica y sociológica, además de literaria con ficción y poesía, la refleja en sus páginas, con la clásica dicotomía de casa grande y choza.

Olinda era una villa celosa de sus prerrogativas, a veces, arrogante y arbitraria. Muy cerca se desarrolló otro núcleo, Recife, que creció y ganó consistencia durante la ocupación holandesa. Expulsado el conquistador, continuó siendo el centro de los negocios de antes, con hombres ricos dedicados al comercio, a las finanzas, a los préstamos a los señores de los ingenios, muchas veces divididos por cosechas pequeñas, malos negocios o expoliaciones. Los ricos recifenses adelantaban recursos con intereses excesivos. Los agricultores no podían pagar y tenían sus bienes bloqueados o confiscados. Olinda miraba con des-

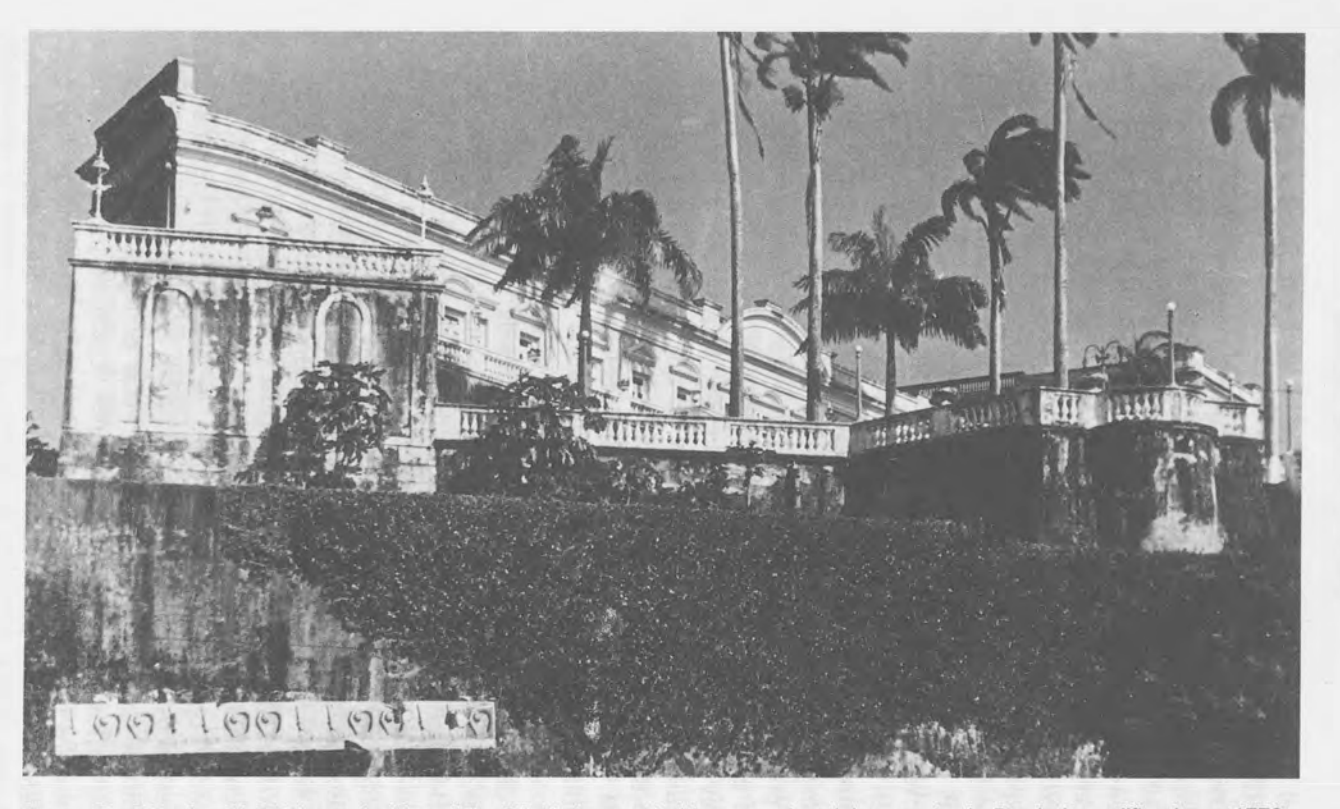


Figura 2. Palacio del Gobierno de Maranhão, São Luis, construido por orden del marqués de Pombal, reedificado en 1772. En 1925 recibió el nombre de *Palácio dos Leões*. Este edificio ha sido objeto de varias modificaciones. (Fotografía de la colección del Archivo de la Secretaría do Patrimônio Histórico e Artistico Nacional).

precio a los moradores de las localidades vecinas, llamándoles vendedores ambulantes, expresión utilizada para designar despectivamente a los comerciantes. Había aquí un parecido con las disputas entre el noble y el burgués. Aquél era el señor del ingenio, de hábitos y prejuicios aristocratizantes; éste era el portugués o brasileño más modesto, que no sentía necesidad de ostentar su nivel en buenas casas, ropas y patrones de vida de los ricos. Naturalmente, en tanto que aquéllos ganaban y acumulaban, éstos iban perdiendo importancia.

Recife se había desarrollado y, naturalmente, aspiraba a ser tratada como la otra y no quería depender de ella. La primera señal de emancipación fue el título de villa, manifestado en el levantamiento de la picota. El gobierno portugués reconoció esa necesidad, e incluso imposición, y resolvió concederle el deseado título. Sintiéndose afectados, los olindenses no aceptaron la medida. De ahí el choque entre las dos. En el fondo, un choque de intereses o de clases. Empleamos la expresión con reservas, pues el país no tenía la madurez suficiente para su uso. Como era natural, Recife salió victorioso, consolidó la conquista del título y se consagró su supremacía política y económica, adquirida por su grado de desarrollo.

La guerra de los vendedores ambulantes, curiosamente en el mismo año que la de los «emboabas», tiene un significado equivalente al movimiento ocurrido en Minas. El gobierno, que había tolerado los excesos de los señores, incluso promoviéndolos con el estímulo del caudillaje (como observan Caio Prado Junior, Raimundo Faoro y otros estudiosos atentos), bien en el nordeste azucarero o en el centro minero o en el sur pastoril, después de soportar los pequeños toques a su autoridad desde la Restauración, ya no aceptó el pleno privatismo y quiso frenarlo, consiguiéndolo en parte. Entretanto, la máquina del estado funcionaba bien, junto con la justicia y el fisco, disminuyendo la acción de los señores, quizás más en Minas que en Pernambuco. El siglo XVIII representa, pues, la afirmación del estado, el predominio de lo público sobre lo privado. Ese cambio en el ejercicio político fue fortalecido en el transcurso del siglo, alcanzando su plenitud en el gobierno de don José I (1750-1777), debido menos a la personalidad real que a su ministro, el todopoderoso marqués de Pombal, que dominaba la situación con su voluntad, inteligencia e incluso arbitrio, como expresión portuguesa del llamado despotismo ilustrado, cima de la política mercantilista.

En el análisis de la política colonial se pone siempre el acento en la discusión sobre el sentido general del proceso de la sociedad: feudalismo o capitalismo. En los escritos era tesis común inclinarse por el feudalismo. Se basaban los autores, sobre todo, en la primera forma adoptada por el administrador, eminentemente descentralizada, como se ha visto en el régimen de las capitanías hereditarias. Había, de hecho, en ellas características feudales con la tierra donada a los señores, que eran sus propietarios y que la transmitían a sus descendientes, pudiendo disponer del patrimonio y donarlo a otros en sextas partes. Podían establecer y cobrar contribuciones, ejercer funciones judiciales en lo civil y en lo criminal, fundar poblaciones y nombrar funcionarios. En sus tierras estaban libres de tributos, excepto el décimo, tenían la redécima (un décimo de la décima de las rentas de la Corona y del maestrazgo de la Orden de Cristo), un vigésimo del palo de brasil, una décima del quinto pagado a la Corona por las piedras y metales preciosos y la redécima de los derechos pagados por los géneros exportados, además de otros privilegios menores. El estado no estaba ausente, pues a la Corona se reservaban ciertos monopolios como el del palo de brasil (equiparado a las especias), ciertos tributos como el décimo y el quinto de las piedras y metales preciosos.

En realidad, esa estructura de la sociedad y del poder era feudal. Sólo existía en los derechos de concesión, pero no en la práctica. El sistema fue establecido en 1534 y fue renovado en 1549 con la creación del gobierno general. La Corona continuó donando capitanías, pero sin los mismos privilegios. Las donadas anteriormente fueron recuperadas poco a poco, como ocurrió de inmediato con Bahía para que fuera sede del nuevo gobierno. Pernambuco fue reintegrada después de la guerra con los holandeses. Otras varias lo fueron antes por no haber sido aceptadas por los concesionarios a causa de desinterés o falta de los recursos indispensables que necesitaban ser invertidos. Algunas por compra; otras, por imposición.

El carácter feudal podía aparecer también en la estructura de la sociedad, de rasgos patriarcales. El señor encarnaba todos los papeles, a la manera de la sociedad descrita por la Biblia y otras registradas por la historia. Era el jefe político y agente económico, asumiendo de hecho todos los papeles sociales de su tiempo. Esas características se fueron debilitando con el proceso de urbanización, pues sólo existen en el mundo rural. Los rasgos feudales son aparentes y de corta trayecto-

ria. Se caracterizaba como feudal el sistema brasileño a la vista de las medidas iniciales, luego revocadas y nunca del todo cumplidas. Ateniéndose a esos rasgos, muchos estudiosos adoptaron la tesis. Contribuyó decisivamente para su invalidación la visión dinámica de la trayectoria brasileña y, sobre todo, el análisis de la realidad económica hecho por los estudiosos. La historiografía económica apareció tardíamente, pues antes era esencialmente política. En Brasil, hay que fechar su cultivo sistemático a partir de los años treinta de este siglo, es decir, una existencia de cerca de sesenta años.

Los historiadores de la economía afirman claramente el carácter capitalista del proceso, como se ve en Roberto Simonsen, Caio Prado Junior y Celso Furtado, por citar sólo a los principales. La tesis echó raíces y es, en general, aceptada, constituyendo una inflexión de la línea interpretativa dominante hasta ese momento. La idea es natural entre los economistas, pues ven en la aventura expansionista de los siglos XV y XVI y en la consiguiente colonización una «inmensa empresa comercial», «un capítulo de la historia del comercio europeo», en palabras de Caio Prado Junior[3]. En el estudio de los aspectos económicos se ha destacado que en Brasil se instituyó una economía para la producción de géneros destinados a la exportación y para uso del colonizador, que se reservó el derecho de elaborar la materia prima, quedándole a la colonia sólo su producción. Así fue en Brasil, en América, en general, y en todas las demás zonas, pues la política dominante en la Historia Moderna, del siglo XV al XVIII, fue el mercantilismo, que oficializó el llamado «Pacto colonial», es decir, la colonia existe para producir para la metrópoli.

Dado que en Brasil no se encontró una riqueza ya disponible como en la India, era preciso crearla, pues la simple extracción, como ocurría con el palo de brasil y otras, era poco. Se impuso entonces establecer y desarrollar una agricultura, como Portugal ya había hecho en algunas de sus islas del Atlántico. Comenzó entonces la actividad económica. Ésta sólo puede ser hecha obedeciendo a ciertas exigencias, como la producción en grandes cantidades para la exportación y, por eso, el latifundio y el uso del trabajo de los esclavos, dado que los

[3] Prado Júnior, C., *Formação do Brasil contemporâneo*, 16ª ed., São Paulo, Editora Brasiliense, 1979, p. 22.

colonizadores eran pocos y no admitían los trabajos pesados de la agricultura en zonas ecuatoriales o tropicales. Se impuso el monocultivo, que es lo que permite obtener cantidades significativas y comercialmente aprovechables, y la propiedad de grandes extensiones de explotación. La esclavitud fue fundamental para el proceso. El sistema antiguo de trabajo, básico en las civilizaciones del pasado, sustituido al final de la Edad Antigua y en casi toda la Edad Media por la servidumbre, resucitó con ímpetu al comienzo de la Edad Moderna, cuando se produjo la esclavización de los africanos para resolver el problema de la mano de obra en el mundo americano. La venida de millones de negros es, sin duda, el mayor ejemplo de migración pasiva de la historia. El esclavo fue uno de los elementos necesarios para estructurar el capitalismo. Esa forma no niega el sistema que comenzaba, antes bien, lo reforzó y fue uno de sus aspectos más notables al principio.

La economía se desarrolló con base en el célebre trinomio: monocultivo, latifundio y esclavitud. Fue el fundamento del azúcar del nordeste y, en mucha menor medida, del algodón y del tabaco. La economía destinada a la exportación requería enormes volúmenes, caracterizando la actividad del sistema económico que comenzó a ganar vigor en el siglo XVI, en gran parte, con la contribución colonial, que fue uno de los factores del capital mercantil y primer momento de la historia del capitalismo moderno.

Era una economía vuelta hacia fuera, contraria al régimen feudal, pues el feudalismo producía para el consumo inmediato y local, no para el comercio a distancia. El feudo era una pequeña unidad que no admitía crecimiento. La economía feudal estaba limitada en todos los sentidos y era adversa a toda innovación tecnológica. El capitalismo no se limita, sino que incentiva los desdoblamientos y la invención, teniendo como objetivo la producción y la productividad. Es lo que se buscaba en las colonias, de modo todavía restringido, pues el capitalismo sólo adquirió su fisonomía dinámica e innovadora en su fase industrial o financiera, no en la mercantil, primer momento del sistema. Esas características podían encontrarse en la economía brasileña. La colonización del Nuevo Mundo no prolongó el ciclo feudal, sino que inauguró el sistema capitalista. El reconocimiento de estos rasgos ha llevado a caracterizar el proceso brasileño como capitalista.

El debate ha hecho correr mucha tinta en análisis y libros, pues queda de hecho una supervivencia de rasgos feudales en el Brasil de la

Colonia, en el siglo pasado y en el actual. Los sistemas sociales no desaparecen del todo, como tampoco surgen repentinamente. Se ha intentado encaminar el debate hacia otras fórmulas: la de un feudalismo especial o precapitalismo. El economista Ignacio Rangel llegó a hablar de una dualidad básica de la economía brasileña. Habría una forma interna de tipo feudal, y un aspecto externo de tipo capitalista [4]. Hay quien niega el precapitalismo, con la caracterización de la economía de la Colonia como parte del capitalismo general. Si estaba menos evolucionada que la de los centros dominantes, era por ser una proyección de ellos y de sus intereses. Su forma tosca, atrasada o estancada se debía a que formaba parte de un conjunto que la condicionaba o determinaba.

Hablar de dinamismo y sentido empresarial de la economía del período es una exageración, pues era poco dinámica y carecía de sentido empresarial, aproximándose más al trabajo de los señores o de los ricos, de rasgos inmovilistas, típicos de la nobleza antigua con su culto o valores como la ociosidad y la ostentación, a gran distancia del sentido burgués. Por ello, se habla también de estamentos y órdenes y no de dinamismo de clases. Como puede verse por la simple mención de estos términos, el debate introduce conceptos modernos de la ciencia social de hoy, cayendo en cierto anacronismo.

Además, el deseo de caracterizar una forma tiene mucho de arbitrario o artificial. Es ocioso discutir sobre el feudalismo brasileño como réplica al sistema feudal, si éste, de hecho, apenas existió. El concepto de feudalismo tal como lo emplean los historiadores es discutible, si no contestable, ya que hay que recordar que el sistema presentado sólo se refiere a la Francia de determinada época. Los otros feudalismos son aproximaciones más o menos válidas de esa realidad. El feudalismo es un modelo ideal, por usar el concepto de Max Weber. Como forma pura existe sólo idealizado. Es una construcción mental acuñada para análisis, que no pasa de ser una aproximación más o menos feliz si se aplica a otras realidades. Lo mismo se podría decir del capitalismo, también un modelo ideal, aunque más elaborado y reconocible por estar más próximo a nuestro tiempo. Reconocer este hecho no es procla-

[4] Rangel, I., *Dualidade básica da economia brasileira,* Río de Janeiro, Instituto Superior de Estudos Brasileiros, 1957.

mar la inutilidad del debate, pues el estudio o análisis con esas categorías tiene una función didáctica, clarificadora de una realidad.

Debe hacerse referencia a la política diplomática de Portugal con España, que implicaba las cuestiones de límites en tierras americanas. Portugal se adelantó en el expansionismo, pero la cuestión comenzó justo después del viaje de Colón en 1492, con la arbitraria partición de las tierras entre las dos Coronas por una bula contestada, y cuando se firmó el Tratado de Tordesillas en 1494. Era impreciso y dividía un universo no conocido. En virtud de él, Brasil, todavía ignorado, pertenecería sólo en parte a Portugal, con una amplia zona, la mayor, en poder de España. Una de las páginas sensacionales de la historia brasileña fue precisamente la exploración del territorio sin respeto a Tordesillas. Fue la gran obra de los siglos XVII y comienzos del XVIII, realizada por paulistas en el sur y por paulistas y otros en el centro-oeste y en la Amazonia, como se ha dicho antes. El período filipino aumentó las oportunidades cuando el gobierno era uno solo, aunque el ansia de penetración lo antecede y sucede.

Sin hablar de otros tratados portugueses con Inglaterra, Francia y los Países Bajos, se hicieron con España los relativos a las fronteras entre los dos imperios de América, de particular interés. La zona entonces viva y provocadora de fricciones fue el sur, sobre todo, la llamada Colonia del Sacramento, permanente punto de disputa, o las zonas del Río Grande de San Pedro (actual estado de Río Grande del Sur), que fue una zona integrada tardíamente en el mundo portugués, pues se hizo a finales del siglo siguiente a la conquista. Portugal tuvo prioridad en el conocimiento del Río de la Plata y en la ocupación de tierras en sus márgenes, pero el poblamiento fue hecho más por los españoles. El portugués fue osado al fundar en 1680 la Colonia de Sacramento, ante Buenos Aires, fundado en 1536 para afrontar a los portugueses, situados muy cerca. El punto escogido por los portugueses fue retomado por los españoles, que lo perdieron y recuperaron más de una vez. En el Tratado de Utrecht de 1715 (no el principal, el del final de la Guerra de Sucesión en España, de 1713), la Colonia de Sacramento fue reconocida como portuguesa.

Mientras se mantuvo la controversia, el gobierno del sur de Brasil creó en 1737 la Colonia de São Pedro o Río Grande de São Pedro. Procedió a administrarla con sabiduría, intentando el poblamiento con brasileños y azorenses. También pobló las tierras más al norte, en San-

ta Catarina. La Colonia de Sacramento fue disputada precisamente por falta de ocupación brasileña o portuguesa.

Para resolver las dudas se llegó a un tratado realmente importante, el de Madrid en 1750. Además del caso del sur, hubo expansión en la Amazonia, reconocida su conquista por la propia España. El Tratado se hizo como acuerdo general, que reconoció las tierras ocupadas por los portugueses más allá del meridiano de Tordesillas. Contribuyó a ello el trabajo del brasileño Alexandre de Gusmão, consejero de don João V en la defensa del *uti possidetis*, o sea, cada uno queda con lo que tiene. Los portugueses transgredieron la línea en América y los españoles hicieron lo mismo en Asia.

En el caso de los límites americanos, lo importante fue que España cambió la Colonia de Sacramento por las Misiones de Uruguay, además de otros ajustes en el sur, en el oeste y en la Amazonia. El Tratado reconoció los límites, pero no era fácil la demarcación, no sólo por el escaso conocimiento de las zonas, sino también por las guerras guaraníes entre 1753 y 1756, mantenidas por la población india e incentivadas por los jesuitas, enemigos de los portugueses a causa de la destrucción de sus reducciones. El difícil cumplimiento del Tratado de Madrid condujo a otro, el de El Pardo, en 1761, que anuló el primero. Los combates entre portugueses y españoles continuaron hasta el Tratado de San Ildefonso de 1777. Condujo a una suspensión de las hostilidades y tuvo en cuenta los intereses de las dos Coronas y también de Inglaterra y Francia. Portugal perdió la Colonia de Sacramento y los Siete Pueblos de las Misiones Orientales de Uruguay. Se vio como perjudicial para los intereses portugueses, impuesto por la fuerza española que se apoderó del Río de la Plata, aprovechando la debilidad política de los primeros días del reinado de doña María I y el alejamiento del marqués de Pombal, pero no lo fue tanto. Se hicieron más tratados entre las dos partes, pero los problemas se solucionaron muchos decenios después.

Lo importante, sin atender a pormenores geográficos, fue que al final del dominio ibérico en América, con las independencias conseguidas entre 1810 y 1830, los límtes de Brasil ya estaban determinados. Fueron obra de las conquistas brasileñas y portuguesas y de la diplomacia portuguesa. Las jóvenes naciones americanas surgidas a comienzos del siglo XIX tuvieron que hacer sólo pequeños ajustes, en un trabajo completado por diplomáticos del imperio y del comienzo de la

república. Las fronteras entre Brasil y las repúblicas vecinas son pacíficas y el mapa de América del Sur en cuanto a Brasil quedó fijado ya en el período portugués, en lo fundamental. Después, sólo se hicieron ajustes mínimos.

Administración

La dinastía de los Braganza duró de 1640 a 1910, año en que fue proclamada la república en Portugal. En Brasil duró hasta 1822, pues los Braganza desde entonces en el trono ya no eran jefes portugueses, aunque don Pedro I fuese portugués de nacimiento. Después de la Restauración fueron reyes: don João IV (1640-1656); don Afonso VI (1656-1667); hasta 1662, regencia de doña Luisa de Gusmão; don Pedro, regente (1667-1683; como don Pedro II, 1683-1706); don João V (1706-1750); don José (1750-1777); doña María I (1777-1791; enferma desde 1791 a 1799, el poder fue ejercido por su hijo, príncipe don João; don João, regente, por el apartamiento por enfermedad de doña María I, 1799-1816); don João VI fue rey desde 1816 en adelante. Desde 1808, la Corte estaba en Brasil, por motivos que veremos más adelante. La monarquía portuguesa casi no interesaba en su país y no decía nada en Brasil.

Si contaba el nombre del rey, contaba más el de los secretarios, equivalentes a ministros, pero más que los secretarios contaban los órganos de la administración, que decidían las cosas de Portugal y su imperio. Algunos de esos órganos actuaban de modo decisivo en Brasil, como se puede demostrar. Como la economía portuguesa estaba centrada en el exterior, en el imperio, el principal departamento oficial durante el primer siglo fue la Casa de la India, especie de Ministerio de las Colonias. Por ella pasaba cuanto se refería a la búsqueda de riquezas y al personal encargado, como funcionarios fiscales y técnicos. De ahí la importancia de las leyes reguladoras y de los reglamentos generales de los funcionarios desde los más simples a los más importantes, desde los procuradores de Hacienda a los gobernadores generales, fuesen o no virreyes, y a los gobernadores de las capitanías.

No todo era fiscal. Estaba también la Mesa de Conciencia, creada en 1532 y ampliada en 1551 (después, Mesa de Conciencia y Órdenes). Todo asunto eclesiástico dependía de ella, así como las cuestiones

suscitadas en las Órdenes Militares o en la Universidad de Coimbra. Decidía sobre los bienes particulares y las herencias, cuidaba de bienes materiales y espirituales, de los difuntos y de los ausentes. A finales del XVI, en 1591, fue el Consejo de Hacienda el que se encargó de asuntos referentes al Consejo de la India y de otros. Era algo así como el Ministerio de las Colonias. Creación del período filipino, también fue creación suya el Consejo de la India y Conquistas Ultramarinas, de 1604, para separar de modo nítido los asuntos de la metrópoli y los de las colonias. La administración era muy confusa, con redundancias y contradicciones, como es sabido. No se distinguía bien lo relativo a la Corona y lo de las autoridades, lo público y lo privado. La administración tenía mucho de patrimonial, estaba lejos de ser burocrática, por usar los conceptos de la sociología de Max Weber, sólo posible en nuestra época. El Consejo de la India y Conquistas Ultramarinas vivió sólo diez años, dedicado a comprobar la fluidez de la máquina del Estado.

El órgano más importante de hecho, por la amplitud de sus funciones y de su actuación real, fue el Consejo Ultramarino. Estaba ligado a la Restauración, como se ve por la fecha de su establecimiento, 1642. Los negocios de la Hacienda de Ultramar pasaron a ser de su competencia. Cuando iba para fuera o venía de fuera era objeto de sus cuidados, como la provisión de funcionarios, excepto los obispados y cargos y quehaceres eclesiásticos. En el órgano había dos consejeros hidalgos para tratar los problemas de la guerra y documentos relativos a los virreyes, gobernadores generales y capitanías. Al consejero letrado le correspondía decidir asuntos judiciales. Evidentemente, esa primera estructura sufrió muchas alteraciones en el transcurso del tiempo. El rey podía dirigirse al Consejo, así como las diversas partes, públicas o particulares.

Daba orientaciones, instrucciones normativas o la línea general a seguir en materia económica y jurídica. Los consejeros escribían sus opiniones que iban al secretario de Estado o de las Mercedes (después de 1736 podían ir la secretario de Asuntos de Marina y de Ultramar), que los llevaba al rey para su estimación. Una vez aprobados, volvían al Consejo para su debido cumplimiento y comunicación a las partes. Con el tiempo, las atribuciones disminuyeron por la existencia de otros órganos de finalidades específicas. El Consejo Ultramarino fue durante la colonización portuguesa en Brasil el órgano más poderoso, el que

tenía más atribuciones y el más consultado. Como tenía un campo muy amplio, era natural que procediese con cierta lentitud, la famosa morosidad de los departamentos públicos. Para su cuerpo de funcionarios el gobierno designaba siempre a personas de gran competencia, por los cargos ejercidos en las más diversas funciones o unidades del imperio. Varios virreyes o gobernadores generales de Brasil o de las capitanías integraron sus cuadros, garantizándole un alto nivel. La primera reunión, en diciembre de 1643, fue presidida por Jorge de Mascarenhas, marqués de Montalvão, virrey de Brasil de 1640 y 1641. Con modificaciones sobrevivió a la Secretaría de Estado de Asuntos de Marina y Dominios de Ultramar, creada en 1736. En Brasil dejó de actuar con la venida de la Corte y fue sustituida en 1808 por el Tribunal de Despacho de Palacio.

En el país los jefes de Estado eran los gobernadores generales. Algunos tuvieron el título de virrey. El primero fue Jorge de Mascarenhas, marqués de Motalvão, que lo ejerció del 21 de julio de 1640 al 16 de abril de 1641. No todos los titulares del cargo tuvieron el título. El tercero fue don Pedro Antonio de Noronha Alburquerque e Sousa, de junio de 1714 a agosto de 1718. Desde este año, todos los gobernadores generales fueron virreyes; hasta 1763 en Bahía y, después, en Río de Janeiro. El último fue don Marcos de Noronha e Brito, que tomó posesión en junio de 1806. Desde 1808, con la presencia de la Corte, no hubo motivo para la existencia del cargo. Existieron innumerables gobernadores generales o capitanes generales de las capitanías. Muchos tuvieron reglamentos, a veces repetitivos, mera formalidad. Algunos casi no recibieron instrucciones para gobernar. La costumbre de entonces era que la autoridad, al dejar el cargo, tuviese que presentar cuentas, práctica conocida como *dejar residencia.* Algunas de esas instrucciones o presentación de cuentas son importantes para entender la vida brasileña en todos sus aspectos, no sólo los políticos o administrativos.

Además de esas autoridades, había un gran número de funcionarios, fiscales o judiciales. Los cargos no siempre estaban bien definidos, produciéndose conflictos de jurisdicción por falta de claridad.

Creció la fluidez de los cargos. El de escribano de pureza, por ejemplo, creado en el siglo XIV, raramente fue provisto. La Restauración lo suprimió y asumió sus funciones el cargo de secretario de Estado, auxiliado por ministros asistentes. En 1643, se creó la Secretaría de Estado, auxiliado por ministros asistentes. En 1643, se creó la Secre-

taría de Mercedes y Expedientes. Después, la Secretaría de Firma. En el reinado de don João V, un acto de 1736 reorganizó la administración, dándole objetividad y rigor, creando la Secretaría de Estado de Asuntos Interiores del Reino, de Negocios Extranjeros y de Guerra, Marina y Negocios de Ultramar. Estas tres Secretarías tenían subordinadas a las antiguas Juntas, Mesas o Consejos y fueron un paso adelante, en busca de la racionalidad del estado moderno. Doña María I creó en 1788 la Secretaría de Negocios de Hacienda.

En la organización judicial estaba el oidor, los jueces ordinarios, jueces de fuera, jueces de la veintena, jueces de huérfanos, escribanos de lo público judicial y notas, notarios de lo judicial, escribanos de huérfanos, alcaides, merinos, inquisidores, cuadrilleros, almotacenes (encargados de vigilar los pesos y medidas y la calidad de los géneros) y proveedores de difuntos y ausentes. En Hacienda también había muchos funcionarios. La legislación, a través de leyes, avisos, edictos y otras normas, era abundante y, a veces, confundía más que esclarecía. Ciertos asuntos provocaron mucha normativa legal, como los referentes a indios y africanos, esclavitud, y libertad. Fue intenso el debate sobre la libertad del indio, notablemente en el norte y en el extremo sur, repitiéndose en Brasil en cierto modo el famoso debate de la América española entre Las Casas y Sepúlveda, aunque sin la misma intensidad y rigor, pues la cuestión indígena era aquí menos viva. Otros temas que originaron mucha legislación fueron el de las minas y el de la prohibición de extranjeros inmigrantes, siempre muy vigilada.

Estaba prohibida la presencia extranjera, pero siempre la hubo, desde los primeros años del siglo XVI. La venida de portugueses estaba vigilada, pero se sabe que vinieron muchos, como ocurrió en el período filipino y, sobre todo, en el siglo XVIII, con la atracción de las minas que provocaron una verdadera marea. Es curioso recordar que la venida de europeos a la América portuguesa fue de carácter medio. Desde el siglo XVII hasta finales del XVIII, vinieron muchos ingleses a sus colonias del norte. En el siglo XVII partieron de las Islas Británicas cerca de 500.000; en el XVIII, 1.500.000, en tanto que de España a América, de 1509 a 1590, sólo vinieron 150.000 [5]. Son números discu-

[5] Simonsen, R., *História econômica do Brasil*, 3.ª ed., São Paulo, Companhia Editora Nacional, 1907, pp. 380-381.

tibles, sobre todo los referentes a las migraciones españolas, debiendo ser vistos sólo como indicadores. El número de portugueses emigrados fue muy superior al español, pero, seguramente, mucho menor que el de los ingleses.

De acuerdo con estudios hechos, en 1549 habría de 2.000 a 3.000 portugueses en Brasil; en 1580, de 12.000 a 15.000; en 1640, de 250.000 a 300.000; en el siglo XVIII, 300.000 (datos de una comunicación al Congreso en 1940). Con la independencia en 1822 hubo una parada, fácilmente explicable, y en la segunda mitad del siglo, un nuevo impulso. Joel Serrão, historiador de la demografía y de la emigración portuguesa (es digna de mención su distinción entre emigrante y colonizador), presenta números un poco diversos. Consciente de la falta de datos, escribe que «antes de 1855 se sabe poquísimo en términos cuantitativos». Si es difícil el problema en el siglo XX, imagínese en períodos anteriores. Serrão considera que en el Portugal metropolitano, en 1527, había una población de 1.400.000. En cuanto a portugueses en Brasil, calcula, siguiendo a Vitorino Magalhães Godinho, que a mediados del XVI había 2.000 blancos y 4.000 esclavos. En 1576, entre libres y esclavos, 57.000. La población habría sido cuadruplicada entre 1580 y 1600. Recuerda las medidas prohibitivas o que dificultaban la emigración a lo largo del XVII, prueba de su constancia, amenazadora para el reino [6].

Es interesante subrayar la condición del emigrante. El inglés viene para quedarse, fundando una Nueva Inglaterra por motivos políticos y religiosos; el español, en parte, también (el acto de Cortés, ordenando el incendio de los navíos, quedaría como símbolo). El portugués, en general, venía solo, sin familia, para ganar dinero y volver. Las diferentes condiciones de la emigración, sus motivos aparentes o reales, explican en gran medida las diferencias de las colonizaciones en el mundo americano.

No viene al caso intentar esclarecer las peculiaridades de la vida administrativa brasileña, pues la tarea, además de difícil, es en gran parte inútil. Las autoridades, aunque tenían reglamentos, instrucciones y leyes, procedieron en general sin atender a los documentos ordena-

[6] Ferenczi, I., «Migrations (Modern period)», *Encyclopaedia of the Social Sciences*, vol. 9, Nueva York, The Macmillan Company, 1950, pp. 429-430.

dores. La época era de política absolutista. Además, la distancia de la colonia en relación con la metrópoli hacía que todos estuvieran allí voluntariamente, fuera de la vista de sus superiores, procediendo con libertad y sin temor a sanciones. El cuadro resulta más comprometido por la existencia del indio y del africano, considerado como posible subyugado por el régimen esclavista. La mayor parte estaba, de hecho, subyugada. La sociedad en Brasil no se regía por normas rígidas, sino, al contrario, muy flojas.

Otra esfera de poder era la municipal. El derecho portugués la trató mucho, pues el municipio es de tradición romana. Desde los primeros años de la nación, se piensa en esa entidad, la menor como territorio pero básica para las decisiones políticas, ya que en las villas y ciudades se decide el rumbo a seguir. Todo era hecho por los llamados *hombres buenos*, los únicos que podían votar y ser votados. En Portugal en los siglos medievales, eran unas pocas personas determinadas, que se confundían con los más ricos, los conceptuados jefes de familia, las personas honradas más notorias de la localidad. Con la evolución de las profesiones y de otros conceptos de riqueza, los labradores o los comerciantes prósperos pudieron ser designados. Trasladado el concepto a Brasil, muchos poblados no tenían moradores notorios por sus hechos o fortuna, de modo que llegaron a ser considerados *hombres buenos* quienes no lo serían en una ciudad como Río de Janeiro, Lisboa u otras.

En el Código Alfonsino las atribuciones de la Cámara (o Senado de la Cámara) estaban delimitadas, aunque sin la necesaria claridad, como era común en los documentos de la época. La ciudad de Lisboa quedó como patrón a seguir. Por ser la capital, por su posición, número de habitantes y la peculiaridad de centro de un inmenso dominio, tuvo una complejidad que no podía ser modelo en otras partes. El Código Alfonsino reguló el asunto. Reforzó la materia el Reglamento de los Oficiales de las Ciudades y Villas de estos Reinos, de 1504, especie de breviario de la administración local. Era el reinado de don Manuel, que lo corrigió en su Código de 1514 o 1521. Sus normas fueron probadas en todas partes, con adaptaciones y aproximaciones, como se vio en Brasil. Más importante fue su modificación por el Código Filipino, que tuvo mayor vigencia, desde 1603.

País de dimensiones continentales y mínima ocupación, eran raros los núcleos urbanos. São Vicente fue la primera villa y Salvador, la pri-

mera ciudad. Tuvo el título por ser creada para sede del gobierno, que como los obispados sólo podía estar en ciudades. No está clara en algunos casos la razón del título de ciudad concedido a ciertos núcleos como Cabo Frío o Filipeia. Lo más común era el título de villa. Al final del dominio portugués había en Brasil 12 ciudades y 213 villas, muy poco para una región tan amplia.

En las Cámaras se decidía el gobierno local, en reuniones de los concejales elegidos en un proceso sencillo. Se reunían los *hombres buenos* y el pueblo, a los que los jueces pedían que eligiesen a sus electores. Éstos, separados en grupos de dos, elegían a los jueces, concejales y oficiales de servicios por un año. Los demás funcionarios como almotacenes, jueces de vientena y cuadrilleros eran nombrados por la Cámara. Muchos eran excluidos de la elección, como comerciantes, profesionales mecánicos, judíos, soldados y gente del reino. Sólo los nobles, los naturales de la tierra y los descendientes de conquistadores y pobladores podían ser elegidos. En una economía eminentemente rural, las personas vivían en el campo, lo que hacía que pasasen años sin que las Cámaras se reunieran por ausencia de los moradores, pues no vivían en la villa o en la ciudad. Una vez reunidos, deliberaban. El más antiguo era el responsable de los trabajos y de la marcha del centro urbano, legislativo y ejecutivo al mismo tiempo.

Las Cámaras hacían, a veces, más de lo que debían o podían; a veces, casi no actuaban. Algunas llegaron a provocar conflictos con otras o con las autoridades superiores. Estaban constituidas por un juez, presidente nato, tres o cuatro concejales, un escribano, un procurador y un tesorero. Las inmensas distancias dificultaban las comunicaciones. Las órdenes del gobierno de la capitanía, del gobierno general o de la Corona tardaban, a veces, años en llegar o no llegaban. Muchas Cámaras no hacían casi nada o sólo hacían lo que les interesaba, sin obediencia a nada más. Lejos de los centros de decisión, eran casi autónomas en su vivir modesto y monótono, condenado a perpetuarse. Expresaban los intereses de los latifundistas, de los grandes señores, en una época de esplendor del poder privado, ya que el poder público superior casi desaparecía por la distancia. La presencia del Estado fue mucho más nítida con la Restauración, adquiriendo fuerza a partir del siglo XVIII.

Los estudiosos del proceso político brasileño atribuyen un papel decisivo a tales asambleas como señal de altivez o autonomía. Hay

mucha exageración en esta visión, ya que las Cámaras contaban poco. Las excepciones de algunas, de capitales de capitanías o de puertos de cierto movimiento, no configuran la situación general. Eran excepciones y eso es todo. Hay que señalar que fueron el embrión del poder local y un intento de expresar la voluntad de los moradores. No importa que la casi totalidad fuese excluida, pues los *hombres buenos* eran un número ínfimo en una sociedad constituida por indios, esclavos, mestizos y personas sin presencia social. La mayoría no contaba y constituía una masa subyugada y anónima.

Breve noticia de la economía

Nuestro objetivo es la historia política, pero no se puede pasar sin una referencia, aunque breve, a la economía. Ésta estaba marcada por la política, que no deja, a su vez, de inspirarla, orientarla y determinarla, ya que nada se hace en el vacío, sino en una realidad que es frecuentemente el verdadero motor de cuanto acontece. Ya se ha hecho referencia en páginas anteriores a los rasgos fundamentales de lo económico, precisamente por su dependencia de la política. Ahora deseamos destacarlos más, sin llegar, sin embargo, a su profundización.

Lo esencial para entender la economía de los tres primeros siglos es recordar que era parte del universo mercantilista, cuya base fue el pacto colonial, es decir, la colonia existe para suministrar materias primas a la metrópoli. Cuando la Corona percibió que mantenerse en Oriente era difícil fue perdiéndolo poco a poco en favor de los Países Bajos, Inglaterra y Francia, tuvo que centrar sus energías en la posesión americana. Era indispensable crear riqueza, ya que la existente, madera, plantas, papagayos y otras especies, era mínima y no permitía una explotación económica consistente, por lo que se tuvo que apelar a la agricultura. Ésta se hizo siguiendo las grandes líneas y el esquema clásicos, es decir, monocultivo, latifundio y esclavitud. Para exportar en gran escala tuvo que concentrarse en un producto o monocultivo. Fue la caña de azúcar, ya cultivada en algunas islas del Atlántico. Era un producto buscado con intensidad en la época, considerado como especia por su rareza. Los italianos, españoles y portugueses intentaron la producción de azúcar a partir de la caña, pues el endulzamiento por

medio de frutas, miel y otras variedades daba resultados precarios y no era comercial. Las tierras de Brasil son adecuadas para el cultivo de la caña, a lo que ayuda el clima tropical. Por eso, se comenzaron las plantaciones en São Vicente y, sobre todo, en el nordeste. Había condiciones naturales favorables y abundancia de tierras; era posible el latifundio que permitía lo deseado. Faltaba la mano de obra, que tenía que ser proporcionada por los esclavos africanos. Comenzó el tráfico, siempre en ascensión. La economía portuguesa era débil y sufría falta de capitales, pero eso no era obstáculo mayor, pues había quien ofreciera financiación, como los capitalistas flamencos. Se pusieron las bases para la mayor fuente de riqueza de la colonia y para la mayor empresa agrícola hasta entonces.

El azúcar le dio relevancia a la zona. Fue la principal razón de la conquista de un enorme territorio por la Compañía de las Indias Occidentales, creada con este objetivo. El azúcar fue el fundamento del desarrollo del nordeste. Expulsados los flamencos, llevaron a las Antillas lo que vieron y aprendieron aquí y se convirtieron en competidores, aunque sin anular el predominio brasileño. Éste continuó incluso cuando, a finales del siglo XVIII, fue descubierto el más importante sucedáneo del azúcar de caña, hecho con la remolacha. El prestigio y una cierta opulencia de Pernambuco y del litoral nordeste impuso otras actividades. La ocupación del interior por la ganadería o cultivos como el tabaco y el algodón derivaron de la producción azucarera, fundamento económico de los siglos XVI y XVII.

Prosiguió en el XVIII, pero tuvo que afrontar otra riqueza, la de las piedras y metales preciosos de Minas, entonces con fuerza y prestigio. El hallazgo de oro en cantidad para ser explotada económicamente se realizó en la última década del XVII. Era la victoria, después de una larga espera, ya que no había explicación para el hecho de que la América española tuviera abundancia de mineral y en Brasil no hubiera nada. Se deseaba hallar *otro Perú*. Al final, apareció. Ya se ha hablado de la amplia repercusión del hecho en la vida política y el desplazamiento de población hacia el centro, de la creación de tres nuevas unidades político-administrativas y de la aparición de una zona con sociedad distinta de la predominante, agrícola y de rígida estratificación social, sin perspectivas para las capas medias, de un brote urbano e industrializante –otra novedad en el país–, del comienzo de la relación entre diversas zonas y del cambio de la capital a Río de Janeiro.

El oro y los diamantes de minas tuvieron mucho de ilusorio, ya que sólo fue explotado el existente en la superfice y en los ríos. No era posible el trabajo en profundidad en las minas por ausencia de recursos financieros y humanos (técnicos especializados). La obsesión del administrador fue cobrar el impuesto correspondiente –20 %, un quinto–, siempre recusado por las partes, lo que obligó a la adopción de medidas para lograr el pago. En los años 40, la producción comenzó a decaer, anulando las expectativas. La capitanía sufrió mucho, con sacrificios del aparato estatal rígidamente establecido. Fue difícil afrontar la crisis, ya que la unidad no podía competir con las litorales en la agricultura, pues la distancia hubiera elevado los precios. La solución de la industria era ficticia, ya que ni siquiera Europa conocía economías eminentemente industriales. Se realizó entonces en el mundo británico la llamada indebidamente revolución industrial. Minas no era, de hecho, rica en metales preciosos como el futuro confirmaría, sino en hierro, y éste sólo alcanzó gran uso con el industrialismo.

Como consecuencia, la economía minera quedó estancada y no pudo crecer. No retrocedió, sino que quedó en un nivel estable, más inclinado a la regresión que al desarrollo. Mejor hablar de zona estancada, en la que permaneció hasta mediados del siglo siguiente. La producción de oro descubrió el interior, pero no lo enriqueció, como no enriqueció al país ni a la metrópoli. Ésta vivió en crisis a lo largo del XVIII. Consumió la primera mitad ostentando un alto nivel, al que no tenía derecho, en el reinado de don João V. Los esfuerzos de la dirección de Pombal, en la segunda mitad, sirvieron de poco. La riqueza llegada a la metrópoli, fuese en azúcar, oro o diamantes, no se detenía, sino que se esfumaba en pagos por la necesidad de importarlo todo. Benefició, sobre todo, a Inglaterra, que tenía con Portugal el Tratado de Methuen, de 1703 –exactamente de la época del comienzo de la producción minera–, el cual condenaba a la nación a ser importadora de bienes producidos en la isla o comerciados por ella, a cambio del monopolio del mercado inglés para los vinos portugueses. El imperio se lucró poco con las especias de Oriente, como tampoco ahora con la minería, confirmando cierta incompetencia económica.

Hay que destacar todavía la ganadería, desarrollada en el sur y en el interior del nordeste, como proyección de la producción minera y azucarera. Creó un estilo de vida, una sociedad. En el sur estaba próxima a los patrones de la América española, a veces, incluso con exa-

geración. En el nordeste, era una sociedad pobre y bastante ruda. También había otros cultivos. El del tabaco en Bahía y alrededores, el del algodón en São Paulo y en el nordeste. Se cultivaba también mandioca, arroz, cacao y vainilla, clavo y canela, añil, y comenzó tímidamente el cultivo del café. La industrialización era inviable. Lo poco intentado en Minas fue mutilado por el edicto de 1758, que sólo permitía la producción de artículos toscos. Las especias de la selva amazónica alimentaron una red comercial, difícil por la inmensidad del territorio y por la falta de mano de obra. La extracción de maderas continuó, con el palo de brasil y otras.

A la manera de otras naciones, Portugal quiso tener sus compañías de comercio con vistas a la explotación o a la promoción de algunas zonas. Hubo compañías ya en el siglo XVII. Fueron creadas, sobre todo, en el siguiente, en el gobierno de Pombal. No dieron los frutos esperados y tuvieron vida precaria y corta. De 1649 era la Compañía General de Comercio de Brasil. Tuvo el monopolio de vinos, bacalao, aceite y harinas, regulado por estatutos que fijaban cantidades y precios. Con el fin de conseguir el éxito en los negocios, se ponía por encima de las leyes, sin obedecer a cuanto prescribían. Creada como privada, acabó siendo oficial en 1672. La de existencia más larga, fue extinguida en 1720. La segunda fue la Compañía de Maranhão, de 1682. Ante los excesos cometidos y por falta de beneficios fue suprimida en 1685. La tercera fue la Compañía General de Grao-Pará y Maranhão, fundada en 1755. La cuarta fue la Compañía de Pernambuco y Paraíba, de 1759. Las creó Pombal, muy interesado por el norte, donde su hermano fue gobernador. Fueron suprimidas en 1778 y 1779, poco después de la caída del ministro.

En las dos últimas décadas del siglo XVIII, el gobierno buscó fórmulas para elevar el nivel de la colonia, con investigaciones y estudios, que produjeron más conocimiento del país que resultados para las arcas metropolitanas. La «vasta empresa comercial» no correspondió a lo deseado, y Portugal terminó su dominio sin determinar el rumbo a seguir. Los estudios de historia económica son todavía recientes. Sería temerario esperar una cuantificación de la actividad desarrollada a lo largo de 300 años. El historiador Roberto Simonsen, pionero de estos estudios, osó hacer en un libro de 1937 el cálculo de los rendimientos de la Corona en los diversos sectores de la economía. Aunque tengan sólo valor relativo, sirven como orientación. Según Simonsen, la ex-

portación general del país en la Colonia fue calculada en 536.000.000 de libras, dividos así: azúcar, 300.000.000; minería (oro y diamantes), 170.000.000; pieles, 15.000.000; palo brasil y otras, 15.000.000; tabaco, 12.000.000; arroz, 4.500.000; café, 4.000.000; cacao y especias, 3.500.000[7].

Contestación

La dominación portuguesa no fue pacífica. Desde los primeros tiempos hubo quien la contestó. Inicialmente, los primeros ocupantes de la tierra y legítimos dueños, indebidamente llamados indios. Organizados en tribus que luchaban entre sí constantemente, no se establecían en un lugar fijo y tenían el nomadismo como regla. Los indios se enfrentaron a los portugueses y, después, a los invasores franceses. A veces, se aliaban con unos o con otros. Como los invasores estaban mejor armados, despertaban temor en las tribus, que buscaban otras tierras, desplazándose con facilidad.

Desde el primer día de la llegada de los europeos, su número comenzó a descender. Es difícil decir cuántos eran en 1500. Después, con el invasor y sus armas y los desplazamientos con la adopción forzada de otras prácticas, los grupos fueron disminuyendo, llegando en algunos puntos a la extinción. Los colonizadores causaron el genocidio de los habitantes primitivos, completado después por los brasileños. Otro factor fueron las enfermedades. Al ponerse en contacto con otros pueblos, los indios eran infectados de modo devastador, sucumbiendo ante enfermedades poco peligrosas para los europeos, y también en las luchas. En el nordeste se dio la llamada «guerra de los bárbaros», cuando, ante la amenaza india, los portugueses convocaron a los paulistas, con gran experiencia en el apresamiento y exterminio adquirida en las *razzias* contra las reducciones del sur, para una lucha a muerte. Un ejemplo fue lo realizado en las expediciones de los habitantes de São Vicente, contratados por los asustados propietarios o autoridades. En las capitanías de São Tomé, Espírito Santo, Porto Seguro, Ilheus, Bahía

[7] Serrão, J., *A emigração portuguesa*, Lisboa, Livros Horizonte, 1947, pp. 32, 86-88, 92-94, 106-110.

y Pernambuco los paulistas habían adquirido una triste notoriedad. En esta ocasión actuaron con más violencia, pagados para destruir. El trabajo más largo de este tipo fue la «guerra de los bárbaros» en Río Grande del Norte y, sobre todo, en Ceará, con una duración de 30 años, de 1683 a 1713. Después de matar a negros fugados, los expedicionarios mataron a indios rebeldes, en una misión oscurecedora de su proclamado heroísmo.

Una forma sutil de exterminio fue la imposición de costumbres, normas y creencias. El portugués intentó moldear al indio a su imagen y semejanza. El caso más típico fue el intento de convertirlo al cristianismo. Lo intentaron varias órdenes religiosas, particularmente, los jesuitas, lo cual tuvo el efecto de defenderlo de la rapiña del colonizador, deseoso de reducirlo a simple mano de obra y, cuando era posible, a la esclavitud. El jesuita lo defendió de los señores, que sólo consideraban el trabajo del indio, y de los paulistas que lo utilizaban como esclavo o lo vendían a otros que pretendían lo mismo. A evitar esa subyugación contribuyó menos la filantropía de unos o el sentido religioso de otros que la natural rebeldía del nativo. Él no aceptó los patrones de conducta deseados por el invasor, no por indolencia, como se ha afirmado, sino por el desencuentro entre su cultura y lo exigido por el colonizador. A pesar de esa resistencia, en parte victoriosa, el resultado fue el exterminio. En 1500 serían millones y hoy son poquísimos. La mortandad fue casi general y otros muchos aspectos se han considerado marginales, con su cultura afectada, su personalidad desestructurada, como se sabe por los atentos estudios de los antropólogos.

Otra reacción enérgica fue la del negro. Fue traído de África al comienzo para resolver el problema de la mano de obra, y parecía más dócil. El indio se negaba a trabajar. El negro, además, venía de un continente en el que se vivía en lucha, debido a su organización tribal, responsable de confrontaciones permanentes. Ya estaba, en parte, esclavizado en su tierra, con lo que cambiaba una esclavitud por otra. Desde el comienzo, sin embargo, hay pruebas de su resistencia o contestación. En lo personal, mediante el suicidio o la tristeza y apatía que conducían a la depresión, enfermedad y muerte o mediante la reacción en la lucha. Más importante fue la insumisión organizada en grupos, formando poblados de chozas. Huían de las tierras de sus amos y formaban sus núcleos, bien como reconstrucción de sus patrones de conducta originales o bien como centro de rechazo por la fuerza a la fuer-

za que le imponían. Hubo poblados de centenares y hasta millares de negros, algunos de pequeña duración, otros de varios decenios, como el más famoso de todos, el de Palmares, existente a lo largo del siglo XVII.

El negro se rebeló. Habrían entrado millares de africanos. Hay dudas en cuanto al número. Hubo quien habló de ocho o nueve millones. Estudios objetivos dan cálculos más modestos, que son más aceptables. Según éstos, habrían venido cerca de 3.600.000. Es natural, pues la influencia ejercida por ellos fue grande, no sólo como la contribución más importante al problema del trabajo, sino por otras características. El negro fue la mano de obra. Además del número, contó por su técnica y por un nivel superior al de los indios y, en ciertos aspectos, al de los propios portugueses. De acuerdo con su procedencia, estaban más o menos evolucionados. Habían venido de casi toda la costa atlántica de África. Se distinguieron, sobre todo, los del norte del continente.

Por su número, impusieron muchos de sus hábitos, aculturándose con los blancos y menos con los indios, contribuyendo decisivamente a la etnia brasileña. Hay centenas de millares de mulatos por el cruce constante entre blancos y negros. Los mulatos y los mestizos, cruce de blanco con indio, constituyen la mayor parte de la población. El mestizo de cruce de negro con indio es más raro. Predomina en el nordeste, incluso en Río de Janeiro, con amplia penetración en el interior. El extremo norte es el más indianizado. El sur, desde São Paulo, es más blanco. La mezcla de indio, negro y blanco hace de Brasil una de las zonas más interesantes del mundo para la comprensión de la cuestión étnica. Sólo el negro tuvo estatuto de esclavitud, que fue revocado a lo largo del siglo XIX, en una lucha en la que participó toda la sociedad y en la cual el mayor papel le correspondió al mismo negro, por su deseo de ser libre.

Cierto clima de rebelión atravesó el Brasil portugués. Hubo choques entre una capitanía y otra, entre una villa y otra, entre los concesionarios de las capitanías y el gobierno central, entre funcionarios de la Justicia y del Fisco, sin hablar de los más frecuentes, entre ellos y los gobiernos de las capitanías o el central. Entre hacenderos y comerciantes, hacenderos, comerciantes y prestamistas de dinero, entre los elementos del clero, entre éstos y el poder civil. Se acrecentaron los choques ente los habitantes por su distinta procedencia. Por ejemplo,

los de Minas con los de São Paulo o los de Goiás, Pernambuco o portugueses. Fueron, en general, de poca importancia, no llamaron la atención y crearon un cierto clima de inestabilidad y de no reconocimiento de los diversos papeles.

Más importantes fueron los rechazos a las autoridades en movimientos incluso armados. A veces, era difícil establecer si se contestaba al portugués como reivindicación del nativo o se contestaba cierta medida, sin intención emancipadora o crítica a la dominación. Entre esos movimientos citaremos sólo los de más resonancia. Tal fue el caso de la revuelta contra los monopolios de la Compañía de Comercio del Estado de Maranhão. El pueblo se sentía perjudicado por los privilegios. Los habitantes de Maranhão se aprovecharon en 1684 de la ausencia del gobernador en Semana Santa y, bajo la jefatura del señor de un ingenio, Manuel Beckman, prendieron a las autoridades y declararon extinguida la Compañía. Fue la revolución de Bequimao, como era conocido Beckman. Se quedaron solos, sin el apoyo de Pará. Con la venida del nuevo gobernador al año siguiente acabó la protesta. Prendió a los responsables y actuó con dureza, decretando el ahorcamiento de los dos cabecillas y penas menores para los demás implicados. Con la Compañía acabaron los monopolios.

Otras dos contestaciones de mucho mayor alcance tuvieron lugar poco después, las llamadas guerras de los «emboabas» y de los vendedores ambulantes, en Minas y en Pernambuco, al final de la primera década del siglo XVIII. De ellas ya se ha hablado. En Minas fue constante el clima de rebelión, denunciado por las autoridades. En 1720 fue la revuelta de Vila Rica, de exploradores de oro que se negaban a pagar el quinto. Fue anterior la protesta de los portugueses contra el tributo, lo que produjo la condena a muerte del jefe, Felipe dos Santos, un portugués. Rebeliones menores se multiplicaron a lo largo del siglo.

La más importante fue la última, en 1788, conocida como la conjuración minera. Zona de prestigio, contaba con villas populosas y vivía la crisis de la decadencia de la minería. Como no podían pagar el impuesto –llegó a ascender a 596 arrobas de oro–, se generalizó la protesta. Había un grupo de intelectuales –poetas, juristas y científicos–, conocedores de la literatura revolucionaria de la Ilustración y lectores de la *Enciclopedia*. Aliados a los mineros endeudados y empobrecidos, a militares disgustados por las arbitrariedades de los gober-

nantes sin escrúpulos, a sacerdotes más versados en literatura subversiva que en teología y al pueblo, siempre entusiasmado por las palabras de crítica, proyectaron la separación de Portugal y la creación de una república progresista, industrial y con asistencia a todos los sectores de la sociedad. Intentaron estructurar Minas con las unidades vecinas y montaron una trama, que fue denunciada por elementos infiltrados entre los rebeldes. El gobierno, conocedor de todo, organizó un largo proceso y con la pompa de una comisión para la prueba judicial, venida de Portugal. El proceso duró tres años y terminó con algunas penas de muerte, conmutadas al final por destierro a África, excepto el jefe, el alférez Joaquim José de Silva Xavier, el rompedientes. Quedó como símbolo de la voluntad de un Brasil libre contra la tutela expoliadora de la metrópoli. Rompedientes fue ahorcado en Río de Janeiro en abril de 1792, y el gobierno lo divulgó ampliamente para que sirviera de ejemplo y temor a los pueblos.

Comenzó el ciclo de las conjuraciones o deslealtades. En Río de Janeiro, la deslealtad carioca de 1794 no pasó de ser reuniones de intelectuales de la Sociedad Científica y Literaria. El proceso, sin entrar a fondo, no señaló culpables y no hubo penas. Bastante más importante, por la extensión del movimiento y la profundidad del proyecto, fue la conjuración de soldados y sastres de Bahía en 1798. En tanto que la minera era eminentemente política, presentando como bandera la independencia de las colonias inglesas y de la República de los Estados Unidos, la de Bahía fue más social, predicando la subversión en consonancia con las ideas jacobinas de los exaltados elementos de la Revolución Francesa, divulgada a través de manifiestos y periódicos conocidos como «pasquines sediciosos». Además, la mayoría eran negros, soldados y sastres. Hubo cuatro condenas a la horca y muchas penas de prisión. Con ella se cerró el siglo XVIII. Pernambuco fue la escena del mayor empeño emancipador, la revolución de 1817. Fue más importante por su amplitud y por haber tomado el poder durante algún tiempo. Está fuera del período que se estudia aquí.

Digna de notarse en todos esos movimientos fue la constancia del deseo de liberación. Además, esos movimientos sólo podían ser llevados a cabo en villas o ciudades, en núcleos urbanos, pues no podían imaginarse en el medio rural. Testimonian no sólo una conciencia reivindicativa y libertadora, sino la existencia de capas medias en la sociedad. Ésta estaba básicamente estratificada en señores y esclavos y en

otros grupos con pocas perspectivas, pero ya conocidos, como se vio en los episodios de Maranhão, Pernambuco, Minas, Río de Janeiro y Bahía. En la vasta colonia portuguesa había una insatisfacción que intentaba organizarse y, a veces, lo conseguía, aunque no llegase a la victoria. Las insumisiones lanzaban la simiente de la revuelta, a la que no costó llegar a realizarse, como se ve con la independencia en 1822.

SEGUNDA PARTE

LA TRANSICIÓN (1808-1822)

I

DISGREGACIÓN DEL SISTEMA

El siglo xviii vivió, en gran parte, pidiendo la libertad. Fue la Ilustración. Era racionalista y deseaba superar el antiguo marco, acentuadamente religioso, denunciando los privilegios sociales, económicos y políticos. Heredó el anhelo de ruptura del siglo xvi, traducido en el Renacimiento y en la Reforma. Estos dos últimos eran, sin embargo, poco claros en sus formulaciones, con mezcla de pasado y de presente, como se nota en los reformadores, de ideario confuso. El Renacimiento tuvo valor creativo en el campo de las artes, en las que se presenta fecundo y brillante. Hizo contribuciones a la ciencia, con un Galileo en astronomía; al pensamiento social, con un Maquiavelo, lúcido e innovador, y aportó nombres como Jean Bodin, avanzado en algunos aspectos y tradicional en otros. El racionalismo dio grandes pasos en el siglo siguiente, con Descartes, Locke y otros autores. El xviii fue más afirmativo y consiguió establecer un ideal político sólido y un pensamiento rico y diversificado. Heredó y organizó el liberalismo político de Locke y llegó al liberalismo económico con la fisiocracia de los franceses y con la llamada escuela clásica de los ingleses.

El racionalismo consiguió triunfos en la política, la economía, la filosofía y el derecho. Poco después, acabó con el ideario del mercantilismo. Pasó al siglo siguiente con la persecución de los restos de las trabas al trabajo hasta acabar con la servidumbre, la esclavitud y las corporaciones. El liberalismo y el nacionalismo son las dos notas típicas del xix. Una de las manifestaciones máximas fue el surgimiento de varias naciones libres, como resultado de la desmembración del sistema colonial de españoles y portugueses. Sus defensores buscaron la fuente en el pensamiento de la Ilustración y en la independencia de las colo-

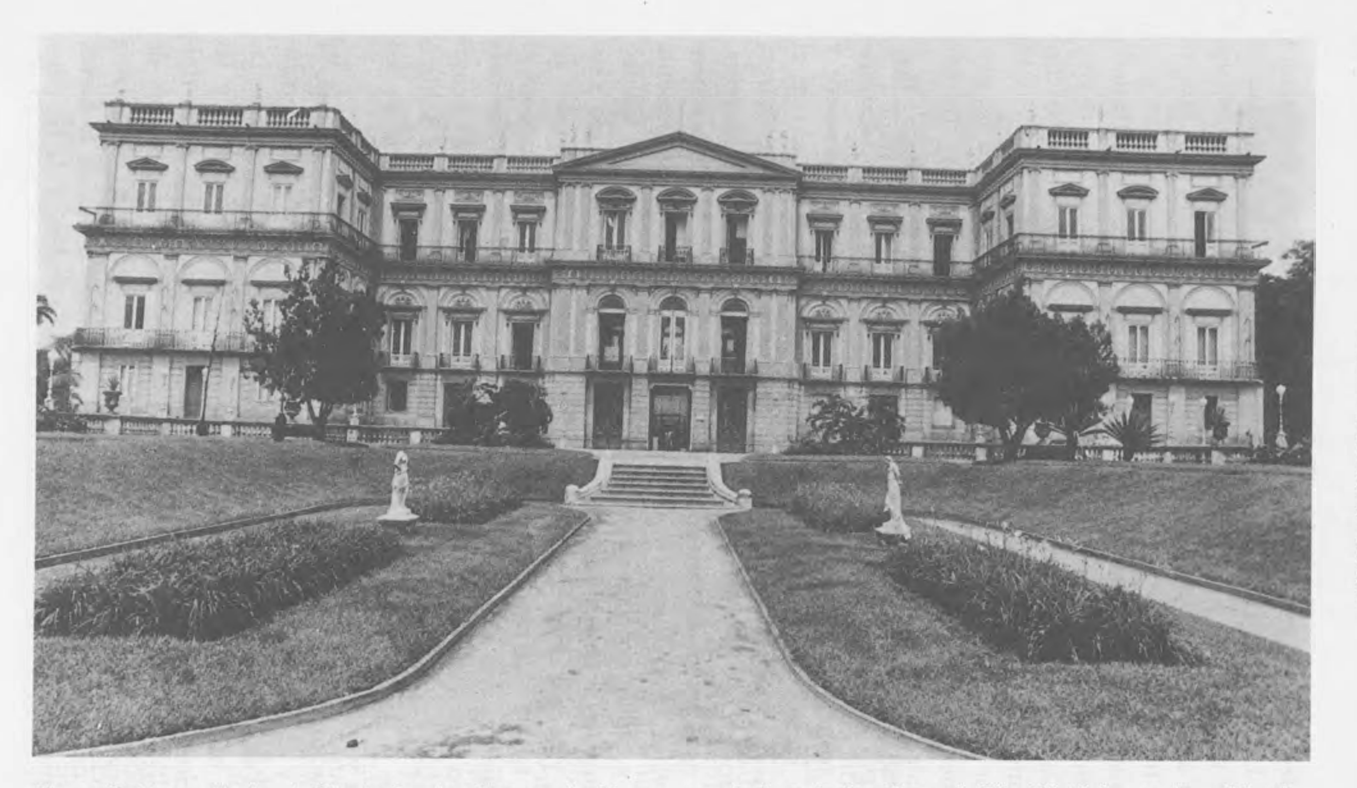


Figura 3. Museo Nacional, Río de Janeiro. Fue construido para servir de palacio —*Paço de São Cristóvão*— en la quinta de Boa Vista. El cuerpo central del edificio data de 1841. En él vivieron don João VI, don Pedro I y don Pedro II, quien nació aquí en 1825. Desde el 25 de junio de 1892 es sede del Museo Nacional. (Fotografía de la colección de la Secretaria do Patrimônio Histórico e Artístico Nacional).

nias inglesas de América, que formaron la República de los Estados Unidos. La Revolución Francesa consagró la idea de la necesidad de disponer de constituciones como garantía de la libertad. El colonialismo, casi anulado en América, subsistió en Asia y en África, donde incluso se incrementó.

El sistema colonial estaba en franca desintegración. Ya había dado sus frutos, bajo el signo del pacto colonial. Se tendió a superar el viejo orden. Cualquier idea, después de llegar a su plenitud, agudiza las contradicciones y conoce su fin o metamorfosis. La esclavitud o los gremios, por ejemplo, fueron formas económicas altamente positivas, pero con el tiempo llegaron a ser antieconómicas. Lo que fue productivo ayer puede ser improductivo hoy. El colonialismo estaba agotado y se clamaba por su superación. Después de luchas armadas, se impuso su sustitución por un orden fundado en la libertad. El caso de Estados Unidos adquirió categoría de símbolo desde 1776.

En cuanto a América Latina, contó mucho el segundo plano al que estaban relegados los poderes ibéricos. Portugal fue pionero del expansionismo, pero no supo aprovechar su oportunidad. España llegó a ser una gran potencia en los siglos XVI y XVII, pero también fue relegada a un lugar secundario por el protagonismo de Francia, Inglaterra y Países Bajos. Éstos, en particular los dos últimos, representaron la victoria del sistema burgués, en tanto que los ibéricos no se adaptaron a los nuevos tiempos, pues se mantuvieron fieles al pensamiento conservador, representado por la Iglesia, retrógrada y menos lúcida, manifestada en la Inquisición. España y Portugal fueron los guardianes de lo tradicional, sin apertura a la nueva economía, adversos a las novedades del pensamiento y viendo herejes o herejías en todo. En el caso de Portugal, pueden darse varios ejemplos de portugueses eminentes que denunciaron el estancamiento o retroceso de su patria. Los dos países quedaron al margen de las ideas de entonces, aceptadas con entusiasmo sólo por algunos de sus hijos. En Portugal había una gran confusión en el pensamiento, con ambiguas denuncias del oscurantismo.

El marqués de Pombal como político es un ejemplo de la situación. Aportó actitudes innovadoras en economía y en posturas intelectuales (reformó la universidad de Coimbra), en tanto que sustentó, al mismo tiempo, el más profundo absolutismo. Con su alejamiento por la muerte de don José y el reinado de doña María I, se produjo una

involución con un gobierno retrógrado que prescindió de gran parte de lo positivo anterior. A pesar de todo, en los últimos decenios del XVIII se hicieron estudios para recuperar la economía, que se encontraba en un estado calamitoso. Recuérdese, por ejemplo, el trabajo de la Real Academia de Ciencias de Lisboa, fundada en diciembre de 1779 en plena involución, que dio un sentido de racionalidad, eco de Pombal, a las generaciones educadas en la universidad, controlada por ella. No hubo una corriente política en consonancia con la época, pero sí la búsqueda de nuevos caminos para aprovechar mejor la colonia, es decir, Brasil. Fueron escritas decenas de memorias por brasileños y portugueses (José Bonifacio, Rodrigo de Sousa Coutinho y el obispo Azeredo Coutinho) dirigidas a aprovechar el potencial de la agricultura o de las explotaciones mineras, hechas hasta entonces sin asistencia técnica o científica.

Recuérdese también la edición de memorias, como las de la Academia de Ciencias, o periódicos como el *Diario enciclopédico para la instrucción general, con noticia de los nuevos descubrimientos en todas las ciencias y artes*, publicado desde 1779, o el *Palladium portugués o clarín que anuncia periódicamente los nuevos descubrimientos,* entre 1796-1797. Era evidente el interés por las innovaciones técnicas, rasgo constante ligado al sentido racionalista, vivo en el reinado de doña María I. Es cierto que algo se hizo, pero, como observa Jorge Borges de Macedo, fue «un entusiasmo más verbal que efectivo, más político que técnico y más comercial que dirigido a la producción [1]».

La metrópoli reconoció que estaba basada en el suelo y subsuelo americano, pues lo principal de su fortuna provenía de la colonia. Mucho de lo exportado a los europeos y a Brasil tenía esa procedencia, y casi la totalidad de lo que exportaba a su imperio era para Brasil. Hay números que lo manifiestan. En 1807 Portugal importó por valor de 16.969.000 escudos, de los cuales 13.928.000 tenían esa procedencia. Exportó por valor de 10.348.000 escudos, de los cuales 6.953.000 se destinaron a la colonia. El mercado exportador portugués de 1806, del total de 23.255.000 escudos, 6.080.000 son de productos del reino y 14.506.000 de productos de Brasil, 659.000 de las islas y de Asia y

[1] Macedo, J. B. de, *Problemas de história da indústria portuguesa no século* XVIII, Lisboa, Associação Industrial Portuguesa, 1963, p. 222.

2.010.000 de productos extranjeros reexportados. En 1819, el peso de la participación brasileña en el comercio fue igualmente decisivo. Son datos suministrados por José Antonio Soares de Sousa o Julião Soares de Azevedo [2]. Si la política pedía libertad, la economía también, así como el final de los exclusivismos o monopolios. El clima de comienzos del siglo era de contestación a cualquier dominio o autoritarismo, como consecuencia de la maduración social y política, del reconocimiento de la realidad económica y de la asimilación del pensamiento liberal de la Ilustración, que rompió las estructuras tradicionales europeas y se propagó por el mundo americano, como ocurrió en Brasil, repleto de movimientos libertarios ya citados.

Tuvo un peso decisivo en la creación de una conciencia emancipadora y en la creencia de los brasileños de que se habían dejado dominar por una metrópoli sin importancia, carente de peso político, económico o intelectual en Europa. No se podía admitir la tutela de quien era incapaz de defenderse o de defender los intereses de la colonia. Portugal se humillaba ante España y Francia y, sobre todo, ante Inglaterra, su aliada desde 1373, que cobraba cara la protección dada a veces, como el caso del viaje de la Corte a América en 1807-1808. Y todo eso sin hablar de los privilegios asegurados por el tratado entre las dos naciones, de 1810, de lo que se tratará más adelante, o de la abierta intervención en los asuntos administrativos, como ocurrió con la presencia del inglés Beresford, que llegó a sobreponerse a la regencia nombrada por don João para dirigir el país en su ausencia. Al inglés le había dado poderes don João, convirtiéndolo en una especie de procónsul. Todo ello por citar sólo algunas cosas del período estudiado en este capítulo y que pueden encontrarse a lo largo de toda la historia nacional.

Si era así en lo político, en lo intelectual también se denunció el segundo plano ocupado respecto a otros centros europeos. Podrían citarse las opiniones de varios escritores portugueses, desde el siglo XVI hasta nuestros días, en las que subrayaban el lugar secundario ocupado por su patria.

[2] Sousa, J. A. Soares de, «Aspectos do comércio do Brasil o de Portugal no fim do século XVIII e começo do XIX», Río de Janeiro, *Revista do Instituto Histórico e Geográfico*, 1971; Azevedo, J. Soares de, *Condições econômicas da revolução portuguesa de 1820*, Lisboa, Empresa Contemporânea de Edições, 1944, pp. 130-135.

Económicamente, los productores brasileños no se sentían bien defendidos por la metrópoli, como ocurrió con el azúcar, que sufrió la competencia del antillano, protegido por Inglaterra, Países Bajos y Francia. Lo mismo ocurrió con los productos derivados de la ganadería en competencia con los del Río de la Plata, protegidos eficientemente primero por España y después por los gobiernos de las jóvenes repúblicas. Otro tanto ocurrió con el tabaco, protegido por los Estados Unidos.

Como consecuencia, se llegó a la idea de que la situación no podía prolongarse, dependiendo de un poder considerado débil. Muchos brasileños ya pensaban así, al menos, desde el siglo XVII. Debió de haber quien supuso que tendría más ventajas el dominio holandés. Se sabe de naturales de Pernambuco, descontentos con el rey don João IV, que preferían que el país perteneciese a Francia, como ocurrió entre 1645 y 1647. La capitanía de Pernambuco, quizás la más exaltada en la colonia y en la monarquía, pensó lo mismo en la última década del siglo. Alejado el peligro holandés, después de la guerra de los vendedores ambulantes, prefería el dominio francés. A mediados de siglo, hubo quien pensó en la entrega de la Amazonia a Francia. Entre los ibéricos no era rara la idea, más en Portugal que en España, de que constituían pueblos de pequeña entidad, secundarios en todo. Como decía el inglés Robert Southey en una carta desde Lisboa de 1800, «rama tan pesada no puede continuar unida por mucho tiempo a tronco tan desgastado». Ciertamente, ése era el modo de ver de un segmento mínimo de la sociedad, gente intelectualizada pero sin peso político, no de la mayoría, que vegetaba en condiciones precarias en el inmenso territorio, en una situación que no le permitía ver claro lo que era o lo que podría ser. Brasil ya tenía un gran peso, a pesar de su mala administración y de la expoliación de que era víctima, que era habitual en el régimen colonial. Comprobar el hecho era adquirir conciencia de libertad y de independencia.

II

DON JOÃO VIENE A BRASIL

En ese marco de desconfianza respecto al gobierno y de creencia en la debilidad del dominador, Europa vivía momentos agitados con la Revolución Francesa y sus consecuencias. Ello asustó a la realeza, sobre todo, después de la decapitación del rey y del jacobinismo de la Convención. El regente portugués pensó en combatir y unirse a España e Inglaterra con considerables fuerzas de apoyo por tierra y mar. España se alejó de la alianza, firmando una paz por separado en 1795 y dejando en situación delicada a una fuerza portuguesa de más de 5.000 hombres. Portugal entró en negociaciones con el Directorio francés en 1797 para firmar la paz con Francia.

Dejando de lado el aspecto político y administrativo de Napoléon, recuérdese su implicación en guerras continuas. Tuvo muchas victorias y derrotas y cometió errores en la Península Ibérica. España, regida por Carlos IV, sufrió la disputa del hijo heredero, Fernando. Carlos IV abdicó en 1808. Ante las disidencias en la familia, Napoleón convocó al rey y al hijo a un encuentro en Bayona y, tendiéndoles una celada, los llevó a la abdicación de la Corona, que dio a su hermano José Bonaparte, rey de Nápoles. Portugal estaba ocupado por las fuerzas del general Junot. No fue fácil subyugar a la nación, que se levantó contra el francés, contando con la ayuda de los ingleses, que desembarcaron sus tropas y llevaron a la derrota al invasor. Junot abandonó Portugal. También en España creció la protesta, con luchas que hacían insostenible la situación francesa. José no se mantuvo en el trono y el país fue invadido por Napoleón, que entró en Madrid. Como tuvo que hacer frente a Austria, sublevada de nuevo, abandonó España y fue a luchar a otro frente. José continuó el combate, con ayuda de las fuer-

zas de varios generales. Invadieron, de nuevo, Portugal en 1808, bajo la dirección de Soult. Los franceses acabaron derrotados por portugueses y españoles.

Con el decreto del bloqueo continental, firmado en Berlín en 1806, que prohibía todo comercio con Inglaterra y forzaba a las naciones a adherirse a él, que cerraba los puertos ingleses, confiscaba los bienes y detenía a los ingleses que vivían en ellos, Napoleón era cada vez más exigente. Don João pensó obedecer en parte, y envió a Brasil a su hijo don Pedro, de nueve años. La obstinación imperial no aceptó y depuso la dinastía de Braganza, hizo un acuerdo con España, el Tratado de Fontainebleau, en octubre de 1807, y dividió Portugal y sus colonias entre España y Francia. Portugal, viejo aliado de Inglaterra, no podía seguir los designios franceses y pagó cara su osadía, como también la pagaron Dinamarca y el Papado. El regente don João dudó, como era propio de su temperamento, pero acabó por confirmar la vieja alianza. No se adhirió a Napoleón y tenía su país invadido por las fuerzas franco-españolas, bajo el mando de Junot en 1807, expulsadas con ayuda inglesa en 1808. En 1809 fue la segunda invasión, dirigida por el general Soult. Ocupó la ciudad de Oporto, pero en seguida tuvo que volver a España. La tercera invasión fue mandada por Massena, en 1810, que no consiguió tomar Lisboa y abandonó la empresa en 1811. Los franceses fueron perseguidos en tierras españolas por soldados portugueses, españoles e ingleses. Llegaron a Francia en 1814, año en que fue derrotado Napoleón.

La política de Napoleón en la Península fue su primer gran error, y el comienzo del declinar de su estrella. Su presencia en España animó a la emancipación de varias partes del imperio en América, y lo mismo ocurrió con la invasión de Portugal. El proceso de liberación en la América española comenzó en 1810. Las fuerzas francesas no detuvieron al Regente en Portugal en 1807, como habían hecho con el rey de España. Don João fue más hábil y prefirió abandonar el país, refugiándose en Brasil. Era una vieja idea desde el siglo XVI. En caso de dificultades internas, luchas por la sucesión en el trono o combates con los españoles, la Corona portuguesa pensaba trasladarse a Brasil. La idea nunca se había concretado, pero en ese momento lo sería. Cuando las tropas francesas estaban llegando a Lisboa, los 14 navíos con la Corte dejaron el país el 29 de noviembre de 1807 y cruzaron el Atlántico bajo la protección de la escuadra inglesa.

Don João llegó a Bahía el 22 de enero de 1808, tomó las primeras medidas de gobierno y siguió a Río de Janeiro, a donde llegó el 7 de marzo. Por primera vez un rey llegó al Nuevo Mundo: el Regente, su madre doña María I y la Corte con su séquito. Durante la permanencia en Río, vinieron 24.000 portugueses. El acontecimiento tuvo gran repercusión en la vida de la colonia. Río pasó a ser sede del imperio y la colonia gobernaba, realizándose lo que un crítico llamó la «inversión brasileña». Fueron nombrados nuevos ministros y se instalaron los órganos de la administración. Por la importancia del hecho, algunos autores datan en 1808 la independencia de Brasil, con evidente exageración. Ciertamente, el país ya no era una colonia, pero tampoco era libre. El año 1808 fue el comienzo del paso a nación, que se dio en 1822. De 1808 a 1822 se dio una de las fases más ricas de la trayectoria brasileña.

III

PRESENCIA DE LA CORTE

Río de Janeiro era entonces una ciudad de pocos habitantes y sin muchos atractivos a pesar de ser la capital, excepto los naturales, con la belleza de la feliz conjunción de mar y montaña. La llegada de la Corte, con innumerables personas de cierto nivel, transformó la ciudad, que recibió de repente a mucha gente a la que era necesario ofrecer residencia y confort. Algunas personas eran de la alta nobleza, otras eran comerciantes enriquecidos, militares, funcionarios, todos con alguna cualificación, superior, en general, a la de los antiguos habitantes. Fue una transformación singular y el primer momento de prestigio y de impulso para la ciudad. El gobierno tenía que establecerse y no se sabía por cuánto tiempo. Además de la familia imperial, estaba la alta administración y la máquina estatal. El príncipe era un hombre sencillo y se rodeó de personas que lo influenciaban. Entre ellas, escogía a sus auxiliares. Oía a unos y a otros, dando oportunidad a todos para ascender a la dirección de los asuntos públicos. Era tímido, desprovisto de brillantez, de inteligencia mediana y su mayor placer era oír sermones y asistir a las ceremonias religiosas con mucho canto. El gusto por la música era una tradición entre los Braganza. Estaba casado con una princesa española, doña Carlota Joaquina, voluntariosa y llena de ambiciones, con la que se entendía mal.

En cuanto llegó, tomó resoluciones importantes. Estando todavía en Bahía, abrió oficialmente los puertos a «las naciones amigas». Fue declarada libre cualquier importación, en tanto pagase los derechos sobre su valor, fijados en un 24 %. Mediante un acto del 11 de junio del mismo año, redujo la tarifa a un 16 % para las mercaderías portuguesas y a un 19 % para las extranjeras traídas en barcos portugueses. El acto

fue una compensación para la metrópoli, igualada a las demás naciones con la apertura de los puertos. Extrañamente, los comerciantes ingleses con intereses aquí no apovecharon la medida y presentaron una protesta al gobierno de su país, que, a su vez, reclamó al gobierno portugués por la relación desigual entre las dos naciones. El comercio con otros países se amplió por decreto de junio de 1814, por el que se permitía la entrada a navíos de cualquier procedencia. El permiso fue entonces general, no sólo para las «naciones amigas», pues todas lo eran. Por un acto de junio de 1816 se estableció la navegación de cabotaje sólo para los brasileños, repitiendo una medida establecida en 1814.

Se impuso la apertura de los puertos, hasta entonces vedados a los no portugueses, aunque sólo oficialmente, pues en la práctica había entradas en varios puertos del norte al sur. Hablar de «naciones amigas» era pura retórica, pues sólo los ingleses disponían de condiciones para la larga travesía de aquellos días. Además, el comercio portugués se realizaba, sobre todo, con Inglaterra. Fue un acto indispensable que atendía a los intereses generales. El regente no se limitó a éste, sino que llevó a efecto otros de gran alcance, como permitir, por ejemplo, la entrada de extranjeros. No sólo abrió el país, sino que diez años depués, en 1818, inició una política de inmigración para atraer a europeos. Curiosamente, la primera colonia fue la de Nuevo Friburgo, no muy distante de la capital, constituida por suizos de lengua alemana. El país comenzó a ser deseado. Venía gente a trabajar o a conocer la tierra. Entre ellos, algunos escribieron libros preciosos y lanzaron la simiente del estudio de la realidad nacional, como mineralogistas, botánicos, geólogos y comerciantes, algunos de los cuales describían cuanto veían. Entre ellos se encontraban algunos nombres fundamentales para la historia de las ciencias en el país.

Anteriormente, tuvieron lugar otros actos de alcance económico, como la creación del Banco de Brasil en 1809, o la revocación en 1808 del edicto de 1785, que prohibía las actividades manufactureras. En el mismo año fue creado el Tribunal de la Real Junta de Comercio, Agricultura, Fábricas y Navegación del Estado de Brasil. La Junta incentivó la importación de plantas, sobre todo, de especias. Insistió en el cultivo del suelo, que fue una constante también más tarde, con resultados mínimos. Para su trabajo se pensó en la venida de chinos. Con la nueva política no sólo fue permitida la industria, sino que fue incentivada con el envío de técnicos en la producción de tejidos a São Paulo y

Minas y el establecimiento de hilaturas en las capitales –São Paulo y Vila Rica–, instalándolos en el propio Palacio del Gobierno.

Al mismo tiempo, se incentivó la explotación minera, permitiendo a los extranjeros participar en la extracción de oro y también en la minería del hierro. Comenzó asimismo la industria siderúrgica con una fábrica en Sorocaba (São João de Ipanema), en la capitanía de São Paulo, dirigida por el alemán Varnhagen, y otras dos en Minas Gerais, una en Morro do Pilar, bajo la dirección del intendente Cámara, y otra en Cogonhas (la fábrica patriótica), a cargo del mineralogista alemán barón de Eschwege, que se ocupó también, en 1819, de explotar el oro de la mina de Pasagem, en Mariana. Las tres fábricas pusieron la base de la siderurgia y obtuvieron buenos resultados. Parecía el arranque industrial que, sin embargo, no se confirmó, pues a los pocos años las tres fábricas estaban paradas o rendían muy poco. El período fue fértil en medidas de industrialización, que experimentó entonces su primer impulso. Fue un momento notable en la historia industrial, malogrado por la falta de continuidad, debida a una serie de factores.

Otras medidas significativas fueron la creación de la Biblioteca Nacional, el Jardín Botánico y la apertura de escuelas de primera enseñanza y de artes u oficios. También se inició la enseñanza superior, como la Escuela Médico-Quirúrgica en Bahía, en 1808. Había otras aulas de medicina en Río de Janeiro, en donde se fundaron las Academias Militar y de Marina para preparar al personal de tierra y mar. En Bahía y en Maranhão se crearon las Escuelas de Artillería y Fortificaciones. En Río se creó la cátedra de Ciencias Económicas en 1808 para José da Silva Lisboa. Por lo que parece, no llegó a funcionar, pero la medida fue pionera en el mundo americano. Incluso en Francia, la enseñanza de la Economía comenzó más tarde, con Jean Baptiste Say en 1816. José da Silva Lisboa escribió en 1804 *Principios de Economía Política,* con los que divulgó a Adam Smith con cierta originalidad, como también lo hizo en el mismo año el francés Jean Baptiste Say.

Medida de obvia repercusión en las letras y en las ciencias fue la fundación de la Imprenta Real en Río de Janeiro. Permitió la impresión de periódicos y libros en Brasil, actividad que estaba prohibida hasta entonces. Es interesante recordar el contraste con la América española, en la que había periódicos e impresión de libros, así como universidades en varios lugares, desde la primera mitad del siglo XVI. Los brasileños leían lo publicado en Portugal y en los demás países de Eu-

ropa e iban a estudiar a Coimbra y a diversas universidades de Francia, Inglaterra, de ciudades alemanas y de Suecia. A pesar de las dificultades, en Brasil se leía –no mucho, ciertamente, ya que la mayoría de la población era analfabeta– y había ricas bibliotecas particulares que contenían lo más reciente de lo publicado en Europa. Era apreciable el número de jóvenes formados en universidades famosas. En 1820 fue fundada la Real Academia de Diseño, Pintura, Escultura y Arquitectura. La tradición melómana de los reyes portugueses, tan presente en don João, hizo que viniera con él el compositor portugués Marcos Portugal y el austríaco Neukomm, que se unieron al brasileño padre José Mauricio, también compositor de calidad, todavía apreciado hoy.

Había influencia francesa en el comercio y en la moda y también se manifestó en las artes, arquitectura, escultura y pintura. Se impuso el gusto por el clasicismo, con la venida de una misión francesa en 1816, lo que marcó la fisonomía de Río de Janeiro y de sus construcciones, estatuas, fuentes, jardines y pinturas. En la misión había nombres prestigiosos, como Lebreton, jefe de la misión, el arquitecto Grandjean de Montigny, el pintor Jean Baptiste Debret, los hermanos Taunay (Augusto, escultor, y Nicolás Antoine, pintor), los hermanos Ferrez (Marc y Zeferin) y el grabador Charles Simon Pradier. La tradición eminentemente ibérica sufrió una inflexión y se impuso el gusto francés.

IV

POLÍTICA

Un acto de 1815 elevó a Brasil a la categoría de Reino Unido al de Portugal y Algarve, con lo que se superó el *status* de simple colonia. Fue una sugerencia del príncipe Talleyrand, representante francés, a los diplomáticos portugueses en el Congreso de Viena de 1815. Al año siguiente murió doña María I, enferma desde 1792 y, oficialmente, desde 1799. Con su muerte el regente se convirtió en rey con el nombre de don João VI, aclamado en 1818 con grandes fiestas. El rey se sentía feliz por estar menos implicado en las intrigas de la política europea, que no le gustaba.

En 1817 se realizó la revolución de Pernambuco contra el dominio portugués, que fue el más importante de los movimientos de contestación. La masonería era fuerte y supo integrarse con otros críticos de la situación, como las Academias, en las que se difundía la idea de libertad. La capitanía era próspera y tenía tradición. Algunos de sus hombres más representativos formaban parte del grupo que defendía la causa emancipadora. Los revolucionarios comenzaron su acción el día 6 de marzo. Apartaron a las autoridades portuguesas y constituyeron un gobierno propio, en el cual participaron algunos de los personajes de la capitanía. El nuevo gobierno tuvo su propia bandera y envió emisarios a los Estados Unidos, Río de la Plata e Inglaterra en busca de apoyo. Tuvieron la idea original de unirse a los franceses descontentos con la situación para liberar a Napoleón, preso en la isla de Santa Elena.

La represión no se hizo esperar. El intento de llevar la lucha a Bahía se frustró. Se consiguió algo en Paraíba, Río Grande do Norte y en Ceará. En Río de Janeiro se organizaron fuerzas navales para repri-



Figura 4. Museo Imperial, Petrópolis. Construido entre 1845 y 1864, fue la residencia favorita de don Pedro II. Después de la caída del Imperio, sirvió como colegio de 1892 a 1940. Pasó a ser el Museo Imperial en 1943. (Fotografía de la colección del Museo Imperial).

mir a los rebeldes. De Bahía también partieron fuerzas por tierra y por mar. La escuadra bloqueó Recife. Los rebeldes intentaron en vano negociar la capitulación, idea que fue rechazada. Los soldados gubernamentales desembarcaron el día 20 de mayo. Los revolucionarios intentaron ir hacia el norte, pero se produjo la desbandada. Hubo suicidios y prisioneros incontables, de los que doce fueron condenados a muerte. La represión cesó en 1817, cuando don João VI fue proclamado rey y se determinó el final de los encarcelamientos y juicios. La República de Pernambuco duró poco más de dos meses. Fue el más importante movimiento contestatario, ocurrido a cinco años de la independencia. Pernambuco, que mantenía la llama rebelde procedente de las guerras de los vendedores ambulantes de comienzos del siglo XVIII, continuó vivo y activo en 1824 en la revolución conocida como Confederación del Ecuador, en la que participaron personas implicadas en el episodio de 1817, y en la Revolución Praiseira de 1848, uno de los eventos más ricos de toda la serie de contestaciones.

En el mismo año 1817 hubo en Lisboa un intento de conspiración contra el marasmo y oscurantismo en que se vivía, bajo el mando de gobernadores incompetentes y de poco carácter y de la acción del mariscal Beresford, más vigorosa que la de los propios portugueses. Los hombres libres veían en ello una prueba más de la debilidad de la patria, sometida a un inglés que tenía otros intereses. En el movimiento se conjugaron los sentimientos libertarios de la masonería y los de personas influenciadas por el ideario de la revolución de 1789. El símbolo de esto era el general Gomes Freire de Andrade, que después de muchas andanzas se estableció en Lisboa. Quería ver en su tierra las ideas avanzadas, que conocía bien. Era una figura destacada de la masonería que se alió a sus compatriotas para derribar la Junta Gubernativa y al mariscal Beresford. La conspiración, aunque tímida, llegó a conocimiento de los jefes reaccionarios, que la anularon y eliminaron a Gomes Freire de Andrade. La causa, sin embargo, prosiguió su camino. El *Veintismo* llevó a la Constitución de 1822. No era una línea continua de afirmación, pues había avances y retrocesos.

No hay que olvidar la política exterior. En cuanto llegó el príncipe, declaró la guerra a Francia y ocupó la Guayana Francesa, proclamando solemnemente que «levantaría su voz en el seno del nuevo imperio que iba a crear en América». Los franceses habían intentado conquistar tierras desde el siglo XVI. Habían conseguido algo en la par-

te occidental de Canadá, en Louisiana y en ciertos lugares de las Antillas. En América del Sur habían hecho tentativas serias en los siglos XVI y XVII, con la Francia Antártica y la Equinoccial, pero sin éxito duradero. La desembocadura del Amazonas fue una tentación para ellos, como para otros europeos. En la primera mitad del XVII hubo compañías francesas que lo intentaron, con ayuda, a veces, de holandeses y judíos llegados de Pernambuco después de la victoria brasileña y portuguesa. La factoría de Cayena fue una experiencia débil. El medio hostil, por la naturaleza o los feroces indios, las enfermedades y otras dificultades entorpecieron la obra deseada y ensayada.

De cualquier modo, con su insistencia consiguieron un núcleo francés en el continente, aunque muy pequeño todavía al final del XVIII. Aumentó con el Tratado de Badajoz, de 1801, entre Francia, España y Portugal, en el que las dos primeras impusieron condiciones a Portugal, entre otras, la ampliación de las fronteras de la Guayana francesa. Con la revolución de 1789, los negros —mayoría de la población— y los soldados se revelaron, creando problemas. El gobierno francés había mandado allá a muchos de los vencidos. Cayena era una prisión cada vez más temida y famosa. Las autoridades portuguesas, que ya vigilaban a la Guayana, redoblaron su atención temerosas de que viniera gente de allí con ideas consideradas subversivas. Con la familia real en Río de Janeiro, se fortaleció el deseo de conquistar Guayana, que era un antiguo plan. De ahí su ocupación, después de cierta lucha, con el final de la resistencia en enero de 1809. La idea inicial fue arrasar cuanto allí había y provocar el despoblamiento, pero lo que se hizo fue tratar de aprovechar sus recursos. De allí trajeron a Belem y después a todo el país una especie superior de caña y plantas nuevas de café. Al final del imperio de Napoleón, resurgió el problema. En el Congreso de Viena, de 1815, se decidió que debía volver a ser francesa, lo que se consumó en los últimos meses de 1818, después de nueve años de ocupación.

El aspecto más significativo de la política exterior fue la toma de la Región Oriental o provincia Cisplatina, en el extremo sur. La zona ya había causado problemas a los diplomáticos portugueses y brasileños en el siglo anterior, como se vio en los combates, ocupaciones y desocupaciones de aquel territorio, objeto de disputas que los Tratados de Madrid y de San Ildefonso habían pretendido solucionar. Todo indica que en el caso hubo interferencias inglesas, país al que no conve-

nía, una vez más, actuar directamente en la Plata. Lo hicieron a través de Portugal. En cuanto llegó el príncipe, ofreció protección al cabildo de Buenos Aires, alegando falta de asistencia española. La oferta fue rechazada. Cuando ofreció protección, estaba en malas relaciones con España, que había colaborado con Francia contra su gobierno y ayudado a la invasión de su territorio. Dada la política de Napoleón en España, usurpando el trono, el gobierno se volvió contra los franceses, pasando de aliado a enemigo. Don João tuvo, por tanto, que cambiar su conducta. Hay que tener en cuenta, además, la acción de Carlota Joaquina, española, hija de Carlos IV, hermana de Fernando VII y esposa de don João. Dotada de fuertes ambiciones, pensó en ser regente o incluso señora de las tierras del imperio español, por la difícil situación de su padre y de su hermano, forzados a abdicar y prisioneros después. Le faltó siempre el apoyo del marido, como también el de las autoridades inglesas y el del gobierno español, que posteriormente se recompuso. Los dos primeros preferían otra solución para el caso del Río de la Plata y el gobierno español quería continuar el dominio que ejercía.

Portugal invadió la Cisplatina, denunciando la violación de la frontera sureña por fuerzas españolas o por rebeldes de Buenos Aires y de Maldonado o de Montevideo. La primera vez retrocedió, pero más tarde la invadió con intención de permanecer, en lucha comenzada en 1816, que acabó con la victoria en 1817. Fue una ocupación siempre contestada por los locales o por los vecinos del sur. Ayudaron a la permanencia de la provincia en Brasil las luchas insuperables entre ellos, los de la Cisplatina y los de las provincias unidas del Río de la Plata. Al final, hubo una lucha armada entre la joven República del Plata y Brasil, terminada por la mediación de la diplomacia inglesa. Una vez más, ésta daba cartas y decidía. Los diplomáticos brasileños y argentinos llegaron a un acuerdo el 27 de agosto de 1828. Las dos partes más fuertes renunciaron a sus planes y surgió una república más en América, pequeña, pero enérgica y aguerrida. Fue una especie de estado tampón entre dos naciones fuertes, conveniente para ellas y para todos, sin importar los serios problemas que pudiesen surgir en adelante. Los problemas fueron soslayados y Uruguay ya no perdió su condición de estado libre.

Establecido un gobierno legítimo en España con Fernando VII en 1814, desaparecieron las razones para la pretensión de Carlota Joaqui-

na. Además, habían surgido otras más importantes, con la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata, constituidas por Alto Perú, Paraguay y la Región Oriental en 1810. Paraguay y la Región Oriental no admitieron la fórmula, rebelándose la segunda con la ayuda de Brasil. En 1816 el Congreso de Tucumán aprobó la actitud brasileña, impidiendo las pretensiones futuras de Buenos Aires. Movía a Brasil la defensa de la frontera fijada en 1801, cuando obtuvo el territorio de las Siete Misiones Orientales de Uruguay, aunque perdiese la Colonia de Sacramento. Acrecentó su interés la navegación hasta el Mato Grosso sin dificultades. Las Provincias Unidas querían tener Montevideo, fiel a los españoles. Buenos Aires intentó sin éxito una alianza con aquélla, por lo que estalló la guerra entre ellos en 1811, con invasión del territorio y eventuales incursiones en la zona sur de Brasil, origen de la invasión de la Región Oriental por tropas brasileñas y ocupación por poco tiempo. Los soldados de Buenos Aires continuaron, entre 1812 y 1816, con ataques que llegaron a la frontera de Brasil. De ahí, la reacción de 1817, y la ocupación de la Región Oriental, por lo que protestó Fernando VII. En 1821 el entonces Estado Cisplatino se incorporó, por decisión de su Congreso, al Reino Unido de Portugal, Brasil y Algarve. Hubo una cierta tregua hasta que la guerra entre Brasil y Argentina acabó con un Tratado entre las dos partes, como se ha visto. El comienzo de la disolución del imperio español fue la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata en 1810, lideradas por Buenos Aires.

Hecho digno de mención en materia de política exterior fue el Tratado de 1810 entre Portugal e Inglaterra. Fueron dos: uno de Comercio y Navegación y otro de Alianza y Amistad. Es un documento básico de la historia brasileña por sus consecuencias inmediatas y por otras. Es una pieza característica de la diplomacia inglesa, que se valió de su natural poderío y fuerza en Portugal, acrecentada entonces por la difícil situación. Por el Tratado de Comercio, Inglaterra obtuvo una tarifa especial del 15 %, inferior a la tarifa de los propios portugueses, del 16 %, en tanto que para las demás naciones era del 24 %. La tarifa para los portugueses fue reducida también al 15 % en 1818, igualándose a la de la nación más favorecida. El Tratado impuso otras condiciones, como un fuero especial para juzgar cuestiones en las que estuvieran implicados ingleses, con jueces de su nacionalidad. El documento tuvo efectos comerciales inmediatos. En condiciones norma-

les, el productor brasileño competía con desventaja. Hay que imaginarse lo que ocurría con un tratamiento especial. Como resultado, se multiplicaron las empresas inglesas en Río, en el Sur, en Pernambuco y en Bahía, en Pará y en Maranhao. Brasil fue invadido por mercancías inglesas, algunas totalmente prescindibles. Vinieron tejidos y manufacturas de todo tipo, patines para hielo, corsés para señoras y hasta ataúdes para difuntos.

El comercio pasó a ser dominado por los ingleses, como se ve en los libros escritos por viajeros, como el curioso *Notas sobre Río de Janeiro y las partes meridionales de Brasil,* de 1816, escrito por Henry Koster. En las ciudades, como en la de Río de Janeiro, las lonjas eran a veces de los franceses, que imponían su moda en vestidos, sombreros, chaquetas y perfumes. Franceses eran también los peluqueros, modistas, sastres y artistas, en general, coristas y, muchas veces, sólo *cocottes* de lujo o de modesta condición. Ellas daban a la recatada ciudad cierto *charme* y un tono de libertinaje que excitaba a los hombres y provocaba la envidia de muchas mujeres, sólo por la elegancia un tanto atrevida de sus ropas.

les el productor brasileño [illegible]. Hay que imaginar [illegible] que [illegible] especial. Como resultado, se multiplicaron las [illegible] en [illegible], en Pernambuco y en [illegible], y en [illegible]. Brasil fue invadido por [illegible] ingleses, algunos [illegible]. Vinieron [illegible] de todo tipo [illegible] desde [illegible] hasta [illegible] de esta difusión.

El comercio pasó a ser dominado por los ingleses, como se ve en libros escritos por viajeros [illegible] de 1810 [illegible] por Henry Koster. En las ciudades, como en la de Río de Janeiro, las lonjas [illegible] de los franceses, que imponían su moda en vestidos, sombreros, [illegible] los [illegible] ingleses [illegible] de [illegible] que se consideraba [illegible] de [illegible] de [illegible] a [illegible] [illegible] atrevida a un uso de muchos [illegible]

V

REGRESO DE DON JOÃO VI

Los portugueses exigían la vuelta de la Corte, descontentos con la situación de la patria, con el agravante de la prepotencia del mariscal inglés Beresford, que se consideraba señor de la situación y que interfería, además, en la administración del reino. Desde 1817 comenzó la presión en favor de la vuelta, con un movimiento rebelde que provocó la condena a muerte de muchos conjurados. Una sociedad secreta funcionó en Oporto, alimentando la idea. Quería la convocatoria de las Cortes, como se hacía hasta 1698, en los momentos decisivos de la patria, desde entonces no convocadas debido al absolutismo dominante. En la ciudad de Oporto hubo un levantamiento militar, que formó una Junta de Gobierno. El episodio se repitió en Lisboa, donde se formó otro gobierno. Sin oír a don João VI, el nuevo poder convocó elecciones para diputados. El rey, sorprendido por los acontecimientos de octubre, tuvo que aceptar lo que se había hecho. Las islas de Madeira y Azores se adhirieron al constitucionalismo, como también lo hizo en Brasil la capitanía de Grao-Pará, seguida, más tarde, por la de Bahía. Tan débil era la situación del rey que tuvo que jurar la Constitución que se iba a hacer contra él. Hizo el juramento obligado en el Teatro Real de São João. En Río de Janeiro se intentó evitar su regreso. Muy a su pesar, tuvo que volver a Portugal el 26 de abril de 1821. Había permanecido trece años en América.

La revolución de Oporto, llamada liberal por exigir una Constitución, no fue tan liberal y constitucionalista, porque lo que pretendía era reconducir a Brasil a su antiguo estado de colonia. Era natural, pues los protagonistas del movimiento eran de la burguesía de Oporto, disgustada con el hecho de ser gobernada desde Río de Janeiro. Notaban

la separación de Brasil, base de la economía portuguesa. Eran liberales en las ideas, pero en los intereses contaba más la condición de burgueses, comerciantes y propietarios. En la Asamblea Constituyente, que tenía que reunirse en enero de 1821, debían participar diputados brasileños, ya que era Reino Unido desde 1815. Se eligieron 69 representantes brasileños a Cortes, pero sólo comparecieron 46 en las sesiones. Era un número ínfimo comparado con los 100 diputados portugueses y de las islas. Era evidente la hostilidad hacia aquellos representantes, que tenían un lenguaje propio de la colonización, nada liberal. Ante la petición de millares de brasileños al príncipe don Pedro para que no regresase a Portugal, como le era ordenado, se recrudeció la violencia parlamentaria contra Brasil.

Cuando don Pedro convocó una Asamblea Constituyente en Brasil el 3 de junio de 1822, los portugueses rechazaron la idea y exigieron su vuelta inmediata. Era tarde, pues el movimiento por la independencia había avanzado mucho. Don Pedro no cumplió las órdenes recibidas, que le sirvieron de pretexto para declarar independiente el país. Los diputados brasileños con escaño en las Cortes lucharon bravamente en la tribuna. La Constitución portuguesa quedó lista en septiembre de 1822, cuando Brasil ya se había emancipado. Los brasileños presentes todavía en aquella Asamblea rechazaron firmar el documento. Fueron obligados a abandonar su puesto y marcharon a otros puntos de Europa, desde los que regresaron a Brasil. El país todavía estaba oficialmente ligado a Portugal y el príncipe regente don Pedro ya hablaba de una nación libre. En los manifiestos de agosto de 1822 había una visión nacional, autónoma; véase el discurso del príncipe al pueblo del 1 de agosto de 1822, redactado por Joaquim Gonçalves Ledo: «Ya sois un pueblo soberano, ya habéis entrado en la gran sociedad de las naciones independientes, a que teníais derecho». Podrían encontrarse muchos pronunciamientos de este género, como el del 6 de agosto, redactado por José Bonifacio, en el que se afirmaba que Brasil se consideraba independiente y procedía como tal, anterior al hecho del 7 de septiembre de 1822.

Don João había dudado en volver, como había dudado en venir. Al final, la presión era muy fuerte y tuvo que volver a Lisboa. Al salir, dejó a su hijo don Pedro como regente, en decisión que contrarió a los absolutistas. Volvió en cuanto don Pedro se hizo cargo del gobierno en Río de Janeiro. Recibía órdenes de Lisboa, como es claro, y las

cumplía o no, de acuerdo con su inquieto temperamento. Al final, las Cortes exigieron su regreso. Si en algún momento pensó en obedecer, continuó, de hecho, en Río de Janeiro, atendiendo la petición de millares de brasileños. Y se quedó. Desobedecía las órdenes del padre y, sobre todo, del poder legislativo. El brote independentista entró en una fase acelerada y culminó el 7 de septiembre de 1822. Otros países habían surgido ya en la América española. El proceso fue, sin embargo, muy distinto. En éstos hubo una lucha cruenta, una guerra. Los libertadores eran guerreros, militares, que se pusieron al frente de los acontecimientos. En Brasil, la independencia fue conducida por un grupo de nacionalistas exaltados y con visión de futuro para su tierra, contando con el apoyo de los portugueses aquí residentes y con sus intereses económicos, por los que éstos se identificaron con la causa. Ellos rodeaban al príncipe don Pedro, que condujo el movimiento empuñando su bandera. Negó obediencia a las órdenes recibidas hasta la ruptura final.

Este libro no estudia el proceso en su totalidad y profundidad, pues está escrito para resaltar la singularidad del marco americano, que es el motivo central de la Colección Independencia de Iberoamérica de las Colecciones Mapfre 1492. Se ha hecho una narración sencilla del período de 1808 a 1822, visto como transición. La historia del Brasil libre, nación soberana, comenzó el 7 de septiembre de 1822.

TERCERA PARTE

LA MONARQUÍA (1822-1889)

TERCERA PARTE

LA MONARQUÍA (1822-1889)

I

BREVE RETROSPECTIVA

Brasil estuvo bajo dominio portugués durante 322 años, desde 1500. La llegada de la pequeña flota oficializó la conquista y estableció el monumento de posesión. No fue una casualidad o una simple visita. La historia brasileña, como la americana, tuvo su comienzo con la llamada convencionalmente Historia Moderna, de 1453 a 1789, período conocido como mercantilismo, por la filosofía política y económica que lo inspiró y determinó. Portugal tenía cerca de 1.100.000 habitantes en 1500, según estimaciones, y 1.326.000 en 1527, de acuerdo con un censo obviamente precario. La nueva tierra, Vera Cruz, Santa Cruz, Brasil, tenía millones de nativos, llamados indios, en un número imposible de determinar. Se habla de dos a cuatro millones de nativos, de acuerdo con cálculos prudentes. Jamás se sabrá el número exacto, lo que explica la variación de dos a cuatro millones. Hubo quien habló de un número muy superior, pero sin base fundamentada. Se calcula de 20 a 40 millones para toda América. La enorme diferencia en los cálculos atestigua su inconsistencia. Se impuso el sistema colonial, que creció con el fin de explotar el Nuevo Mundo, reminiscencia del imperialismo antiguo. Tuvo otra base y otro sentido. El sistema desarrolló sus virtualidades y creció sobre las culturas que encontró y alteró, con resultados diversos.

Los ingleses y franceses se establecieron en América del Norte y, en menor escala, en las Antillas, donde también se instalaron los holandeses, así como en algunas islas y zonas del litoral de América del Norte. Los españoles, a primera vista, fueron unos privilegiados, pues dispusieron de un inmenso territorio, desde el hemisferio norte al hemisferio sur, donde hoy se encuentran muchos países, y también dispusieron de algunas islas de las Antillas. Entre los grupos encontrados,

había pueblos de alto nivel cultural, como los aztecas, mayas e incas, que estaban en la edad de los metales y que tenían una compleja organización social.

Los portugueses también dispusieron de un inmenso territorio, aumentado por las conquistas de los colonizadores o de los hijos de la tierra, descendientes de aquéllos y conocidos como «mazombos». Entraron en contacto con nativos de un grado cultural porco desarrollado y sin una actividad económica que pudiera ser aprovechada inmediatamente. Les desilusionó la falta de oro y plata, de forma que tuvieron que crear riqueza con base en la agricultura. El cultivo de la caña de azúcar, hecho en gran escala y fundamentado en el monocultivo, el latifundio y la esclavitud, fue una empresa de dimensiones hasta entonces desconocidas. Fue necesaria la importación en gran escala de esclavos africanos para las colonias inglesas del norte y de las Antillas y para las portuguesas. También vinieron a los dominios españoles, pero en menor cantidad, ya que los españoles consiguieron aprovechar al indio como mano de obra, adoptando formas precolombinas con relativo éxito. Todo ese sistema de trabajo a lo largo del continente costó mucho esfuerzo y sacrificio, lo que diezmó a millones de nativos, debido a su insumisión al estilo de vida que les imponían, contra el cual se rebelaban, o a las enfermedades.

La explotación de las islas era más simple por sus dimensiones, pero la del continente presentaba problemas. Los ingleses se organizaron con eficiencia en el litoral norte hasta el río San Lorenzo, en 13 colonias, en las que se dio una verdadera trasposición del orden social, político y económico, vivido por ellos en el Viejo Mundo, y de ahí el feliz nombre de Nueva Inglaterra. Se expandieron rápidamente, con la conquista por la fuerza y por la superioridad de sus armas, en uno de los episodios más conocidos y deplorables de exterminio. En el siglo XIX lo hicieron a través de guerras, por compra o negociación, en uno de los hechos más notables de la historia del siglo.

La colonización española procuró respetar la división de las tierras entre las diversas tribus. Hizo, de hecho, una superposición sobre el marco existente. A lo largo de su trayectoria de 300 años hizo varias adaptaciones, conservando las unidades aisladas unas de otras. No hubo una colonia española en América, sino varias, mantenidas hasta que se desarrolló en ellas el sentido libertador. Fue un trabajo eminentemente descentralizado, bajo la dirección de la Corona.

Los portugueses no encontraron tribus cohesionadas, sino en guerra y nómadas además, por lo que pretendieron imponer un modelo político y, en gran parte, lo consiguieron. Ejercieron una centralización política, pero practicaron una descentralización administrativa. No podía ser de otra manera por las dimensiones continentales de lo que había que dirigir. Consiguieron garantizar la unidad del vastísimo territorio, aumentado por las conquistas, la ocupación de tierras sin dueño y también el uso de la fuerza. Su gran éxito fue garantizar la unidad de las partes del vasto territorio, configurando en los tres primeros siglos el mapa de una nación grandísima con unidad de lengua, religión, prácticas, costumbres y creencias, con las que predominó el estilo del hombre blanco y portugués, que se entrelazó con el del indio y el negro. Fue un ejemplo de convivencia interracial, aunque no siempre hecho con armonía, sino con apelación a la violencia. Todo ello produjo el exterminio de millones de vidas y la destrucción traumática de muchas culturas. La tan propalada «democracia racial» fue una ideología propuesta por ciertos estudiosos, completamente desacreditada hoy. La mayoría era mestiza. Al principio del siglo XIX, la tierra ya estaba delimitada casi como hoy.

Estaba puesta la base para una nación, con mucho pendiente de hacer para construirla debidamente. Brasil contaba en 1822 con cerca de 3.700.000 habitantes. Un censo recogió 3.961.000 en 1823, de los cuales 1.148.000 eran esclavos. Es imposible decir cuál era el número de indígenas, pues los precarios censos de entonces no los recogían, por considerarlos sin nacionalidad. Estarían ya, sin duda, muy reducidos, pues hubo exterminio en los siglos XVII y XVIII, a causa de enfermedades, rebeliones y guerras, bien entre las tribus o bien contra el blanco. La legislación portuguesa fue muy oscilante. A veces los protegía; a veces permitía su dasalojo, persecución y muerte. Además, como ante la llegada del blanco huían hacia el interior, fueron perdiendo sus características y la estructura de sus culturas, lo cual fue otro motivo para la disminución de su número. A comienzos del siglo XX habría en el país unos 200.000. Les sirvió de poco la protección de los misioneros religiosos. A lo largo del siglo XIX, el estado no hizo prácticamente nada a su favor con resultados positivos dignos de mención.

La población estaba concentrada en Río de Janeiro, en Minas Gerasis y en São Paulo. Hubo cierta concentración en puntos del litoral como en Bahía, Pernambuco, Ceará, Maranhão, Pará, São Paulo y en

el sur. La Amazonia y el centro-oeste tenían una población desperdigada y escasa. La América española tendría al final de la Colonia, según cálculos de Humboldt, 15.000.000 de habitantes, con siete en Nueva España y zonas administradas por ella, tres en Tierra Firme, dos en Perú y 2.350.000 en el Virreinato del Plata. Los indios dominaban, con cerca de 10.000.000, y los negros serían poco más de 800.000. Cuando las colonias inglesas se emanciparon en 1776 tendrían 2.700.000.

El estudio de la vida colonial brasileña despertó el interés de muchos historiadores, pero faltaron investigaciones y análisis para conocer mejor el período. El primer libro importante fue publicado en 1807 por Capristano de Abreu, con el título de *Capítulos de Historia Colonial.* Su contenido fue profundizado por Caio Prado Junior en *Formación del Brasil contemporáneo* (Colonia), de 1942. Destacamos estos dos títulos por la densidad de su análisis y el poder de su síntesis. Capristano de Abreu resumió su estudio así:

> Cinco grupos etnográficos, ligados por la comunidad activa de la lengua y por la pasiva de la religión, modelados por las condiciones ambientales de cinco regiones diferentes, que tenían un gran entusiasmo por las riquezas naturales de la tierra, que sentían aversión o desprecio hacia los portugueses y que no se apreciaban unos a otros de modo particular. He aquí, en resumen, a lo que se redujo la obra de tres siglos [1].

El proceso conoció una inflexión en 1808 con la venida de la Corte, hecho determinado por episodios de la política europea. Napoleón fue responsable de repercusiones en la vida americana, a causa de su intervención en la Península, que afectó a las Coronas española y portuguesa. De las dificultades vividas por ellas se beneficiaron las colonias. La predicación de la libertad por la Ilustración tuvo, entre otras proyecciones, la Revolución Francesa, de la que Napoleón fue una consecuencia, sobre todo, en la fase del Consulado y del Imperio. En ese momento, la revolución ya estaba acabada y caminaba hacia la contrarrevolución. De cualquier modo, la aventura del general-emperador contribuyó a divulgar el ideario de 1789 por las tierras de Europa, convulsionada por las guerras.

[1] Abreu, J. C. de, *Op. cit.*, p. 228.

La Ilustración había llegado antes a través de las Academias, sociedades secretas y de las comunicaciones individuales de los que habían estudiado en Europa o habían leído los libros escritos allá. La independencia de las colonias inglesas también influyó de modo notable. A comienzos del XIX, América Latina estaba madura para intentar su emancipación. La consiguió con muchas luchas en la América española. Al frente de cada nación se situaron los libertadores, casi siempre militares, que pensaron en sus naciones y no en América. El ideal continental de Bolívar se diluyó pronto, como se vio en su famosa declaración de que «América es ingobernable». Trabajar por su unificación era lo mismo que arar en el agua. Los diversos jefes locales aspiraban a liberar sus tierras, de las cuales casi siempre se hicieron dueños, en un ejercicio de caudillismo. El mundo español se fragmentó, como consecuencia del deseo de la administración de tener un dominio atomizado, con raíces en la vida precolombina.

Brasil consiguió llevar a cabo la independencia de toda la colonia, una nación de más de 8.000.000 millones de kilómetros cuadrados. Las peculiaridades regionales no se impusieron. Contribuyó a ello la venida de la Corte. Con el regreso de don João VI y el gobierno de Río de Janeiro dirigido por el príncipe don Pedro, los diversos elementos en lucha por la separación acabaron unidos en torno al Príncipe, aunque tuviesen distintos modos de ver. Río de Janeiro, São Paulo y Minas Gerais dirigieron el proceso. Después de las luchas entre los brasileños y las Cortes de Lisboa, deseosas de mantener la colonización, don Pedro proclamó la independencia con el gesto teatral de 7 de septiembre de 1822.

No se vea en el episodio una simple parada, una fiesta, pues fue la coronación de la lucha mantenida, por lo menos, desde el siglo XVII, con un coste de millares de vidas. Aquí no se dieron las batallas vistosas de la guerra por la emancipación, como ocurrió en las colonias españolas. Hubo muchas protestas individuales y colectivas en los intentos de libertad, referidos en su lugar apropiado. La separación aparantemente no fue muy cruenta, pero costó, de hecho, sangre y sacrificios. No deja de tener fundamento la observación de Caio Prado Junior:

> Se hizo la indepedencia casi a pesar del pueblo y esto ahorró sacrificios, pero alejó su participación en el nuevo orden político. La inde-

> pendencia brasileña fue fruto más de una clase que de la nación tomada en su conjunto [2].

Las provincias de Río de Janeiro, Minas Gerais y São Paulo dirigieron el proceso, pero hubo colaboración de las demás. En algunas hubo lucha contra la idea de ruptura con Portugal. Sobre todo, en las provincias de mucha población portuguesa, en las que sólo se admitió la independencia después de combates y conversaciones. Fueron los casos de Bahía, Piauí y Maranhão, Pará y Cisplatina. Don Pedro consiguió subyugarlas, improvisando una fuerza armada con la presencia de muchos extranjeros, que eran mercenarios disponibles en Europa después de tantas guerras en el continente. Como jefes contó con generales o almirantes experimentados. A finales de 1823, todas las provincias estaban en torno al ex regente, entonces en el trono. Don Pedro fue coronado Emperador Constitucional y Defensor Perpetuo de Brasil el día 12 de octubre de 1822. Iba a comenzar la historia como nación libre, bajo la forma de monarquía que duró hasta el 15 de noviembre de 1889, es decir, 67 años.

[2] Prado Júnior, C., *Evolução política do Brasil e outros estudos*, 11.ª ed., São Paulo, Editora Brasiliense, 1979, p. 48.

II

MONARQUÍA EN UN CONTINENTE REPUBLICANO

La república, tal como es concebida y practicada hoy, es una realidad de la Historia Contemporánea. Las repúblicas de las ciudades italianas o del norte, de finales de la Edad Media o comienzos de la Edad Moderna, tenían mucho de aristocrático, casi de realeza, con sus príncipes, duques y demás títulos. La primera república moderna fue la de los Estados Unidos, en 1776, que surgió por la necesidad de una nación fuerte para enfrentarse a los colonizadores británicos que no querían abandonar la colonia. Otro caso de notoriedad del sistema fue la institución de la república en Francia, el día 22 de septiembre de 1792, al comienzo de la fase más radical de la revolución, la Convención.

A partir del siglo XIX, se generalizó la idea de república como régimen democrático y expresión de la voluntad popular. La monarquía era el gobierno de uno solo, como enseña la etimología, en tanto que la nueva forma es la de la representación del pueblo, con autoridades elegidas. Ahora bien, Inglaterra es una monarquía y tiene leyes que someten a la realeza, desde el siglo XIII con la Carta Magna, enriquecida después con leyes de derecho y formas de representación resultantes de las revoluciones del siglo XII, desde 1648 a 1688.

Incluso después de la República de los Estados Unidos y de la de Francia, la idea de monarquía era común. Comenzó entonces a ganar contenido la de república. El debate sobre las formas de gobierno adquirió vigor. Anteriormente, la palabra república era la misma que estado o comunidad política. *República* es el título de la versión latina de la *Política*, de Platón, como *República* es el título del principal texto político de Cicerón. En los clásicos de los siglos XV a XVII no había oposición entre las palabras monarquía y república como forma de go-



Figura 5. Palacio do Itamaraty, Río de Janeiro. Antigua residencia del barón de Itamaraty, hijo de una comerciante portugués. Fue la residencia de los primeros presidentes de la República hasta el 8 de junio de 1897. Desde entonces fue la sede del Ministério das Relações Exteriores, hasta que éste se trasladó a Brasilia. En la actualidad es un departamento de dicho Ministério. (Fotografía de la colección de la Secretaría do Patrimonio Histórico e Artístico Nacional).

bierno, pues república era lo mismo que estado. Es el caso de la obra de Jean Bodin *Les Six livres de la République,* de 1576. La palabra viene del latín *respublica,* cosa pública, cosa común. Los teóricos franceses del siglo XVIII pensaban, como Montesquieu, que había despotismo, monarquía y república. El primero, el gobierno de uno solo sin leyes que lo regulen; el segundo, el gobierno de uno solo, pero con leyes, y el tercero, el gobierno del pueblo, la democracia, con autoridades constituidas por el voto del pueblo.

La República de los Estados Unidos se convirtió en la república por excelencia, imitada por la América española en el brote emancipador de los 30 primeros años del XIX. Ese impulso independentista resultó en gran parte no sólo de la maduración de varias naciones, que no podían tolerar la subyugación a las metrópolis ibéricas, sino también de las vicisitudes de la política europea, con raíces, sobre todo, en la aventura de Napoleón. En el caso de la Península Ibérica, con la acción francesa en España y Portugal, responsable de la guerra peninsular, que fue el principio del fin de la carrera del general hecho emperador.

Entre 1810 y 1830, prácticamente toda la América española se sacudió la tutela, sobreponiéndose a la situación de la metrópoli. La independencia de las Providencias Unidas del Río de la Plata en 1810 fue inestable, pues los españoles retomaron el dominio. Se consumó en 1816. En el caso de las demás naciones también hubo inestabilidad, con guerras ganadas y perdidas, proclamaciones de emancipación derrotadas, pero que acabaron, poco después, con el alejamiento de los españoles por el trabajo tenaz de los libertadores, entre los cuales se distinguieron los militares. La mayor figura fue la del venezolano Simón Bolívar, justamente conocido como *el Libertador.* Él deseaba la solidaridad americana, con una gran nación a la manera de los Estados Unidos, y no la fragmentación del territorio en muchas repúblicas. Temía con razón por la supervivencia soberana de los nuevos estados, frágiles y con dudas, mientras en Europa el sentimiento adverso a las conquistas liberales de la Revolución Francesa llevaba a la política reaccionaria de la Santa Alianza, defensora del absolutismo de las monarquías, contraria a las repúblicas y favorable a una nueva colonización de los recién emancipados.

Sopesando bien la situación, Bolívar convocó a las diversas naciones al Congreso de Panamá en 1826. Inglaterra era contraria a la idea

de la nueva colonización, porque prefería un continente fragmentado para dominar más fácilmente a las pequeñas naciones. Los Estados Unidos no tenían ningún estusiasmo por la unificación. Bolívar estaba solo con su idea de un gran estado latinoamericano. El Congreso fue un fracaso, pues algunas naciones importantes no comparecieron y las que lo hicieron no tenían entusiasmo por el proyecto, porque la unificación hubiera sacrificado los localismos y a sus líderes. No comparecieron Argentina, Chile y Brasil, del que el Libertador tenía una desconfianza invencible por tratarse de una monarquía. Estados Unidos tuvo una representación oficial, e Inglaterra mandó un observador. Estuvieron presentes México, Perú, Colombia y Guatemala. El movimiento de liberación partió de varios centros y tuvo sus jefes, que se habían convertido en amos de la situación y no querían renunciar a sus conquistas.

Bolívar percibió pronto el peligro y ya en la carta de Jamaica, de septiembre de 1815, propuso la idea de una gran nación, temeroso de los estados débiles. Pensó en una federación, en la unidad latinoamericana, que fue su propuesta en el encuentro de 1826 en Panamá. Sus ideas oscilaron en cuanto al sistema político. Fue siempre contrario a la monarquía, pero su pensamiento acabó por tener connotaciones próximas a ella. Francamente republicano al comienzo, pronto adoptó principios con algo de monárquico. Fue el caso de la Constitución propuesta para Bolivia en mayo de 1826, en la que defendía una continuidad en el poder casi hereditaria. El cargo de presidente era vitalicio y podía nombrar al sucesor, idea distante del régimen republicano. Se alejó del pensamiento de los primeros tiempos, quizás disgustado con la experiencia. Estaba cansado y enfermo, he ahí todo.

Entretanto, siempre rechazó la posibilidad de una corona, como se vio, y no era la primera vez, en 1829, cuando un enviado del gobierno francés propuso la creación de una monarquía constitucional en Colombia para resolver disidencias, idea con adeptos en la clase dominante y en el clero. El general Urdaneta, su colaborador, defendió el proyecto que ofrecía la corona a Bolívar, que no sólo la rechazó, sino que criticó la propuesta. La Gran Colombia se desarticulaba con la independencia de Venezuela. Renunció entonces a la presidencia de Colombia y se retiró al litoral para cuidar su salud, muy deteriorada. A pesar de todo, continuó exponiendo sus ideas políticas en cartas. Murió en diciembre de 1830, con poco más de 47 años, quien había tenido la idea de una América independiente, fuerte y unida.

Los Estados Unidos e Inglaterra no eran favorables a la Santa Alianza, ya que veían en los jóvenes estados americanos un campo favorable para sus acciones e intereses económicos, pero la Europa de la Restauración podía crear dificultades. El intento restaurador no tuvo éxito y América Latina pudo continuar su trayectoria, que fue fácil, pero por otras razones. Del sur al norte, sólo podía imponerse el régimen republicano, pues la monarquía supone una tradición que faltaba. La gran excepción fue Brasil, con su original proceso de independencia. Con la venida de la familia real y el regreso de don João VI, quedó al frente del gobierno su hijo don Pedro, príncipe regente, como se ha dicho ya. En su entorno había brasileños y portugueses con intereses bien definidos, muchos de los cuales habían venido recientemente, acompañando a la Corte.

Lo importante de la presencia del príncipe, favorable a la causa brasileña e identificado incluso con la misma, fue su papel de eje aglutinador, en torno al cual estaban principalmente las provincias de Río de Janeiro, São Paulo y Minas Gerais. Así pues, se convirtió en el líder. Se rebeló contra las órdenes de Lisboa y proclamó la separación de Brasil en 1822. Se convirtió no sólo en el jefe natural del movimiento, sino también de la nación, dominando a las provincias contrarias. Así fue proclamado Emperador y Defensor de Brasil. La nueva nación fue una monarquía, una originalidad en el Nuevo Mundo eminentemente republicano, a causa de la primera república independiente, la de Estados Unidos.

Sólo Brasil tuvo una experiencia monárquica importante y válida. Las otras fueron de corta duración y tuvieron, a veces, algo de caricatura. Hubo, ciertamente, un debate sobre la forma de gobierno, monarquía o república. La idea todavía más fuerte era la de realeza. Incluso en los Estados Unidos se llegó a pensar en una corona para Washington, que jamás la admitió. En la América española también se pensó insistentemente en la monarquía, presentándose un príncipe Borbón o de otra casa noble para el caso de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Se pensaba en invitar a alguna figura de la realeza europea para ocupar el trono. Fue una idea que podía encontrarse también en otros centros. No se pasó del mero pensamiento, como era natural. La práctica monárquica parecía incompatible con el continente.

Además de la brasileña, hubo algunas tentativas frustradas. La primera fue en las Antillas. Escaparate de originales acontecimientos, en

la isla de Santo Domingo hubo una amplia rebelión de esclavos. Allí vivía una sociedad con medio millón de negros, 25.000 mulatos y 40.000 blancos en 1789. La base económica era el azúcar, con buenos resultados para su metrópoli, Francia. La revolución llegó a las Antillas. El levantamiento comenzó en el norte de la isla en 1791, con 100.000 esclavos, bajo la dirección de Toussaint L'Ouverture. Diez años después, en 1801, Toussaint dominaba todo. Las fuerzas de Napoleón invadieron la isla y tomaron prisionero al jefe, que fue llevado a Europa, donde murió en 1803.

El mando pasó al subordinado inmediato, Jean Jacques Dessalines. Dessalines, el 1 de enero de 1804, proclamó la independencia de la parte occidental, bajo el nombre de Haití, que fue la primera nación libre de América Latina y la segunda del Nuevo Mundo. Los franceses se habían establecido en la isla Española desde el siglo XVII, en la parte occidental, en tanto que los españoles estaban en la oriental desde 1492, año de la llegada de Colón. Dessalines expulsó a los invasores, liquidó a los blancos y asumió el título de emperador, pero fue asesinado en 1806. El negro Henri Christophe continuó gobernando en el norte con el título imperial, en tanto que el sur pasó a ser una república. La reunificación se produjo en 1820.

En 1848 hubo una guerra con la otra parte, la República Dominicana. El año siguiente, el negro Faustin Elie Soulouque asumió el poder, proclamándose emperador, igual que Dessalines, pero fue depuesto en 1859. El país entró en una crisis permanente, de la cual se aprovecharon los Estados Unidos para retirarle la autonomía y asumir el ejercicio de las principales funciones hasta llegar al dominio en 1915, ejercido durante 19 años. La de Haití fue una experiencia singular, con algo de aventura tribal, sin mayor importancia por el pequeño tamaño de la isla y su falta de repercusión en el Caribe. La existencia de dos tronos tuvo poco significado.

El debate sobre régimen de gobierno, monarquía o república, fue animado, sobre todo, en Argentina y México. La sociedad hispanoamericana, aristocrática en la clase dominante, podía pretender la monarquía, pero tal forma de gobierno recordaba a la Europa colonizadora, que era el pasado. La república tenía la seducción de las cosas nuevas, de las ideas ilustradas y del ejemplo de los Estados Unidos. México tuvo un proceso de independencia muy vivo, de base popular al principio, con Morelos e Hidalgo, que fue aplastado por la fuerza

española, contando con agentes como el coronel Agustín Iturbide. Es la nación que más pensó en la monarquía. Fue independiente en 1821.

Como no consiguió un príncipe europeo para su trono optó por un nativo, el mismo Agustín Iturbide, de comportamiento tan poco patriótico poco antes. Se declaró emperador, pero tuvo un reinado muy corto, de mayo de 1822 a febrero de 1823. Ante las dificultades, el ejército lo derrocó y desterró. El reinado de Agustín I, así se titulaba, fue breve. Su pretensión de volver a asumir el título le costó el fusilamiento en julio de 1824. La fantasía caudillesca coronada no marcó a la joven nación, que adoptó la forma de república, llamada liberal y federativa.

Curiosamente, México fue el escenario de otra experiencia monárquica, menos breve, consecuencia de un capricho de Napoleón III, con una intervención de resultados desastrosos. Francia ya había intentado una aventura en México en 1838 con la ocupación del puerto de Veracruz, para cobrar deudas impagadas. Hubo otra en 1854 en la costa del Pacífico. La nación vivía en un clima de inestabilidad permanente: golpes sucesivos, luchas entre Estado e Iglesia y corrupción administrativa. En la década de los 50 la situación era tensa. Emergió entonces la figura de Benito Juárez, indio puro, que realizó grandes cambios y una Constitución liberal con más poder para los mestizos, en detrimento de los criollos. La oposición fue persistente y estalló la guerra de la Reforma entre 1858 y 1861, con victoria liberal. Lo conservadores, que perdieron en el campo de batalla y en el debate político, llegaron a apelar a la intervención extranjera: antes ésta que Juárez, con sus leyes y rectitud. En 1861, el país fue invadido por ingleses, españoles y franceses, pero sólo los franceses permanecieron.

Los conservadores habían conseguido convencer al emperador francés, Napoleón III, para que interviniera. Ambicioso y sin principios, admitió intentar implantar la monarquía en México. El escogido fue el archiduque Maximiliano, un Habsburgo, que llegó en 1864 con el apoyo de las fuerzas francesas. Se instaló con una corte brillante a la manera de Austria, y realizó un trabajo gubernamental que no siempre fue del agrado de los conservadores, pero preferido al de los liberales. Éstos rechazaron la causa monárquica y la invasión francesa, viéndola como odiosa. Lucharon bravamente con él, ayudados por el hecho de que Maximiliano sólo tenía poco más que la capital. Napoleón III tuvo que retirar las tropas en 1866. La falta de apoyo hacía

inviable el régimen. Juárez era el líder incontestable y las fuerzas liberales dominaron la situación, capturando al emperador, que se había ilusionado con una ingrata tarea. Él y su mujer fueron ejecutados. Juárez retornó a la capital y tuvo la difícil tarea de reconstruir el país.

Como puede verse, sólo en Brasil hubo un gobierno monárquico durante un largo período: 67 años. Las demás experiencias, en Haití o en México, tuvieron un carácter casi tribal o anecdótico. La impuesta por Napoleón III fue una farsa trágica. La raíz de la monarquía en Brasil fue el traslado de la Corte portuguesa y la regencia de un príncipe dejado aquí. A pesar de su larga duración y de una política bien coordinada, no echó raíces. El continente siguió siendo eminentemente republicano, como quedó más claro después de 1889. La monarquía brasileña realizó una obra importante, principalmente en la garantía del orden y de la unidad territorial. El país podría haber corrido el riesgo de fragmentación cuando la independencia, pues no había todavía un sentido nacional, sino sólo regional. El sentimiento nacional se formó a lo largo de las décadas monárquicas, como se pondrá de manifiesto en el transcurso de nuestra exposición.

Contribuyó a garantizar la causa republicana la doctrina Monroe. James Monroe, elegido presidente de los Estados Unidos en 1816 y 1820, presentó al Congreso lo conocido como la doctrina que puede resumirse en la sentencia «América para los americanos», que fue una advertencia a los europeos que pretendían una nueva colonización al rechazar la independencia. Le movió menos el sentimiento liberal que los intereses de su país y la presencia rusa en la costa occidental de América del Norte. Hubo quien la atribuyó a John Quiney Adams, secretario de Estado de Monroe, o incluso, extrañamente, al inglés Georges Canning. Éste defendió el principo de no intervención, al mismo tiempo que el Congreso de Verona, de 1822, que reunió a varias naciones, decidía la intervención en España para imponer el absolutismo a Fernando VII, y la nueva colonización de América en la línea de la Santa Alianza, con las protestas renovadas de Inglaterra y Estados Unidos. Monroe tenía razones para su pronunciamiento. La amenaza mayor era la de la Santa Alianza, constituida por monarquías europeas enemigas del ideario ilustrado consagrado por la Revolución Francesa. En su fracaso contó no sólo la dificultad de la propia causa, sino la oposición de Inglaterra. Ésta se alegraba de los movimientos emancipadores, garantía de nuevos mercados para su economía dominante en

el siglo XIX. Las Repúblicas de Estados Unidos e Inglaterra se beneficiaban con la ruina de los imperios ibéricos en el Nuevo Mundo.

En 1819, Bolívar envió a Estados Unidos a Manuel Torres, representante de Colombia, para obtener armamento, préstamos y el reconocimiento oficial de la independencia de las nuevas repúblicas americanas. El día 14 de junio de 1822, James Monroe concedió una entrevista a Manuel Torres y reconoció a la Gran Colombia. Siguieron otros reconocimientos, como el de Brasil en 1824, que fue el primero en hacerlo. Los actos de la Santa Alianza atemorizaban a las nuevas naciones. Monroe envió un mensaje al Senado en diciembre de 1823, en el que definía la política americanista de defensa contra las pretensiones de Europa. América la recibió sin gran entusiasmo –sólo Brasil la celebró–, pues debía de temer acciones de la propia República de los Estados Unidos.

De hecho ocurrió así confirmando la sospecha de que la doctrina que establecía «América para los americanos» era un veto a la acción europea, pero no impedía las acciones intervencionistas de América del Norte. De ahí, la traducción popular de «América para los americanos... del Norte». La famosa doctrina no impidió acciones condenables de Estados Unidos en varios países latinoamericanos, particularmente en las Antillas, ni las guerras contra México para la anexión de territorios. Si no hizo más, fue por la presencia de las propias naciones americanas y por la vigilancia constante de Gran Bretaña, que denunció como imperialistas ciertas maniobras intentadas y no concluidas. Asociando la forma de monarquía a Europa, la doctrina impidió o dificultó la creación de monarquías en el continente, aunque nada hizo contra el régimen de Brasil.

III

CONSTRUCCIÓN DEL ESTADO

ÉPOCA DE DON PEDRO I

Don Pedro I marcó profundamente la trayectoria de dos países, aquel en que nació y murió y aquel en que fue criado, colaboró en el proceso de su independencia y fue emperador. Nació en Portugal, pero vino a Brasil a los nueve años de edad. Hijo de don João y de doña Carlota Joaquina, participó en las dificultades de los dos reinos ibéricos. Se convirtió en heredero por la muerte del primogénito. Tuvo una educación de poco relieve, sobre todo en Río de Janeiro, donde creció entre los criados del palacio. Nada convencional, era inteligente, dado a la lectura, a pesar de su estilo poco atento. Tenía gusto por la música, típico de los Braganza, no sólo como oyente, sino también como compositor. Tenía rasgos liberales y autoritarios y una existencia llena de contradicciones. Disolvió unas Constituyentes convocadas por él y, sin embargo, dio Constitución a dos países. Tiene una biografía seductora, de hombre típico del romanticismo. Vino a Brasil en 1806 y estuvo hasta 1831, de modo que vivió mucho menos en Portugal.

Fue protagonista de la independencia, un poco por azar, por la venida con su padre y la Corte y por ser dejado como regente en 1821. Después, hubo mucha insistencia para su vuelta a Portugal, con el pretexto de que recibiera una mejor educación con viajes por Europa, pero, de hecho, por el temor a su actitud favorable a los intereses de la tierra adoptada. Fue el eje del proceso emancipador. Sin él, el país quizás hubiese tomado otro rumbo, pues fue el principal factor de la unidad del Estado en 1822. Su condición de portugués fue un elemento desfavorable para gobernar. Cuando, a comienzos de la libertad del

país, se indispuso con los brasileños, se hizo rodear por sus compatriotas, a los que encomendó algunas de las principales funciones. Por esos hechos y por su temperamento no podía continuar al frente del poder. Renunció a él y partió para la última aventura, ya en su patria.

El Brasil independiente tuvo serios problemas. El primero fue el de dominar a las provincias hostiles a su reconocimiento, por tener población portuguesa, que sólo admitió la separación de la metrópoli después de la lucha armada (Bahía, Piauí y Maranhão, Pará y Cisplatina). En ella fue decisiva la participación de soldados extranjeros en puestos destacados, incluso generales y almirantes, que prestaron sus servicios a la causa brasileña y a la de otros americanos. Era fácil su reclutamiento en una Europa siempre envuelta en guerras.

El segundo problema era obtener el reconocimiento internacional. Para ello contó con la fuerza de la propia causa y con la acción de diplomáticos cualificados. La República de los Estados Unidos fue la primera, en 1824. Las otras naciones americanas también lo hicieron poco después. México en 1825, la República de las Provincias Unidas del Río de la Plata en 1827, Colombia en 1828 y las demás a través de acuerdos de diversa naturaleza. Inglaterra y Austria lo reconocieron en 1825; Francia, Suecia, la Santa Sede, Suiza, Dinamarca y Países Bajos en 1826; las ciudades hanseáticas, los países germánicos y los ducados italianos entre 1826 y 1828; Rusia en 1828 y España en 1824. Portugal reconoció el hecho en 1825, a cambio de algunas concesiones.

Estaba el problema de constituir un gobierno. Para los cargos de ministros don Pedro convocó a nacionales, aunque no siempre se atenía a esa norma y llamó a compatriotas suyos. Fue un error su insistencia en nombrar a ministros portugueses. Nombrado regente, todavía bajo el control de la metrópoli, compuso su primer gabinete, en el que en los cuatro ministerios, del Reino y Asuntos Extranjeros, Hacienda, Guerra y Marina, colocó a portugueses. Se comprenden esos nombramientos durante la Regencia, pero no después, sobre todo, cuando lo hizo, como un desafío, al final de su gobierno en 1929.

No era fácil su tarea, pues el llamado Partido Portugués y la División Auxiliar creaban dificultades sucesivas. El 5 de junio de 1822 tuvo lugar la segunda insurrección con exigencias a don Pedro. Él se sometió y cambió el gobierno por segunda vez. Portugal continuaba presionando para que volviera, exigencia permanente. La respuesta fue un memorial con millares de firmas en favor de su permanencia. Don

Pedro estuvo de acuerdo con la petición y se quedó. El 16 de enero se organizó un cuarto gabinete, que fue muy ilustrativo, pues el ministro del Reino, Justicia y Extranjeros fue el paulista, José Bonifacio de Andrade y Silva. José Bonifacio casi no era brasileño, pero ya fue un avance, sobre todo, por la alta cualificación del titular. El 4 de julio, el ministro de Hacienda, portugués, fue sustituido por el brasileño Martim Francisco Ribeiro de Andrade, hermano de José Bonifacio.

Con el cuarto gabinete se realizó la independencia. El 17 de julio de 1823, fecha inicial del quinto gabinete, los Andradas fueron apartados y pasaron a la oposición, en la que desarrollaron un admirable trabajo, a través de periódicos y en la tribuna del Parlamento. Esa oposición llevó a don Pedro a cometer su primer gran error, la disolución de la Asamblea Constituyente, convocada en mayo de 1822, antes de la emancipación. Brasil tenía una Constitución, la de 1824, pero otorgada. Fue el comienzo de la impopularidad de don Pedro, que fue creciendo. En 1826, el Parlamento comenzó a funcionar normalmente y la oposición hizo sentir su voz. Estaba el llamado partido portugués y el partido brasileño, aquél era eminentemente conservador, y éste liberal y moderado.

Otro acontecimiento básico tuvo lugar en 1826: la muerte de don João VI el día 10 de marzo. Su sucesor era don Pedro, que debía gobernar la nación con el nombre de Pedro IV. Era evidente el deseo de don João VI de unificar las dos partes, con lo que no estaban de acuerdo los brasileños ni Inglaterra. Ésta deseaba la existencia de los dos estados. Don Pedro I debía abdicar al día siguiente, pero no lo hizo, dudando si asumir las dos coronas, lo que hubiera significado la vuelta del Reino Unido, indeseable para los brasileños en todos los aspectos. Firmó la abdicación el 2 de mayo. La reunión bajo una Corona de lo que antes habían sido metrópoli y colonia era peligrosa, sin hablar de lo absurdo de un reino en dos partes, separadas por millares de kilómetros de mar. Los portugueses absolutistas eran favorables a don Miguel. Don Pedro, sin embargo, renunció al trono en favor de su hija doña María de la Gloria, princesa de Grao-Pará, que entonces tenía siete años. Don Pedro designó como regente a su hermana doña Isabel María y don Pedro, entretanto, firmaba documentos en su nombre, don Pedro IV de Portugal y del Algarve.

Don Pedro IV otorgó a su patria el día 29 de agosto una Constitución que debía sustituir a la de 1822. Fue curiosa la trayectoria de

ese documento, con el que sorprendió a la nación portuguesa, que no lo esperaba ni lo había pedido. Portugal tenía una Constitución, la de 1822, votada por las Cortes de Lisboa, a causa de la revolución de 1820 o de Oporto. Fue fruto del *Veintismo*, interesante período en el que pugnaban las corrientes liberales y absolutistas. Esa Constitución estuvo vigente dos veces. La primera de 23 de septiembre de 1822 a 2 de junio de 1823, año en que el infante don Miguel dio un golpe y decretó su suspensión, lo que fue confirmado por el vacilante don João VI. Portugal quedó sin ley básica hasta la Carta Constitucional de don Pedro IV. La segunda vez del texto del 22 resultó de la revolución de septiembre de 1836, que lo restauró y abolió la Carta Constitucional de 1826, en tanto no se elaborara otra Constitución. Se hizo la Constitución y entró en vigor el 4 de abril de 1838, vigente hasta 1842.

La Carta Constitucional otorgada por don Pedro IV en 1826 fue la obra básica del derecho constitucional portugués del siglo XIX, pues fue la de más larga existencia. Tuvo tres períodos. Firmada por don Pedro IV el 29 de abril de 1826, fue llevada a Portugal por el inglés Charles Stuart, que llegó el día 2 de julio. Después de jurada por la regente Isabel María y demás autoridades, incluido don Miguel, estuvo en vigor desde el 31 de julio de 1826 hasta el 3 de mayo de 1828, que fue su primer período. En la última fecha citada, don Miguel convocó a los tres estados del reino, ya que había asumido el poder, primero como regente y, después, como rey absoluto. El segundo período fue el de la victoria liberal de 1834, dirigida por el duque de Braganza, que había renunciado al trono portugués en 1826 y al brasileño en 1831. Depuso a su hermano don Miguel del trono y lo mandó al exilio, del que no regresó nunca. Fue la Convención de Évora Monte la que puso en vigor la Carta desde el 27 de mayo de 1834 hasta la revolución de septiembre de 1836, que proclamó de nuevo la Constitución de 1822 hasta que fue hecha la de 1836, que permaneció hasta el 27 de enero de 1842. Esta fecha fue el comienzo del tercer y definitivo período, hasta que un golpe de estado del ministro Costa Cabral en Oporto proclamó la vuelta de la Carta de 1826, que estuvo vigente hasta la proclamación de la República en 1910. Fue el documento constitucional de más larga duración, 68 años, a lo largo de los cuales tuvo tres reformas, las de los Actos Adicionales de 1852, 1885 y 1895.

La Carta otorgada por don Pedro IV fue una repetición de lo que había hecho en Brasil, después del comienzo de su reinado, cuando

disolvió la Asamblea Constituyente y otorgó una Constitución, la de 1824, que sería mejor llamarla también Carta. La brasileña tuvo una larga duración, de 1824 a 1889, 65 años, un poco menos que la portuguesa. ¿Quién la había hecho? Probablemente, José Joaquim Carneiro de Campos, marqués de Caravelas, ministro de Justicia brasileño en 1825, uno de los miembros del Consejo nombrado por don Pedro I en 1823 para elaborar el documento impuesto a Brasil. Hay muchas semejanzas entre los dos documentos, el brasileño y el portugués. En los dos se repite la existencia de cuatro poderes. Además del Ejecutivo, Legislativo y Judicial, estaba el Poder Moderador, que es una originalidad en la historia del Derecho Constitucional. Algunos artículos parecen copia del texto brasileño.

Es digno de destacar su conservación durante un período tan largo, pues el documento fue impuesto como don regio, por tanto, un gesto autoritario, no como fruto de una Asamblea Constituyente. Ciertamente, los dos textos fueron una transición del absolutismo al liberalismo. Basta recordar el Poder Moderador que era un resto del autoritarismo tradicional. Una de las razones del rechazo a la Carta Constitucional por los portugueses era su carácter conservador o retrógrado, visto así por algunos de los protagonistas exaltados del *Veintismo*. La Carta desagradó a los radicales de la tradición y de la innovación, pero sobrevivió. La Carta es el testimonio más vivo de la presencia de don Pedro, emperador de Brasil y heredero de la Corona de Portugal. Renunció a ella después de otorgar a su patria un texto legal que rigiera su destino, como había hecho en la patria adoptiva.

Junto con la renuncia, se estableció el casamiento de doña María de la Gloria (recuérdese que tenía siete años) con su tío don Miguel, exiliado en Austria y preferido por los tradicionalistas. La propuesta, aprobada por las Cortes, la regente doña Isabel María y demás autoridades, no era feliz. Fue el origen de los problemas difíciles, sólo resueltos en 1834 con la posesión de doña María Gloria, la hija, como doña María II, después de una guerra civil.

Don Miguel, exiliado en 1824 por su padre don João VI, contra el que había intrigado más de una vez, tuvo una biografía muy movida. Fue el tercer hijo y estaba muy apegado a su madre, doña Carlota Joaquina, absolutista y tendente a dar golpes políticos, incluso contra su marido. Siguiendo los pasos maternos, el infante conspira contra el padre más de una vez, después de la vuelta de la Corte a Lisboa. Ha-

bía estado todo el tiempo en Río de Janeiro durante la permanencia de la Corte. Don Juan fue forzado a regresar por la revolución de Oporto, y la lucha entre liberales y absolutistas tuvo eco en la familia. Don Pedro, regente en Río de Janeiro, había optado por el liberalismo. Don Miguel fue siempre absolutista, mientras que el padre siempre estuvo indeciso. Se dejaba llevar por los acontecimientos, eso es todo. El país sufría con la pérdida de Brasil, su puntal económico, agravándose una decadencia ya antigua. El padre lo nombró jefe del ejército, a pesar de sus constantes ataques al orden. En consecuencia, don João lo alejó del importante y peligroso puesto, para el que no debía haberlo nombrado, y lo mandó al exilio. Estuvo en Viena cuatro años, al calor de la política reaccionaria de la Santa Alianza. Con la muerte del padre, al que siempre había traicionado, tuvo otra oportunidad con la abdicación de su hermano don Pedro I no en favor del infante, sino a favor de su propia hija doña María de la Gloria y previo el casamiento de tío y sobrina, cuando ésta alcanzara la mayoría de edad. Se hizo la boda por poderes, ella en Río de Janeiro y él en Viena. La niña de siete años fue a Europa para encontrarse con su marido y educarse en una recalcitrante Corte.

Don Miguel, entretanto, había partido para otra aventura en Portugal con el fin de apoderarse del trono. Ella volvió a Río de Janeiro con el marqués de Barbacena, permaneciendo aquí hasta la abdicación del padre en Brasil. Entonces partió con su padre hacia Europa, mientras se desarrollaba la guerra civil de 1832 a 1834. Asumió la Corona y ejerció la realeza hasta su muerte en 1853. Mientras no accediera al trono, la regencia estuvo a cargo de la infanta Isabel María. Don Miguel aceptó todas las condiciones, pero las negó en la práctica. Don Pedro, erróneamente, lo nombró su agente en Lisboa en julio de 1827. Don Miguel volvió de Viena en febrero de 1828. Asumió entonces la Regencia, que había ocupado por breve tiempo doña Isabel María. Disolvió en seguida las Cámaras y preparó su proclamación como rey absoluto, lo que consiguió en varios puntos del país. Acabó con la resistencia a sus actos por la fuerza. Sólo se le enfrentaron las islas de Madeira y Terceira. Dominó Madeira y quedó la oposición de la isla Terceira, foco del liberalismo contra el absolutismo. Don Miguel comenzó un régimen de terror.

Durante esa epoca de violencia, se produjo la abdicación de don Pedro I en 1831. El ex emperador, entonces duque de Braganza, fue a

Europa, donde el liberalismo adquirió vigor con la revolución de 1830 en Francia, deponiendo a Carlos X. Pasando por Londres y París, don Pedro fue a la isla Terceira. Había allí un gobierno bien constituido, en el cual destacaba la figura de Mouzinho da Silveira, futuro artífice de las reformas modernizadoras del arcaico país. Se puso al frente del movimiento contra las usurpaciones del hermano. Fue la guerra civil, de 1832 a 1834. Convenientemente equipado, el duque invadió el norte de Portugal y en poco tiempo, pero después de lucha feroz, se llegó a la Convención de Évora Monte, de julio de 1834, que señaló el final de la guerra civil y la victoria liberal. Don Miguel fue exiliado de nuevo y continuó conspirando, pero sin éxito, hasta morir en 1866. Doña María II, cuyo casamiento no se había consumado, subió al trono con 15 años. Fue el comienzo de una fase de la historia portuguesa tendente a la modernización.

Mientras se desarrollaba la novela de la sucesión, Brasil estaba empeñado en una melancólica guerra a causa de la Cisplatina. Se emprendieron batallas por tierra y mar. Don Pedro fue al sur a dar fuerza a las tropas que luchaban con los argentinos. No se mantuvo allí, pues en Río murió la emperatriz doña Leopoldina. El mando pasó al marqués de Barbacena. Hubo victorias en mar y en tierra, como también derrotas. Al final, el 20 de febrero de 1827, tuvo lugar la batalla de Ituzaingo, en Paso del Rosario, entre brasileños y argentinos, sin resultado definido, pues los contendientes abandonaron la lucha.

Era una causa ingrata, como se ha recordado más de una vez en este libro. Terminó gracias a la mediación del gobierno inglés, en esta ocasión razonable, con una propuesta de paz que fue firmada el 28 de agosto de 1828, con la independencia de la Región Oriental. Fue el nacimiento de una república más en el continente, la de Uruguay. Convenía a Brasil y a Argentina, que pasaron a tener un estado entre ambos que podía evitar posibles choques. La guerra del sur no apoyó nada al fortalecimiento del emperador, sino que contribuyó ante los ojos del pueblo a debilitar su ya débil posición, pues el pueblo no encontraba ningún sentido a esa guerra. Además, el reclutamiento para la tropa fue enérgico, y provocó violencias e indignaciones sin cuento.

El Banco de Brasil liquidó sus negocios en octubre de 1829. Había comenzado mal la vida financiera, no sólo por la dirección del Banco, sino también por el endeudamiento externo, iniciado con el primer préstamo. El primer ministro de Hacienda, Martim Francisco,

estaba contra los préstamos externos, vistos por él como perniciosos. Hubo quien le sugirió la medida para regularizar la situación, que era terrible, pues don João, al regresar, se llevó los recursos existentes. Con su popularidad disminuida, poco después de disolver la Constituyente, el gobierno decidió negociar un préstamo de 3.000.000 de libras. El asunto tenían que tratarlo en Londres las autoridades designadas. No era fácil, pues los banqueros dificultaban la operación. Al final, se hizo. Era un mal comienzo, pues los préstamos de entonces, y casi todos después, fueron para pagar deudas o para compensar los desequilibrios del presupuesto, no para estimular la creación de riqueza con instrumentos productivos.

La operación generó polémicas y los responsables fueron acusados de recibir comisiones. El uso del capital obtenido fue poco razonable. Se inició una serie de préstamos sucesivos, unos para liquidar los anteriores, otros para pagar los intereses. Según informaron los especialistas en el asunto, el préstamo de 1824-1825 ascendió a cerca de 12.000.000 de escudos. Cuarenta años después, en 1863, había liquidado cerca de 5.000.000 millones y había pagado con los intereses algo más de 60, es decir, cinco veces más que lo recibido.

En el reinado de don Pedro I, en 1829, se pidió el segundo préstamo, en peores condiciones. La historia de nuestra deuda externa tiene algo de fantástico, siendo, tal vez, la principal responsable de la desastrosa política financiera, que afectó a la política económica y a la vida del país. Es una realidad común a los demás países de América Latina.

Otra realidad digna de mencionarse fue la promulgación del Código Criminal en 1830. Obra avanzada para la época, fue otro elemento importante, después de la Constitución de 1824, para la estructuración jurídica del país. También de la tercera década fue la creación de los cursos jurídicos, el 11 de agosto de 1827, en São Paulo y en Olinda, con el nombre de Cursos de Ciencias Jurídicas y Sociales, que en 1854 fue cambiado por el de Facultades de Derecho, más conocido y común. Fue un hecho digno de referencia, pues fueron las dos facultades de más prestigio de todo el siglo. Por ellas pasaron los jóvenes de la clase social dominante, en busca de un título que les habilitase para ejercer la profesión e ingresar en la política. Se asociaba el bachillerato en derecho a las actividades oficiales, ministros, presidentes de provincia y de estado, diputados y senadores. Ya no era necesario ir a Coimbra para estudiar.

Don Pedro, como regente y emperador, tuvo 13 gobiernos. Se ha citado aquí el primero, sólo de portugueses. El cuarto, de 16 de enero de 1822 a 17 de julio de 1823, fue el más significativo, pues tenía brasileños en dos ministerios, el de Reino y Extranjeros y el de Hacienda. En el sexto gobierno hubo el ministerio de Extranjeros autónomo. Este gobierno, que duró del 15 de enero al 20 de noviembre de 1827, tuvo la singularidad de nombrar ministros a diputados. El décimo gobierno, de 20 de noviembre de 1827 a 4 de diciembre de 1829, presentó el inconveniente de tener muchos portugueses, pues el origen no brasileño del emperador le pesaba, sobre todo, en épocas de gran impopularidad, causada, en parte, por su círculo de amigos compatriotas, mal visto por los nativos. El último gobierno tuvo una duración cortísima, desde el 5 al 7 de abril de 1831, llamado «gobierno de los medallones», que desagradó a todos y casi no llegó a existir.

La crisis política ocurrió, sobre todo, en la capital, dominada por rumores de todo tipo, como encarcelamiento de diputados liberales y de periodistas, así como nombramiento de portugueses para cargos importantes. Don Pedro intentó recuperar el antiguo prestigio. En 1822 había ido a Minas Gerais para calmar los ánimos adversos (salía por primera vez de Río de Janeiro), y había sido recibido con fiestas. Pensó en renovar el acontecimiento y visitó la provincia en 1831, pero fue recibido con indiferencia o con hostilidad. Era un hombre sensible, y percibió que ya no tenía apoyo popular. De vuelta a Río de Janeiro, en el homenaje que le hicieron los hombres del partido portugués, que eran sus únicos aliados (lo comprometían más que ayudaban), se produjo un tumulto, cosa común en la ciudad, en las discusiones entre portugueses y brasileños o absolutistas y liberales. Había una parte de la población que estaba siempre dispuesta a manifestarse, a protestar contra el orden vigente, además de grupos de soldados extranjeros, especialmente alemanes e irlandeses, que eran mercenarios dados a los desórdenes. Los alimentaban publicaciones extremistas que no retrocedían ante llamadas a la indisciplina o a la violencia.

Recuérdese que a la impopularidad del jefe de estado contribuyeron, además de hechos objetivos y poco agradables, los comentarios sobre su vida personal. De hecho, don Pedro tuvo una vida muy agitada, con un exceso de amores exhibidos en público. Se casó joven y si antes participaba en la bohemia de los soldados y criados de palacio, luego se metió en otras aventuras, entre las cuales fue muy llamativa la

que mantuvo con una señora a la que dio el título de marquesa, la marquesa de Santos, y, prácticamente, la metió en Palacio. Don Pedro enviudó en 1826 y se agravó su situación personal, que mejoró con su segunda boda. Doña Leopoldina, su primera mujer, era de la más alta nobleza. Era hija del emperador Francisco José, el último del Sacro Imperio Romano-Germánico, y hermana de María Luisa, que se casó con Napoleón. Doña Leopoldina era amiga de Brasil, ayudó a la causa emancipadora y se entregó al trabajo y a las investigaciones científicas, mientras que su marido, además de los asuntos públicos, llevaba una vida libre para deleite de las intrigas populares y explotada por las publicaciones, que hoy sirve a los amantes de la pequeña historia.

Una vez viudo, don Pedro quiso casarse de nuevo y envió emisarios a Europa con el objetivo de que le consiguieran novia en alguna corte. El marqués de Barbacena, que negoció el primer empréstito, tuvo grandes dificultades en esa misión, pues sufrió trabas puestas por Metternich o, quizás, por el propio emperador, que conocía bien las desventuras de la primera mujer, la austríaca doña Leopoldina, hija suya. Las Cortes europeas también conocían la vida de don Pedro, poco canónica e incluso escandalosa, por las comunicaciones de sus representantes en Río de Janeiro. La prensa de las grandes ciudades europeas daba noticias de los amores imperiales y no se negaba a servir de vehículo a las exageraciones sobre su conducta. La misión de Barbacena fue penosa, ya que recibió negativas de muchas casas reales, de las de Dinamarca, Suecia, Baviera y de las ciudades alemanas. Pocos hombres habrán recibido tantas negativas. Por fin, se concertó el matrimonio con doña Amelia de Leuchtenberg, sobrina del emperador de Austria, hija de Eugenio de Beauharnais, ahijado de Napoleón. Por segunda vez, el camino de don Pedro se cruzaba, debido al matrimonio, con el del emperador francés, al que profesaba una admiración exaltada desde la infancia. La nueva esposa era de nobleza menor, pero de gran belleza. Se casaron en 1829. Don Pedro vivía el final de la experiencia americana y las luchas para reponer a su hija en el trono portugués. Murió en 1834, a los 36 años de edad.

Los desencuentros entre el emperador y los demás poderes, la falta de apoyo popular y la acusación frecuente de que era más portugués que brasileño fueron llevando a don Pedro a la única solución posible, la abdicación. Fue lo que hizo, pues prefirió actuar así que mantener una lucha que no le gustaba. El pueblo, desde el más anónimo hasta

diputados y periodistas, exigió la destitución del gobierno elegido el día 5, el de los «medallones». Poco después, la tropa se adhirió al movimiento. Don Pedro no transigió. Pensó en convocar a otras personas, pero ya era tarde y el día 7 redactó unas breves líneas:

> Usando el derecho que la Constitución me concede, declaro que he abdicado voluntariamente en la persona de mi amado y preciado hijo, el señor don Pedro de Alcántara.

A la misma hora de la madrugada, el príncipe, que debía de estar durmiendo, fue aclamado, mientras que el emperador abdicante, la emperatriz y una pequeña comitiva de gente suya se dirigieron al navío inglés *Warspite*. Desde él escribió una carta a José Bonifacio, con el que estaba enemistado, pidiéndole que fuera el tutor de su hijo, futuro jefe de la nación. Estando ya a bordo, el día 12, escribió a sus amigos de modo conmovedor. El día 12 pasó al navío *Volage*, que al día siguiente salió de Río de Janeiro. En la mañana del mismo día 7, el Congreso tuvo conocimiento de la abdicación y eligió la regencia provisional. El «señor don Pedro de Alcántara» tenía cinco años de edad. Iba a comenzar una nueva fase en la trayectoria brasileña.

Don Pedro se fue a Europa. Fue su última aventura, al final victoriosa, como se ha escrito aquí. Poco antes de su muerte, por decisión de las Cortes que había convocado, su hija ocupó el trono y comenzó su reinado como doña María II. Se cerró con esta victoria una vida rica en lances, algunos poco recomendables, los más importantes, dignos de alabanza, pues configuraron lo que hubo de mejor en la accidentada trayectoria de Portugal y de Brasil. Fue justo, pues, el título que le habían dado sus admiradores, el de Rey Caballero, figura típica del romanticismo.

Orden jurídico

Constitución de 1824

Los derechos humanos encuentran su mayor garantía en las Constituciones. La constitucionalidad de los estados es una de las herencias de la Revolución Francesa. Ya en la Edad Media hubo la Carta Magna,

en 1215, en un pacto entre Juan Sin Tierra y sus 25 barones. En pleno feudalismo, ellos impusieron un documento al rey, que contenía una de las principales declaraciones de derechos. Como establece principios generales, subsistió y subsiste hasta hoy como la Constitución de los británicos. Consagró la legitimidad de la resistencia a lo arbitrario. Después, hubo más declaraciones, como la *Súplica de derechos*, de 1628, que impedía que se decretaran impuestos sin el voto del pueblo y la defensa del individuo contra la prisión. Las conquistas se reforzaron con la *Ley de Habeas Corpus*, de 1679, seguida de la *Carta de Derechos*, de 1689, que configuraron la Inglaterra liberal. Se buscaba la armonía en la sociedad, con la relación perfecta entre todos.

Ahí está, en el ejercicio de la libertad de todos, en un pacto entre hombres, en el reconocimiento de derechos y deberes la base de la filosofía liberal. De ella se han hecho en Inglaterra los análisis más sólidos, como la obra de John Locke, ideólogo de la «revolución gloriosa» de 1688, que expresó las aspiraciones de la burguesía ascendente. En las obras de los teóricos y en la práctica de Inglaterra bebieron los pensadores franceses, críticos con el orden vigente, en nombre del racionalismo. Es conocida la deuda de los enciclopedistas con Inglaterra, cuya experiencia estudiaron y sistematizaron en sus escritos. Como fruto de ese pensamiento y de la situación del país, se realizó la Revolución Francesa. La Declaración de los Derechos del Hombre y de los Ciudadanos fue su texto básico. La burguesía conquistó la dirección política, después de disfrutar de las ventajas económicas. El intento de hacer llegar a las masas esos privilegios no se consiguió, pues no había madurado el proletariado, fuerza entonces naciente, que logró sus primeras conquistas en Inglaterra. Se impuso la filosofía política liberal, como la economía liberal. Un liberalismo ambiguo, pues tenía su base en la expoliación de otros pueblos y en el resurgimiento del imperialismo en su fase más agresiva.

Fue la evolución de la Edad Moderna, del siglo XV al XVIII, la que dio los frutos, que se multiplicaron en el siglo XIX, en la era del nacionalismo y del liberalismo. Anterior al movimiento francés fue la revolución americana, con la independencia de las colonias inglesas en América en 1776. La República de los Estados Unidos tuvo su Constitución en 1787, que fue un documento precursor y seminal. La revolución política americana y la francesa fundaron la idea de la constitucionalidad de los estados. Alcanzó a otras naciones europeas, sobre

todo a través de la difusión de la francesa, y llegó al mundo americano produciendo la emancipación de las colonias españolas y portuguesas. Liberalismo y democracia se confunden.

Las práctica configuró dos tipos de Constitución: las históricas y las teóricas. Las históricas, como la inglesa y la norteamericana, contienen normas generales para problemas concretos y tienen, por tanto, una gran flexibilidad. Los documentos de 1215 y 1787 permanecen hoy, acrecentados por determinaciones dictadas por las nuevas circunstancias. Las Constituciones teóricas siguen el modelo de las Constituciones francesas, como la de 1791 y otras del período revolucionario, o la de 1814, dictada por la Restauración. Se ciñen más a la razón que a la objetividad, más al deber ser que a la realidad. Las repúblicas y la monarquía de América Latina siguen el segundo modelo, responsable de los frecuentes cambios de las leyes básicas.

Ya se ha hablado aquí más de una vez de la repercusión en el Nuevo Mundo de la inseguridad de las metrópolis ibéricas, afectadas por la aventura de Napoleón. Las colonias españolas y portuguesas aprovecharon las dificultades metropolitanas para su independencia entre 1810 y 1838, en episodios conocidos. El vigente concepto de democracia organiza las naciones, constitucionalizándolas e imponiendo a la clase más dinámica, la burguesía. El hecho fue nítido en sociedades bien estructuradas, como las europeas; menos nítido en las naciones jóvenes con una estructura social débil a causa de las economías dominantes, que las hacían dependientes. Las jóvenes naciones del siglo XIX, el brote independentista se dio en América Latina, siguieron, en cierto modo, siendo colonias, pues estaba en el exterior el elemento determinante de sus decisiones. Su debilidad política provenía de la social y económica, en extraño círculo vicioso. De ahí, la inestabilidad, por el manejo del poder local por figuras ligadas a las grandes potencias, que alimentaban las disensiones. Los caudillos, característicos del continente eran, en general, maniobrados. Se conservaban en el poder por el apoyo económico exterior.

Este hecho era más notable en unas naciones que en otras, sobre todo en la América española; menos vivo, en Brasil. En esas naciones, la sociedad no tenía una burguesía a la manera europea. Algunas naciones, ricas por la explotación de los recursos naturales –agrícolas o mineros–, estaban ligadas al exterior que consumía esos productos. Estaban, en general, dedicadas al monocultivo, con base en una mano de

obra que tenía mucho de la antigua servidumbre. Ése era el cuadro del siglo XIX. El actual es distinto, pues el capitalismo industrialista o financiero genera otro panorama. Puede ser forzado hablar de burguesía en la mayor parte de las naciones americanas del siglo pasado, pues era mínima la industrialización y la urbanización. Los conceptos económicos y sociológicos elaborados para la realidad europea hay que usarlos con cautela fuera de los centros que los originaron. La inestabilidad política fue la norma en las repúblicas jóvenes.

Brasil, nación desde 1822, escapaba en parte a ese cuadro. Se pretende en este libro esbozar ese panorama, sin un análisis que exigiría mucho espacio. Nuestro interés está en mostrar cómo Brasil hizo su Constitución en cuanto se emancipó, lo que fue un proceso original en el continente.

La revolución de Oporto de 1820, también llamada constitucionalista, tenía el objetivo de hacer una Constitución. Don Juan VI fue presionado por sectores de la opinión pública para que, mientras no se hacía el documento, adoptara la Constitución española, la de Cádiz de 1812, revocada en 1814 y restablecida en 1820. La realidad fue peor, ya que el rey, con sus hijos, ministros y tropas, juró la Constitución que iba a ser hecha. Brasil debía asistir a las Cortes de Lisboa, para lo que fueron elegidos los diputados en 1821. Fueron elegidos 69, pero sólo comparecieron 46 en las reuniones. La distancia y el rechazo a la tarea explican el hecho. En Lisboa no se encontraban a gusto, pues aunque el intento era hacer una Constitución liberal, el trato dado a Brasil era antiliberal y colonizador. Poco a poco, los brasileños fueron dejando la representación por inútil. La Constitución portuguesa quedó lista el día 23 de septiembre de 1822, cuando Brasil ya estaba emancipado. Los pocos brasileños todavía presentes se negaron a firmarla y abandonaron el país.

El Brasil independiente debía tener una Constitución. Antes de la portuguesa, el 3 de junio de 1822, el regente había convocado una Constituyente. Para ella fueron elegidos 100 diputados. Minas Gerais tenía la mayor representación, con 20, seguida por Bahía y Pernambuco, con 13. La Constituyente comenzó sus trabajos el día 3 de mayo de 1823, con el primer *Discurso del Trono*, como acto de apertura de todas las sesiones legislativas. El emperador recordó que en su proclamación había dicho al pueblo «con mi espada defenderé la patria, la nación y la Constitución, si fuera digna de Brasil y de mí». Renovó

entonces las mismas palabras, en las que se vio la primera fuente de sospecha, pues admitió que podría hacerse un trabajo no digno de Brasil y de él, al decir que esperaba

> una Constitución sabia, justa, adecuada y practicable, dictada por la razón y no por el capricho. (...) Una Constitución que ponga barrera inaccesible al despotismo sea real, aristocrático o democrático y que pusiera en fuga a la anarquía.

El discurso dejó cierta inquietud en los más lúcidos, que vieron en él «palabras ambiguas».

Los parlamentarios, en su mayoría, no tenían experiencia. Entre ellos, sin embargo, había figuras de alta calidad, por su cultura jurídica y política o por su combatividad. El trabajo no era fácil. Estaban los reaccionarios, regeneradores o portugueses; los exaltados o nativistas y los moderados. Éstos predominaban y defendían las tesis liberales y la obediencia al emperador. Los regeneradores perdieron fuerza, cuando aumentaron los exaltados por los errores de don Pedro. Una comisión debía elaborar el proyecto. El principal redactor fue Antonio Carlos, hombre experimentado por su participación decisiva en el movimiento pernambucano de 1817 y ex diputado en las Cortes de Lisboa. Fue un documento inteligente, pero tuvo fallos graves, como la extensión: 272 artículos. En cuanto a las sesiones plenarias, los debates se alargaron por los choques de opiniones. La prensa de la ciudad de Río de Janeiro exaltó los ánimos, exacerbando la crítica al jefe del Estado y a los ministros.

La falta de entendimiento llevó a una medida extrema, la disolución de la Asamblea. Discutía todavía el artículo 24, en un trabajo muy retrasado, mientras que la nación precisaba un instrumento regulador. La situación se agravó por la ruptura de los Andradas con el trono. Tenían escaño en la Asamblea y poseían periódicos en los que expresaban sus opiniones opositoras. El día 12 de noviembre se hizo la disolución. Comenzaba mal el poder legislativo, en tanto que don Pedro cometió su primer error de grandes consecuencias, que confirmó una personalidad impaciente y autoritaria. Al suspender la Asamblea, prometió al pueblo una «Constitución doblemente liberal». Para su redacción nombró a un consejo compuesto por seis ministros y cuatro personalidades políticas. Entre ellas estaba José Joaquim Carneiro de

Campos, más tarde marqués de Caravelas, considerado como el principal redactor. Don Pedro también participó activamente en los trabajos, como puede verse en las notas y papeles de su archivo.

Don Pedro tenía ideas jurídicas, aunque descoordinadas, pues no había hecho estudios regulares. Suplía con lucidez su falta de dedicación continuada. Entre sus lecturas, estaban los juristas conservadores muy leídos en Europa y en Brasil, como el napolitano Gaetano Filangieri o el franco-suizo Benjamin Constant. De éste leyó, sobre todo, ensayos de naturaleza política sobre problemas constitucionales. Habrá leído el estudio *Esbozo de Constitución*, en el cual propone la distinción entre Poder Ejecutivo y Poder Real. Los diversos escritos políticos de Benjamin Constant constituyeron el *Curso de Política Constitucional* en ocho volúmenes. Don Pedro no sólo leyó mucho a Benjamin Constant, sino que mantuvo correspondencia con él. Se conocen cartas del jurista al emperador animándolo a volver a Europa, donde podría ser el eje de la recuperación de los tronos, de Portugal y de otros, una idea llena de fantasía. Don Pedro leyó *Ciencia de la Legislación*, de Filangieri, que mereció la traducción y comentarios de Constant. El Consejo nombrado para redactar la Constitución trabajó con rapidez, pues el día 11 de noviembre el trabajo estaba concluido y el proyecto dispuesto.

Siendo suyo el documento, el gobierno adoptó una forma inteligente para disfrazar el otorgamiento. Remitió copias a las municipalidades con la petición de que hicieran sugerencias. Pocas hicieron caso. La materia era compleja y las Cámaras, en su casi totalidad, no tenían quien pudiese leer, estudiar y sugerir algo. El método disimuló el carácter autoritario del otorgamiento. El gobierno la presentó a la nación el 25 de marzo de 1824 como si fuese una Constitución lo que era una Carta otorgada sin ninguna participación popular.

El otorgamiento provocó una violenta protesta en Pernambuco, conocida como Confederación del Ecuador, que no tuvo éxito y fue de corta duración. Mezcló la rebeldía común en aquella provincia con el rechazo a las autoridades designadas y la crítica al texto del 25 de marzo. Tuvo incluso un ideólogo en la figura de un padre de incisivos ataques, fray Caneca, autor de interesantes escritos políticos, destacables por su vehemencia y pasión. El 24 de julio de 824 resurgió la contestación de 1817, con la participación de muchos padres y políticos, algunos de los cuales habían estado en el movimiento anterior, el más

significativo contra el dominio metropolitano, como se ha dicho antes. La Confederación fue la que produjo mayor número de protestas, manifiestos y proclamaciones, en las cuales se puede percibir un vivo acento revolucionario, liberalismo radical y republicano y la palabra separatismo.

El gobierno local hizo surgir la reacción. La más fuerte y decisiva vino de Río de Janeiro, con una escuadra y tropas para la lucha en tierra. El combate se extendió, envolviendo a las provincias vecinas, Paraíba, Río Grande do Norte y Ceará. La dominación de los rebeldes fue costosa, pero en diciembre de 1824 fue jurada la Constitución, denunciada por fray Caneca y sus compañeros. Él y otros siete fueron fusilados. Muchos fueron condenados a prisión, no sólo en Pernambuco, sino en Paraíba y en Ceará, donde también hubo cinco ejecuciones. El movimiento armado por su violencia en la expresión y en la represión empeoró todavía más la imagen de don Pedro I.

La llamada Constitución de 1824 fue inteligente. Fue expresión de su época, no en lo que había de más avanzado, sino en la moderación. Tradujo la influencia europea, no la norteamericana. Su principal fuente fue la Carta de 1814, otorgada por Luis XVIII. El radicalismo de 1789 fue contenido y era el turno de la Restauración en Francia. Presentó una originalidad en derecho, la consideración de cuatro poderes. Estaba inspirada en Benjamin Constant. No repite el esquema clásico de los tres poderes sino los tres más uno, el Moderador. Constant había hablado incluso de cinco. El Poder Moderador era ejercido por el emperador y se consideraba como «la llave de toda la organización política».

¿De quién fue la iniciativa? En la propuesta de Antonio Carlos, de 1823, no consta la idea. Quien habló del asunto entonces fue Francisco Carneiro de Campos, que habría influido después en el hermano, principal redactor. Don Pedro conocía, por la lectura de Constant, ese posible poder. En el discurso de apertura de la Asamblea en 1823 habló de tres poderes, no de cuatro. La inclusión del Poder Moderador en la Constitución tuvo que ser de su agrado. En cuanto al texto, daba prerrogativas especiales a la primera figura para que armonizara los otros dos poderes. Una de ellas era la de disolver la Cámara, cuando se produjera su paralización. Era una transición entre liberalismo y absolutismo y pone de manifiesto en los autores competencia e imaginación. En sentido conservador sabe defenderse y es más vivo que el liberal. Era la conciliación del nuevo ideario con el antiguo régimen.

El país se armó para la defensa del orden y de los intereses establecidos. Se atendió a la economía, eminentemente agraria. Podría decirse que el grupo dominante era el de los señores de la tierra, latifundistas o hacenderos, con base en el trabajo de los esclavos. La propiedad era algo intocable. El juego político no lo hacía, sin embargo, el latifundista directamente, sino a través de sus agentes. Éstos podían ser funcionarios, comerciantes o profesionales liberales. Los señores de las tierras garantizaban el voto y apoyo a quienes no les perturbaban sus negocios. El texto no menciona a los esclavos. Es extraño decir que es liberal y que, al mismo tiempo, excluya a un tercio de la población. Era el estado de cosas posible a principios del XIX.

La Constitución era unitaria, centralizadora. Dejaba poca iniciativa a las provincias. Los presidentes de las provincias eran nombrados por el gobierno, no elegidos mediante voto. El texto establecía algunos privilegios. El Senado era vitalicio, y los senadores eran elegidos por el emperador entre tres candidatos para cada puesto. No todos eran elegibles o votantes. El sistema era indirecto, mediante una elección de segundo grado. Para votar y ser votado era imprescindible tener un mínimo de renta, sin lo cual no se participaba en el proceso. Incluso sin contar a los analfabetos, la nación, en su casi totalidad, estaba fuera de juego. Comparando la ley brasileña con otras de la época, se la podía considerar relativamente avanzada. Proclamaba la libertad, pero establecía la religión católica como oficial. Contra los impedimentos al trabajo, lo declaró libre y prohibió las corporaciones, como había hecho la Revolución Francesa. Declaró el trabajo libre, pero admitía la exclavitud, sostén principal del trabajo y sustrato de naturaleza económica y social. Recogía los privilegios de los propietarios, que organizaban el Estado en función de sus intereses. No hay contraste entre los intereses rurales y urbanos, ya que la clase dominante es la misma. Ni entre letrados y hacenderos, ya sus hijos salían y salen a estudiar al extranjero y a las escuelas del país.

Se ha comentado mucho que Brasil fue parlamentarista durante el Imperio. En realidad, no lo fue. No estaba establecido en el texto de 1824 ni está en su naturaleza. Hubo cierta práctica de consultas, no hay duda, en imitación del estilo británico, sobre todo, en el segundo reinado, pero debido a la fluidez del marco institucional. No se puede hablar de parlamentarismo en un país con escaso número de electores, con un proceso de selección viciado y, hasta entonces, sin partidos. El

emperador formaba los gobiernos a su gusto, sin atender a la voluntad popular, que no tenía medios para expresarse. Consciente del frágil carácter del proceso electoral, actuaba de acuerdo con su opinión, alternado en el poder a las facciones. No sólo reinaba, sino que, de hecho, gobernaba. El único elemento objetivo que ampara la tesis parlamentaria fue la creación del puesto de presidente del Consejo de ministros en 1847. Habría que hablar de un parlamentarismo atípico, especial, o, si se habla con más rigor, de una imitación del sistema utilizado en Inglaterra en su plenitud.

Como expresión de su época, no puede acusarse al texto de 1824 de retrógrado, ya que establecía lo que se consideraba correcto. En él, como en las leyes del imperio, se consignaron las ideas posibles en una sociedad poco abierta, jerarquizada, con el sentido conservador de la mayoría de los políticos. Poco después, en una reforma constitucional de 1834, que fue la única, se reflejaron ciertas conquistas en los Códigos y en algunas leyes ordinarias. La Constitución tuvo una larga vigencia, de 67 años. Como se ha visto, fue, en gran medida, repetida en la Carta Constitucional que don Pedro IV, en nombre de la Corona portuguesa, otorgó a la nación, su patria, en 1826. Fue una repetición, pero el contenido fue menos liberal que el brasileño. Se avanzaba lentamente, pues el país no estaba maduro para más.

Código Criminal

La Constitución era un paso importante para regular la sociedad, pero no suficiente, pues se le escapaban varios aspectos. Ya la Asamblea Constituyente de 1823, que, además de la tarea para la que había sido convocada, legisló sobre asuntos generales, estableció por ley que continuaran vigentes las de la antigua metrópoli, mientras la nación no tuviese las suyas propias. En materia de derecho penal, por ejemplo, continuaba vigente el renombrado Libro V de las Ordenaciones filipinas, que trataba de las penas y del procedimiento criminal en sus 143 títulos. Desde 1603, año de las Ordenaciones, hasta el siglo XIX, la sociedad había cambiado sustancialmente, no sólo en la economía y política, sino, sobre todo, en mentalidad, bajo el impacto del racionalismo a lo largo de esos años. En materia criminal, por ejemplo, Cesare Beccaria publicó en 1764 *De los delitos y de las penas*, superando las

confusiones producidas por la consideración de delito y pecado como iguales y de la pena como venganza. Las ideas victoriosas en la Revolución Francesa exigían normas fundadas en la razón y no en la fe religiosa.

La Constitución de 1824, en su artículo 179, n.º 18, exigía «organizar cuanto antes un código civil y criminal, fundado en las sólidas bases de la justicia y de la equidad». El civil tardó, pero el criminal se hizo pronto. De hecho, el 4 de mayo de 1827 –segundo año del Legislativo–, el diputado Bernardo Pereira de Vasconcelos presentó un proyecto de Código Criminal, seguido pocos días después por otro del diputado portugués José Clemente Pereira. La comisión designada para estudiar la materia prefirió que se pusiera a discusión el de Vasconcelos, aprovechando lo mejor de los dos textos, y presentó un nuevo proyecto, mucho más próximo al del diputado de Minas que al del portugués. En octubre de 1830, la Cámara lo aprobó, seguida por el Senado. El emperador lo sancionó el 16 de diciembre, plazo rápido para objeto de tal complejidad y relevancia.

El Código Criminal era largo, de 313 artículos. Varios países europeos y americanos todavía no habían hecho el suyo. Si el texto de 1824 podía verse como liberal, con las limitaciones de la época, más notable era el avance del liberalismo en el texto de 1830. Si no era perfecto, era digno de admiración y fue mantenido, con pequeñas alteraciones, durante 60 años, hasta 1890. Tenía en cuenta la utilidad pública y no consideraba la pena como venganza o castigo. Se inspiraba considerablemente en Bentham. Admitía la pena de muerte, pero sin mutilaciones o rigores en la ejecución. De hecho, casi no fue aplicada y fue sustituida por la prisión. La pena de azotes también fue poco usada, restringida a los esclavos. Comparado con el Libro V del Código Filipino, el Criminal de 1830 fue un avance considerable, aunque susceptible de reparos por conservar rasgos del derecho tradicional, agravados en Brasil por ser una sociedad muy jerarquizada y discriminatoria. Adoptó los principios de libertad e igualdad, pero más en la teoría que en la práctica, como se comprueba en la supervivencia del esclavismo hasta casi finales de siglo y en los privilegios reales en la aplicación de la ley.

IV

SEGUNDO REINADO, PRIMERA FASE: REGENCIA

MADURACIÓN DEL SENTIDO NACIONAL

La renuncia de don Pedro puede considerarse como la consolidación de la Independencia. Como afirmó Joaquim Nabuco, «la revolución del 7 de abril fue un desquite amistoso entre el emperador y la nación, entendiendo por nación la minoría política que la representaba». Y más adelante: En cierto sentido, el 7 de abril fue una repetición, una consolidación del 7 de septiembre». Brasil quedó emancipado de Portugal y cortó los antiguos lazos. El emperador era portugués. De los 36 años de sus existencia, pasó 12 allá y 24 aquí. A pesar de todo, nunca dejó de ser un brasileño adoptivo [1].

Como el país había traído la máquina estatal completamente organizada, el príncipe la heredó con cambios mínimos. La fecha de 1822 no significó una ruptura con el pasado. Había un estado en funcionamiento y así continuó. En un libro de carácter antiportugués, publicado sin resonancia, casi anónimamente, en 1865, se señalaba que el período de don João era el origen de la pobreza nacional. El autor fustigaba el liberalismo económico y la importación de ciertas ideas nocivas para el país. Era un proteccionista, tocando teclas muy repetidas después. La crítica reapareció en Azevedo Amaral: «En 1808, comenzamos el descenso a los infiernos, donde todavía hoy nos encontramos [2]». Era una visión negativa de los años de la

[1] Nabuco, J., *Um estadista do Império*, vol. I, São Paulo, Instituto Progresso Editorial, 1949, pp. 25 y 30.

[2] G. C. (Gomes, J. C.), *Elementos de História Nacional de Economéa Política*, Río de

transición de 1808 a 1821, vistos en general favorablemente por la historiografía.

Aquí no se dio la ruptura que se produjo en las colonias inglesas de América del Norte o en las españolas de América Latina. Las inglesas conocían un cierto orden que debía ser mantenido, pero tenían que renunciar a sus prerrogativas. Eran pequeñas colonias, pequeños estados que, para sobrevivir, tuvieron que crear una confederación, renunciando a muchos privilegios para formar una nación fuerte. En América Latina había varios Gobiernos, ligados a la metrópoli, pues las colonias no se comunicaban entre sí. Las protestas comenzaron en 1809. Al año siguiente estallaron los levantamientos, con llamamientos al orden y gobiernos en los que participaban los nativos. El movimiento se desarrolló, en líneas generales, entre 1810 y 1825. De 1810 a 1814, la presencia española fue débil y la administración casi nula, entregada a milicias y juntas criollas. Cuando Fernando VII se afirmó como rey tenía que resolver problemas internos y poco podía intentar en las colonias. Poco después, se produjeron las independencias de Argentina y México. Algunas se proclamaron libres más de una vez. No hubo un plan, sino acciones aisladas, victoriosas o no. Por ello, es difícil fijar el proceso o, incluso, las fechas. No había sentimiento nacional, sino localismos.

El caso brasileño es distinto a causa de la unidad mantenida en la enorme colonia. No se produjo la fragmentación en varias partes, debido a las diferencias entre la colonización española y portuguesa, como se ha señalado más de una vez. Se preservó la unidad, pero no había, ciertamente, un sentimiento nacional, sino apego a las diversas regiones. De las luchas del Primer Reinado y de la Regencia surgió el sentimiento nacional, que sólo fue claro después de 1840. La máquina político-administrativa estaba preparada y fue puesta en funcionamiento. La nación heredó una estructura no siempre eficiente. Había mucho de rancio y obsoleto en el estado portugués, hecho para atender a una nobleza parasitaria y sin un papel positivo, con departamentos administrativos inútiles, ya que faltaban los servicios indispensables. La vieja máquina ineficiente se instaló en Río de Janeiro y continuó fre-

Janeiro, Tip. de N. L. Viana e Filhos, 1865, pp. 26-27; Amaral, A., *A aventura política do Brasil*, Río de Janeiro, Livraria José Olímpio, 1865, p. 152.

nando el desarrollo nacional, como había frenado y pervertido el metropolitano.

Don Pedro I tuvo aliento creativo en los primeros años, pero pronto le faltó. Por su estilo autoritario se fue indisponiendo con los nativos, como se vio en la disolución de la Constituyente, que además del desencanto general, provocó un movimiento armado en Pernambuco, la Confederación de Ecuador en 1824. La sucesión en el trono portugués en 1826 ayudó aún más al debilitamiento de su imagen. Hubo dudas, se intentó restaurar el Reino Unido y no se hizo por su inviabilidad total. En el plano interno se rodeó excesivamente de portugueses para indignación de los brasileños, lo que fue denunciado en el Parlamento y en la prensa. La abdicación era inevitable y ocurrió el 7 de abril.

Comenzó la Regencia, nueva fase en la vida nacional, la más agitada y fascinante, en la que se asistió a choques de todo tipo. A través de ellos se organizó la estructura de la nación. De la lucha entre los grupos o facciones nacieron los partidos. De las explosiones populares, que llegaron a asustar por el separatismo de algunas zonas, surgió la verdadera unidad, libre de peligros o riesgos. La ideología política marcó límites claros con la definición de liberales y conservadores. Según la opinión de Joaquim Nabuco «de 1831 a 1840 la República fue experimentada en nuestro país. (...) La Regencia fue una República de hecho, una República provisional[3]». A través de los choques del período, fueron adquiriendo el sentimiento de nacionalidad, mediante la superación de los regionalismos que las marcaban.

Gobiernos de la Regencia

La abdicación de don Pedro creó problemas de gobierno. El sucesor era su hijo, inmediatamente proclamado emperador como don Pedro II a la edad de 5 años y 4 meses. Ahora bien, de acuerdo con la Constitución, sólo podía asumir el puesto a los 18 años. Se impuso la Regencia. Según la Constitución, el regente debía ser alguien de la casa imperial, en la que no había nadie con 25 años de edad, ya que sus

[3] Nabuco, J., *op. cit.*, I, p. 44.

hermanas eran todavía menores. El día 7 de abril representó un momento de euforia. La ciudad de Río de Janeiro, termómetro político, vio en la renuncia una victoria liberal, un golpe al absolutismo y el final del dominio portugués. Allí se realizaron levantamientos populares, con protestas públicas contra el emperador, sus ministros y los detentadores del mejor comercio, casi todos portugueses. Esas protestas continuaron después del 7 de abril. La ciudad estaba agitada, inquieta, contestataria. Había también levantamientos de militares a causa de la falta de pago de sus sueldos.

Se imponía organizar de inmediato la nación para que no hubiera un vacío de poder. La Cámara de Diputados y el Senado estaban de vacaciones. Era difícil reunirlos para que eligieran la Regencia, que, de acuerdo con la Constitución, debía tener tres miembros, presididos por el de mayor edad. Los senadores y diputados presentes en la capital se reunieron el mismo día 7 para esa elección, con carácter provisional. Fue constituida por dos senadores y un militar, José Joaquim Carneiro de Campos, marqués de Caravelas (que había sido el principal redactor de la Constitución), Nicolás Pereira de Campos (portugués bien adaptado a las condiciones de la vida brasileña y con participación política) y el general de brigada Francisco de Lima y Silva. Éste fue llamado al poder para imponer orden en la ciudad y atender a la petición más urgente, que era la reposición del gobierno que había actuado del 19 de marzo al 5 de abril. Los mercenarios fueron licenciados y se exigió la disciplina en los cuarteles. En realidad, el clima de insatisfacción y protestas continuó en la capital y en provincias.

La lucha se hacía a través de las facciones, ya que no había partidos políticos. Los exaltados preconizaban un liberalismo radical, los moderados ascendieron a las jefaturas y los restauradores deseaban la vuelta de don Pedro. Era difícil conciliar estas corrientes. Los exaltados negaban el pasado, desconfiaban de la Cámara y rechazaban el Senado, considerado oscurantista. Los restauradores estaban en una posición extraña, pues don Pedro había renunciado voluntariamente y ya estaba de viaje hacia Europa. Ser moderado era difícil, pero la única manera de conservar el país en el marco de sus instituciones y con una unidad garantizada. Cada facción tenía su club o asociación, la principal de las cuales era la Sociedad Defensora de la Libertad de Independencia Nacional, de los moderados. Los exaltados tenían la Sociedad Federal y los restauradores, la Sociedad Militar. Los liberales habían

creado la suya el 7 de abril y luego se dividieron en exaltados y moderados. Como escribió Joaquim Nabuco «la fatalidad de las revoluciones es que sin los exaltados no es posible hacerlas y con ellos es imposible gobernar[4]».

Iniciada la sesión legislativa de 1831, fue elegida la Regencia permanente. Se mantuvo al general de brigada, Francisco de Lima y Silva, y se eligió a los diputados João Braulio Muniz y José da Costa Carvalho. La Regencia formó otro gobierno. Para el Ministerio de Justicia nombró a Diego Antonio Feijó, que reprimió con el vigor posible las contestaciones. El nuevo orden ya tenía sus nombres para que se señalaran nuevos rumbos. La Asamblea General —Cámara y Senado— estableció normas para el ejercicio del gobierno, que no incluía el Poder Moderador en su plenitud. Feijó, que era liberal, e incluso abolicionista, fue en la práctica enérgico y reprimió las protestas. Se tramó un golpe de estado para alejar a José Bonifacio del puesto de tutor, con aprobación de la Cámara y de Feijó. La Cámara se declaró Asamblea Nacional e impuso otra Constitución. El golpe falló y se alejó a Feijó. Los tumultos continuaban, tanto de los exaltados como de los restauradores. Por ello, en diciembre de 1833, fue destituido José Bonifacio de la función de tutor, algo pretendido por los moderados desde hacía mucho. Lo sustituyó el marqués de Itanhaem.

Ante la sospecha existente sobre la fuerza militar, responsable de la agitación, y para garantizar el orden, fue creada la Guardia Nacional o Milicia Ciudadana, con unidades en todo el país. En sus primeros años desempeñó un cierto papel hasta que se convirtió con el paso del tiempo en un cuerpo sin importancia, acusada de servir a los intereses de los grandes latifundistas, de estar integrada por sus hombres y de defender los intereses de aquéllos.

Entre los hechos notables del período, estuvo la votación del Código de Procedimiento Criminal y del Acta Adicional, única reforma hecha a la Constitución. Esta última atendía, en parte, a la antigua aspiración liberal de descentralización política y administrativa, con lo que los exaltados alcanzaron su mayor reivindicación. Las revueltas prosiguieron, sin embargo, en todo el país. El Acta Adicional sustituyó la triple Regencia por una Regencia única, ya que había una gran difi-

[4] Nabuco, J., *op. cit.*, I, pp. 29-30.

cultad en armonizar las voluntades de tres miembros. En consecuencia, se hizo la elección para el cargo de Regente. Se disputaron el cargo el paulista Diogo Antonio Feijó y el pernambucano Holanda Cavalcanti. Feijó fue elegido por pequeña ventaja, en lo que se manifestó como una disputa de carácter económico entre el sudeste y el nordeste, este último en decadencia.

No fue fácil su gobierno, pues el Regente tenía una personalidad fuerte, que recordaba algo a don Pedro I. De simples tumultos en Río de Janeiro y otras ciudades, se pasó a rebeliones en varias partes del país, de las cuales, por su importancia, se hablará más adelante. Feijó gobernó del 12 de octubre de 1835 al 18 de septiembre de 1837. No se entendía con el Legislativo y era impotente ante las revueltas, por lo que prefirió renunciar. Para arreglar la situación, nombró Ministro del Imperio al senador pernambucano Pedro de Araujo Lima, adversario político y contumaz conservador. Con la renuncia, éste pasó a Regente hasta que se eligiera uno nuevo. La elección fue en abril del año siguiente y fue elegido Pedro de Araujo Lima, con amplia ventaja sobre el otro concurrente, el mismo Holanda Cavalcanti, que ha la había disputado antes y la había perdido. La enorme ventaja de votos del elegido se explica porque los dos eran pernambucanos. En la segunda elección no hubo disputa entre el nordeste azucarero y el sudeste cafetero. Las dos atestiguan la mínima participación en el proceso. En la de Feijó votaron 5.075 hombres, sumados los votos de los dos candidatos; en la de Araujo Lima, 6.289, en un país que contaba poco menos de cinco millones de habitantes, es decir, un 0,12578 % en la segunda elección, con 1.214 electores más, prueba del mínimo ejercicio de la ciudadanía.

Araujo Lima tenía otra conducta. Era conservador, evitaba las fricciones y se sobreponía a las contestaciones. Hizo una larga carrera en el Segundo Reinado, precisamente por esas características. Fue ministro y jefe del gabinete varias veces. Era opuesto a Feijó, hombre de lucha y no de acuerdos. Los choques parlamentarios y los más serios, que estallaron en algunas provincias, continuaron. Algunos fueron contenidos, pero otros de tipo radical fueron difíciles de dominar. Araujo Lima estableció pronto el dominio conservador. Contra la situación, los liberales —es la epoca en que se definen los partidos, como se verá más adelante— montaron el golpe parlamentario de la mayoría, es decir, hicieron a don Pedro asumir el Gobierno, aunque era menor. Fue

un golpe, pues la Constitución exigía que tuviera 18 años, mientras que tenía menos de 15.

Desde 1835 se pensaba en el asunto, con proyectos de anticipación de la fecha de 1843, en la que Don Pedro II alcanzaría la edad exigida. En 1840 fue creado el Club de la Mayoría, que atrajo a los radicales. Llegó a pensarse en la reforma de la Constitución para disminuir la edad exigida, pero el proceso fue moderado. Ante la nueva propuesta de mayoría de edad por Antonio Carlos, líder de la idea, el propio Gobierno pensó en presentar un proyecto para que don Pedro II fuera declarado mayor de edad el día 2 de diciembre de 1840, cuando cumplía 15 años. Los liberales pensaron entonces en el golpe. Los diputados fueron al Senado a pedir apoyo para que una comisión de las dos cámaras visitara a don Pedro y le pidiera su conformidad con la idea de que asumiera el poder inmediatamente. Él oyó a personas de su confianza y resolvió aceptar. El 23 de julio de 1840 cumplió el compromiso constitucional y comenzó a gobernar. En esa fecha tenía 14 años, siete meses y 21 días de edad. Se repitió aquí lo sucedido en Portugal, cuando doña María de la Gloria, hermana de don Pedro II, ocupante del trono por designación de don Pedro IV, su padre, tenía el poder usurpado por el tío don Miguel, lo que causó la guerra civil de 1832 a 1834. Con la victoria, ella asumió el poder como reina en 1834, con el nombre de doña María II, también menor, con quince años. La mayoría de edad fue impuesta, como se daría algunos años después con su hermano en Brasil.

Terminó la Regencia, que fue una fase tumultuosa, pero fecunda, con muchas crisis, algunas muy creativas. Duró nueve años y algo más de tres meses. En ese período hubo 13 gabinetes. A pesar del carácter antiportugués de la etapa, sobre todo al comienzo, hubo ministros portugueses en varios gabinetes. De sus aspectos esenciales —el orden jurídico, la definición del marco político con los partidos, las rebeliones sacudiendo al país, con intensa participación popular—, que configuraron el marco político e hicieron que se viera como uno de los más ricos, sino el más, y de la trayectoria política, se trata en los tres apartados siguientes.

Orden jurídico

El país disponía de Constitución y de Código Criminal. La primera fue objeto de críticas desde el primer momento por su carácter unitario, eminentemente centralizador. El otorgamiento le quitaba el sentido democrático, documento no votado por el pueblo, la centralización confirmaba la marca autoritaria, concediendo todo al gobierno central y nada a las provincias. Desde el principio, se habló de federalismo. La facción de los exaltados tenía en 1831 su Sociedad Federal. Con el final del Primer Reinado hubo una marea liberal. La medida más solicitada por esa marea fue la de revisar el sistema, retirando el poder excesivo del centro en favor de la periferia, del gobierno central a las provincias, con autoridades electas –los presidentes eran nombrados por Río de Janeiro–, con mejor distribución de rentas entre el gobierno imperial, los provinciales y los municipales, final del Consejo de Estado y del carácter vitalicio del Senado, vistos como instrumentos del Poder Moderador. Con la postulación de esas ideas, en un clima de exaltado culto a la libertad, se animaron los grupos y hubo una revisión del orden jurídico en dos documentos votados al comienzo de la Regencia: el Código de Procedimiento Criminal y el Acta Adicional.

Código de Procedimiento Criminal. 1832

Fue un complemento indispensable del Código Criminal de 1830. Éste era liberal; el de Procedimiento, ley adjetiva, fue revolucionario. La creencia en la voluntad popular y en su poder explica las medidas adoptadas de fortalecimiento del municipo y del prestigio de los jefes locales, con la reforma del sistema de justicia que confirió poderes extraordinarios a los jueces de paz. Éstos eran elegidos por el voto popular. Con la nueva ley desaparece mucho de lo que quedaba de las Ordenaciones del Reino, ya afectadas por la Constitución y por el Código Criminal. Situándose entre los países adelantados, el documento reconocía el derecho de *habeas corpus* y la justicia hecha por el pueblo a través del jurado. Se consiguió la atribución al pueblo de prerrogativas antes inimaginables, como la justicia electa e instituciones adoptadas sólo por países bien estructurados, que habían suprimido los restos del mundo antiguo o feudal, con la consagración de los valores de la

Ilustración. Se consideraban modelos de ello Inglaterra y Estados Unidos.

El Código de Procedimiento comenzó a ser hecho ya en el Primer Reinado, cuando el ministro de Justicia, Lucio Soares Teixeira de Gouveia, presentó su proyecto en la Cámara el 20 de mayo de 1829. Fue un fecundo Ministerio, autor, entre otras cosas en el campo jurídico, de la ley de 18 de septiembre de 1828, organizadora del Tribunal Supremo de Justicia. Otra ley derogó, pocos días después, los Tribunales de las Mesas de Despacho del Palacio y de Conciencia y Órdenes, vestigios coloniales. La ley de 1 de octubre de 1828 dio nueva forma a las Cámaras municipales.

Presentado el proyecto, en el mismo día la Cámara designa a la Comisión de estudio, hecho en menos de un mes. El año 1829 y el siguiente transcurrieron sin ningún avance, hecho comprensible por la agitación política del final del reinado de Pedro I, que no permitió el estudio y debate de una materia de tal magnitud. Después de la abdicación, en julio de 1831, Manuel Alves Branco dio su parecer como relator. En septiembre se tramitó al Senado. La ley fue sancionada ya en la Regencia, el 29 de noviembre de 1832.

El Código estaba dividido en dos partes. La primera, sobre la organización judicial, hacía la división de las provincias en comarcas, términos y distritos de paz. El distrito suponía un grupo de, al menos, 75 casas. El juez de paz disponía de un escribano e inspectores de barrio, de acuerdo con el tamaño del distrito. En el término había un juez municipal, un promotor público y un consejo de jurados. En la comarca había un juez de derecho. Desaparecieron los cargos de oidores, jueces ordinarios y jueces de fuera, propios de la organización portuguesa. A su vez, los tribunales eclesiásticos quedaron restringidos a los asuntos religiosos. El juez de paz era una novedad, que daba la nota de la presencia popular. Tenía jurisdicción sobre un pequeño territorio y trataba sólo de ciertas cuestiones; era elegido, de modo que era una proyección de la voluntad popular para tratar sus problemas inmediatos, que aparecen mejor todavía en la figura del inspector de barrio. Ellos vigilaban una zona, en la que sabían quién iba y quién venía y exigían a los sospechosos —vagos, mendigos, borrachos y marginados— la firma de un compromiso de buena conducta. Los jueces municipales eran escogidos por los presidentes de las provincias de una lista con tres nombres, propuesta por las Cámaras. Los promotores también eran elegidos así. Los

jueces de derecho eran de nombramiento imperial. Los jurados eran elegidos entre los posibles electores que estuvieran reconocidos por la comunidad como honrados y sensatos. Las listas de jurados eran hechas por un juez, un párroco y el presidente de la Cámara municipal.

La primera parte del Código trataba de la organización judicial y la segunda, de la forma del procedimiento. Lo principal era el *habeas corpus*. Lo importante era la superación del arcaísmo de las Ordenaciones, completamente autoritarias, y el paso a una justicia racional, aplicada en su mayor parte por autoridades electas. Como teoría, era de un admirable liberalismo. En la práctica, sin embargo, se produjo su desvirtuación, pues las elecciones eran controladas por los jefes locales, en general, propietarios de tierras, que imponían su voluntad y ponían y quitaban autoridades. En un país de dimensiones continentales, resultaba difícil el control y se cometieron las mayores arbitrariedades. Hay que destacar su novedad, que fue celebrada como una victoria sobre el autoritarismo tradicional.

Acta adicional

La queja más constante provocada por la Constitución de 1824 era su sentido unitario, su centralización excesiva. Se pedía menos rigor centralista y ciertas concesiones a las provincias. La marea liberal no podía dejar pasar la oportunidad, e intentó la reforma del texto. Sólo así se consiguió moderar el autoritarismo impuesto. Los radicales querían un federalismo a la manera norteamericana. La reforma constitucional exigió un proceso lento. La Cámara y el Senado tuvieron que fijar los puntos que tenían que ser modificados. Se llegó a un acuerdo, y una ley de 1832 enumeró los artículos susceptibles de cambio y autorizó para ello a la siguiente legislatura, la que comenzaría en 1834. La votación se hizo en la Cámara –el Senado estaba fuera–, pues sólo la Cámara había recibido autorización para hacer el trabajo. El Senado dudó mucho, pero con su natural prudencia aceptó lo que había hecho la Cámara, aunque no estuviese de acuerdo.

De la votación resultó un texto de 25 artículos, aprobado el 12 de agosto de 1834, llamado Acta Adicional, reminiscencia del Acta Adicional a la Constitución francesa de 1814, la de la Restauración, Acta redactada por Benjamín Constant. El Acta era liberal, hizo concesiones

importantes, pero con cautela y sin atender a todas las reivindicaciones. Creó las Asambleas Legislativas Provinciales, que era un paso descentralizador, en sustitución de los Consejos Generales contenidos en la Constitución. Para alcanzar el objetivo con eficacia, era preciso conceder más prerrogativas a las Asambleas. De hecho, las competencias más importantes seguían en el poder central, sin concedérselas al nuevo órgano. La reforma no especificó con rigor las competencias, aunque debiera haberlo hecho, pues la Constitución era concisa. El Título III, sobre la Administración y Economía de las Provincias, tenía tres cortos capítulos, de pocos artículos, de modo que dejaba todo poco claro, tanto en materia de atribuciones como en materia financiera. Si el Código de Procedimiento fue una victoria del municipio, la nueva ley fue la de las provincias. Fueron victorias frágiles, pues se responsabilizó a esas leyes de las dificultades del país y fueron reformadas pronto en sentido contrario a lo esencial a las aparentes conquistas.

El Acta creó un poder legislativo regional, pero no reguló la elección de los presidentes de las provincias. Éstos continuaban siendo nombrados para hacer la política del gobierno en el poder. Suprimió el Consejo de Estado, pero mantuvo el carácter vitalicio de los senadores. En cuanto a la Regencia, sustituyó a los tres miembros por uno solo. En síntesis, una ley ambigua, cuya imprecisión la hizo impracticable. En vez de resolver las dudas existentes, creó otras, de forma que convirtió a la administración en una maraña de dificultades. No es una osadía reconocer en esa situación el propósito de algunos de sus principales redactores. Las sospechas e incluso el miedo a las reivindicaciones peligrosas de los exaltados explican la inconsistencia técnica del documento. Bernardo Pereira de Vasconcelos expresó bien esa realidad al decir que era preciso «parar el carro revolucionario», o al calificar el texto de «Código de la anarquía». Él, antes liberal intransigente, temía entonces el desencadenamiento del proceso, e hizo todo lo que pudo para detenerlo. Había sido liberal y era entonces un conservador, e igual que había contribuido a hacer el partido liberal, contribuyó a crear el partido conservador, del que fue una de sus figuras.

En el propio texto estaba la salida hacia el futuro. Su último artículo, el 25, decía: «en caso de duda sobre la comprensión de algún artículo de esta reforma, compete interpretarlo al Poder Legislativo General». Así el Acta, única reforma expresa de la Constitución, resolvió la difícil situación política del momento para satisfacer a los liberales

y, al mismo tiempo, preparó el camino al conservadurismo, nota constante de la vida brasileña.

Reforma de las dos leyes

El Código de Procedimiento y el Acta Adicional representaron el punto más alto de la fase liberal, terminada, en realidad, con ellos. Como el país se vio perturbado por tumultos, agravados al año siguiente por peligrosas rebeliones en las provincias que pusieron en peligro la unidad, el talante conservador se acentuó. La falta de emperador al mando de la vida pública hizo el ambiente más cargado. En 1835 fue elegido regente Diego Antonio Feijó. Era una especie de presidente de la República, lo que avivó más la llamada experiencia republicana de los años 30. Era enérgico y poco conciliador, y no iba a durar en su gobierno. Renunció antes de completar el mandato de cuatro años, entregándolo a los conservadores, como se ha visto en el punto anterior. Feijó temía el desorden y la anarquía, pero mantenía sus ideas liberales, al contrario que muchos de sus compañeros, que se volvían antiliberales y recalcitrantes conservadores.

La interpretación del Acta Adicional en sentido desvirtuador no se hizo esperar. Se cumplió lo previsto en el artículo final de la ley, es decir, su interpretación. La prudencia y los intereses produjeron la ley 105, de 12 de mayo de 1840, para interpretar algunos de los artículos. Se fue más allá de la interpretación, pues el nuevo texto, en la simplicidad de sus pocos artículos a primera vista enigmáticos, fue una verdadera reforma, pues redujo a nada algunas de las conquistas básicas. Se perdió así mucho de la esencia de la reforma liberal. Se trataba de interpretar la ley. Era una interpretación sobre unos pocos artículos, que giraba en torno a palabras como «general» o «policía». El Acta se había hecho en una fase liberal, pero su interpretación se hizo en una marea conservadora. Siempre con sentido centralista, reforzó aún más el carácter unitario y centralizador, no sólo del Acta, sino también de la Constitución, a la cual servía de complemento.

Se volvió a la centralización plena, avalada por el Acta Adicional. Las concesiones a las provincias, que no llegaron a ser experimentadas, sufrieron un golpe. Para los cautelosos, las concesiones eran las responsables de las rebeliones realizadas en varios puntos. Hecho en 1834, ya

al año siguiente el Senado intentó su reforma. El proyecto fue presentado a la Cámara en julio de 1837. Fue pronto aprobado, y se pasó a discutir su redacción, más lenta que la del contenido. La discusión, que comenzó en julio de 1839, fue muy viva en el Senado. Para abreviar, se convocó a la Asamblea General, en cuyos debates intervinieron diputados y senadores. El debate se aceleró en 1840 y se llegó a la famosa ley de reforma del Acta Constitucional el 12 de mayo de 1840, víspera de la mayoría de edad. Los ánimos estaban más empeñados en dar el poder a don Pedro II que en la ley.

Cabía entonces emprender la reforma del Código de Procedimiento Criminal de 1832. La idea venía de tiempo atrás. Ganó cuerpo en 1838, cuando Bernardo Pereira de Vasconcelos expuso a la Cámara la necesidad de retirar al Poder Judicial las funciones de policía que el Código le había atribuido, así como la reforma de la legislación criminal y de las funciones del jurado. Con tales medidas, se anulaba lo más característico y básico de la ley. Vasconcelos, senador desde septiembre de 1838, tomó la decisión de reformarlo, indispensable, a su juicio, para fortalecer a la autoridad, desvirtuada por los excesos. Las fuerzas conservadoras dictaron la reforma que se pretendía, mediante la ley 261, de 3 de diciembre de 1841. En el Código la figura importante era la del juez, pero con la reforma fue el jefe de policía. Se montó una estructura sólida, una máquina de represión que iba desde la autoridad local hasta el ministro de Justicia. No era una reforma; era mucho más, pues era la inversión del sentido. Si en el Código las autoridades de la Justicia tenían poder policial, con la reforma la autoridad policial llegó a tener poder en la Justicia. Para los reformadores ésa era la única posibilidad de supervivencia del país, en tanto que para los autores del Código era la manifestación completa del despotismo.

Las dos reformas destruyeron la obra del liberalismo y reforzaron en toda la línea el centralismo de la Constitución, constituyendo la base y la razón de la relativa paz del reinado de Pedro II. La reforma se hizo con él ya en el poder, al cual lo elevó el golpe de la mayoría de edad. Otros dos documentos completaron el cuadro, votados entre las dos reformas, la de 1840 y la de 1841. El decreto número 207, de 19 de septiembre de 1841, estableció el nombramiento de los vicepresidentes de las provincias también por el gobierno central sin propuesta de las Asambleas. La ley número 234, de 23 de noviembre de 1841, creó un Consejo de Estado. En realidad, lo restableció, pues la Cons-

titución lo había creado y el Acta Adicional lo había suprimido. El Consejo siempre fue considerado como el responsable de los actos de don Pedro I anteriormente y así fue considerado de nuevo después: un instrumento personal del emperador. En síntesis, todo el trabajo liberal reflejado en el Código y en el Acta Adicional fue revocado en 1840 y 1841. En ello estuvo la base de la seguridad del Segundo Reinado en su segunda fase. La primera fue la Regencia. La segunda fue la del emperador al mando personal de la vida pública.

Definición de rumbos

La década de los 30 decidió los rumbos nacionales en el siglo XIX. Con la abdicación, se impuso el liberalismo, que, en parte, la había provocado. No se piense, sin embargo, en la teoría liberal, nunca plenamente realizada, en realidad. El liberal estaba contra el autoritarismo, quería elecciones frecuentes y libre expresión. Admitía, sin embargo, el sistema esclavista, en flagrante incoherencia. Ésta no era exclusiva nuestra, pues existía también en los Estados Unidos. La posibilidad de renovación propiciada por la renuncia permitió algunas novedades durante la fase liberal, que se reflejaron en el Código de Procedimiento Criminal y en el Acta Adicional.

Había graves problemas en el país que provocaban tumultos en las ciudades y rebeliones en algunas provincias, que manifestaban algo más que el simple deseo de elegir a los jefes o representantes. Manifestaban las contradicciones de una sociedad joven y sin conciencia determinada de su papel. En esa sociedad había señores y esclavos, pero también había un esbozo de clase media, con funcionarios, comerciantes, artesanos y trabajadores libres, así como gran número de marginados, alejados de todo proceso productivo y sin ningún papel social. Ante las explosiones del pueblo, a veces desarticuladas, pero violentas, el grupo dominante se empavorecía y temía la anarquía. Los más cautelosos se alineaban con los moderados y defendían la monarquía constitucional, temerosos de cualquier aventura. Éstos eran los que hacían una ley como el Acta Adicional, llena de ambigüedades. Bernardo Pereira de Vasconcelos era el más representativo en la denuncia de la revolución, cuyo avance era preciso detener. Algunos de los liberales de 1831, exaltados o moderados, pasaron a conservadores intransigen-

tes. Los liberales hicieron las reformas de las leyes citadas, como se ha visto.

Puede datarse en la elección de Feijó en 1835, la maduración del conservadurismo como reacción a los avances realizados y que condujo a la filosofía llamada entonces regresiva. Contra el progreso, tan postulado en el XIX, querían el regreso. El regresismo fue ganando cada día más cuerpo y llegó al poder con la renuncia de Feijó al puesto de regente, que pasó, precisamente, a un conservador. Siendo aquél liberal nombró ministro de Justicia a Pedro de Araujo Lima, que se integró en la Regencia provisional. Fue candidato y venció. Los regresistas hicieron el viraje del final de la década, venciendo al liberalismo.

Hubo, pues, una definición de rumbos. Se pasó de las simples facciones políticas enfrentadas a los partidos. Los restauradores perdieron su razón de ser con la muerte de don Pedro I en 1834. El nombre de partido, atribuido a los grupos que actuaban en las Cámaras o fuera de ellas, tenía algo de forzado, pues ninguno de ellos se definía como tal en los años 30. Se llamaban liberales o conservadores. No podía ser de otra manera en un momento en que la propia Inglaterra, incluso después de la Revolución Gloriosa, cuando se afirmó el Parlamento, tenía corrientes con uno u otro pensamiento y no partidos. Fue en el XIX, sobre todo, después de la Carta de Reforma de 1832, cuando hubo una definición clara. Anteriormente, los *whigs* y los *tories* eran corrientes de opinión. En Estados Unidos en el siglo XVIII, en relación con la centralización y la descentralización se hablaba de republicanos y federalistas, origen de los partidos demócrata y republicano. El partido político es una práctica del XIX y anteriormente era sólo una idea a la que se aproximaban Inglaterra y Estados Unidos. Querer encontrarlo en Brasil al principio de la monarquía es una exageración. No se pensaba en ellos entonces y ni las leyes electorales se referían a ellos.

Con ese sentido de lo relativo, el primero en surgir fue el liberal, al comienzo de la década, cuando se reivindicaron cuestiones de libertad y de ciudadanía. Las explosiones revolucionarias alertaron a los temerosos por su posible pérdida de posiciones y se organizaron en la defensa de sus intereses. Surgió el partido conservador, fechado quizás en 1837, con la renuncia de Feijó. Las dos entidades comenzaron a adquirir relevancia en la década siguiente y a moldear la política nacional. Intentar ver un programa en esos partidos, de ideología definida, es una tarea inútil. Apenas se puede esbozar un cuadro con las diver-

gencias entre uno y otro. Los nombres recuerdan a las dos grandes corrientes de la vida de Inglaterra, con liberales y conservadores o *whigs* y *tories*. En una nación bien estructurada y con objetivos claros, ellos existían realmente con diferencias señalables, no aquí.

Lo visto como partido no pasaba de ser una unión de personas, ligadas por simpatía o motivos episódicos más que por propuestas claras de carácter social y político. Así tenía que ser cuando pocos participaban en la vida pública con conciencia de su papel. Tales partidos ni siquiera hacían programas. Éstos aparecieron más tarde, con don Pedro II al desarrollar su gobierno. Se formaron entonces alas y escisiones, con el paso de unas a otras sin ningún problema. En el poder los dos eran iguales. Con la mayoría de edad se alternaban, convocados por el emperador en alternancia continua. Hubo pausas en las disputas, como la llamada Conciliación de 1853 bajo la égida de los conservadores, así como en los años 60 estuvo la Liga Progresista bajo la égida de los liberales. Ante la cuestión fundamental de la época, el sistema esclavista, no hubo una posición clara. Había esclavistas en uno y en otro, como había abolicionistas en los dos. Las llamadas «leyes reaccionarias» fueron mantenidas por gobiernos liberales o conservadores. El asunto quedará más claro cuando se trate la política de 1840 en adelante. Entonces volveremos sobre ello.

Rebeliones populares

Se ha hablado varias veces de los tumultos en las ciudades. Más relevantes fueron las contestaciones armadas en varias provincias contra las autoridades nombradas por el gobierno central y no aceptadas, contra los monopolios del comercio por los portugueses y en favor de las reivindicaciones de la propiedad de la tierra. Hubo también movimientos mesiánicos, de carácter religioso tosco, con repeticiones del sebastianismo. Las diversas generaciones de la población buscaban un lugar, reivindicaban, contestaban con una intensidad con que no se había hecho nunca. Esos movimientos expresaban, sobre todo, el vigor del período. Eran muchos y de diferente naturaleza. En ellos participaban gente de la ciudad y gente del campo, señores, comerciantes, sacerdotes, funcionarios públicos, profesionales liberales, esclavos o ex esclavos, blancos, negros, indios y mestizos. En algunos, como en Pará y

en Maranhão, hubo explosiones de lo que el pueblo tiene de más humilde, con manifestaciones de violencia y hasta de extrema rudeza. En su estudio se hubiera complacido un gran estudioso de episodios del género, el historiador inglés Eric J. Hobsbawan, que hubiera encontrado ejemplos e ilustraciones de su preocupación por los rebeldes primitivos.

Las luchas armadas de los primeros años perdieron significado y vigor comparadas con las que se realizaron a partir de 1835. Hubo motines o levantamientos en Río de Janeiro en 1831 y 1832, pero también los hubo más peligrosos en los mismos años en Pará, Maranhão, Ceará, Pernambuco, Alagoas y Bahía. En 1833 hubo una lucha armada de carácter restaurador en Minas Gerais y el año anterior en Pernambuco. Ésta conocida como *abrilada* y aquélla como *revuelta del año de la altivez.* Como es imposible hablar de todas ellas, hay que decir que traducían un estado de insatisfacción ante el poder y las negativas condiciones de vida. No dejaremos sin mencionar, sin embargo, las más duraderas y menos episódicas en su motivación.

Fue el caso de *Cabanagem*, en Pará, de 1835 a 1840. Había tradición de gobierno propio desde el antiguo estado de Maranhão y Grao-Pará. La lucha se trabó en Belem y se ramificó hacia el interior. Hubo recusación a las autoridades nombradas por Río de Janeiro, pero no hubo acuerdo entre sus promotores y los combates se desplazaron al interior, envolviendo a indios y mestizos. Se hizo feroz con la intensa participación de personas que se alzaban en armas sin saber por qué ni para qué. El clima de confusión y rebeldía despertó en el pueblo el deseo de combatir, desbordándose el sentimiento por la expoliación siempre reprimido, en lucha de los desposeídos contra los poseedores. El nombramiento de una autoridad fuerte y de origen local estableció la paz en Belem, pero las contestaciones continuaron en gerrillas ayudadas por la abundancia de ríos y por la selva en la pujanza de la naturaleza de la Amazonia. Perdieron los de fuera, ya que eran desconocedores de las condiciones locales. Fue el episodio popular más intenso, en el que habrían muerto 30.000 personas. No es de fácil análisis por las dudas de algunos jefes y por los humildes liderazgos de indios y mestizos. Todo acabó con el empleo de la violencia por el gobierno central, que usó armas superiores para restablecer el orden.

La *Balaida* tuvo lugar en Maranhão de 1838 a 1841. La inestabilidad llevó al rechazo de los agentes designados por la Regencia, con

apoyo general por la miseria reinante. También sus líderes eran mestizos, negros y ex esclavos, como puede verse por sus nombres, Cara Negra, Rayo, Golondrina, Tigre y el famoso Francisco dos Anjos Ferreira, el Balaio. La facción común era de un bandidismo salvaje. El Balaio, por ejemplo, habría entrado para vengar la honra de su hija. Los ataques a las propiedades particulares eran el resultado de la pobreza de los mestizos y ex esclavos, que no tenían ninguna participación social, en contraste con ciertos ricos de São Luis, Alcántara y Caxias. La forma fue la guerrilla, a la cual estaba habituado el pueblo por las luchas de la época de la independencia. Maranhão y Piauí, así como Pará habían sido zonas hostiles a la idea emancipadora, por la presencia de muchos portugueses en puestos de importancia. Al final, las fuerzas imperiales desalojaron a los rebeldes de la villa de Caxias, de donde el comandante de la represión, Luis Alves de Lima, sacó el nombre para su título nobiliario. Como la Cabanagem, fue de características rudamente primitivas.

Recuérdese la *Sabinada* en Bahía de 1837 a 1838. Fue más interesante y consistente que los enfrentamientos en Pernambuco, también conocidos como *cabañada*. Bahía tuvo más experiencias bélicas después de la emancipación, en 1822 y en el año siguiente, por su importante población portuguesa. La protesta se extendió por el interior para establecer la República de Bahía, en tanto que durase la minoría. Se intentó una alianza con Farrapos, en el sur, pero sin éxito por la distancia. Hubo más de 2.000 muertos y 3.000 presos. El jefe fue el cirujano doctor Francisco Sabino con apoyo de las masas, que reivindicaban una situación mejor. La provincia contaba con una enorme población negra. Estaba reciente la lucha sostenida en 1835, episodio conocido como *guerra de los Malês*, en la que se habían utilizado ex esclavos o esclavos, recordando la famosa conjuración de los soldados y sastres de 1798.

El principal movimiento de entonces fue el de los *Harapos* o *Guerra Andrajosa*, en Río Grande del Sur de 1835 a 1845. Fue el más largo e intenso. La posición de frontera había creado el gusto por la lucha, acrecentado por el tipo de civilización del gaucho, de amplias afinidades con el caudillismo rioplatense. En el comienzo de su historia, la región había sido objeto de conquista militar. Después, con el descenso de los bandeirantes para apresar indios, continuó siendo escenario de luchas. Había dos tipos de intereses: el económico, defensa del ganado, y el político, expansión hacia el Plata. La contestación fue más

intensa por contar con una dirección bien entrenada y con experiencia en política y en combates. Hubo mucha violencia, pero con el carácter rústico que se dio en Pará y Maranhão e, incluso, en Bahía. La lucha fue menos primitiva.

El episodio sureño se distinguió mucho de los demás. Los motivos económicos fueron más fuertes que los políticos. Las luchas constantes en la zona de la frontera impedían el crecimiento. La pobre tecnología de la producción impedía a la provincia participar en la economía colonial típica, la exportación. No podía competir con la producción del virreinato del Plata, de nivel superior. La solución era exportar al norte del país, que carecía de lo que podía suministrar la provincia, el ganado para alimentación o para transporte y sus derivados, como el cuero. Con la independencia, la provincia se quejó de abandono por parte del gobierno central, igual que antes se quejaba del colonial. Alegaba falta de apoyo a la creación de riqueza con impuestos que la incentivaran. Estaba en desventaja con la competencia rioplatense, de mejor calidad. En la lucha, el presidente de la República de Río Grande, autoridad improvisada, denunció en un manifiesto la falta de protección del gobierno del centro a la carne, al cuero, al sebo y a las grasas. Los gauchos atribuían los males a los impuestos, olvidando que una de las razones de la superioridad platense era el trabajo asalariado frente al suyo, fundamentado, en parte, en los esclavos. La provincia, como las demás del sur, tenía menos población negra o esclava que en otras zonas. Había y hay predominio del blanco, del portugués, del isleño o del inmigrante.

Desde el punto de vista político, los harapientos se inspiraban en el liberalismo federativo. Querían prerrogativas provinciales. Por ello surgieron la República Piratini en 1836, con medidas de amparo al productor, la República de Río Grande o la Juliana, en Santa Catarina. Como en otras provincias, rechazaban a las autoridades nombradas por el gobierno central. Fue el más largo de los episodios. Al comienzo del gobierno de don Pedro II hubo empeño en terminar el conflicto, peligroso por su separatismo o por los posibles contactos con los vecinos. Después de algunos años, las fuerzas se reconciliaron. El gobierno imperial mandó sus recursos de gente y armas para establecer la paz. En 1845, la unidad nacional estaba asegurada, al desaparecer el último intento de escapar del gobierno de Río de Janeiro.

En síntesis, lo importante de estos episodios fue la manifestación del pueblo, que se levantaba para pedir una situación mejor. Se explica

así el éxito de líderes rústicos con el apoyo de gentes sencillas. La prueba está en los nombres plebeyos de los movimientos: Cabañada, Harapos, característicos de la rebeldía primitiva. La crisis social y la miseria los provocaban. El político de la Corte, los grupos dominantes no veían más que el desorden y la amenaza a la unidad. Peligro de separatismo no más que en la Andrajosa, por la condición fronteriza de Río Grande do Sur. No se amenazaba a la monarquía, el sistema establecido, aunque se hablase de república como en la Sabinada y en la Andrajosa. La idea de monarquía federativa, sugerida en la votación de la ley de 1834, no tuvo acogida. El proyecto de república, presentado a la Cámara por el diputado Ferreira França en 1835, no tuvo eco y cayó en el vacío. Los políticos en el poder, siempre cautelosos y raramente sensibles, atribuían todo al debilitamiento de las instituciones, agravado por las leyes liberales, como el Código de Procedimiento y el Acta Adicional, por lo que se procedió a su reforma. Se hicieron los cambios considerados necesarios en los textos juzgados federalistas y con concesiones excesivas al pueblo. El poder central se fortaleció, victorioso en ese momento en todo, sin atender a la realidad profunda, verdadera provocadora de las crisis que producían las contestaciones.

V

EL SEGUNDO EMPERADOR

Esperanzas y últimas contestaciones

El golpe de la mayoría de edad cerró una fase de la vida brasileña. Si la independencia había sido obra de un grupo, con el sacrificio del pueblo en un proceso de, por lo menos, tres siglos, se consolidó con la abdicación de don Pedro I en 1831. Parecía la derrota definitiva de los portugueses –todavía en gran número en los puestos de relieve– o del absolutismo, a pesar de algunos aspectos liberales del contradictorio primer emperador. Con la Regencia, se vio que la organización del Estado no era fácil. En ese momento, los brasileños eran los responsables de la tarea y dudaban entre el orden y el peligro de anarquía. Se definieron los rumbos, como se ha visto. A la fase liberal siguió la conservadora o al momento progresista, el regresivo. Realizaron sus programas a través de leyes como el Código de Procedimiento Criminal, de 1832 y el Acta Adicional de 1834, revisados después por su reforma, efectuada en 1841 la del primero y en 1840 la del segundo.

Se impuso entonces el sentido moderado o el conservador, que fue una constante de la vida nacional. Con su trabajo de admirable coherencia, el gobierno de don Pedro II comenzó bajo un rígido sistema legal, unitario y centralizador, el de la Constitución de 1824, revigorizada por las leyes de 1840 y 1841. Don Pedro II ascendió al trono por un golpe de los liberales y con ellos comenzó su gobierno. No duró mucho, pues al año siguiente los liberales fueron apartados y el poder fue ocupado por los conservadores, convocados al gobierno. Fue el inicio de la alternancia de unos y otros al mando de la política, distintivo de la larga historia de los 49 años del Segundo Reinado. Esos

cambios fueron hechos sin resonancia las más de las veces, pero algunos provocaron conmociones y hasta traumas, como se verá más adelante.

El primero, por ejemplo, fue el partido liberal, autor del golpe, que fue sustituido después por los conservadores. Usamos los términos consagrados, aunque el uso de la expresión «partido» es exagerado. El primer gabinete duró menos de un año, del 24 de julio de 1840 al 23 de marzo de 1841, y fue sustituido por el de los conservadores. En éste destacaron algunas figuras, como habían destacado en aquél algunas de los liberales. Curiosamente, en uno y otro había portugueses. En el primero, Antonio Paulino Limpo de Abreu, en el Ministerio de Justicia; en éste, José Clemente Pereira, en el de Guerra. La estructura conservadora se confirmó con dos actos del segundo gabinete. Fueron la creación del Consejo de Estado, su restauración, como se ha visto, seguida, diez días después, por la reforma del Código de Procedimiento Criminal. Por primera vez, el emperador usó la prerrogativa constitucional de disolver la Cámara de los Diputados. Don Pedro I no la había usado, ya que la disolución de la Constituyente de 1823 fue de otro género, y la Regencia no podía usarla.

Don Pedro II lo hizo varias veces. La primera en 1842, bajo la alegación de irregularidades en las elecciones de 1840, hechas bajo de gabinete liberal y que habían constituido una Cámara con holgada mayoría. Debía reunirse en mayo y fue disuelta antes del comienzo de las sesiones regulares. El poder conservador tampoco fue largo, poco menos de tres años. De 1844 a 1848 transcurrió un período de predominio liberal, sustituido por los conservadores, en la alternancia acostumbrada. La disolución de 1842 sorprendió y provocó protestas armadas de los depuestos. Contra ella, así como contra las leyes regresivas, se levantaron las provincias de São Paulo y Minas Gerais en el episodio conocido como revolución liberal de 1842. Hubo una violenta lucha armada, que exigió medidas represoras del gobierno central. Éste consiguió victorias en São Paulo, que sofocaron pronto el movimiento, más prolongado en Minas, que fue dominado en la batalla de Santa Lucía. El episodio fue alimentado más por intereses contrariados que por la defensa de principios. Contribuyó a amargar los ánimos liberales y sirvió como punto de arranque de constantes disputas políticas.

En la década de los 40 en 1848 hubo otra lucha armada, ésta en Pernambuco, conocida como Revolución Playera, nombre originario

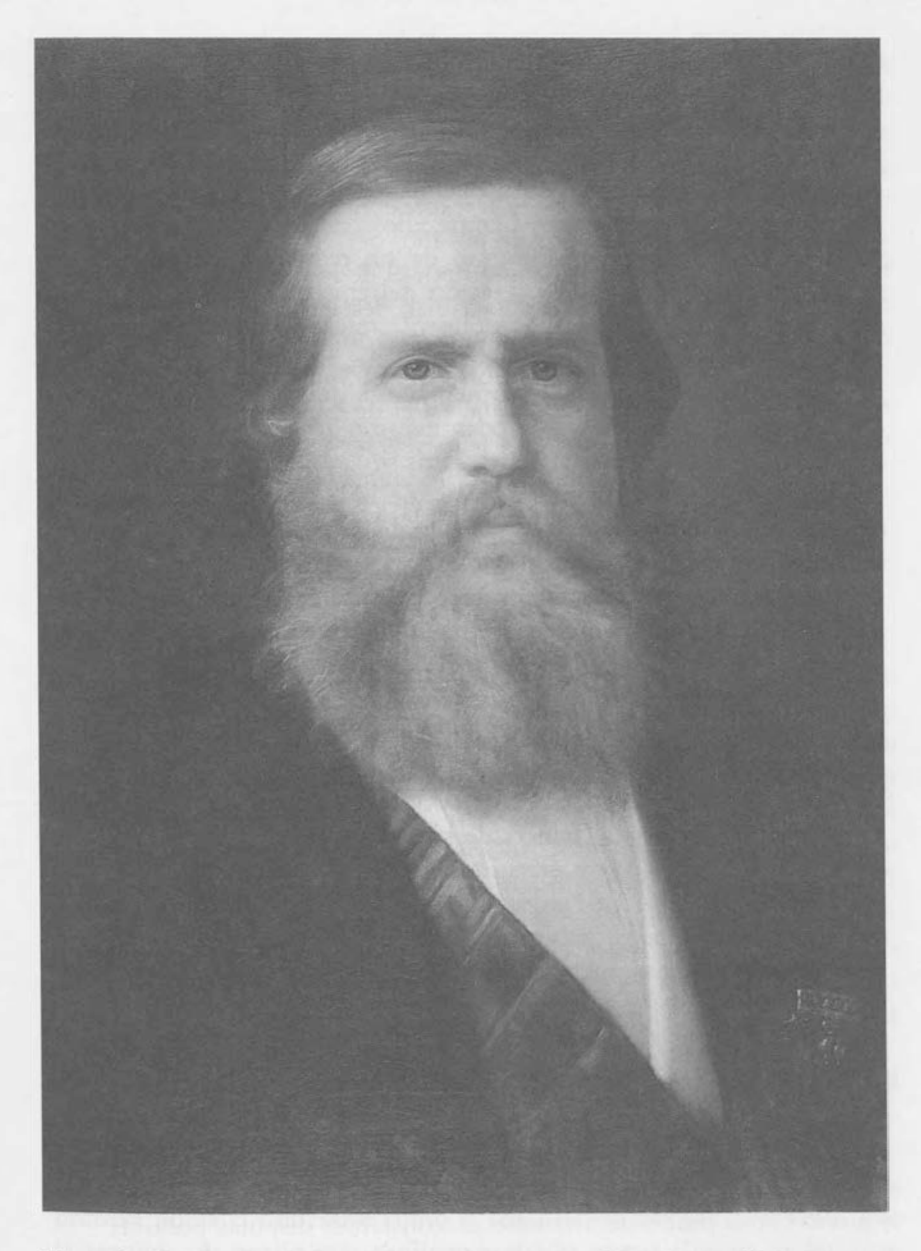


Figura 6. Retrato de don Pedro II (Río de Janeiro, 1825 - París, 1891). Fue emperador de Brasil desde 1840 hasta 1889. (Fotografía de la colección del Museo Imperial, Petrópolis).

del periódico sostenido por los liberales en la calle de la Playa, en Recife. Fue, sobre todo, un pronunciamiento rebelde de Pernambuco. Provocó inmediatamente la sustitución de los liberales por los conservadores en 1848. Pernambuco era una provincia dominada por una oligarquía, la de los Cavalcanti, dueños de gran parte de las tierras y de los cargos administrativos. Contra ellos hacían campaña los radicales, que veían excesivo el dominio de un reducido grupo. El movimiento fue, en parte, una proyección del episodio francés del mismo año 1848, tan fértil en hechos políticos trascendentales, como el manifiesto comunista, del cual, evidentemente, no se tuvo noticia aquí. Revolución en Francia, revolución en Brasil, que justifica la afirmación de Joaquim Nabuco de que «todas nuestras revoluciones fueron, podría decirse, ondas comenzadas en París [1]».

La Playera tuvo más interés que la de 1842 por presentar un elenco de reivindicaciones muy rico. En ella estaba vivo el sentimiento antiportugués por su dominio sobre el comercio y las propiedades de caña, que era la mayor riqueza local, aunque estuviera en decadencia en el ámbito nacional, a causa del comienzo del predominio del café. Además, en la preparación de los ánimos para la lucha contó un motivo poco presente hasta entonces. Fue la reivindicación social, en tono de arenga socialista, hecha, sobre todo, por la revista *El Progreso* (1846-1848), del ideólogo Antonio Pedro Figueiredo, bajo la influencia del francés Louis Léger Vauthier, ingeniero contratado para las grandes construcciones de Recife y seguidor del socialismo francés de la época, romántico y utópico. Joaquim Nabuco escribió con precisión: «La política se complicaba con un fermento socialista [2]». La Playera duró de noviembre de 1848 a 1850 y causó muchas víctimas, debiendo ser destacada por el hecho de tener no sólo un programa político, sino también uno social muy avanzado, ya que pedía una nueva distribución de las tierras y la nacionalización del comercio, tesis osadas para el país de la época. Con ella se cerró el ciclo de las llamadas sediciones populares. Antes, en 1841, había terminado la Balaiada de Maranhão y, en 1845, la guerra Andrajosa.

El resto del período imperial fue de relativa paz, con protestas menos expresivas, de carácter meramente local y episódico, a excep-

[1] Nabuco, J., *op. cit.*, I, p. 101.
[2] Nabuco, J., *op. cit.*, I, p. 93.

ción de la campaña antiesclavista, la primera de ámbito nacional, que sirvió como aglutinadora del pueblo. Brasil, a partir de los años cincuenta, alcanzó no sólo una relativa paz, sino también un brote de iniciativas que hicieron de la década la más esplendorosa del imperio. Se iniciaron grandes realizaciones económicas, se dio un nuevo impulso a la industrialización –el primero había sido bajo don João, con la libertad para la industria y otras medidas generales–, y hubo menos luchas partidistas, gracias a la llamada reconciliación y al hecho de que el emperador ya era adulto y estaba en la plenitud de sus fuerzas. Eran una paz y un orden superficiales, como se verá, pues las contradicciones de la sociedad continuaban e incluso se agravaban con el avance de la idea de abolir la esclavitud y la política exterior, que llegó a guerras como la de Paraguay.

Vida política

La vida política giraba en torno al emperador. Según la Constitución, él era el Poder Moderador, que era la clave, «como jefe supremo de la nación y su primer representante». No es que fuese autoritario o desease imponerse en todo. Don Pedro I, en parte, lo era, pero don Pedro II no lo fue realmente. El hecho era el resultado del carácter unitario y centralista de la Constitución otorgada, que le atribuía un inmenso poder, por encima de cualquier otro. Él hacía y deshacía gobiernos. Era, además, el jefe del Poder Ejecutivo, que ejercía a través del ministro de Estado, de su libre elección. Como los gobiernos hacían las elecciones, el Poder Legislativo era una proyección de sus deseos. El Judicial, elegido también por el Ejecutivo si no había concurso para el acceso a los cargos –ésta es una idea moderna–, acababa por ser también su agente, pues sus miembros podían ser cesados.

Con tales prerrogativas y ejerciéndolas, no podía aplicarse a Brasil el principio según el cual el rey reina pero no gobierna, y sí el opuesto, es decir, el rey reina, gobierna y administra. Sin que queramos establecer una formulación clara y continua, pues varió en el tiempo, la primera podía considerarse como el lema de los liberales, en tanto que la segunda, de modo más explícito y rígido, como el lema de los conservadores. Las fuerzas políticas agrupadas en los partidos deseaban la gracia imperial, pues el jefe del Estado llamaba a unos o a otros para

la dirección de los asuntos políticos. Decir que tenían un programa sería forzado, pues tenían comportamientos idénticos en el ejercicio del poder. Ciertamente, los liberales predicaban la descentralización, la autonomía de las provincias y la libertad de las personas, así como que eran menos partidarios del trabajo de los esclavos, pero cuando gobernaban eran idénticos a los conservadores. De ahí, la conocida frase de Holanda Cavalcanti: «no hay nada más igual a un saquarema que un luzia en el poder». *Saquarema* era el nombre común de los conservadores por la región fluminense de origen de uno de los más poderosos jefes de esa corriente. *Luzia* era el nombre común de los liberales, después de la batalla de Santa Lucía en 1842, cuando la revolución liberal de Minas Gerais.

Como las elecciones estaban viciadas en la práctica y eran difíciles en la teoría, por ser de segundo grado y con muchas discriminaciones, sus resultados no eran significativos. Don Pedro II, dominado por el deseo de acertar, deploraba el procedimiento y trató de corregirlo, pero con poco éxito. El hecho se comprobó en las sucesivas reformas electorales. La primera ley de mejora fue de 1846. Exigía más rigor en el censo electoral, impedía el voto por poder y exigía cierto rigor a los fiscales durante el acto, con el fin de evitar o hacer disminuir los fraudes. En 1853, en el Gobierno de la Reconciliación, se introdujo la elección de los diputados por circunscripciones. Se dividió la provincia en circunscripciones de uno —antes, eran tres—, con el fin de mejorar la elección. La circunscripción era pequeña y permitía al elector conocer a los candidatos. En realidad, el procedimiento mejoró poco, pues el factor decisivo era el gobierno en ejercicio, que manipulaba a los jefes locales a través del presidente de la provincia. La circunscripción aumentaba, evidentemente, el poder del jefe local, lo que lo convertía en un arma más eficiente para dominar al elector común.

Otro aspecto de la ley es que bajaba el nivel de los votados. Los candidatos eran de una circunscripción delimitada, pequeña y de poca población. Se votaba el nombre conocido, en general, el de una persona amiga —el sacerdote, el médico, el maestro—, figuras locales, desprovistas a veces de experiencia y con pocas luces intelectuales, con lo que se llevaba al legislativo a grandes mediocridades en política. La ley habría bajado el nivel de los representantes, personas de mínima o nula lucidez, preocupados por pequeñas cuestiones y sin entendimiento glo-

bal de la política. La circunscripción de un solo candidato duró poco y se volvió en 1860 a la circunscripción de tres.

Otro paso fue la reforma electoral de 1881, que estableció la elección directa. Se hizo mediante ley ordinaria de modo irregular, ya que sólo podía hacerse por una forma constitucional. Se simplificó la forma, que no garantizaba la deseada pureza en las urnas. Además, no en todo fue elogiable. Se creó el título de elector, disminuyendo el arbitraje de las mesas electorales, que era el fundamento de la justicia en caso de pleito, y se exigió votantes alfabetizados para firmar los documentos. Ahora bien, en Brasil la mayoría casi absoluta era analfabeta, lo que eliminaba a la mayoría de la población. Se amplió la participación con el derecho al voto de los no católicos y libertos, aunque ese derecho excluía a los analfabetos.

Se habla de parlamentarismo, pero la Constitución no lo mencionaba y tampoco las leyes ordinarias. Daba cierta fisonomía parlamentarista la ley de 1847, creadora del puesto de presidente del Consejo de Ministros, o primer ministro. El emperador elegía libremente al jefe del gabinete, correspondiéndole a éste formar el gobierno con los mejores hombres a su parecer. Los miembros de los gabinetes, del jefe del Consejo a los demás, salían, en general, del legislativo o del Consejo de Estado. Era una razón más para hablar de parlamentarismo, aunque ese dato era sólo un aspecto del problema. La confianza del Legislativo en el gabinete se refería sólo a la Cámara de los Diputados, pues éstos eran elegidos para un mandato y expresaban las oscilaciones de la opinión pública. El Senado quedaba fuera, pues, de acuerdo con el principio asentado, no hacía política por ser vitalicio. Era la casa de los mayores, intocables, más propensos al orden establecido que los diputados, que eran más vivos y contestatarios.

Para que hubiera parlamentarismo habrían sido precisas unas elecciones significativas y no lo eran por el número insignificante de electores y por los vicios de la práctica, con falsificaciones de todo tipo. El sistema parlamentario requiere un proceso electoral correcto y partidos políticos programáticos, cosa que siempre faltó a lo largo de todo el período, a pesar de los intentos de las leyes correctoras. Las disoluciones de la Cámara eran legales, ya que estaban previstas en la ley básica. Don Pedro II ejerció la prerrogativa 11 veces. Esto no afectaba a la naturaleza democrática del régimen, ya que era una forma de corregir abusos. Sin esa posibilidad, contestada y vista como un exceso,

el que estaba en el poder se perpetuaría en él, pues manipulaba las elecciones con el control de la situación. La alternancia daba oportunidad a todos, ya que el emperador cambiaba los gabinetes y disolvía la Cámara cuando el orden se alteraba, saliendo un partido y entrando otro.

En ese juego continuo de cambios, la frecuencia de gabinetes liberales y conservadores era casi la misma, con ligera ventaja de los conservadores. A partir de la segunda mitad del siglo, la situación se hizo un poco más confusa con la búsqueda de la paz y el final de las luchas partidistas. Todo partió del deseo de reconciliación para el bien general. En 1853 se constituyó el gabinete de Honorio Hermeto Carneiro Leão, entonces vizconde de Paraná, que duró poco. Era una tregua relativa, una paz armada que no perduró. La acortó todavía más la muerte de Paraná, dos años después. La Reconciliación de 1853 se realizó bajo dirección conservadora, pero convocando a liberales a los cargos más importantes. En la década siguiente se intentó otra –la Liga Progresista–, hecha también bajo un gabinete conservador, pero realizada más por los liberales. Eran gabinetes con unos y otros, sin exclusivismos partidistas, aunque con predominio liberal y de conservadores moderados.

Eran visibles las disidencias internas entre ellos. Los liberales eran más dados a escisiones. Estaban los históricos y los actualistas, así como los progresistas, que se batían por una mayor pureza de los principios. Se realizaron entonces muchos cambios de bando. Los liberales pasaban a conservadores y los conservadores a liberales, en la conocida figura del tránsfuga, casi siempre mal vista. Incluso algunos conservadores, deseosos de mejorar las instituciones, se adhirieron al programa progresista, de forma que hubo cierta mezcla de las filiaciones partidistas. El país se enfrentaba a un momento difícil y grave a causa de la guerra de Paraguay. La existencia de un enemigo exterior condujo a los menos exaltados o intransigentes al acuerdo. Éste funcionó, pero por poco tiempo.

En plena guerra un cambio de gabinete provocó la más seria de todas las crisis ministeriales. En la jefatura del gabinete estaba un liberal progresista, Zacarías de Góis y Vasconcelos, y don Pedro lo cambió por un conservador típico, generando una crisis política sin precedentes y en un momento inoportuno. Fue el golpe más enérgico y menos hábil del emperador, pues muchos políticos, monárquicos sinceros, de-

jaron de confiar en el trono. Con el cambio del gabinete vino la disolución de la Cámara y, de acuerdo con el mal modelo, a una representación predominantemente liberal le siguió otra casi totalmente conservadora.

La nueva situación duró de 1868 a 1878, con los liberales apartados del mando. El resentimiento y la predicación de nuevas ideas, ya republicanas, y otra serie de eventos hicieron impopular al gobierno. Más grave: no a un gabinete, sino a la propia idea monárquica. En 1870 surgió el Partido Republicano. No tenía un programa radical en el campo de lo social —baste recordar su indefinición ante el tema del esclavismo—, pero fue el final de la monarquía. Fue un cambio radical, por lo menos en el aspecto externo.

Había una relativa estabilidad administrativa, pues los cambios de gabinete no siempre tenían una significación. Contaba mucho el cambio de la situación, cuando el dominio de un partido era sustituido por el de otro. Este tipo de cambios fue escaso, en tanto que los de gabinete eran frecuentes. Sin cambiar la situación podía haber dos, tres o cuatro. El cambio no expresaba mucho. El cambio de la situación implicaba una verdadera transformación administrativa, pues se producían los famosos *derribos*. Cambiaban los ministros y los presidentes de las provincias. En los derribos se producía la dimisión de funcionarios, cambio de jueces, con alteraciones en la Justicia, se producían cambios en el área financiera, en el profesorado y demás funcionarios públicos. De la capital a las provincias y a los municipios se producía una conmoción general, debido a las nuevas administraciones. El cambio de situación provocaba inseguridad y temor general, cosa que no ocurría con el de gabinetes.

En cuanto a gabinetes, a lo largo de los 49 años del Segundo Reinado, bajo don Pedro II, hubo 48, lo que da una media de casi uno por año. Si se hace el recuento de los que hubo en el Segundo Reinado, la Regencia y el gobierno del emperador, resulta que hubo 13 en la Regencia, en nueve años, y 35 en 49 años. El gabinete más largo fue el 25, bajo la presidencia de José María da Silva Paranhos, vizconde de Río Branco, que duró cuatro años y tres meses. Don Pedro II comenzó a gobernar con los liberales, un gabinete de casi ocho meses, y terminó también con ellos, en un Gabinete de un año y ocho meses.

La política cambió poco en su esencia a lo largo de las décadas monárquicas. No podía ser de otro modo, pues la sociedad estaba rí-

gidamente estratificada y jerarquizada y era discriminatoria. Defendía el *statu quo*. La razón principal era el esclavismo, base de la vida económica. Era una sociedad con mucho de patriarcal, herencia colonial lejos de ser superada. El orden social y, por consiguiente, la política giraban en torno al terrateniente. En esa figura había algo del patriarca de otras sociedades conocidas en la historia, desde la Antigüedad hasta nuestros días, en las que el jefe o patriarca lo era todo, asumiendo todas las funciones: era el jefe político, decidía quién dirigía, quién podía ser elegido y hasta quién podía ser elector; era el jefe económico, pues las principales iniciativas eran suyas, como la de la gran producción agrícola para el mercado exportador, en el que estaba la clave de la economía. Lo que quedaba fuera de su influencia, como el comerciante urbano, las ciudades o los puertos, los artesanos y los manufactureros, los funcionarios públicos y otros segmentos de lo que podría llamarse clase media, no siempre se escapaba a ella, pues los presidentes de las provincias o los ministros eran sensibles a los jefes locales y acostumbraban a atender sus recomendaciones.

A mediados del siglo, la situación presentaba señales de cambio, como consecuencia del crecimiento y de la urbanización. La progresiva pérdida de la fuerza rural debilitó al patriarcalismo. Ya estaba distante aquel esquema severo de la sociedad en que la familia era una simple proyección de los deseos de mando del jefe o patriarca, como ocurría de hecho en la colonia, en aquel modelo de familia que Capistrano de Abreu sintetizó en la fórmula, «padre taciturno, madre sumisa, hijos aterrados» [3]. La urbanización, la huida del campo, cierta enseñanza y la búsqueda de nuevas actividades llevaron pronto a otra sociedad, desde la base de la familia a expresiones más amplias y complejas.

La política exterior merece una referencia especial. Los interlocutores principales eran los estados americanos, en particular, los de la región platense, Gran Bretaña, Estados Unidos y Francia. La relación con otros países fue menos relevante. Respecto a la independencia, el primer problema fue el reconocimiento, como se ha visto. Había sido una conquista del propio pueblo, pero el gobierno planteó la iniciativa

[3] Abreu, J. C., *Prefácio Visitação do Santo Ofício às partes do Brasil pelo licenciado Heitor Furtado de Mendoça, denunciações de Bahia, 1591-1595*, Série Eduardo Prado, 1925, p. 10.

y quedó debilitado, teniendo que conceder privilegios excesivos. La República de Estados Unidos fue la primera en reconocerla, en 1824, y no impuso condiciones. Portugal exigió concesiones. La reconoció en 1825, gracias a la mediación inglesa. Portugal exigió el pago de 2.000.000 de libras. Gran Bretaña exigió privilegios fiscales y derecho de extraterritorialidad con la actuación aquí de jueces ingleses, que fue una verdadera pérdida de soberanía. Brasil había heredado el Tratado hecho por aquella potencia con Portugal en 1810. Sus cláusulas estuvieron en vigor hasta 1844. Cuando caducó, Brasil no lo renovó, lo que le valió represalias de la primera fuerza del mundo, a través de la ley Aberdeen de 1845, de la que se hablará en otro apartado.

Francia también impuso exigencias, rayanas en la violación de nuestra soberanía, como el trato fiscal preferente y el derecho de tener jueces propios en los casos en que se vieran envueltos ciudadanos franceses. Sus cónsules tenían autoridad para decidir sobre herencias y otros asuntos. El reconocimiento francés, de enero de 1826, fue, curiosamente, un Tratado de Amistad, Navegación y Comercio.

Un dato significativo fue que se trataba de derechos recíprocos, cuando, en la práctica, no había ninguna reciprocidad. Franceses, ingleses y otros tenían cosas que reivindicar aquí, en tanto que Brasil no tenía nada que reivindicar allá, pues no había brasileños residentes en Europa con intereses definidos. La joven nación sufrió exigencias, imposiciones y humillaciones. Pronto consiguió librarse de ellas. Las cuestiones surgidas de las cláusulas de esos tratados de reconocimiento causaron sinsabores, pero no produjeron ninguna ruptura. En la segunda mitad del siglo ya no se produjeron, aunque surgieron otras de diversa naturaleza, sobre todo con Gran Bretaña. En estos tratados se concedieron tarifas muy bajas, del 16 o 15 %. La nación estaba desprotegida en sus intereses. Tan generalizada fue la concesión que el legislativo brasileño votó la ley de 24 de septiembre de 1828, que estableció el 15 % para todas las naciones en la importación de géneros extranjeros. Brasil no comenzaba su existencia protegido, como la República de Estados Unidos.

En el ejercicio de sus atribuciones, la diplomacia se movió hacia dos metas, la seguridad nacional y los intereses económicos, obteniendo más éxito en aquélla que en éstos. Hubo acuerdos con Inglaterra para acabar el tráfico de esclavos africanos, de los que se hablará en su momento.

Hubo otra causa de fricción, el caso Christie, provocado por la arbitrariedad del ministro inglés en Río de Janeiro, William Dougal Christie. Se llegó a la ruptura a causa de pequeños incidentes. Uno fue la carga de una embarcación inglesa naufragada en el litoral de Río Grande del Sur en 1861, que desapareció a causa del pillaje. Aunque las autoridades brasileñas tomaron medidas, la diplomacia inglesa presentó el caso con amenazas. Peor fue el sucedido en la propia ciudad de Río de Janeiro, al año siguiente, cuando dos oficiales de la marina sin uniforme y embriagados no acataron la autoridad policial y fueron detenidos. Aunque fueron liberados pronto, Christie unió los dos episodios y exigió una indemnización en el caso sureño y el castigo de los policías en el segundo incidente, un mero suceso policial.

Ante la negativa del gobierno brasileño, fueron apresados algunos navíos mercantes nacionales. El suceso se explotó en la prensa y conmocionó a la población de la capital. El emperador ordenó el pago de la indemnización, aunque con protestas y exigiendo satisfacción al gobierno inglés por la actuación de su ministro, trasladado inmediatamente. Don Pedro II juzgó insuficiente la satisfacción y se produjo la ruptura entre las dos naciones, con el abandono de sus representantes en los dos países. Sometido el caso a arbitraje, la opinión del rey Leopoldo I de Bélgica fue favorable a Brasil. El gobierno británico se dio cuenta de la futilidad de los hechos y de la insolencia de su ministro, y envió un agente para reanudar las relaciones. Éste se reunió con don Pedro II, que estaba en Uruguayana en 1865 –era la guerra con Paraguay–, y el incidente terminó con la vuelta de los representantes y la armonía entre los dos estados. El llamado caso Christie no tuvo repercusiones en la seguridad ni en los intereses económicos. Fue el resultado del mal comportamiento del poco preparado agente inglés.

En relación con la seguridad estuvieron las principales cuestiones platenses, monótonas y, a veces, peligrosas, como en el período colonial. Entonces fueron resueltas por tratados y, en este momento, por acuerdos, pero a veces con el recurso a las armas. Las cuestiones platenses eran ecos de las disputas entre las Coronas de España y Portugal en sus colonias americanas. Se reprodujeron con vehemencia, provocadas por el deseo argentino de rehacer el virreinato del Plata, uniendo bajo su égida a Paraguay y Uruguay. Gran Bretaña era contraria a la idea, y Brasil también. Hubo una guerra entre Brasil y Argentina a cau-

sa de la Región Oriental en 1826, que terminó en 1828 con el reconocimiento del nuevo Estado, Uruguay, por las dos partes.

La situación política de Uruguay era excesivamente inestable, con choques frecuentes entre las dos fuerzas, los *blancos* y los *colorados*, incentivados, en parte, por Argentina. Esas disputas daban como consecuencia invasiones del territorio del Río Grande del Sur. Los partidos apelaban bien a Argentina o bien a Brasil. Dominaba Argentina el dictador Juan Manuel Rosas, que pensaba en reconstruir el virreinato. Tenía muchos adversarios internos, a los que el caudillo castigaba severamente, y que se refugiaban en Uruguay, aumentando el clima tenso del nuevo país. Las luchas en Argentina produjeron intervenciones inglesas y francesas. Para Brasil era importante asegurar la continuidad de Uruguay y Paraguay.

Su seguridad exigía la libre navegación por los ríos Uruguay y Paraguay, que era una garantía para llegar a la provincia interior de Mato Grosso. Fuerzas brasileñas invadieron Uruguay para limitar las invasiones del Río Grande del Sur. Se hacían acusaciones al caudillo uruguayo Oribe. Brasil contaba con el apoyo de Montevideo y de la provincia argentina de Entrerríos, rebelada contra la política de Rosas. La provincia de Corrientes también se adhirió a un acuerdo de las tres partes con Brasil en 1851, que llevó a la invasión brasileña. Rosas declaró la guerra a Brasil, al que estaban unidas las otras tres partes contra el jefe argentino. Oribe se entregó a Urquiza, gobernador de Entrerríos. La lucha armada volvió a comenzar: Brasil atravesó el río Paraguay y en la célebre batalla de Monte Caseros, de 1852, los aliados vencieron y la dictadura de Rosas fue derrocada. Se formaron allí otros gobiernos bajo la dirección de Urquiza, que contaba con el apoyo de Brasil. Poco después, en 1856, Brasil y Argentina firmaron el Tratado de Amistad, Comercio y Navegación. Uruguay, entretanto, no lograba la estabilidad. Entonces contaba con el apoyo de Paraguay, que lo instigaba contra Brasil. A la ruptura entre Uruguay y Brasil, siguió una nueva entrada brasileña en tierras uruguayas.

Lo peor estaba pendiente de suceder, pues Paraguay se aprestó para una guerra mayor. Brasil y Paraguay vivían en paz desde su independencia, que fue reconocida en primer lugar por Brasil, contra las pretensiones de las Provincias Unidas del Río de la Plata y, después, de la Confederación Argentina. Brasil sólo deseaba libertad para que sus navíos utilizaran el río Paraguay para llegar al Mato Grosso. La historia

de aquel país es extraña. Desde su libertad en 1811, se cerró al contacto con el mundo. Se afirmó allí una autocracia sobre un pueblo pobre y simple, marcado por la severa disciplina impuesta por los jesuitas en su dominio de otros tiempos. El primer jefe, el taciturno José Gaspar Rodríguez Francia, El Supremo, gobernó de 1814 a 1840. El sucesor, Carlos Antonio López, mantuvo el aislamiento y estuvo en el poder de 1840 a 1862, en que fue sucedido por su hijo Francisco Solano López. Éste conoció Inglaterra, se preparó militarmente y armó su ejército, el más grande y mejor equipado de América del Sur. Ante la llamada de políticos uruguayos contrarios al presidente Venancio Flores, Solano López vio venir la ocasión de intervenir en los conflictos sureños. López se creía suficientemente fuerte para enfrentarse a Brasil, contando con la neutralidad de Argentina. Gobernaba en este país Bartolomé Mitre. López no sólo atacó al imperio, sino también a la Confederación Argentina, invadiendo sus territorios en un gesto osado. Apresó navíos brasileños e invadió el Mato Grosso en 1869 y, además, Argentina, insólitamente, en 1865. Se formó entonces, el 1 de mayo de 1865, la Triple Alianza entre Uruguay, Argentina y Brasil.

En 1864 comenzó la guerra, que fue la mayor de las que envolvió a Brasil y a la historia de América del Sur. López preveía un conflicto rápido por su equipamiento superior y sus fuerzas armadas mejor preparadas. Es increíble cómo un país pequeño, con poca población, consiguió formar semejante ejército. Brasil tenía un equipamiento precario y no disponía, en realidad, de un ejército. Tuvo que improvisarlo, formando batallones de gente sin preparación o voluntarios. El reclutamiento era difícil. A primera vista, parecía un choque desigual de tres países –uno pequeño, uno grande y otro muy grande– contra uno pequeño. La causa no sensibilizaba a los brasileños ni a los argentinos ni a los uruguayos. Para el continente y para Europa era una lucha de David contra Goliat. Lo que aconteció fue que David estaba bien armado y era provocador.

El conflicto se arrastró más allá de lo previsto por López. Tuvo un transcurso accidentado. El mando inicial fue del presidente argentino, general Mitre. Después pasó a Brasil, con Caxias y, luego, con el conde d'Eu. Se sucedieron batallas en el río y en tierras brasileñas y paraguayas. Brasil se quedó solo en la lucha, lo que lo desgastaba materialmente. De la defensa ante el invasor, pasó al ataque, invadiendo al agresor en 1866. Paraguay se dio cuenta en seguida de la imposibi-

lidad de la victoria, pero persistió por la obstinación de su jefe, que vio diezmado su ejército. Se produjo la campaña de las cordilleras. La guerra terminó en 1870, con López retrocediendo cada vez más hasta que fue muerto por un soldado brasileño. El país, que se había dejado llevar ilusionado por el sueño de grandeza de su jefe poco sensato, quedó reducido a la mayor miseria. Su población decreció de modo sensible a causa del genocidio, con las finanzas arrasadas y todo el proceso productivo destruido. No había agricultura ni industria, aunque la historiografía anti-brasileña hablase de una poderosa actividad industrial, que habría provocado la envidia y la ambición de los ingleses que querían destruirla por medio de la guerra. A favor del pueblo paraguayo hay que señalar su energía, su heroísmo y su no capitulación cuando vio la causa perdida, lo que pronto se puso de manifiesto.

De hecho, la política nacional en el Plata tuvo mucho de intervencionista, aunque a veces la intervención fuera solicitada, sobre todo, por Uruguay. Mejor sería su ausencia, pues el marco platense era caótico e inestable. Los asuntos internos de Uruguay, con sus dos partidos siempre en lucha, envolvían a Brasil y a Argentina. También Argentina conocía muchas disputas internas, a causa de la enemistad de las provincias respecto a Buenos Aires. El dictador Rosas fue el centro de las disputas. La actuación brasileña se justificaba por las invasiones de su territorio y por la actitud de Rosas, que pensó en tomar partido en la guerra de los harapientos en Río Grande del Sur en 1838.

Brasil también perdió muchos hombres en la guerra. Tuvo sus finanzas afectadas y, lo que fue peor, fue visto con desdén por el continente, ganándose el desprecio de las repúblicas y del imperio. Su participación en la guerra, la más importante, no le procuró ninguna gloria ni ninguna ventaja material, pues no conservó las tierras que había ocupado. Además, la guerra generó crisis internas y marcó el comienzo del declive de la monarquía y de la actuación militar como agente político, lo que hasta entonces no había sucedido.

Respecto a Estados Unidos, las relaciones con Brasil se mantuvieron siempre en un buen estado, con algunos momentos de perturbación. Los diversos ministros de Extranjeros mantuvieron un clima cordial con aquella República. Ésta intervino varias veces en diversas partes de América de modo agresivo e incluso ignominioso. Además de sus guerras con México y problemas con Venezuela, hubo varias invasiones de *marines*, en contra del principio subyacente a la doctrina

Monroe. Tales agresiones se hicieron frecuentes en la última década del XIX y en el presente siglo, en el que alcanzaron su cúspide y se hicieron intolerables, con la política del *big stick*, de la *diplomacia del dólar*.

El principal problema con aquella República fue su deseo de ocupar zonas de la Amazonia. Los Estados Unidos deseaban la libre navegación por el gran río, a lo que se oponía el gobierno brasileño. Éste consideraba que sólo debía hacer convenios con los países ribereños, Venezuela, Colombia, Perú y Bolivia. La actitud brasileña era discutida y discutible, pues se empeñaba —y lo consiguió— en la internacionalización del Río de la Plata y en utilizar los ríos Uruguay y Paraguay, que desembocan en el estuario del Plata, pero que no tienen nacimiento en Brasil, por lo que no podía ser intransigente respecto al río Amazonas. De hecho, la intransigencia sólo se daba con Estados Unidos, pues con los países vecinos hizo los acuerdos necesarios. La diplomacia brasileña fue altiva con la República del Norte, sobre todo, después del ingenioso y falso problema creado por Matthey F. Maury, curiosa figura de estudioso de las corrientes marítimas, considerado como uno de los fundadores de la oceanografía. Según Maury, las tierras inmensas y desiertas de la Amazonia debían ser ocupadas, y las aguas del gran río internacionalizadas. Maury, ligado a la política sureña, pensó en llevar los negros de Estados Unidos a la Amazonia, con lo que poblaría la inmensa región y resolvería los conflictos raciales en su país. La extraña idea llegó a ser asumida por un presidente de la República, aunque no tuvo resonancia por su demencia. No pasó de ser una fantasía de su autor, un científico algo delirante. El gobierno brasileño no podía aceptar el proyecto, pues tenía un alcance peligroso para la seguridad nacional. Por lógica, sin embargo, igual que defendía la internacionalización del Río de la Plata, debía internacionalizar el Amazonas. Lo que fue hecho en diciembre de 1867, depués de rechazar la sugerencia desmedida.

Por lo demás, hubo pequeñas diferencias con la Santa Sede. La Constitución de 1824 establecía el catolicismo como religión oficial. Brasil heredó de Porgugal el régimen de patronato, según el cual correspondía al gobierno presentar los candidatos a los cargos eclesiásticos, origen de pequeñas disputas. La más grave fue la llamada Cuestión Religiosa, cuando dos obispos entraban en conflicto con el gobierno. Habían realizado ataques a la masonería, prohibiendo una

solemnidad religiosa que coincidía con una fiesta de la sociedad secreta, que en Europa era enemiga de la Iglesia y que en Brasil estaba muy extendida y contaba entre sus miembros con políticos e incluso con sacerdotes. El gobierno no aceptó la actitud de los obispos y los procesó, pues eran una especie de funcionarios públicos subordinados al Ministerio de Justicia. Fueron juzgados y condenados a prisión. La cuestión se arrastró desde 1872 a 1875, año en el que, al ser nombrado otro ministerio, los obispos fueron amnistiados. Terminó la cuestión, pero dejó una señal más de la impopularidad de la monarquía, que perdió el apoyo dado hasta entonces por la Iglesia al trono. Los republicanos no dejaron de sacar provecho del caso y del desgaste provocado por él.

Los tratados con países vecinos para la fijación de fronteras habían sido cosa común. Como se dice en el estudio de la política exterior colonial, las líneas del mapa brasileño estaban fijadas, en general, a finales del siglo XVIII. Se lograron algunos aciertos. Muchos, en el Segundo Reinado, y los últimos, en los dos primeros decenios de la República.

El tema principal: la esclavitud

Como no podía dejar de ser, la esclavitud fue el tema fundamental de la historia hasta 1888, a lo largo de la colonia y del imperio. Era la base de la economía, cuyo desarrollo hubiera sido mucho menos sin ella. También tuvo un papel notable en la formación étnica, ya que el país recibió millones de africanos desde mediados del siglo XVI hasta 1854. El esclavo marcó el trabajo y la sociedad, moldeando al hombre, bien por el color, por las técnicas desconocidas aquí, por el modo de ser y los rasgos culturales, como los culinarios, religiosos, lingüísticos, artísticos, en la música y en la danza, o bien por los rasgos psicológicos. Cuando se habla de negro, hay que notar que en su trasplante al Nuevo Mundo cuenta menos su color o sus características étnicas que su condición de esclavo. El agente fue el negro esclavizado, no el hombre procedente de África. Los había de todos los tipos, diversos física o culturalmente, pero, sometidos por la violencia —comprados en sus tierras de origen—, no dan su exacta medida. Como escribió Joaquim Nabuco en 1883, en *El abolicionismo*, «el elemento

malo de la población no fue la raza negra, sino esa raza reducida al cautiverio [4]».

No es fácil, quizás imposible, fijar su número y su participación en la etnia nacional. Con todo, puede proclamarse su decisiva importancia. La presencia del negro fue la principal responsable del amplio mestizaje experimentado aquí. De la relación sexual del negro con el blanco resulta el mulato, tipo brasileño por excelencia. Del negro con el indio, caso más bien raro, resulta el *cafuso*. Del indio con el blanco, el mestizo. Determinar con rigor lo que es cada uno de esos tipos no es siempre fácil. La variedad de etnias hace del país el modelo ideal para estudios antropológicos.

En la configuración del tipo humano contó de modo predominante el blanco, el portugués colonizador durante los 300 años de dominio e, incluso, durante la monarquía. La joven nación recibió a muchos inmigrantes, sobre todo después de 1840, cuando disminuyó la xenofobia y comenzaron a llegar en cifras significativas en el imperio y al comienzo de la república. Además de portugueses, vinieron otros europeos, en particular después de autorizada la inmigración en 1808: españoles, italianos, alemanes y otros en número reducido. La del blanco fue la cultura dominante, la de mayor influencia. Le sigue la del negro por su número y su nivel técnico, superior al del indio. Así pues, el estudio de la esclavitud debe verse bajo tres aspectos: el del trabajo, el de la cultura y el de la etnia. Su conocimiento, sin embargo, era escaso hasta hace poco. No se hablaba del negro, pues la esclavitud era útil, pero se ocultaba, en parte, por diversos aspectos. El dueño de esclavos tenía la mala conciencia de su explotación.

Se formó, pues, una sociedad dicotómica, de señores y esclavos, que ha sido objeto de estudios de antropólogos e historiadores. El principal estudio, aunque susceptible de muchos reparos por cierto idealismo, está en la obra del sociólogo Gilberto Freyre: *Casa grande e senzala*, de 1933, y *Sobrados e mucambos*, de 1936, además de otros muchos libros del mismo autor y de sus discípulos. Después, en una línea rigurosa, hubo investigaciones de otros, fruto de los conocimientos de las ciencias sociales, se incrementaron desde 1931, con la reforma universitaria realizada entonces, cuyos resultados más significativos co-

[4] Nabuco, J., *O abolicionismo*, 4.ª ed., Petrópolis, Editora Vozes, 1977, p. 139.

menzaron a aparecer en la década de los 50. Contribuyó también el interés de la UNESCO por los estudios de relaciones entre los pueblos.

Es un trabajo realizado en varios puntos del país, en el que ocupa un lugar destacado la Universidad de São Paulo. Se abandonó la idea de democracia racial acuñada por Gilberto Freyre y aumentó el análisis de la confrontación y de la discriminación, de la que el negro es víctima todavía en nuestros días. Recuérdese también lo mucho publicado con motivo del centenario del final del estatuto de esclavitud en 1989. Hasta el siglo pasado, el negro era un tema que se evitaba. Apareció en la literatura y en estudios bien hechos, pero en pequeña medida. El romanticismo reflejado por los intelectuales del siglo XIX hacía del indio un tema suyo, mitificándolo en personajes de la poesía y de los romances, sin apenas tener en cuenta al negro.

El análisis del africano en la sociedad debe comenzar por la consideración de su origen. Estaban muy diversificados. Algunos tenían un buen nivel técnico, como los sudaneses del norte de África con influencia islámica –los guineano-sudaneses islamizados–, que se localizaron, sobre todo, en Bahía y en el litoral del nordeste. Los más comunes, sin embargo, eran los bantúes de Angola y Congo, que podían encontrarse en el nordeste, en Río de Janeiro y en Minas Gerais. Hablar de sudaneses y de bantúes es una simplificación excesiva, pues entre ellos había muchas diferencias. Entre los primeros estaban los mandingas y los nagoes; entre los segundos, los congoleños, cabindas, benguelas y angoleños. Venían a trabajar en las actividades agrarias de la caña y de la producción de azúcar y de otros productos, así como en la minería. Venían a las haciendas de azúcar y café de las provincias de Río de Janeiro y de São Paulo.

Ya antes de la independencia se agudizó el debate con los ingleses a causa del tráfico de esclavos. La vieja nación, que lo había practicado con intensidad, se convirtió en el siglo XIX en la campeona del abolicismo. Estaba movida menos por sentido filantrópico que por la defensa de sus intereses. No admitía la competencia de naciones fundamentadas en el trabajo de los esclavos. En el Tratado de 1810 entre Portugal e Inglaterra se previó el final de la esclavitud. Para el reconocimiento de su independencia en 1826, Brasil e Inglaterra acordaron finalizar el tráfico en 1830. Una ley de 1831 declaró libres a los esclavos desembarcados aquí. Eran medidas inviables, pues la economía se

basaba en la esclavitud. De ahí surgieron los conflictos diplomáticos con Inglaterra. Había acuerdo en cuanto a la independencia, pero discordaban en cuanto al régimen de trabajo. De 1845 es el famoso *bill* Aberdeen, en el que Inglaterra se atribuye el derecho de apresar a todos los navíos sospechosos de transportar carga humana. Era una medida arbitraria, contraria al derecho internacional. Ciertamente, la medida tuvo el efecto de acelerar el proceso. El famoso *bill* fue la respuesta inglesa a la negación brasileña de renovar el Tratado vencido en 1844, que contenía los privilegios fiscales y otros.

A partir de entonces, entraron más esclavos, debido a la sospecha de que el tráfico tenía los días contados. El número de los traídos variaba mucho. En la segunda década del siglo, hubo años con cerca de 56.000, número que se redujo posteriormente, y que volvió a alcanzar los 50.000 en la década de los 40, sobre todo, después del *bill*. Hubo un gran debate en el Legislativo sobre el proyecto de extinción de la traída de negros. La nación sufría humillaciones constantes, ya que sus navíos eran interceptados casi en la costa. Se imponía el final. De la discusión, resultó la ley de 1850, conocida como Eusebio de Queiroz, nombre del ministro más empeñado en su aprobación. Posteriormente, entraron pocos africanos. La ley fue fundamental no sólo en política, sino también en economía, pues exigió al pequeño capital disponible tomar otros rumbos. No pudiendo ser invertido en el comercio negrero, el más rentable, fue aplicado a actividades industriales u obras públicas, como ferrocarriles, mejora de puertos y otras actividades, en la brillante década de los cincuenta.

La marcha de la campaña anti-esclavista creció considerablemente. La guerra del Paraguay, de 1864 a 1870, avivó el problema, con la crítica al uso de esclavos en las filas del ejército. Como el reclutamiento era difícil, los propietarios sustituyeron a sus hijos esclavos, su mayor bien después de la tierra. El imperio ya era criticado en el mundo americano y mal visto por las repúblicas vecinas, que tuvieron en ello otro motivo de desprecio. En realidad, en ellas contaba poco la esclavitud negra, que era fuerte sólo en Cuba. En la misma década de la guerra del Paraguay, tuvo lugar en Estados Unidos, entre 1861 y 1865, la Guerra de Secesión entre los estados del norte y los del sur. Aquéllos estaban en contra y éstos eran defensores del estatuto de esclavitud.

Acabada la campaña de Paraguay, creció la ola favorable a la abolición. Don Pedro II suscitó el debate cuando, en el Discurso del Tro-

no de 1867, propuso el tema, ya discutido en el Consejo de Estado, en el que el jurista José Antonio Pimenta Bueno había redactado cinco proyectos en 1866, a petición del emperador. El debate en la Cámara y en el Senado fue vivísimo y de él resultó la ley llamada del Vientre Libre, que declaró libres a todos los hijos de esclavas a partir del 28 de septiembre de 1871, fecha de la ley. La ley contenía medidas sobre la crianza de menores, llamados ingenuos, hasta los ocho años, y sobre el posible uso de sus servicios hasta los 21 años, así como sobre manumisión anual de esclavos, con fondos para financiar la medida, mediante sorteo entre los posibles beneficiarios. El gobierno del vizconde de Río Branco fue el más largo y uno de los más activos. La ley le pareció a muchos el final de la esclavitud, pues sin entrada de negros y sin más nacimiento de esclavos, su final era inevitable.

El movimiento de propaganda había crecido y había periódicos y sociedades abolicionistas. Al trono llegaron peticiones de políticos e intelectuales de prestigio del extranjero. Don Pedro II era muy sensible a pronunciamientos de ese tipo, sobre todo, si provenían de escritores eminentes. Algunos de los principales políticos eran apasionados abolicionistas. Entre ellos, hay que recordar al periodista, escritor y diputado Joaquim Nabuco, que dirigió con éxito la campaña, con artículos en diarios y discursos en la Cámara y en las elecciones, con vigor y brillantez. Fue importante el libro *O abolicionismo*, de 1883, uno de los más notables de su obra y que contenían un profundo análisis del sistema. La lucha abolicionista fue la primera de cuño popular y de masas, que sacudió a una sociedad amorfa y poco esforzada.

Los esclavistas demoraron la decisión todo lo que pudieron y se puso en práctica por fases. Después del final del tráfico y la libertad de los que habían de nacer, vino la libertad para los viejos. De 1871 a 1882, los gabinetes ministeriales no pensaron prácticamente en la esclavitud. En 1882 volvió el debate. El gobierno había quedado insensible ante la cuestión con la ley del Vientre Libre, como si con ella se hubiese resuelto todo. En 1882 se planteó el deseo de un aumento del fondo de emancipación, que era un impuesto sobre la venta de esclavos, y el final del comercio interprovincial de cautivos, que tenía entonces cierta intensidad. Las provincias del sur iban a buscarlos al nordeste. También se debatió largamente la ley de 1885, por la que se liberó a los mayores de 65 años. Fue conocida como la ley Saraiva-Cotegipe, por los nombres del ministro que la abordó en la fase deci-

siva y del que la vio aprobada. De hecho, la nueva ley demoraba una vez más el estatuto, con recurso común entre los políticos.

Entonces la campaña se hizo avasalladora. Se formaron sociedades abolicionistas en todos los puntos. Ciertas provincias, comenzando por Ceará y Amazonas, llegaron a suprimir el estatuto. Era un problema nacional que pasó a tener soluciones regionales. Un apoyo importante fue el del Club Militar, que declaró que era degradante para los soldados perseguir esclavos fugitivos. La abolición se consideraba segura; sólo se esperaba la hora. El proyecto de abolición fue ardientemente discutido y aprobabo el día 13 de mayo de 1888, fecha esencial en la historia del país. Brasil fue el último estado americano en hacerlo. La mayor parte lo había hecho en los años iniciales. Cuba, la colonia española de mayor población negra, suprimió el sistema en 1879, aunque los esclavos tuvieron que trabajar hasta 1888. La ley de 1886 puso fin al patronato, que subyugaba todavía a 30.000 ex esclavos. El rey estaba fuera y su hija, la princesa Isabel, era la regente. Ella firmó la ley ante un enorme júbilo popular. Puede decirse que la abolición fue obra de la rebeldía del negro y del empeño de la sociedad, de la nación en su conjunto, más que de sus dirigentes.

El país contaba con 723.000 esclavos, la mayor parte –192.000– en Minas Gerais. Su elevado número a finales de siglo pone de manifiesto la persistencia del sistema en el país. Los ex esclavos tuvieron serias dificultades. Algunos continuaron en el mundo rural y otros vinieron a las ciudades, produciéndose situaciones difíciles para ellos y los demás ciudadanos, ya que no estaban preparados para las actividades urbanas. La culpa fue de la ley, no de ellos, como es claro, pues no atendió al caso de modo global. La abolición debería haber sido completada por una reforma agraria, que configurara la democracia rural, pedida por André Rebouzas y Joaquim Nabuco, medida que no se tomó. Los propietarios no recibieron indemnización y los esclavos no obtuvieron ninguna ayuda. Éstos fueron abandonados a su propia suerte, en tanto que el gobierno comenzó a dar tierras y otras ayudas a los inmigrantes, con una política incoherente.

Terminó la esclavitud y la monarquía resultó afectada en sus bases, debido a la retirada del apoyo de los grandes propietarios, que no se conformaron con el final del sistema sin recibir una indemnización. Denunciaron la falta de respeto a la propiedad, fundamento del orden social y político del Brasil llamado liberal. La ley fue conocida como

Ley Áurea y se temió, como consecuencia de ella, el descenso de la producción agrícola. No se produjo esto, pues el principal centro productor de café era São Paulo, que ya estaba preparado para la eventualidad con trabajadores inmigrantes. La vieja provincia de Río de Janeiro, de conservadurismo arraigado y menos visión política, no se preparó y fue afectada.

La economía no sufrió el descenso tan anunciado pues, de acuerdo con la enseñanza de los economistas, si la esclavitud era una fórmula económica para un problema económico, con el tiempo acabó por ser antieconómica. El trabajo del esclavo impedía el del hombre libre y no incentivaba el progreso tecnológico.

La abolición no dañó a la producción agrícola, como temían los señores, pero afectó profundamente al trono. La monarquía perdió el apoyo de los latifundistas, que eran un factor decisivo en la política. El gabinete que refrendó la ley firmada por la princesa Isabel estaba presidido por João Alfredo Correa de Oliveira y fue sustituido el 7 de junio de 1889 por otro liberal, presidido por el vizconde de Ouro Preto. Fue para hacer frente a la terrible crisis política, agravada por la Ley Áurea. Era tarde para evitar la avalancha republicana. La monarquía fue derribada poco más de cuatro meses después. Caía el único trono del continente; América pasó a ser, toda ella, republicana.

Movimiento republicano

La caída de la monarquía en 1889 no fue una sorpresa. Brasil tenía una tradición republicana natural. Como en el continente no hubo monarquías, Brasil era visto como una excepción, con sospechas e incluso hostilidad. En los movimientos contestatarios de la colonia y en la conjuración de Minas de 1788, la república se preveía como inevitable, pues la monarquía necesita una tradición, casa reinante y otras cosas ausentes del país. Sólo se explica, como se ha recordado más de una vez, por la venida de la familia real portuguesa en 1808. De ahí la singularidad de la independencia brasileña y la creación de un estado monárquico en 1822, el único consistente de América. Duró 67 años.

Durante ese período hubo contestaciones con la predicación del ideal republicano, que apareció en algunas luchas armadas, no en todas. Estuvo presente en la Sabinada y en la de los Harapientos. Los

diarios hicieron propaganda republicana, ya que la Constitución era liberal y don Pedro II muy tolerante. Los desacuerdos entre los partidos liberal y conservador y la acusación de que el emperador ejercía un poder personal culminaron en la más espectacular caída de gobierno, la de 1868, en plena guerra de Paraguay. Muchos liberales descontentos aceptaron su sustitución, ya que el sistema no tenía otras posibilidades de funcionamiento. Éstos se unieron a los republicanos tradicionales y crearon el Partido Republicano en 1870, que lanzó un manifiesto en cuya conclusión se decía: «Somos de América y queremos ser americanos. Nuestra forma de gobierno no es en su esencia y en su práctica antinómica y hostil al derecho y a los intereses de los Estados americanos». El año 1870 fue el de la caída del Segundo Imperio francés, lo que reforzó la idea antimonárquica. La República se hizo en 1889, primer centenario de la Revolución Francesa. Fue, sin duda, una mera coincidencia, que pudo provocar alguna iniciativa, pues las fechas tienen cierta eficacia natural.

La década señaló la decadencia del régimen vigente. Los militares llegados de los campos de Paraguay querían participar en la vida pública, de la cual estaban distantes. Don Pedro II no los veía con buenos ojos. Era un hombre medio que tenía, entre otros prejuicios, el anticlerical y el antimilitar. En su opinión, los religiosos debían ser maestros de escuela y los militares empleados en la construcción de obras públicas. Los militares venían de la guerra con cierta arrogancia y mesianismo, características comunes entre ellos no sólo en Brasil, sino en todo el mundo. Los partidos tenían entre sus líderes a militares notables. Los conservadores tenían a Caxias y los liberales a Osorio. Las cuestiones entre el gobierno y los militares comenzaron a crecer en la década siguiente, contribuyendo a debilitar el trono.

Recuérdense otros factores que actuaban en esa dirección. Al comienzo de los años 70 se produjo el choque entre el gobierno y la Iglesia, la llamada Cuestión Religiosa, a la cual se hizo referencia en el apartado de la vida política.

A esa conmoción en un segmento social tan significativo siguieron otras. Se hicieron comunes los conflictos entre los militares y el trono, las llamadas Cuestiones Militares. Eran pequeños incidentes, cada uno de los cuales era insignificante por sí mismo. La insubordinación de ciertos militares a órdenes de los ministros, entrevistas en la prensa con censuras o desafíos a los superiores, quiebra de la jerarquía,

eran todas ellas actividades prohibidas a los militares, que ignoraban los reglamentos o las leyes, lo que en su conjunto revelaba un peligroso estado de hostilidad. Los conflictos se sucedieron de 1883 a 1889.

Disminuyó el apoyo de la Iglesia y también el de los militares, de modo más incisivo incluso. Además, en la Escuela Militar dominaban las doctrinas positivistas, que consideraban al régimen como sospechoso y que tenían inclinaciones republicanas. La enseñanza en la Escuela giró cada vez más en torno a cuestiones políticas y no sobre las técnicas. Se instauró el militarismo, común en las repúblicas vecinas. El militarismo cambió el régimen en 1889, con una actuación creciente en el gobierno, como se verá en la parte siguiente. Al final del imperio, comenzó el conflicto entre soldados y civiles. El positivismo quería la dictadura republicana. Era una originalidad brasileña, ya que en Europa los positivistas no se llevaban bien con las fuerzas armadas, a pesar del acento autoritario de Augusto Comte. El ídolo de la Escuela Militar era el profesor Benjamín Constant Botelho de Magalhães, un positivista. La falta de entendimiento siguió creciendo y culminó en un fiesta en la Escuela Militar, en octubre de 1889, en homenaje a los marinos de un crucero chileno que estaba en Río de Janeiro. En el homenaje habló Benjamín Constant, que empleó palabras en defensa del ejército, críticas a ministros y veladas censuras al trono.

La situación tendía a la ruptura. Había muchos problemas. El Ejército era casi republicano y la Marina, monárquica. Las disensiones entre soldados constestatarios de diversa graduación y civiles tuvieron eco en la Cámara y en el Senado. Éste también era escenario de luchas, como se vio en los debates entre los senadores Cotegipe, jefe conservador, y Pelotas, militar y senador activo, que defendió en el pleno las causas y eventuales insubordinaciones de colegas de la milicia. La situación era peligrosa y anunciaba la República, que había de ser creada, sobre todo, por militares mediante un golpe de estado. De hecho, el 15 de noviembre, a primera vista, se celebraba una parada militar. Es importante ver en esos conflictos algo más que desacuerdos con autoridades gubernamentales. Era la emergencia de un nuevo grupo político, distinto al sector que actuaba hasta entonces, constituido principalmente por hacenderos. Fue una de las expresiones del surgimiento de la clase media como fuerza.

Otra pérdida de apoyo decisivo resultó de la abolición del estatuto de esclavitud sin indemnización a los propietarios, que eran, cierta-

mente, el elemento político de más peso y a los que disgustaba el orden dominante, pasando a ser indiferentes u hostiles y a aumentar las filas republicanas. La monarquía ya no merecía confianza, pues no había respetado la propiedad y había despreciado la tierra de los latifundistas, al quitarles la mano de obra casi gratuita.

Antes de producirse la campaña republicana, ya se había producido la campaña federalista. El sentido unitario de la Constitución de 1824 mereció críticas desde su otorgamiento. Como se ha recordado, la única reforma del texto fue el Acta Adicional, que fue una tímida tentativa de descentralización, que no tuvo éxito y que fue reformada en 1840. Políticos y periodistas chocaron en torno al tema centralización-descentralización, que fue un debate constante en Brasil desde el siglo XVI. Fue el punto de apoyo del pensamiento político del XVIII. Uno de los grandes teóricos sobre ese tema fue el vizconde de Uruguay, conservador y autor de dos libros importantes en defensa de la unidad, sólo posible con la centralización. Esos dos libros son *Ensayo sobre Derecho Administrativo*, de 1862, y *Estudios prácticos sobre la administración de las Provincias*, de 1865. El exponente de la doctrina descentralizadora fue el joven político Tavares Bastos, que editó en 1870 el libro *La Provincia*. Apasionado del federalismo de la República de Estados Unidos, quería verlo en la práctica en Brasil. Denunciaba la hipertrofia del centro y la atrofia de las provincias y quería privilegios para las unidades político-administrativas para que se desarrollaran las provincias, inválidas en su opinión, a causa del centralismo excesivo y deformante.

La campaña federalista adquirió cuerpo y se vio como una solución para la pobreza nacional y para las dificultades administrativas de una nación inmensa y con peculiaridades regionales acentuadas. Al principio, el federalismo tuvo defensores entre los políticos, los periodistas y los escritores radicales y, poco después, llegó a los moderados. Adquirió vigor en la última década, en los años 80. Joaquim Nabuco, monárquico, pidió la federación. Rui Barbosa quería la federación, con monarquía o sin ella. El propio gobierno pensó en adoptar el federalismo. Un político y escritor liberal moderado, Alfonso Celso de Asís Figueiredo, futuro vizconde de Ouro Preto, publicó en 1883 un libro titulado *Reforma administrativa y municipal*, abogando por cierta descentralización, la administrativa, sin que afectara a la unidad política. Curiosamente, en el último gobierno el vizconde adoptó una nue-

va política financiera, que daba poder de emisión a los bancos regionales. Era poco para el momento.

Los positivistas estaban a favor del federalismo, eran descentralizadores, fieles a la doctrina de Augusto Comte, que era un apologista de las regiones, las llamadas pequeñas patrias, realidad, como se sabe, muy viva en Francia. El ideal federalista animó las revueltas en la Regencia, tan significativas en el país, como se demostró en la llamada «experiencia republicana» entre 1831 y 1840. En varios manifiestos de los partidos políticos esta doctrina tenía una presencia constante y fuerte.

Otro dato que hay que tener en cuenta es el hecho de que don Pedro II estaba prematuramente envejecido y agotado. Flotaba el sentimiento general de que con él se extinguiría el sistema. El Tercer Reinado era imposible, no tanto por la princesa Isabel como por la impopularidad de su marido, el conde d'Eu.

Reinaba, pues, un clima propicio para la caída del trono y la instauración de otro régimen, solicitado en la prensa y en las tribunas. La representación parlamentaria de los republicanos era muy reducida. A pesar de la libertad de propaganda, los republicanos elegidos para las Asambleas Legislativas Provinciales o para la Cámara eran muy pocos. Los primeros fueron elegidos en 1884. En 1888 y 1889 la conspiración adquirió vigor. Había muchos diarios y 237 clubes de propaganda en el país. Los militares eran los más activos. Se estructuraron y dieron el golpe de estado del día 15 de noviembre de 1889, final de la monarquía y comienzo de la República. El gobierno dimitió y don Pedro aceptó la dimisión y pensó en sustituirlo por otro. Era tarde, pues el mariscal Deodoro, líder del movimiento, ya estaba firmando los primeros documentos de la nueva situación, con la sustitución de la forma republicana federativa. El emperador y su familia fueron desterrados y marcharon a Europa, donde don Pedro II murió dos años después.

La participación popular fue escasa, menor que en la independencia, a pesar de que el país estaba en el final del siglo y tenía otra fisonomía. Estaba más urbanizado, con una población de cerca de 14.000.000 de habitantes y con capas sociales diversificadas. La agricultura era todavía la actividad económica predominante, pero ya había una industria de cierta importancia. Fue muy importante la superación del esclavismo y la implantación del trabajo libre asalariado. Con la

nueva forma de producción se consiguió el marco para el establecimiento del capitalismo, débil hasta entonces. De hecho, el 13 de mayo de 1888 fue más importante que el 15 de noviembre de 1889, del que el primero fue el principal factor influyente. El juicio de Sergio Buarque de Holanda es certero: «1888 representa la línea divisoria entre dos épocas. En nuestra evolución nacional, esa fecha tiene un significado singular e incomparable [5]».

El pueblo contempló con indiferencia, sin embargo, lo que ocurría en los círculos superiores de la actividad política. Incluso entre estos últimos no había un programa, una visión unitaria. Estaban los militares, elementos decisivos, los políticos y los positivistas. Entre los políticos, había algunos republicanos tradicionales y otros que se sumaron en el último instante. De estos últimos, el mejor ejemplo fue Rui Barbosa, que se convirtió en el gran modelador del sistema, situado en contra de la política imperial de los últimos meses, pero que se hizo adepto a la República unos días antes de la citada fecha de 1888. El pueblo, si había soñado con la República en la colonia y en el imperio, recibió sin entusiasmo al nuevo régimen. Fue aceptado sin protestas, aunque luego las hubo en el último decenio del siglo.

Al fin, Brasil se integró en el sistema continental y se identificó con las demás naciones. Aunque faltase el entusiasmo popular, podía verse una situación nueva, que despertaba esperanza, pues la monarquía era considerada obscurantista, sin cabida en el mundo y menos en un país joven. Su ejercicio a lo largo de un dilatado período no había creado la idea de acatamiento a la autoridad, existente en las grandes monarquías que pasaron al siglo siguiente, como se ve en las existentes todavía hoy, algunas de las cuales están en países con gran desarrollo y ejemplares en justicia social. Modernas e incluso avanzadas.

Noticia económica

El café fue la base económica de todo el imperio en medida creciente. Su cultivo alcanzó un volumen extraordinario, de forma que

[5] Holanda, S. B. de, *Raízes do Brasil*, 18 ed., Río de Janeiro, Livraria José Olímpio, 1986, p. 41.

constituyó una de las mayores empresas agrícolas del mundo, convirtiendo el país en suministrador casi exclusivo del mercado internacional. El eje económico, que antes había estado en el noroeste, se estableció en el centro-sur. Era una fuente de relativa consistencia. Esta riqueza no era apoyada adecuadamente, lo que revelaba la falta de criterio de la administración. Vino del norte a Río de Janeiro y se extendió sin dificultad, debido a la abundancia de tierras y de esclavos. A pesar de ser un país agrícola, no tuvo Ministerio de Agricultura hasta 1860. El cultivo tuvo importancia en la economía a partir de los años 30. Comenzó en el valle del Paraíba, en el sur de Minas, y llegó a São Paulo, donde avanzó a lo largo del río y hacia otras direcciones. La planta anega el suelo y exige muchos cuidados. El proceso fue merado desde el cultivo hasta el embalaje. El avance se notó sobre todo en las nuevas tierras. Las del valle del Paraíba, fundamentadas en la esclavitud, quedaron en posición desventajosa, en tanto se abrieron otros frentes y surgieron nuevos núcleos bajo el signo del inmigrante y hombre libre. Era el momento de São Paulo, cuyo impulso decisivo tuvo comienzo en 1870.

Además del café, hay que citar la caña, cuyo origen está en el comienzo de la colonización. La caña y el azúcar tuvieron una historia poco destacada durante el imperio por la competencia de otros países y de otros productos. Era una actividad agroindustrial, que se realizaba en pequeñas fábricas o en ingenios de vapor. En la década de los 70 se crearon los ingenios centrales, un nuevo avance, a pesar de la resistencia a las innovaciones. Así se llegó a la fábrica de tecnología avanzada, organización moderna y trabajadores libres. Recuérdense otros cultivos como el tabaco, el cacao y el algodón, así como los fundamentales de consumo alimenticio, como la mandioca y el maíz. El algodón continuaba siendo cultivado. La prosperidad coincidió con la crisis de la economía norteamericana, como en la década de los 60, cuando la Guerra de Secesión afectó a los estados productores. El nuevo producto llegó a São Paulo. Fue un cultivo practicado por pequeños hacendados, pues los grandes se concentraban en el café. Acabada la crisis, no cayó la producción por el aumento de las fábricas de tejidos.

En cuanto a la industria, el período presenta cierto interés. Era una actividad de desarrollo lento, frenado por varios factores. Los dueños del capital preferían la agricultura por la falta de riesgo en los pro-

ductos. Faltaba una mentalidad asociativa y empresarial y el gobierno no ayudaba, ya que estaba constituido por gente ligada a la tierra. Dominaba entonces la idea de la división del trabajo: unas naciones tenían que ser agrícolas y otras, industriales. No se tenía en cuenta la disparidad de precios de los productos de unas y otras, en los que salían perdiendo los agrícolas. Otra idea común era la de no intervención del estado, debido a la concepción liberal, como ocurría con las tarifas. Los incentivos y consiguiente impulso dados de 1808 a 1821, cuando estuvo aquí la Corte portuguesa, desaparecieron.

El primer factor que favoreció a la industria fue la ley de prohibición del tráfico de esclavos, de 1850. Liberó al pequeño capital, empleado en el lucrativo negocio de esclavitud. Tuvo que encontrar otra aplicación, lo que ayudó a desarrollar el gusto por las asociaciones, generador de muchas empresas, con participación del esquivo capitalismo nativo. La gran figura fue Ireneo Evangelista de Sousa, más tarde barón y vizconde de Mauá. Tuvo iniciativas de todo tipo. Su acción se extendió por todo Brasil, además de particiones bancarias en Montevideo, Buenos Aires, Nueva York, Londres y París. Era el símbolo de la euforia del momento, la era Mauá, en la que el país se lanzó a aventuras económicas y financieras como si fuese Inglaterra o Estados Unidos. Era el gran empresario, figura rara todavía en el Brasil de hoy y fenómeno extraordinario entonces. Su historia fue la de un hombre moderno en un medio apocado. No temía la iniciativa industrial. Acabó en la ruina por motivos secundarios.

El empresario adquirió conciencia de sus derechos y creó en 1880 la Asociación Industrial para luchar en defensa de sus intereses, con un ideal nacionalista y proteccionista. Ya había algunas fábricas, dedicadas a producir calzados, sombreros, hilo, alimentos, lozas, productos químicos y textiles. El sector mineral progresó poco. Las iniciativas osadas del tiempo de don João no tuvieron éxito. Después, se generalizó la explotación del oro de mina, casi siempre con capital inglés. El hierro continuó siendo extraído con métodos rudimentarios. Al final del período, aparecieron fábricas de alguna importancia, fruto de la Escuela de Minas, creada en 1875 en Ouro Preto. Fue el momento principal de una conciencia tecnológica, con enseñanza de nivel superior. Anteriormente, sólo había las escuelas de artes y oficios o de agricultura, que atraían poco y a las que sólo acudían algunos pobres. En ello se ponían de manifiesto los prejuicios contra las actividades mecánicas o

manuales, que estigmatizaban todo trabajo no intelectual, como consecuencia del trabajo de los esclavos.

En síntesis, la década de los 50 inició el impulso, pero luego se paralizó y al final de la monarquía fue relanzado. A la implantación de la industria ayudaron la estabilidad institucional del país, la política de tarifas, a veces, proteccionista, las dificultades para pagar las importaciones, la crisis de los cambios que encarecieron los productos extranjeros, la ley de abolición del tráfico que liberó capitales, la aparición ocasional de empresarios como Mauá, el desempleo y el planteamiento del ideal nacionalista. Estos factores ayudaron a la industria y otros la estorbaron, como la supervivencia del orden agrario, la defensa de las importaciones, el liberalismo económico, la pequeña dimensión del mercado, la falta de ingresos de la mayoría y la escasa circulación del dinero y la dependencia de la economía exterior, que, a veces, imponía la política que había que seguir. Factores significativos fueron la existencia de la esclavitud hasta 1888 y la venida de inmigrantes.

El trabajo de los esclavos fue fundamental, pero también hay que destacar el de los inmigrantes. Aunque Brasil no es un caso típico de gran presencia de extranjeros, su influencia fue enorme. Existió ya en el período colonial, aunque la entrada estaba prohibida. La inmigración comenzó con la venida de la Corte y la experiencia de suizos en Nova Friburgo, que dio escasos resultados, así como las siguientes con alemanes del sur. El flujo creció poco a poco hasta 1830, en que empezó a declinar por la inestabilidad de la Regencia. Según Manuel Júnior, experto en el asunto, el primer período llegó hasta 1850, en el que habían entrado 21.599 extranjeros. El segundo está enmarcado por la ley de tráfico y la de abolición, 1850-1888. Lo explican factores de peso. Desde 1848, los gobiernos provinciales tenían derecho a establecer colonias; la ley de tierras, de 1850, tuvo efectos favorables; la extensión del abolicionismo, que tuvo como consecuencia el final de la esclavitud. Se hizo común como alternativa la idea del inmigrante. Se multiplicaron las colonias, sobre todo, en el sur, en São Paulo, en Río de Janeiro y en Espíritu Santo. Al principio, las cifras no son grandes hasta que en la última década del imperio se alcanzaron cifras grandes. En ese período, habían entrado 882.175 [6].

[6] Diegues, J. M., *Imigração, urbanização, industrialização*, Río de Janeiro, Centro Brasileiro de Pesquisas Educacionais, 1964, pp. 32, 38, 49.

Tan importante como el número fue su formación cualitativa. Era una población con otros conocimientos y con nuevas y mejores técnicas agrícolas. Contribuyó a la mecanización de la mano de obra, a la elevación del trabajo artesanal, manufacturado e industrial. Así ocurrió en la fabricación de productos alimenticios, bebidas y cigarros, como también en las herrerías, fundiciones, carpinterías y curtidos. Además de marcar el proceso productivo, contribuyó a la organización social, con la división entre latifundio y pequeña propiedad. Esa población se instaló en núcleos rurales o en las ciudades.

Hubo problemas, pues el orden esclavista era un obstáculo para la inmigración y explica episodios como las revueltas de colonos, por la tendencia de los propietarios de tierras a tratarlos como esclavos. Era difícil, o incluso imposible, la coexistencia de las dos formas, pues una excluía a la otra. La policía de las ciudades europeas, para librarse de los marginados los encaminaba a las empresas brasileñas que buscaban personal en Europa. Esas empresas no fueron organizadas con honradez. Tenían relaciones con seleccionadores poco dignos, que hacían propaganda de la nueva tierra con promesas de imposible cumplimiento. Después, se situaba a los inmigrantes en zonas de climas adversos sin preparación y sin asistencia. Por ello, los gobiernos europeos tomaron medidas contra Brasil, como la prohibición en Prusia en 1859 de emigrar a São Paulo, que se extendió a todo el territorio en 1871. También Inglaterra y Francia tomaron medidas en 1875 y 1876, respectivamente, como Italia en 1881 y 1888. Brasil estaba mal visto y los emigrantes preferían otras tierras. Brasil fue objeto de interés después de la promulgación de la Ley Áurea. Entre los inmigrantes destacaban los italianos. Los portugueses vinieron en poca cantidad hasta 1850. Después, empezaron a venir en gran número. También vinieron españoles y alemanes, que, como los italianos, influyeron en la agricultura, con nuevos productos y métodos, o en las manufacturas, cuyo nivel elevaron. En menor medida, vinieron norteamericanos, como consecuencia de la Guerra de Secesión, y franceses. Los ingleses, en pequeño número, tuvieron una gran influencia, pues era gerentes, funcionarios de bancos, de ferrocarriles y de industrias, cuyos capitales eran de origen británico. Introdujeron hábitos y estilos, que fueron imitados pronto. También vinieron turcos, judíos y de otras naciones.

La vida económica fue objeto de muchas leyes especiales. Una de ellas, fue el Código de Comercio, con distintos proyectos desde 1809.

La Regencia, en 1833, volvió a pensar en ello y preparó un proyecto, que se tramitó lentamente. Fue sancionado por el emperador el 2 de mayo de 1850. Más importante fue la reglamentación de las tierras. La ley portuguesa de 1375 había establecido los sexmos como forma de regular la propiedad y su uso. Las leyes se multiplicaron en el período portugués y después de la independencia, hasta que se hizo la ley número 601, de 18 de septiembre de 1850, la Ley de las Tierras. No alteró la distribución vigente, pero a partir de esa fecha, sólo pudieron obtenerse por compra las tierras no cultivadas. Fue hecha para delimitar las tierras libres y regular su venta, pero el objeto principal era facilitar la inmigración. Lo más importante quedaba por hacer: la justa distribución entre todos los habitantes. Otras muchas leyes fueron hechas en el Imperio y en la República. Venían exigidas por el final de la esclavitud. El problema continuó ocupando la atención de los legisladores para encontrar una solución satisfactoria.

CUARTA PARTE

LA REPÚBLICA (1889-1964)

Cronología del régimen

La historia de la República viene siendo en los últimos años la más cultivada. Hasta hace algún tiempo ni se la consideraba, ya que se alegaba que del presente no se hace historia. A la idea se le ha dado la vuelta y ahora se tiende al error opuesto, hacer la historia actual o hipertrofiarla. Contribuyen al interés por este período no sólo las afirmaciones en favor de lo contemporáneo, sino también la intensa dedicación a temas brasileños por científicos sociales del país o de otros, los llamados «brasileñistas», que se dedican más a lo reciente que a épocas pasadas. Se dedican intensamente a la historia brasileña otros científicos sociales –sociólogos, economistas, científicos políticos...– que se interesan, sobre todo, por el día de hoy o por el pasado más próximo. Se cultiva más la historia de la República que la de la monarquía o la de la colonia. Si antes había dificultad por su escasez, hoy la hay por el exceso de producción.

El primer problema a tratar en la historia de la República es la necesidad de una cronología. De modo esquemático, puede hablarse de dos grandes fases. La Primera República o República Antigua y la Nueva República, con el año 1930 como punto de referencia, es decir, 1889/1930, 1930/1964. Este esquema es demasiado simplista, si nos sirve es, sobre todo, por su funcionalidad, ya que lo señalado es demasiado pobre. Es mejor adoptar una fórmula menos sencilla. Así, se tiene: 1) de 1889 a 1894, la República de los Mariscales; 2) de 1894 a 1930, desde la vuelta al poder de las oligarquías hasta el comienzo de la ruptura, es decir, de 1922 a la llamada revolución de 1930; 3) de 1930 a

1937, que supuso un gran giro, con el gobierno de Vargas, primero como dictadura, y después como presidente constitucional, con la extensión de las ideologías de derecha a izquierda; 4) de 1937 a 1945, el Nuevo Estado, con el corporativismo de Vargas; 5) de 1945 a 1964.

El período puede ser subdividido de la siguiente manera: 1) de 1945 a 1954, con el intervalo presidencial de 1946 a 1950, concluido con la vuelta de Vargas a la presidencia, en este caso, por elección; 2) de 1955 a 1964, con la llamada «Era J.K.», de 1965 a 1961, que se completó con una fase de inestabilidad y la crisis de 1961 a 1964, tiempo en el que la jefatura del estado se condujo con inseguridad y que terminó con el golpe militar de 1964, que depuso al gobierno e instauró otro orden, llamado por los militares la revolución regeneradora.

Este esquema está inspirado en los estudios de varios autores y es interesante y polémico. Ha sido adaptado con bastante libertad. Ni siquiera como simple noticia se avanzará hasta los días actuales, debido al riesgo que origina su proximidad, que no permite una visión serena.

I

LA REPÚBLICA ANTIGUA

Primer acto

La adopción de la República se tenía como un hecho cierto. Sólo se esperaba a que la monarquía acabase con don Pedro II. No era mayor, contaba con poco más de 60 años, pero tenía aspecto de anciano, precozmente abatido. El golpe de su caída no fue una sorpresa. Hacía algún tiempo que se trabajaba en favor de un nuevo régimen. El Partido Republicano actuaba a través de periódicos y clubes, pero sin despertar el entusiasmo de la campaña abolicionista. Como se ha visto, varios factores debilitaron al trono, haciendo inevitable su caída. El 15 de noviembre hubo un desfile, que reunió a militares y políticos, muchos de los cuales eran recién llegados. En la generación más joven había esperanza de algo nuevo. Otros, en tanto, temían las prácticas políticas de las repúblicas vecinas, con sus pronunciamientos y el caudillismo del continente. Éstos se basaban en el orden imperial como opuesto al desorden y a la inestabilidad característicos de las naciones del entorno. Esta idea se encontraba incluso entre ellas mismas, en los Estados Unidos y en Europa. La República no se esperaba tan pronto, pero no sorprendió, pues tenía raíces en el país por lo menos desde el siglo XVII y, por otra parte, la monarquía había sido una consecuencia de la historia europea. Brasil se integró bien en la comunidad americana.

En la propia noche del 15 de noviembre se constituyó el primer Gobierno Provisional, bajo la jefatura del mariscal Deodoro da Fonseca. En el gobierno había políticos, militares y positivistas; destacó inmediatamente el jurista Rui Barbosa, redactor de las primeras leyes, como la adopción del sistema republicano federal (Decreto n.° 1). Las

antiguas provincias pasaron a ser estados. Hubo una ligera reacción, sin mayores consecuencias, que se prolongó entre algunos intelectuales a lo largo de la última década del siglo. Se produjeron algunas acciones y la edición de unas pocas obras de combate. En el primer momento hubo una ola de tentativas para anular el pasado, con el cambio de nombres que recordaban a los de la monarquía. Fueron hechos sin importancia. Se cambió el diseño de la bandera: se mantuvieron los colores, pero en la parte central, donde antes estaban las armas imperiales, se puso una esfera estrellada, con una banda con el lema «Orden y Progreso», de inspiración positivista. Los extranjeros que vivían aquí y que no se opusieron al nuevo régimen fueron considerados como brasileños. Fue la Gran Naturalización. Se estableció una rigurosa censura de imprenta.

El nuevo régimen comenzó con el fervor legislativo típico de los jóvenes, a lo que contribuyó la presencia en el gobierno de Rui Barbosa, culto y eficiente jurista. Había ministros del Interior y de Justicia, pero Rui, ministro de Hacienda, fue el que constituyó formalmente la República. Además, no dejó de lado el empeño de reformar la sociedad y de dar una nueva estructura a la economía. Fue un ministro activo y lúcido, realizó grandes cambios financieros, exigidos no sólo por el ideal federalista, sino también por la sustitución del trabajo esclavo por libre, que necesitaba capitales para atender a los pagos. Profundizó la reforma financiera del último gobierno imperial, iniciativa del vizconde de Ouro Preto. El aumento de las partidas presupuestarias asustaba a la opinión pública, que estaba acostumbrada a la prudencia y que temía nuevas emisiones, gastos e inversiones, ya que estaba anclada en lo tradicional, es decir, el equilibrio presupuestario. Su reforma afectó a los colegas del gobierno. Su obra más importante la desarrolló en el Ministerio de Hacienda, pero no tuvo continuidad, pues Rui estuvo en el gobierno un año y dos meses. Era un político que procedía del imperio y tuvo una enorme actuación en la República hasta su muerte, en 1923, pero sólo en el Legislativo. Su único cargo en el Ejecutivo fue el ministerio citado. De su pluma salió casi toda la legislación inicial, como la forma de gobierno, la separación de Estado e Iglesia, la libertad de culto, el registro y matrimonio civil y la secularización de los cementerios.

El gobierno tenía algunas incoherencias. El positivista Benjamín Constant no podía permanecer en el Ministerio de la Guerra, hacia el

cual no tenía inclinación. Fue nombrado para otro, de breve existencia, el de Instrucción Pública, Correos y Telégrafos. En el primer año se realizaron cambios que culminaron con la crisis de enero de 1891, en que inició el gobierno formado Deodoro. Como ya había sufrido algunas alteraciones, en realidad, llegó hasta el final de la primera fase del presidente provisional. A pesar de encontrarse al comienzo del nuevo régimen, el mariscal se impacientó y nombró a personajes antirepublicanos, como el barón de Lucena, abanderado de los históricos, de los fieles del antiguo régimen. Fue el comienzo del fin del viejo militar, que no iba a permanecer mucho tiempo. Realizó lo más importante que fue la constitucionalidad del régimen.

Constitución de 1891

Al comienzo del nuevo orden, de 3 de diciembre de 1889 fue creado un grupo especial para que redactara el anteproyecto de la Constitución. La constituían cinco miembros, republicanos históricos. El trabajo lo entregaron el día 24 de mayo. El texto fue discutido por el gobierno, con la importante intervención de Rui Barbosa, que le dio la forma federal y presidencialista. El Gobierno Provisional aprobó el proyecto y convocó la Asamblea Constituyente, que debía ser elegida el 15 de septiembre y empezar sus sesiones el 15 de noviembre. Había 205 diputados y 63 senadores. La mayor representación era la de Minas Gerais, con 37 autoridades, São Paulo y Bahía tenían 22. La mayoría eran abogados, seguidos por los médicos y los ingenieros. Había también 40 militares, hecho comprensible por la presencia del grupo en la deposición de la monarquía. Se discutió mucho entre liberales y conservadores, exaltados, radicales y positivistas, aunque no se distanciaron del proyecto inicial.

La cuestión básica era el federalismo, que tendía bien al predominio de la Unión, bien al de los estados, defendido por los unionistas o federalistas. Los unionistas, liderados por el ministro Rui Barbosa, salieron victoriosos. El estilo estaba próximo al del imperio, marcado por el sentido unitario. El modelo era el norteamericano, pero los estudiosos señalaron la gran diferencia entre en el caso brasileño y el estadounidense. El imperio era centralista, partiendo de lo unitario hacia la descentralización, en tanto que la República del Norte partió de la



Figura 7. Palácio do Catete, Río de Janeiro. Fue construido por el barón de Nova Friburgo. Desde 1897 fue residencia de los presidentes de la República hasta 1960, cuando la capital se trasladó a Brasilia. (Fotografía de la colección del Archivo Nacional).

descentralización hacia la unidad de entidades que abdicaron de sus prerrogativas en favor del centro. Es una diferencia que caracteriza fuertemente los dos casos, que se distinguen, de este modo, desde su origen. La atribución de competencias y recursos exacerbó los ánimos, sobre todo, en lo que se refería a las rentas, las de la Unión y las de los estados. La fórmula triunfante miró más al poder central que a los estados. En cuanto al pretendido derecho de los estados a tener legislación propia, no les fue negado, pero no se admitió que pudiesen legislar en materias básicas, sistema legal, civil, comercial y criminal.

Venció la tesis de que legislara el Congreso Nacional. Como es sabido, en los Estados Unidos hay enormes diferencias entre las leyes de los diversos estados. Recuérdense los ejemplos sobre la esclavitud, el divorcio o los episodios derivados de la Ley Seca, que prohibía el alcohol, ninguno de los cuales era posible en Brasil. Se adoptó un federalismo mitigado no un federalismo sin trabas, como pedían los positivistas que representaban a Río Grande del Sur.

Otro tema fundamental fue el presidencialismo. Fue el régimen común en la República, que fue adoptado a la manera del de los Estados Unidos. La idea parlamentarista no tuvo cabida. El poder Ejecutivo era desempeñado por el presidente, elegido por voto directo para un período de cuatro años. El debate entre parlamentarismo y presidencialismo continuó, con proyectos que han llegado hasta nuestros días. Sólo hubo un corto período en el que se adoptó la forma equivocada, como se dio en 1961. Era un documento simple y la constitución fue promulgada el 24 de febrero de 1891.

Su puesta en práctica no fue simple. Ya al principio, la renuncia de Deodoro creó problemas en relación con la toma de posesión del vicepresidente, Floriano Peixoto, que fue bastante cuestionada. Hubo luchas sangrientas e intervenciones en algunos estados. También fue difícil el encauzamiento económico, sobre todo, en relación con la minería, por no distinguir entre propietario del suelo y del subsuelo, lo que hizo inviable un Código de Minas, que sólo pudo ser hecho con otra Constitución, como se verá más adelante. El federalismo fue distorsionado en la práctica, sobre todo, después de 1898, como se ha demostrado al analizar la política del presidente Campos Sales. Se habló más de una vez de la reforma del texto, pero la idea siempre fue rechazada. Hubo una reforma en 1926. El documento de 1891 duró hasta 1930, en que un movimiento armado derribó al gobierno e intentó establecer otro orden. El trabajo de la Constituyente de 1890/1991 estuvo vigente casi durante 40 años.

Los mariscales

Deodoro fue presidente del Gobierno Provisional. Una vez hecha la Constitución fue elegido presidente de la República. Hubo mucha oposición a su nombramiento, ya que se prefería a un civil, lo que no

se consiguió por la amenaza de golpe militar. Lo grave fue que la elección del nuevo vicepresidente, también un mariscal, determinó lo que habría de ocurrir en el futuro. El vicepresidente elegido, Floriano Peixoto, no era compañero de candidatura de Deodoro, y no fue elegido por mayoría de votos de los parlamentarios. Además, se conocía la personalidad del otro jefe militar y que había cierta indisposición entre ellos. Los mandatos debían terminar en 1894. La Constituyente se convirtió en el Congreso Nacional. Era sensible la oposición a Deodoro, que era poco flexible. Con motivo de la crisis ministerial de enero, nombró otro gobierno, en el cual pontificaba el varón de Lucena incluso antes de ser promulgada la Constitución. Juzgándose disminuido por las críticas de los parlamentarios, el presidente disolvió el Congreso, en un acto que tuvo pésimas consecuencias y que lo llevó a renunciar. El primer presidente imitó dos veces a don Pedro I, en la disolución del Congreso y en la renuncia al cargo. Eran hombres de mínima tolerancia y sin la indispensable flexibilidad. Deodoro renunció y abandonó la vida pública. Murió poco después, ya anciano.

Se impuso pasar el gobierno al vicepresidente, Floriano Peixoto. Le negaron el derecho, alegando que no había llegado a la mitad del mandato, de modo que se imponía una nueva elección. La respuesta fue la legitimidad de la situación, por ser el primero, elegido en condiciones especiales de voto indirecto. Fue un caso jurídico que se resolvió por la firme voluntad de la nueva autoridad. Con la disolución del Congreso por Deodoro, éste contó con el apoyo de los gobiernos de todos los estados, menos el de Pará. Contra el violento acto presidencial se rebeló la escuadra en Río de Janeiro, el 23 de noviembre de 1891. Ante la amenaza de guerra civil, Deodoro renunció. Floriano revocó desde el poder la disolución del Congreso y trató de sustituir a los presidentes de los estados que habían apoyado aquel acto. Como consecuencia, fueron modificados los gobiernos de varios estados. Se produjo un clima de intranquilidad y se reveló la madera de líder de Floriano, que se enfrentó con vigor a cualquier tipo de oposición.

Era un hombre fuerte y cometió arbitrariedades, como en su relación con el Tribunal Supremo Federal. Estableció pronto una mística del poder nacionalista, lo que le valió adhesiones totales y animosidades también totales. Floriano fue el primer jefe populista en la vida brasileña. Persiguió de manera implacable a sus enemigos o a quien le ponía cualquier reparo. Rui Barbosa tuvo que exiliarse en Argentina,

en Portugal y en Inglaterra, a causa de sus artículos en diarios o de sus discursos. A varios periodistas y algunos hombres importantes de las letras les fue prohibida la manifestación de sus ideas y fueron desterrados a territorios lejanos dentro del país. Se convirtió en el ídolo de algunos y en el demonio de otros. Su personalidad —se le conocía como la Esfinge o el Mariscal de Hierro— fue puesta a prueba en dos grandes luchas, de lo más sangrientas, como ser verá más adelante, venció en ambas. Parecía inaugurar una época nacional.

Cierta historiografía de sello populista lo valora tal vez excesivamente. De hecho, fue el primer hombre carismático de la República. Su sentido nacionalista, que lo llevaba a la defensa intransigente de la seguridad o a la construcción de un país fuerte y económicamente emancipado, a través de la industria, era la esencia de la reforma económico-financiera del ministro Rui Barbosa. Con ello se pretendía superar las antiguas limitaciones, pero, en realidad, sólo eran provechosas para la agricultura y sus escasos explotadores, que habían utilizado a los esclavos y utilizaron después al trabajador rural, sin beneficios para las capas medias o desfavorecidas de la población. Todo este programa atribuido a Floriano tenía algo de abstracto, pues no hay palabras suyas que lo confirmen. Surgió así el presidente carismático, popular, abierto hacia un nuevo Brasil, lo que constituye una tesis que debe ser probada.

Cuando acabó su gobierno, una de las revueltas estaba dominada y la otra lo sería poco después. Floriano se olvidó de la sucesión y la hicieron los políticos, elegiendo presidente al paulista Prudente de Morais, cuyo nombre se había barajado para el cargo cuando fue elegido Deodoro. En realidad, la política fue casi un azar en la vida de los dos mariscales. Eran viejos, fatigados, y sin mayor gusto por el ejercicio del poder, del que se apartaron con discreción. Estos dos militares no habían nacido para gobernar y lo hicieron de modo casual, pero en el caso de Floriano, con mucha pasión.

La revuelta y la revolución

El primer movimiento de la Armada tuvo lugar el 23 de marzo de 1891 contra la disolución del Contreso realizada por Deodoro. Ésta no tuvo un gran significado, pero hubo otra que sí lo tuvo. Lo grave fue

que la segunda comenzó en septiembre de 1893, cuando ya se arrastraba la lucha en Río Grande del Sur desde febrero de ese año. Era la llamada Revolución Federalista. La revuelta de la Armada asustó a Río de Janeiro, pues tuvo lugar ante la ciudad, cuya población se sentía amenazada por los bombardeos, tanto los de los navíos sobre la ciudad, como los de las fortalezas sobre los buques que ponían en peligro a los habitantes.

En la bahía había muchos navíos de varias nacionalidades, ingleses, norteamericanos, portugueses... Sus jefes se aprestaron a la defensa de sus conciudadanos y de la misma ciudad, amenazando con intervenir. No llegaron a hacerlo, debido a un acuerdo entre las diversas partes. La rebelión fue encabezada por el contraalmirante Custodio José de Melo. Floriano resistió y persiguió implacablemente a los insubordinados. La protesta creció con la adhesión de la Escuela Naval, decidida por su director contraalmirante Saldanha de Gama. Éste intentó ocupar Niteroi, pero no tuvo éxito. Si los jefes de la escuadra hubiesen bombardeado Río de Janeiro en cuanto comenzó la revuelta, podrían haber vencido. No lo hicieron por temor a causar muchas víctimas y perdieron la batalla inicial. Las maniobras continuaban en la bahía y Floriano pagó a otra escuadra para que combatiera a la que se había levantado. Con la llegada de aquélla, el comandante rebelde se retiró con sus marineros a dos navíos portugueses. La lucha acabó en marzo de 1894. La importante fuerza naval se dirigió al sur y se incorporó a la lucha que allí mantenían los soldados desde febrero de 1893.

El ejército federal no se quedó en Río Grande del Sur sino que invadió el estado de Santa Catalina, cuya capital (llamada entonces Desterro) era foco de otras luchas. Caminó hasta Paraná, cuya capital, Curitiba, era la sede de otro gobierno rebelde. El plan era llegar a São Paulo, pero el intento se malogró. Forzado a retirarse a Río Grande del Sur, desaparecieron los focos de Paraná y Santa Catalina. La lucha adquirió entonces caracteres de ferocidad ya que los legalistas no evitaron al adversario y se produjeron fusilamientos y muertes incontables. Gran parte de las mejores fuerzas sureñas, legalistas, federalistas o maragatos, fue diezmada. Los brasileños más dipuestos a luchar y con mejor preparación eran los del extremo del país por su condición de frontera y por sus choques permanentes con los pueblos vecinos en las disputas fronterizas.

Cuando Floriano pasó el poder a su sucesor, todavía se producían combates. La paz se estableció en 1895, después de la invasión de rebeldes federales con apoyo de la marina. La batalla de Campo dos Osorios, en junio, experimentó una larga serie de episodios, siniestros a veces, en los que se alternaban el ataque y la defensa y en los que hubo una crueldad excesiva. La revuelta federalista fue un signo sangriento del comienzo de la República y dejó muchas heridas en Río Grande del Sur, confiriendo a su historia rasgos de epopeya, bravura y violencia que no conoció el resto del país. La energía de Floriano en la represión le valió el título de consolidador de la República.

Quizás cometió excesos, pero era el comienzo del régimen y había temor a una restauración monárquica. Aunque no había posibilidad de volver al antiguo orden, se le añoraba, sobre todo, en la Marina, siempre apegada a la Corona y con una actitud de reserva ante el ejército. Es un error ver en todo el transcurso de los episodios de la Armada y de la federalista el rastro del monarquismo. No lo había, sobre todo, en los campos del sur, en los que habitaban millares de hombres, simples peones y hacendados. Al mayor número lo animaban las pretensiones de la política local, muy acentuadas en su deseo de mando, que perseguían con tenacidad e incluso con ferocidad, como se vio en la Guerra de los Harapientos, de 1835 a 1845, la más larga de la Regencia. En el caso de la revuelta de 1893 a 1895 muchos pensaban que podía conducir a una lucha más generalizada que pusiera en peligro la seguridad nacional. De ahí, el temor que inspiró y los excesos que cometieron los responsables.

La vuelta de las oligarquías (1894-1922)

El gobierno de los mariscales fue una interrupción del dominio incostestado del grupo detentador del poder desde la independencia. De 1889 a 1894, en particular, de 1892 a 1894, el país pareció vivir de un modo algo diferente, bajo el mando de Floriano. Fue, sin embargo, una experiencia de corta duración. Con el nuevo presidente electo, un civil paulista, el antiguo grupo retomó el mando. No fue, es claro, el mismo de antes, pues el país tenía otra fisonomía y diversos problemas como consecuencia más de la introducción del trabajo libre que del régimen político.

La novedad de los primeros momentos republicanos no podía durar. El brote industrial desencadenado por la política de Rui Barbosa fue más artificial que real. El emisionismo y las facilidades para la creación de empresas se transformaron en operaciones más especulativas que de inversiones reales. Tuvieron el mérito de sacudir el marasmo económico y superar el recelo hacia las iniciativas que intentaban superar el orden agrario, pero tuvieron el efecto nefasto de desacreditar todavía más las innovaciones económicas que se habían impuesto. El plan del ministro de Hacienda era complejo y no fue mantenido, ya que el ministro permaneció poco tiempo al frente del departamento. Por otro lado, la presencia del militar como jefe político jacobino duró poco más de dos años. Como el gobierno estuvo marcado por las luchas, dos de las cuales fueron de extrema violencia, el militar se desgastó.

No hubo discusión en la sucesión y Prudente de Morais fue elegido tranquilamente y tomó posesión. La República reencontró el clima de relativa paz propio del imperio, como un gobierno que no era representación viva de la sociedad. La población repartida entre las ciudades y el campo era en su mayoría analfabeta, pobre y desasistida, sin salud y sin escuelas, marginada de los procesos sociales. Por otra parte, había un reducido grupo que obtenía sus rentas en el comercio exportador, los ricos. Les correspondía, en gran medida, ocupar los puestos políticos decisorios. Por eso, puede hablarse de cierto divorcio entre gobierno y sociedad. A partir de ese momento, la política fue sacudida cada cuatro años por las disputas originadas por la sucesión en la presidencia. Los hombres que llegaban al puesto supremo eran, en general, decididos, tenían sentido de la autoridad y la ejercían. Algunos eran brillantes por su formación intelectual o por su deseo de emprender realizaciones administrativas, de forma que no pasaban por el cargo sin dejar huella. Algunos eran mediocres y su actividad se reducía a garantizar el funcionamiento del poder.

No vamos a hacer una historia de la República por cuatrienios, ya que sería dar una visión estrecha de los sucesos sociales o de la trayectoria política, pero recordaremos los episodios más destacados y buscaremos la estructura profunda de la sociedad, siempre dinámica, de la que, a veces, queda enmascarada su verdadera naturaleza o sentido. Al historiador le corresponde detectar los elementos significativos que, frecuentemente, escapan a ojos poco atentos. Elegido el nuevo presi-

dente, de acuerdo con la ley, hubo una fase que se extendió de 1894 a 1922 –podría extenderse hasta 1930–, en la que el país continuó creciendo, obtuvo recursos con el café y, durante algún tiempo, con el caucho, intensificó la diversificación en la agricultura con el algodón, el cacao, el tabaco y el mate. En la producción mineral no hubo nada importante que destacar.

Fue también importante la diversificación en la sociedad. Anteriormente, estaba polarizada entre esclavos y señores, de forma que quedaba poco para las capas medias que, en este momento, empezaron a tener perspectivas. La inmigración, que adquirió un fuerte impulso en esta época, alteró la sociedad, debido a las influencias de los extranjeros que trajeron de sus países experiencias originales. También trajeron la ideología revolucionaria, que encontró un campo propicio para la expansión debido al crecimiento del proletariado. Brasil tenía una dinámica limitada, pero, como toda sociedad, no se detenía nunca. Cambió en las cuatro primeras décadas del régimen, aunque, aparentemente, permaneciese casi igual.

Durante el segundo cuatrienio civil, dirigido por Campos Sales, también paulista, de 1898 a 1902, se impuso el esquema llamado por él la «política de los estados» que, correctamente, debería llamarse «política de los gobernadores».

«Política de los gobernadores» y coronelismo

Fue una constante de la política nacional el consenso. Para la defensa de sus intereses, los grupos dominantes se pusieron siempre de acuerdo, evitando rupturas, de modo que se perpetuaban en el poder. Tenían pequeñas diferencias, ya que como pertenecían al mismo grupo o clase, y tenían origen idéntico, perseguían iguales objetivos, no había motivo para divergencias profundas. En los primeros años de la nación libre, por ejemplo, casi todos eran esclavistas. Hubo partidarios de la descentralización y republicanos ya en los primeros tiempos e, incluso, radicales del socialismo utópico. La gran mayoría, entretanto, sólo pensaba en la moda. Se produjo cierta divergencia entre los partidos, en concreto, entre liberales y conservadores en la cuarta década del XIX. Los desacuerdos, sin embargo, eran superficiales y se referían principalmente a la ocupación de cargos, ministros, presidentes de provincias,

senadores, diputados y funcionarios de alto nivel. En cuanto a los problemas de éstos, que ponían en juego la estructura, estaban de acuerdo en lo sustancial.

Consenso era una palabra frecuente y llegó, incluso, a erigirse en programa cuando se consiguió el final de las disputas en los años 50. Además, como la política la hacía el emperador, los que desempeñaban el poder tenían la certeza de no ocuparlo durante mucho tiempo, pues don Pedro II recelaba de los partidos, consciente de la precariedad de las elecciones. Corregía así de modo patriarcal los vicios del sistema. En el último decenio imperial la situación cambió un poco con el agravamiento de las posiciones a causa de la certeza del próximo fin de la esclavitud. Un problema básico, la propiedad de la mano de obra, explicaba la exacerbación de las posiciones, que culminó en el derribo de la monarquía.

En los primeros cuatro años de la República hubo una situación de miedo, como se ha estudiado en la parte anterior. Duró poco y el viejo orden se impuso de nuevo, incluso, con más rigor. Prudente de Morais no se entregó al principio a ese trabajo porque tenía otras cuestiones que resolver: la revuelta federalista terminó en 1895. No tardó en surgir la más seria de todas las cuestiones mesiánicas, el caso de Canudos. Le tocó a Prudente completar la obra de Floriano, consolidando de una vez por todas la República, que alcanzó el carácter de soberana en 1898. El deseado consenso se realizó completamente en el gobierno de Campo Sales, iniciado ese año. El presidente, antes de tomar posesión, hizo un viaje a Europa para regular la situación financiera, un tanto perturbada por las inversiones, emisiones, y sobre todo, la especulación, que se realizaron de forma contraria a la tradición. De acuerdo con los banqueros internacionales, llevó a cabo un severo programa de reducción de la inflación con un rígido patrón de economía ortodoxa: reducción de gastos, inversión mínima y obsesión por el equilibrio presupuestario. Una vez reorganizada la vida económica financiera, se entregó a las tareas políticas.

Se puso como ideal y ejecutó la «política de los estados», más conocida como «política de los gobernadores». De acuerdo con ésta, se realizó un acuerdo entre el gobierno federal y los de los estados. El presidente de la República estableció acuerdos con los presidentes de los estados con el fin de obtener un apoyo total a todos sus actos. Los presidentes pasaron a llamarse interventores o gobernadores después del

año 30 para distinguirlos del título supremo. Los presidentes de los estados tenían que apoyar al de la República, así como encargarse de que los senadores y diputados obedecieran sus órdenes. Entonces había casi unanimidad entre el Ejecutivo y la representación parlamentaria de cada unidad federal, pues prácticamente había un solo partido. A cambio de ese apoyo, que garantizaba al gobierno libertad de acción, el presidente de la República apoyaba la política de los estados, lo que significaba, sobre todo, el apoyo al nombramiento de los funcionarios hecho a partir de las indicaciones de los jefes regionales. De este modo, gente de total confianza del presidente del estado era elegida para la justicia, policía, enseñanza y demás actividades públicas. El presidente del estado, a su vez, se ponía de acuerdo con los jefes municipales utilizando el mismo método: apoyo sin restricciones a cambio de favores.

Se conseguía así una trama perfecta en la que todos se mantenían en la cresta de la ola, sin posibles ceses, a no ser por las eventuales e inevitables disputas. Se llegó de este modo a una forma ideal de consenso, que lo era, en realidad, sólo entre los establecidos en el poder, un acuerdo basado no en prórrogas o en ideas, sino en el continuismo, una transacción, un negocio. Eran acuerdos hechos por las cúpulas del poder, que evidentemente excluían al pueblo. Se hacía incluso contra el pueblo para mantenerlo sumiso. Si se ejecutaba con éxito, sin notas disonantes, significaba la permanencia, la estabilidad y una estructura cerrada. Impidió la dimensión continental del país, en detrimento de la población, la diversificación de las actividades económicas, y produjo fatales desacuerdos por motivos personales, cuando más de una persona quería el mismo cargo. El esquema de Campo Sales dio resultados relativamente buenos para los que lo habían diseñado.

Cuando había efervescencia política, en las sucesiones, cada cuatro años, los acuerdos se renovaban. Así, hubo tres presidentes paulistas consecutivos, de 1894 a 1906, año en el que lo ocupó un personaje de Minas. Minas tenía el mayor contigente electoral, pero São Paulo tenía el poder económico. Se llegó al acuerdo de que la presidencia debían desempeñarla paulistas o mineros. Ese acuerdo se bautizó con el nombre de «café con leche» haciendo referencia a que São Paulo era el gran productor de café y Minas Gerais, el de leche. Como en todo acuerdo, podía sobrevenir lo inesperado. Alfonso Pena, el primer presidente minero, murió en el poder. El vicepresidente era de Río de Janeiro, ya que se admitía que el vicepresidente fuese de otro estado. En-

tonces asumió la presidencia el mariscal Hermes de Fonseca, nacido en Río Grande del Sur. No influyó en este caso el motivo regional. Acabado el mandato del mariscal, se volvió al esquema anterior. De 1914 a 1918 hubo un presidente minero, al que sucedió un paulista. Como este último murió antes de tomar posesión, asumió la presidencia un minero. Tuvieron que celebrarse elecciones, pues el elegido no había cumplido la mitad del mandato como exigía la ley. La sorpresa creó una crisis. El mundo sabía de una guerra, y, una vez más, la presidencia escapaba del eje Minas-São Paulo. Fue elegido candidato un político de Paraíba, lo que significaba que iba a ser votado, debido a la manipulación del proceso electoral. Terminado este gobierno, se volvió al esquema anterior, con la elección en 1922 de un minero y, después, de un representante político de São Paulo. Con él se cerró la República antigua, a causa de otra crisis sucesoria que llevó a la revolución de 1930, como se verá más adelante.

La política de los gobernantes representaba una distorsión del federalismo, que ponía de manifiesto el vicio esencial de la República Antigua. En virtud de la estructura federal, todos los estados tenían la misma importancia, aunque, en realidad, los había de primera clase (de los que salían presidentes de la República, São Paulo y Minas), de segunda (de los que salían vicepresidentes o ministros), de tercera (de los que salían autoridades menos importantes), e incluso de cuarta clase, de los que no salían autoridades y que servían para situar en ellos a senadores y diputados amigos. Contra esos vicios o extorsiones se habían manifestado algunos políticos, periodistas y escritores, con palabras candentes, que denunciaban la degeneración y las insanas prácticas de la vida pública. La acumulación de esas críticas y quejas culminó en 1922, año en que comenzó la ruptura, como veremos más adelante.

El corolario normal de la política de los gobernantes fue el coronelismo característico de la República Antigua. Venía de antes, ciertamente, pero alcanzó entonces su máxima expresión y permaneció, parcialmente, después de 1930, pero cada vez más debilitado, no siendo ya apropiado el uso del término. Con la política de Campos Sales se alcanzó el máximo de consenso con los estados. Fue el momento de la plenitud del coronelismo. Se había originado en el propio concepto de Federación. Con la descentralización que ésta provocó, las unidades político-administrativas adquirieron vigor. Los gobiernos de los estados establecían acuerdos con los de los municipios y el jefe de la política

local adquiría gran importancia. Así se produjo el auge del coronelismo y, por las mismas razones, comenzó su declinar, pues el mando ya no era absoluto, sino que procedía de un acuerdo tácito con alguna autoridad superior.

El término, común en la lengua erudita y en la popular, venía de un grado de la carrera militar. Cuando el país se emancipó el ejército era débil y el gobierno contrató mercenarios, como se ha visto en las luchas internas de la independencia. En el Primer Reinado se multiplicaron los desórdenes urbanos provocados por los mercenarios, que en las ciudades se entregaban a prácticas condenables, ya que estaban ociosos y sin paga. Al principio de la Regencia, en 1831, el gobierno creó la Guardia Nacional, que utilizó a particulares, civiles, para las tareas de policía. El mando lo tenían los hacendados, propietarios de tierras, que utilizaban a sus empleados para formar los grupos militares o paramilitares. Al jefe se le daba el nombre de coronel, ya que carecía de formación y no era doctor. Como coronel se conocía al ciudadano del interior que detentaba algún poder. La Guardia Nacional, llamada «milicia ciudadana», fue un poderoso instrumento político de los propietarios. Alcanzó su plenitud durante las guerras del sur, en 1851 y 1852 y durante la guerra de Paraguay. Después, perdió importancia, pero continuó con su uniforme, títulos y emblemas, hasta que perdió significado y fue suprimida. El nombre del coronel continúa siendo empleado para designar al jefe local en los municipios, villas o distritos.

Era el jefe político y el representante de la oligarquía. Normalmente era el propietario de las tierras, pero también podía ser comerciante, industrial, el sacerdote o el médico, aunque el verdaderamente importante era el primero de los citados. La figura del coronel era la expresión de una sociedad pobre, de una amplia masa de desposeídos que no merecían el nombre de ciudadanos. Hubo oligarquías fuertes y duraderas en diferentes puntos, en las que el poder pasaba de padres a hijos, de generación en generación, dentro de un sistema de gran eficacia. Conculcaban las leyes y, a veces, dominaban el poder público. El coronelismo era la máxima expresión de lo privado y conducía a excesos en el mando, confundiendo poder político y económico. El presidente de la República se apoyaba en los presidentes de los estados y éstos en los jefes de las diversas unidades que los componían, lo que fortalecía la importancia de estos jefes. Puede decirse, de modo simpli-

ficado, que el coronelismo era el poder ejercitado por alguien a quien se le reconocía autoridad. El sistema se basaba en el intercambio de favores: el ciudadano corriente apoyaba al coronel y éste le protegía. Como las autoridades públicas (agentes de justicia, delegados de policía, recaudadores de impuestos, profesores y sacerdotes de la Iglesia) vivían en la proximidad del coronel, se convertían en los ejecutores de sus órdenes o deseos.

Los científicos sociales han estudiado ampliamente el tema. En sus análisis se pone de manifiesto que no había, de hecho, una abdicación de lo público en favor de lo privado. Había compromiso entre lo uno y lo otro. La necesidad de contar con la aprobación del estado exigía compromisos, por lo que lo privado tenía que ponerse de acuerdo con lo público. Era una relación natural, incluso obvia. En el período estudiado, el coronelismo tenía unas características bien determinadas que no deben ser confundidas con otras nociones de coronelismo, que pueden encontrarse después de 1930, cuando se impuso el abuso de poder o clientelismo, como era el caso del coronelismo que ejercían los comerciantes y otros agentes sociales urbanos. Lo que hemos intentado aquí es describir, de manera esquemática, su estructura y funcionamiento, que es difícil de explicar a la luz de las teorías recientes, que no pueden aplicársele.

Canudos y otras contestaciones

La política de los gobernantes y los acuerdos de las cúpulas no significaban que el país viviese en perfecto orden, aceptando todo lo que se hacía. La República comenzó con dos serias revueltas, y a lo largo de su primera década tuvieron lugar muchas contestaciones. Una de ellas, de gran significado, fue el movimento mesiánico de Canudos, de 1897 a 1899. Se ha apuntado su carácter monárquico, pero es más exacto entenderlo como protesta política, una explotación social de la pobreza y el atraso. Antonio Conselheiro, su líder, no fue el primero ni sería el último. La población pobre, privada de todo, se sublimaba en creencias religiosas a la espera del Reino de Dios. Periódicamente, en el interior del país surgían predicadores de la nueva palabra, que condenaban las depravadas costumbres, la falta de fe, y anunciaban su castigo y la venida del Mesías. El milenarismo es conocido en todo el

mundo como la espera del reinado terrestre de Cristo. Las figuras místicas, con ropas exóticas y poder de comunicación, predicaban la doctrina y atraían seguidores, incluso multitudes. La masa arrebatada los veía como milagreros que podían causar problemas.

El más significativo del género tuvo comienzo en el gobierno de Prudente de Morais y fue otra prueba difícil para el nuevo régimen. Antonio Conselheiro, asceta envejecido y medio enfermo, natural de Ceará, que tenía su vida privada perturbada, se lanzó a la predicación. Quiso construir una iglesia en el pequeño campamento de Canudos en la selva de Bahía, en una zona deshabitada. En torno a él se agruparon los fieles y el movimiento ganó adeptos. En su predicación censuraba la separación de Iglesia y Estado, el matrimonio civil y propugnaba la negativa a pagar impuestos, por lo que se le acusó de monárquico nostálgico. Como hombre rudo que era, defendió con pasión su causa por medio de violentas protestas. La prensa señaló en seguida el peligro de la añoranza del antiguo régimen y su posible vuelta. Era una exageración, ya que el discurso de Conselheiro no era claro y no tenía ese propósito esencial, y, además, no disponía de ninguna fuerza apreciable. La República se estaba consolidando y se temió por ella. Un exceso de susceptibilidad contra el bando de los fieles fanáticos provocó su represión. La policía del estado de Bahía mandó fuerzas para reprimirlo y fueron destrozadas. Se repitió el envío de fuerzas, pero sin éxito. El asunto adquirió notoriedad nacional. Se convocó al ejército y se envió una expedición. La primera fue rechazada y otra diezmada. Al mando le faltó sentido. El ejército, armado y temido, no podía perder ante un rudo adversario, modesto, sin adiestramiento y sin conductores tácticos, que contaba más con amuletos que con unas armas que no eran más que sus anteriores herramientas de trabajo. El ejército sufrió humillaciones. Un destacamento de 1.000 hombres, con escuadrón de caballería y artillería al mando de un coronel, fue también batido. En la capital se produjeron críticas y censuras al gobierno, considerado débil, y los jacobinos evocaron con añoranzas al mariscal Floriano. Los monárquicos y tres periódicos considerados monárquicos fueron atacados en Río. Ante el desastre se envió una numerosa y bien equipada expedición con miembros del ejército y de las policías militares de los estados, compuesta por cinco brigadas, con cerca de 6.000 hombres. Lo que ocurrió fue una sucesión de vejámenes, muertes y pérdida de material.

Fue nombrado un nuevo ministro de la Guerra, que se instaló en Bahía. Ahí se organizó un ataque, con la retaguardia defendida y el éxito asegurado. Los seguidores de Conselheiro se defendieron hasta el último hombre. Su campamento fue arrasado al día 5 de octubre de 1897. Murieron muchos rebeldes, pero las pérdidas del ejército y de las policías fueron de 5.000 hombres. Murieron mujeres, viejos y niños, así como Conselheiro. No quedó nadie para contar lo que había sido el campamento ni las intenciones de sus creadores. La prensa, que había pedido la represión, la denunció entonces como un crimen. El episodio se publicó en los periódicos y tuvo repercusiones en las tribunas de las asambleas, de la Cámara y del Senado. Contribuyó a eternizarlo Euclides da Cunha, ingeniero y militar, enviado como corresponsal de un periódico para dar noticia de los hechos. Euclides convirtió sus reportajes en uno de los grandes libros brasileños. Era un escritor de genio, con un lenguaje original y fuerte, que estudió el fenómeno, no sólo el caso concreto, del mesianismo de las poblaciones desposeídas del interior, carentes de todo y que encontraban una salida en la religión. *Os Sertoes* fue publicado en 1902. Su repercusión fue extraordinaria, no sólo por su grandeza literaria, estilo y dramatización —a pesar de los errores científicos del sociólogo—, sino también por la revelación de un Brasil sombrío, alejado de las capitales y abandonado por los políticos, que no tenían programa ni conocimiento de la realidad. *Os Sertoes*, a pesar de ser un libro de difícil lectura, tuvo decenas de ediciones y se edita todavía hoy. Ha sido traducido a casi todas las lenguas. No es solamente un gran libro brasileño, sino americano y universal. Fue adaptado, como novela, al teatro, al cine, convirtiéndose en un tema permanente. El Brasil de 1902 vio de frente su cruda realidad, pero pronto la olvidó. El episodio tuvo un final trágico en la recepción a las fuerzas del ejército en Río de Janeiro. No había motivos para la recepción, ni para la fiesta, pues todo había sido un error siniestro sin gloria para nadie. El propio presidente de la República se presentó en la recepción e intentaron asesinarlo, resultando muerto el ministro de la Guerra. Con esta nota negativa se cerró el episodio, que fue una prueba suprema para la naciente República. La conmoción tuvo el mérito de desarmar los ánimos. Era tiempo ya de ello, y Prudente de Morais pudo terminar su período de mandato y hacer la transmisión del cargo a su sucesor con tranquilidad. La República estaba ya consolidada.

Se produjeron otros movimientos mesiánicos. No sólo en el nordeste, donde eran comunes por la existencia de una mayor pobreza, sino también en el sur. Entre 1912 y 1915 se produjo el de Contestado en las selvas existentes entre Paraná y Santa Catalina. Comenzó con la predicación del hermano José, un monje enloquecido por sus visiones, que predicaba una extraña doctrina. La inquietud causada por el movimiento creciente se agravó con disputas a causa de las tierras. El gobierno, para construir un ferrocarril, concedió zonas de tierras en sus márgenes y provocó una intensa disputa, agravada por cuestiones fronterizas entre los estados de Paraná y Santa Catalina. De ahí el nombre de Contestado. El caso no duró mucho, pero hubo que emplear fuerzas y se produjeron víctimas. También en este caso hubo lucha armada, con muchas muertes en ambos bandos. La miseria igualaba a los rubios sureños y a los mestizos quemados por el sol del nordeste. Los casos de Canudos y el Contestado fueron asuntos mayores, pero continuó habiendo apariciones de santos, visiones, milagros, peregrinaciones y sacrificios. Todavía hoy existe ese tipo de predicadores, profetas místicos y auténticos, así como también algunos charlatanes que explotan la buena fe de un pueblo atrasado y sufrido.

Algunas otras revueltas de diversos sentidos surgieron a comienzos del siglo. En 1904, la de la vacuna. Ante las epidemias de fiebre amarilla, constantes durante decenios, el médico Oswaldo Cruz intentó el saneamiento de Río de Janeiro y lo consiguió. Tuvo que enfrentarse también a la peste bubónica y a la viruela. Contra ésta contaba con la vacuna, que era obligatoria, y ciertos políticos, que eran enemigos de la situación, denunciaron la medida como un atentado a la libertad. Además, los positivistas no creían en microbios. En Río de Janeiro hubo una lucha que llegó a adquirir grandes proporciones, pero fue superada.

Grave fue la revuelta de los mineros, la revuelta de los látigos. Ocurrió al comienzo del débil gobierno del mariscal Hermes de Fonseca, en 1910. Hasta entonces se practicaba en la Marina el castigo físico, consistente en azotes a causa de transgresiones de la disciplina. Además de ganar poco y de una dura vida en el mar, los hombres del oficio eran castigados con torturas corporales. Contra ese estado de cosas se levantó la marinería bajo el mando humilde del negro João Cándido. Tomó los dos acorazados mayores y otros navíos menores y contó con el apoyo de los navíos que estaban en la bahía de Guanabara,

con lo que llegó a imponerse. Hubo choques entre las naves sublevadas y las otras, a pesar de que se estaba votando la amnistía de los rebeldes. Incluso después de votada, continuaron los desacuerdos, pues el Ejército, la Marina y muchos políticos no aceptaban someterse a los rebeldes. Hubo tiroteos, persecuciones y muertes. Se declaró el estado de sitio y fueron hechos prisioneros más de 1.000 marineros, en condiciones muy precarias, lo que produjo la muerte de muchos de ellos. A otros los embarcaron en un precario navío rumbo a la Amazonia. En el viaje hubo fusilamientos y suicidios. El gobierno había hecho un trato con los rebeldes y no lo cumplió, haciendo prisioneros a los responsables principales y enviándolos a lugares distantes. Fue una matanza. El objetivo fue alcanzado: los castigos corporales en la Marina fueron prohibidos.

Crecimiento y modernización

En el período de 1894 a 1922 Brasil conoció varias experiencias importantes. El país creció, pasando de 14.300.000 habitantes en 1890 a 17.400.000 en 1910 y a 30.600.000 en 1920. Minas Gerais continuaba siendo el estado más poblado, seguido por el de São Paulo. La economía seguía fundamentada en el café, con gran superioridad sobre los demás productos. Entonces comenzó el ciclo del caucho, en lo que Brasil ocupó el lugar de primer productor del mundo de una materia prima de uso creciente en la industria. Era una actividad casi exclusivamente extractiva, que provocó la emigración de mucha gente hacia le enorme área de la Amazonia, casi deshabitada. Los emigrantes eran, sobre todo, del nordeste. El estado de Pará tomó el relevo y pasó a disfrutar de rentas privilegiadas. Manaus se desarrolló entonces, con algunas construcciones suntuosas como el teatro. Una vez que se plantó el árbol del caucho en Oriente, en condiciones racionales y con una explotación más fácil, sin grandes distancias a los puntos de transporte, la producción brasileña no resistió la competencia y pasó a segundo plano. Brasil continuó siendo esencialmente agrícola. El gobierno de Campos Sales, a través del ministro Joaquín Murtinho, que era el anti-Rui Barbosa, no incentivó la industria, ya que creía en la división internacional del trabajo –naciones agrícolas y naciones industriales–, pero tanto la agricultura como la industria seguían avanzando.

No había oposición entre el sector agrario y el industrial, entre la oligarquía y la industrial o financiera, si se puede hablar de ellas, lo que es discutible. El verdadero choque de las oligarquías se produjo entre las regionales, como se comprobó en 1930. Aquéllas se complementaban, y se sabía que la industria se desenvolvía a la sombra del café. Los recursos generados por éste ayudaban a las inversiones industriales y daban medios de pago a la población. El cultivo de los cafetales era cada vez mayor y en la última década se llegó a la superproducción, lo que requirió medidas del gobierno. Los estados de São Paulo, Minas Gerais y Río de Janeiro, principales productores, hicieron en 1906 el Convenio de Taubaté, que fue la primera medida de intervención en la economía. Su ejecución implicaba medidas financieras que escapaban a los poderes de los estados y que sólo podían ser tomadas por el gobierno federal. El poder de la República se vio forzado a tomar medidas enérgicas en el campo financiero. Se acentuó entonces la intervención del capital exterior, pues los gobiernos de los estados, y más tarde el federal, tuvieron que pedir ayuda a los grandes bancos alemanes, franceses, ingleses y norteamericanos. El hecho provocó fuertes reacciones, pues esas medidas implicaban ventajas para los estados productores y perjuicios para los demás. La actividad industrial creció de manera apreciable, como se ve en en el Censo Industrial de 1907, que revela índices positivos. Con las dificultades de importación surgidas de la primera guerra fue preciso desarrollar los artículos nacionales. Hubo un crecimiento de los bienes de consumo, pero no de los de producción. La afirmación común de que la guerra ayudó a desarrollar la industria es contestada por los estudiosos que atribuyen a la dificultad de entrada de máquinas la paralización del proceso tecnológico. Hubo crecimiento, aunque se pueda cuestionar el desarrollo. Las grandes industrias internacionales intentaron establecerse. Gran parte de la llamada industria nativa era simplemente filial de empresas del capitalismo avanzado. Brasil recibía la influencia del capital inglés. A partir de los años 20 el capital norteamericano comenzó su dominio.

Se produjo el comienzo del esplendor urbano. Río de Janeiro fue modernizado con la apertura de grandes avenidas y la construcción de obras que le dieron carácter de gran metrópoli. Dejó de ser evitado por los extranjeros, que lo temían por el riesgo de enfermedades, con el saneamiento realizado en los primeros años del siglo. De 522.651 habitantes en 1890 pasó a 1.157.873 en 1920. São Paulo era una ciudad

industrial cada vez más pujante. Hasta 1870 era una ciudad de estudiantes y funcionarios. Como consecuencia del café y de los inmigrantes, desarrolló su economía y su población creció a un ritmo notable. En 1900 tenía 239.820 habitantes y en 1920 contaba con 587.072. En el censo de 1940 ya era el estado más poblado, superando a Minas Gerais. Hoy su capital es la mayor ciudad del Hemisferio Sur y una de las mayores metrópolis del mundo. Otro núcleo urbano era la ciudad de Belo Horizonte que se construyó entonces. Fue inaugurada en 1897 y creció con discreción hasta los años 40, en los que se disparó y adquirió fisonomía metropolitana.

Hay que destacar la vida intelectual y artística. No había universidad, pero había muchas escuelas aisladas para abogados, médicos, ingenieros y otros profesionales. Ya no era preciso ir a Europa para recibir formación superior. Hay que señalar una brillante generación literaria, en la cual había poetas, novelistas y ensayistas dignos de nota y que están entre los grandes nombres de la literatura. Por citar sólo uno, que es un símbolo por la calidad de su obra, recuérdese a Machado de Assís, maestro de la lengua y de la ficción. Los grandes artistas de la época en el teatro, música o danza actúan en el país, en Río de Janeiro y en São Paulo, a veces, en Manaus, Belo Horizonte, Portoalegre y algunas otras ciudades. El país quería modernizarse y lo consiguió en parte. Recuérdese, sin embargo, que este aspecto brillante se refiere a Río de Janeiro y São Paulo, así como a alguna otra capital. El país, en su gran mayoría, era todavía pobre, carecía de todo y disponía de un mínimo de educación o de sanidad. Euclides da Cunha alertó las conciencias con *Os Sertoes*, que tuvo repercusiones, pero que no cambió la situación. El cambio fue obra de la República, que caminaba poco a poco, lejos de alcanzar el bienestar general deseado.

Nueva estructura social y reivindicaciones

Nunca se insistirá suficientemente en el significado final del esclavismo. La ley de 1888 fue, si no la primera, la más importante ley social votada en el país. Cambió el proceso de producción, ya que el trabajo pasó a ser asalariado. Como la ley fue incompleta, sin una reforma agraria que revisase la situación de la tierra, dejó a millares de personas sin posibilidad de pasar de esclavos a ciudadanos. Los que

pudieron vinieron a las ciudades, especialmente a Río de Janeiro, creando serios problemas de alojamiento y sanitarios. No tenían preparación para la vida urbana, con lo que aumentó el número de personas marginadas y pobres. Una importante capa de la población vivía en condiciones difíciles. No se comprendían las exigencias del trabajo en la industria. Las condiciones de trabajo en Río y en São Paulo eran similares a las de Inglaterra a comienzos de siglo, con mujeres y niños que trabajaban diez, doce horas o más sin ninguna asistencia para evitar accidentes, en locales estrechos y sucios, sin comida y sin salud.

Poco a poco fue consolidándose una sociedad que antes estaba dividida en esclavos y señores. Apareció el trabajador, el obrero, el artesano. Fue enorme la influencia de la inmigración. Entre 1889 y 1900 entraron en Brasil 1.443.892 extranjeros, que se dirigieron sobre todo a Río y São Paulo. De los 522.651 habitantes de Río de 1890, 124.000 eran extranjeros, es decir, un 25 %. Dominaban los portugueses, españoles e italianos, al igual que en São Paulo. A partir de comienzos de siglo, continuaba el movimiento de inmigración, pero menos acentuado. Entraban y salían muchas personas, pero no todos se establecían. Los especialistas dicen que la participación de los extranjeros en la industria era de un 80 %. El enriquecimiento de São Paulo provocó también la venida de brasileños desde otros puntos, especialmente, de Minas Gerais y del nordeste. Era la seducción del sur. Se trataba de gente que venía a conseguir algún dinero y volvía, en un verdadero movimiento de trashumancia. Muchos se quedaron, sobre todo los de Minas más que los del nordeste. A partir de la segunda década, comenzó una migración constante de los brasileños, cuando empezó a contarse con el trabajador nativo. Para lograrlo hubo notables campañas de los políticos y de los escritores, que censuraban la poca atención prestada a los nacionales y la protección a los extranjeros. También creció debido a las sequías en el nordeste y a la crisis del caucho, que había atraído a tantos. Según el censo industrial de 1907, en la Capital Federal estaban el 30 % de las industrias nacionales y en todo el Estado de São Paulo el 16 %. El proletariado carioca superaba al paulista, situación que se invirtió en 1920. La estructura ocupacional en 1920 se distribuía así: 6.377.000 en la agricultura, es decir, un 69,7 %; 1.264.000 en la industria, es decir, un 13,8 %; 1.509.000 en los servicios, es decir, un 16,5 %, con un total de 9.150.000. La población obrera pasó de 149.400 en 1907 a 276.512 en 1920. Ya existía, por tanto, un proleta-

riado en el país. Sus condiciones eran desfavorables, pues la incipiente burguesía no tenía sensibilidad para los problemas de aquéllos. Posiblemente como herencia de la esclavitud, todo trabajo manual o mecánico era considerado poco digno. No faltó, sin embargo, la aparición de una conciencia reivindicativa de los obreros, tímida, muchas veces, equivocada, hecho explicable por la mentalidad dominante, que estaba lejos del sentido empresarial de las burguesías maduras. Además, las reivindicaciones obreras estaban marcadas por el anarcosindicalismo más que por el socialismo. El marxismo comenzó a tener influencia después de este período. El anarquismo tenía una ideología que podía producir agitaciones, crear grupos de acción, pero carecía de fuerza organizativa, ya que uno de sus fines es la ausencia de gobierno. Era un movimiento libertario sin eficacia revolucionaria.

Los especialistas afirman que el anarquismo tuvo más eco en Italia, España y Portugal, países menos desarrollados industrialmente que Inglaterra, Alemania o Francia. En la I Internacional se produjo el choque entre Marx, socialismo organizado, y Bakunin, anarquismo, debido a la imposibilidad de conciliación entre visiones tan distintas. Los inmigrantes eran sobre todo italianos, portugueses y españoles. Traían de sus países una actitud receptiva hacia el anarquismo, que tendía a dificultar las relaciones entre empresarios y empleados. El anarquismo era radical y causaba pavor a los burgueses, lo que provocó represiones violentas. Los extranjeros citados jugaron un importante papel, sobre todo, en el sector industrial, lo que casi llevó a que en 1907 se aprobara una ley que determinaba la expulsión del territorio de todo extranjero que estuviera implicado en actividades subversivas.

Las reivindicaciones sociales aparecieron con la República. En 1890 surgieron partidos socialistas en la capital, tres, en São Paulo y en Porto Alegre. Con los partidos aparecieron sus publicaciones. Unos y otras tuvieron vida efímera. El primero de mayo de 1892 fue celebrado por el Partido Obrero Nacional. Había uno en Río y otro en São Paulo. Había no sólo varios partidos llamados obreros o socialistas, sino clubes y círculos que organizaban fiestas y conferencias. En 1894, había un centro obrero en Bahía. En 1897, había un partido socialista en Río Grande del Sur. Se multiplicaron los partidos de este tipo. Entre 1890 y 1920, hubo 20. Los partidos tenían una vida de meses o de uno o dos años, luego desaparecían. De hecho, la sociedad no los comprendía ni los ayudaba; no tenían mucho que ver con la realidad,

sino que representaban deseos utópicos o eran la consecuencia de lo que se leía sobre lo que ocurría en Europa o se oía a los europeos llegados aquí. Más consistencia tenían las organizaciones asistenciales como los montepíos, auxilios mutuos, ligas y sindicatos que, debido al reconocimiento de su labor asistencial, promovían indirectamente acciones reivindicativas, en un momento en que el estado no ofrecía nada. Los sindicatos eran muchos, no todos con igual precariedad de medios. Había congresos e intentos de confederaciones.

Había huelgas, algunas explosivas, sobre todo desde comienzos del presente siglo. Se tienen noticias de una huelga de tipógrafos en la época del imperio, en 1859. Las del comienzo de la Repúblida se limitaban a una fábrica aislada y, en general, la seguían pocos obreros. La primera que provocó un movimiento concurrente fue la del personal de la Compañía Paulista de Ferrocarriles en 1906, que consiguió la adhesión de otras empresas y la solidaridad de los estudiantes de derecho. El caso más efectivo fue el que se dio entre 1917 y 1920. Se originó en una fábrica de São Paulo en junio, se extendió por todo el estado y llegó a otros estados. En 1903 se aprobó una ley sobre sindicatos y otra en 1907. Las leyes se hacían, defendidas por algunos diputados en la Cámara, pero no se aplicaban porque no se acompañaban por los reglamentos necesarios. La legislación social tardó en aparecer. La ley de accidentes de trabajo es de 1919. El movimiento obrero ganó consistencia con el nacimiento de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), que celebró su primera conferencia en Washington en 1919. El Tratado de Versalles, del mismo año, hizo recomendaciones en ese sentido que fueron tenidas en cuenta después de 1922, como se verá más adelante. También contó, sin duda, la revolución rusa de 1917, primer movimiento comunista victorioso en el mundo. En Europa y en América Latina se produjeron adhesiones a la revolución y los intelectuales manifestaron su simpatía hacia la misma. Lo importante, a pesar de lo poco que había en este sentido, fue el despertar del país hacia estos problemas. Se hicieron movimientos, huelgas, agitaciones y se produjeron reivindicaciones. Es un rasgo de modernidad, que revela la existencia de una conciencia social y de un sentimiento de progreso.

Ante la desaparición progresiva de los índigenas, el gobierno se preocupó del problema. Se calcula que en 1500 eran de dos a cuatro millones y a comienzos del siglo XX eran como mucho 200.000. Los diezmaron las enfermedades y los brotes epidémicos, las luchas entre

las tribus y con los blancos, a veces, verdaderas guerras, como la del nordeste en el siglo XVII (conocida como la guerra de los bárbaros), y la pérdida de sus tierras por el avance de los portugueses y una lenta pero continua urbanización. Todo ello los alejaba cada vez más hacia el interior y la desestructuración de sus culturas por el contacto de los portugueses y los africanos o sus descendientes, lo que daba como resultado su aculturación. Todo influyó en la disminución constante de su número.

Ante esta situación, el gobierno consideró necesario prestarles atención. En 1910 creó el Servicio de Protección a los Indios que reguló la convivencia del blanco con ellos, partiendo del principio del respeto a su personalidad y a su vida. El lema era no matar nunca a un indio. A pesar de esta protección relativa, continuaron perdiendo sus tierras a causa de la fiebre de los negocios inmobiliarios, de la explotación de los recursos naturales existentes en sus zonas y de la apertura de carreteras y la construcción de fábricas. El Servicio de Protección a los Indios existió hasta 1967 en que, por falta de recursos y descoordinación de sus actividades, fue sustituido por otro órgano oficial, la Fundación Nacional del Indio, la famosa FUNAI, que contó con más recursos y programas. A partir de esa fecha, a pesar de que existía una doctrina en defensa de los primitivos ocupantes de la tierra, los conflictos continuaron. Los indios estaban predominantemente en el centro-oeste, Goiás y Mato Grosso y en la Amazonia. Su número se había reducido a 180 o 200.000 y vivían en condiciones precarias y bajo la amenaza constante de desalojo. La extensión de las ideas ecológicas y de los movimientos verdes, que defienden el patrimonio natural, las aguas y bosques, la fauna y la flora, que se han hecho corrientes en Europa y en Estados Unidos, han llegado a Brasil, con lo que cada vez hay una conciencia más viva de que el indio debe ser protegido. El gobierno brasileño participa intensamente en su protección. Esto ocurre actualmente, en un período que está fuera del considerado en este estudio, que tiene como fecha final el año 1964. Se han producido campañas de intelectuales, artistas y jóvenes en defensa del indio, del medio ambiente, de los animales y de las plantas amenazados de extinción. Son campañas que van creciendo y dominando las conciencias.

Se multiplican los movimientos a favor de la Amazonia, que recibe una atención universal, por ser una zona que tiene la mayor cuen-

ca fluvial y la mayor reserva forestal del mundo, amenazadas por la deforestación y la destrucción de las reservas indígenas. Este problema, actualmente, es tomado en serio por los políticos, las autoridades y el pueblo en general. El asunto, sin embargo, escapa de los límites cronológicos de este estudio. Se deja constancia aquí de la magnitud y actualidad del problema, uno de los más presentes en el Parlamento y la prensa del país.

Comienzo de la ruptura

Desde los primeros años, se oía la frase «ésta no es la República de mis sueños». Hubo mucho desencanto, comenzando por los llamados históricos –republicanos de primera hora–, que veían que la nación no era construida por ellos, sino por los llegados en el último momento. Algunos de los propagandistas más exaltados se alejaron. La crítica de los monárquicos al golpe que los había derribado fue debilitándose y algunos de sus protagonistas fueron captados por la nueva forma de gobierno. Había también críticas de los políticos que, aunque eran defensores del sistema, no las ahorraron. Fue el caso de antiguas autoridades que señalaban las insuficiencias o los errores, en lo que fue típico el senador Rui Barbosa. Estaba también la crítica frecuente de los parlamentarios, periodistas y escritores, disgustados con el desvirtuamiento del federalismo, con la situación financiera, con los problemas regionales y otros, como hay en todos los gobiernos. Las reservas y las censuras fueron ganando terreno, de forma que en la tercera década ya había visibles signos de ruptura, que exigían una revisión total. Ciertamente, no se planteaba la vuelta de la monarquía, idea presentada solamente por unos pocos, más bien como una singularidad o capricho sin consistencia. Se pedía la regeneración del régimen, el cumplimiento de su programa o la republicanización de la República.

Puede señalarse el año 1922 como el punto de eclosión de una gran campaña. Curiosamente, era la fecha del centenario de la independencia. No fue una casualidad. Los sociólogos ya han estudiado el significado de ciertas fechas en los procesos de revisión de la realidad, en la formación de la conciencia crítica. De hecho, 100 años después de la independencia, cualquiera podía preguntar: ¿qué se ha hecho a lo largo de este tiempo, un siglo?, ¿ha sabido constituirse Brasil, for-

mar una nación libre, justa e igualitaria? Varios factores produjeron movimientos muy expresivos en el año de la conmemoración. Pueden percibirse en el campo político, en el ideológico y en el intelectual.

En 1922 se dio una de las luchas sucesorias más agitadas e, incluso, dramáticas. Cada cuatro años la monotonía política era sacudida cuando se pensaba en escoger al presidente. Algunas elecciones fueron accidentadas. La de 1910 fue una de ellas, cuando hubo una campaña civilista con una disputa acerada entre dos pretendientes, el mariscal Hermes da Fonseca y Rui Barbosa, uno partidario de la situación y el otro opositor. Por primera vez, un candidato –Rui– se presentaba al electorado en los comicios, recorría el país y se dirigía al pueblo, a la manera de las campañas presidenciales de los Estados Unidos. Como estaba previsto, vencieron los partidarios de la situación, aunque de modo sospechoso. La segunda, más dramática, se produjo en 1922, y la tercera, en 1930.

En 1922 se presentaron dos candidatos, el minero Arturo Bernardes, presidente del estado, como elemento de la situación, y el carioca Nilo Peçanha, ex presidente de la República, que había ocupado desde su puesto de vicepresidente a la muerte del titular, en 1909. Creó el movimiento de Reacción Republicana, nombre expresivo, y contó con apoyo de algunos gobiernos de los estados. Todo transcurría en tono convencional, cuando la campaña tomó un camino peligroso. Contra Bernardes se levantó el Club Militar, con un nuevo y aguerrido sector del Ejército. Entró en escena el llamado Tenentismo, que iba a marcar la trayectoria nacional durante algunos años.

En pocas palabras, el Tenentismo fue la cristalización del descontento del ejército hacia el rumbo político. Los militares habían desempeñado un papel decisivo en la institución del gobierno, fueron los autores inmediatos del 15 de noviembre de 1889, dominaron el primer período, pero, después, se sintieron alejados. La vuelta en 1910 con Hermes da Fonseca es poco expresiva, por la fragilidad y ambigüedad del cuatrienio. El Brasil de 1900 a 1920 avanzó en varias direcciones, pero tenía algo de lento, amorfo. El ejército tuvo algunas reformas modernizadoras. Después de la Primera Guerra, vino una Misión Militar francesa, en 1920, para instruir a sus cuadros, sobre todo, a los jóvenes, que estaban formándose. Eran los tenientes. De los orientadores franceses recibieron una formación técnica, de la que carecían los oficiales brasileños, pues la Escuela Militar, desde el final del imperio, se había

orientado hacia las matemáticas y la filosofía, ya que era positivista. Los aspectos técnicos de la vida militar recibían poca atención. Incluso estuvo cerrada entre 1904 y 1911, época en que la enseñanza se hizo en Porto Alegre. La nueva escuela de 1911 ya tenía un sentido más militar, y los franceses insistieron en la formación técnica. Sus alumnos, los tenientes, adquirieron una visión del ejército como agente militar y social, con un papel que tenía que desempeñar. Anteriormente, se le atribuía un papel fiscalizador de la política, en cuanto supuesto detentador del patriotismo y de la moralidad. En este momento todo ello se hizo con más vigor y rigor.

Este nuevo sector de las fuerzas armadas vio entonces el momento de actuar. Vetó la candidatura de Bernardes, pero en el proceso se



Figura 8. Palacio de Río Negro, Petrópolis. Residencia de verano de los presidentes de la República hasta 1960. (Fotografía de la colección del Archivo Nacional).

dejó implicar por una partida de políticos descontentos con el rumbo de la sucesión. Alguien falsificó papeles de Bernardes, a finales de 1921, cartas que habría remitido a su líder en Río de Janeiro, él era presidente del estado de Minas, en las que se contenían injuriosas referencias al ejército, como institución sin compostura y corrupta. Las cartas fueron publicadas en un órgano importante de la capital, *O Correio da manhâ*, con la repercusión y escándalo consiguientes. El Club Militar se reunió para examinar el asunto y, con cierta ingenuidad, reconoció las cartas como legítimas. Los técnicos más autorizados demostraron la impostura. Incluso sin un análisis grafológico, del papel o de la tinta, era posible denunciar el fraude, empleando el buen sentido y la lógica, como fue hecho por algunos historiadores y periodistas. Ocupaba la presidencia de la República Epitacio Pessoa, jurista y político experimentado, que reprimió las manifestaciones. Era enérgico y no dudó en cerrar el Club Militar y detener a su dirigente, un mariscal, igual que no había dudado al nombrar civiles para el departamento de la Guerra y de la Marina, Pandiá Calógeras y Raúl Soares, caso único en la República. Al final, el caso de las cartas se esclareció y el propio falsificador, contratado por políticos ligados a Reacción Republicana, confesó el fraude.

La divulgación de las cartas dio lugar a la primera agitación de los tenientes, con inútiles y equivocados debates en el Club Militar, en los últimos meses de 1921 y en los primeros del siguiente. Bernardes fue elegido en marzo en un clima tenso y tomó posesión en noviembre. Su gobierno fue perturbado por otras manifestaciones hostiles durante todo el mandato, que transcurrió siempre en estado de sitio, con la suspensión de las libertades de los ciudadanos.

La eclosión del Tenentismo se dio con la revuelta del fuerte Copacabana, el 5 de julio de 1922, contra la toma de posesión del presidente electo, cuando un grupo de jóvenes oficiales se levantó y se puso en pie de combate. Éste fue de poca duración, pero causó algunas víctimas. La protesta quedó como un acto de indisciplina de un grupo que iba a dar que hablar. En realidad, se había pensado en una revolución, malograda por la incompetencia de los organizadores. Se pasó de las palabras a los hechos por la ausencia de rigor en todo.

La revuelta tenía que haber sido general y acabó reducida a las guarniciones de Mato Grosso y Río de Janeiro. No fue eficaz y se quedó sólo en el combate armado de unos pocos, de tal forma que el

episodio es conocido como el de «los 18 del Fuerte». Tuvo, sin embargo, la virtud de encender los ánimos de los descontentos con la situación, que continuaban actuando y alimentando nuevas conspiraciones.

Emergía el Tenentismo, él daría la nota de la renovación política, más allá de las habituales disputas por el poder y los cargos. Dos años después, el 5 de julio de 1924, el grupo resurgió en la Revolución Paulista, cuando elementos de la policía del estado, con la ayuda de tenientes que jugaron un papel decisivo, realizaron un movimiento en São Paulo que llegó a inquietar y forzó al gobierno a abandonar la capital. Ocuparon la ciudad durante algunos días, pero no tenían fuerzas suficientes para garantizar lo conquistado. Poco después, la acción del ejército y de la propia policía repuso el orden. El año anterior, en 1923, hubo una revolución en Río Grande del Sur contra la política local y la del gobierno federal. Borges de Medeiros era presidente desde hacía algunos años, debido a las singularidades de la Constitución del Estado. La revolución la hicieron, sobre todo, los políticos, que pretendían acabar con las reelecciones. Lo consiguieron con la reforma del texto constitucional. Al año siguiente, hubo otra protesta, menos amplia, pero ya típicamente tenentista. Un sector de los perdedores, dirigido por el capitán Luis Carlos Prestes, no se sometió y se dirigió hacia el norte. En Paraná se encontraron con los rescoldos de la Revolución Paulista. Era la columna paulista, vencida en la revolución, que se unió a la columna gaucha.

La unión de las dos formó la Columna Prestes, que recorrió Brasil de octubre de 1924 a 1927, contando los cinco meses anteriores a la unión, que recorrió cerca de 25.000 kilómetros en una de las mayores marchas de la historia. Se creó una leyenda, la del jefe Luis Carlos Prestes, entonces llamado Caballero de la Esperanza, que fue muy difundida y festejada por la prensa burguesa, que aprovechó la novedad. Algún tiempo después, se volvió contra ella cuando se hizo comunista. La Columna tenía una organización compleja, se dividía en alas y evitaba los encuentros con las fuerzas de las policías de los estados o del ejército. Invadía pequeñas ciudades en busca de abastecimiento. Era una lucha de guerrillas. Sus componentes, que se renovaban, eran durante la marcha de 800 a 1.000, llegando excepcionalmente a 1.500, con civiles o militares que se les unían en algún punto, sin que haya constancia cierta de su número. Era combatida por los gobiernos de los estados y el federal, por mercenarios al servicio de peligrosos reye-

zuelos locales y por bandidos como Lampião. La columna participó en algo más de 50 combates y nunca fue vencida.

Lo importante es que era portadora de las protestas de las zonas de bosque interiores y estableció contacto con el Brasil interior, el más pobre y abandonado. Como evitaba los centros urbanos, no tenía relación con los sectores de la sociedad civil que podrían ayudarla, como los sindicatos. En la columna había coraje y decisión, pero le faltó objetividad, ya que se complacía en el movimiento y en los desplazamientos espaciales. Fue la precursora de las guerrillas, comunes en nuestros días y vistas como imposibles entonces. De ahí, el fracaso de sus perseguidores, presos de las tácticas tradicionales. Con su lado romántico o a pesar de él, escribió una página de la historia de Brasil y algunos de sus miembros alcanzaron relevancia en seguida. Después de pasar por Río Grande del Sur y São Paulo, Santa Catalina y Paraná, en la fase anterior a la unión de gauchos y paulistas, estuvo en casi todos los estados hasta internarse en Bolivia en 1927. En ese momento se produjo la máxima actividad de los tenientes.

Es difícil encontrar un programa en el Tenentismo. Reuniendo varios de sus pronunciamientos, como entrevistas, manifiestos, proclamaciones y libros escritos por algunos de ellos se puede hacer un intento de presentarlo. Es un programa típico de la clase media. Por su carácter nacionalista y de reivindicación social fue considerado en la época como revolucionario, pero hoy debe considerarse como propio de la clase media y nada más. Los tenientes querían la nacionalización del subsuelo y una política industrial decidida, eminentemente nacional. Pedían una legislación de asistencia social, con medidas como días de descanso, seguro para los accidentes de trabajo, protección a la mujer y a los niños y alojamiento. En el plano político, pedían la desaparición de las oligarquías, justicia electoral, voto secreto y educación obligatoria. Eran reivindicaciones típicas de la clase media, representativas de la capa social a la que pertenecían aquellos militares. Era un programa sin radicalismos, pero se le consideraba audaz. El Tenentismo surgió en 1922 y representó una novedad en la política. Tuvo un papel importane en la proyectada Revolución de 1930, alcanzando en cierto modo el poder posteriormente con Vargas, pero sólo hasta 1932, año en que la habilidad política del jefe del Gobierno Provisional fue apartando a sus elementos poco a poco, como se verá más adelante.

Otra nota política que hay que destacar, también de 1922, fue la aparición de la política ideológica. Hasta entonces, la actividad pública se hacía en el terreno de los acuerdos, nombramientos y algunas obras de interés general, como vías de comunicación, salud y escuelas. Era, en general, un intercambio de favores entre grupos y personas. Se pasó entonces de esta situación a lo ideológico, según la expresión de Helio Jaguaribe, cambiando de lo patrimonial a lo público o, en terminología de Max Weber, de lo patrimonial a lo burocrático, con lo que la política superó el nivel del personalismo y llegó a un pensamiento conductor. No hay actividad pública que no tenga, de manera expresa o implícita, una ideología, como no hay neutralidad, que son ilusiones de los que desean ser objetivos. Ideológico, en este sentido, significa tener una política orientada por principios o ideas, cosa inexistente en la práctica común. Después de la Primera Guerra Mundial, el mundo fue sacudido por una exacerbación ideológica como consecuencia de la revolución comunista de 1917, que asustó a los bien pensantes y produjo el extremismo en el lado opuesto, más tradicional, de cuño conservador o reaccionario. En la posguerra se asistió a la llamada marea derechista, en parte, por el aumento del temor al comunismo. Su fantasma volvió a recorrer no sólo Europa, sino todo el mundo, yendo más allá de lo anunciado en el *Manifiesto* de 1848, como se vio en la escalada del fascismo, comenzada en Italia en 1922, y con lo ocurrido en varios países europeos desde Polonia hasta España y Portugal y en el mundo americano.

Una primera señal del despertar derechista en Brasil fue la creación de la revista *El Orden*, nombre expresivo, por un pensador poco profundo pero combativo, Jackson de Figueiredo, en 1921, que fue seguida, en 1922, por el *Centro Dom Vital.* Fue el enamoramiento de la derecha en ascenso y combatió al liberalismo como débil y superado. Era una revista católica, pero por su nivel no llegaba a las masas ni lo pretendía. Procuró dar conciencia de militancia al catolicismo, al que denunció como débil, amorfo y sin una acción profunda en un país de población considerada católica en un 90 %. Los dos, el *Orden* y el *Centro* querían actuar y sacar a la Iglesia de sus pequeñas acciones o de su indiferencia. Preconizaba una política basada en ideas en la línea de un conservadurismo o reacción muy cultivados en la época.

En esa misma línea de dar contenido a la política se creó en 1920 el grupo *Claridad*, como en otras partes del mundo para apoyar la re-

volución comunista, restringido a un pequeño grupo de intelectuales. En marzo de 1922 se creó el Partido Comunista Brasileño. Anteriormente, en 1919, hubo en Río de Janeiro un Partido Comunista-anarquista, poco después llamado Partido Comunista de Brasil. En realidad, era un equívoco como se ve por el nombre y por tratarse de un grupo anarquista, que tenía unos conocimientos imprecisos. El hecho era la consecuencia de la conciencia del proletariado y de la revolución rusa. El *Manifiesto comunista* fue publicado aquí por primera vez en un períodico, por capítulos, de julio de 1923 a enero de 1924. En 1924, se publicó en un pequeño volumen de 40 páginas. El nombre de Marx ya había sido citado algunas veces, incluso en el siglo anterior, pero de modo vago, sin que significara la comprensión de su doctrina. El Partido vivió sin ecos significativos, en un clima de poca apertura hacia esa práctica política o hacia el debate de las ideas. Era clandestino y perseguido y tuvo una actuación discreta. Sólo conoció un breve período de legalidad, de marzo a julio de 1922. En este último mes, el estado de sitio lo prohibió. También fue legal durante unos pocos meses de 1927. Tenía que luchar contra un represión constante, y, además, le perjudicaba el sectarismo ingenuo, la repetición mecánica de fórmulas de los libros de propaganda socialista, con el agravante de la estrechez del marxismo que se recibía de la Unión Soviética, que divulgó, en la década siguiente, la llamada *Vulgata* estalinista del marxismo, que tanto lo simplificó y empobreció. En 1922 se asistió al lanzamiento de la izquierda radical y de una derecha un tanto floja, pero esa década no vio florecer estas ideas, lo que ocurrió en la siguiente. Es importante señalar que la política adquirió un cierto tono de discusión de las ideas, con la pretensión de lograr una base en el pensamiento, más allá del juego de los favores en torno al poder.

Otro dato renovador de la vida brasileña fue la Semana de Arte Moderno (13-15 y 17 de 1922) o, mejor, del Modernismo. Se manifestó en la vida intelectual, en las artes —en la literatura, pintura, escultura, arquitectura, música, urbanismo— y en el pensamiento, así como en la búsqueda de una definición cierta del país y de su gente. La primera década conoció una generación literaria notable, pero sus grandes nombres fueron desapareciendo y se conoció una producción rutinaria, sin inventiva, el romanticismo, el realismo, el parnasianismo y el simbolismo estaban agotados, con una poesía y una ficción sin vuelo. Se salvaban, evidentemente, algunos nombres. Al comienzo de los años

veinte, estaban activos el poeta simbolista Alfonso de Guimaraes, muerto en 1921, y el romántico Lima Barreto, que murió en 1922, así como el orador Rui Barbosa, que murió en 1923, procedentes del XIX. Algunos autores se estrenaron en la segunda década y, posteriormente, alcanzaron la plenitud, como los casos de Manuel Bandeira y Mario de Andrade. Las artes se limitaban a repetir los viejos modelos y era dominante un cierto aire de cansancio. Contra ese estado un grupo de jóvenes pensó que había que hacer algo y buscar algo más vibrante y afirmativo.

Así surgió la Semana de Arte Moderno. En sí misma fue un suceso con algo de pirueta para llamar la atención, pero tuvo consecuencias, pues despertó a la *inteligentzia* y la necesidad de renovación. De hecho, todo lo que Brasil tuvo de importante a partir de entonces estaba ligado al Modernismo. Aparecieron poetas de la más alta categoría y escritores de ficción, cuento, novela y teatro. La pintura presentó varios nombre notables, así como la música, tanto la llamada culta como la popular. Comenzó el cine, aunque a escala comercial empezó un poco más tarde. Es mejor no citar nombres para evitar el tono de inventario o catálogo. Una síntesis de la renovación de las artes plásticas está en una de las mayores realizaciones urbanísticas del siglo, la construcción de Brasilia, inaugurada en 1961. También en ciencias sociales aparecieron autores que están entre los más grandes del país y los mejores especialistas, que hicieron casi un redescubrimiento de Brasil, como es el caso de algunos historiadores, sociólogos, antropológos, economistas y politólogos. Se superó el conocimiento retórico y se produjo un estudio profundo de lo real, sobre todo, a partir de la cuarta década. El país tenía una tradición intelectual, aunque no tuviese universidad, y esta tradición se enriqueció entonces con la enseñanza superior institucionalizada.

Tenemos, pues, de 1922 a 1930 una verdadera tentativa de ruptura con el pasado en lo que tenía de anacrónico y obsoleto, no con el pasado creativo, que dio frutos notables en el siglo XIX e, incluso, antes. Fue una búsqueda de la ruptura con la política desligada de lo esencial, que vivía para los favores personales y sin el sentido del bien común, de ruptura en el arte o de ruptura con el pensamiento convencional, que era una mera reptición de fórmulas aprendidas en libros extranjeros. En parte, se conquistó este sentido positivo. La crítica a la rutina se transformó, poco a poco, en un entendimiento más verdade-

ro de lo que debe ser una nación. Después del tumultoso gobierno de Arturo Bernardes, se dio en 1926 un repetición del eje Minas-São Paulo, con un presidente representante de la política paulista, nacido en el estado de Río de Janeiro, Washington Luis. Tuvo un mandato sin las luchas del anterior, pero con muchas dificultades económicas, que culminaron con la repercusión local de la crisis económica mundial de 1929. En 1930 hubo que convocar elecciones presidenciales, pues el que ejercía el poder dirigía mal el proceso. A ello hay que sumar las dificultades económicas y sociales de una fase difícil, de forma que la ruptura se realizó, por lo menos en el plano formal, con la conocida como revolución de 1930.

II

LA SEGUNDA REPÚBLICA

La línea divisoria de 1930

La elección rechazada

El intento de «republicanizar la República» tuvo su momento álgido en 1930. De todas las sucesiones en el poder fue la más perturbada y la única que, de hecho, dio un resultado diferente. Las instituciones venían siendo criticadas con violencia creciente y había elementos nuevos, como el Tenentismo y la acción del proletariado a través de sindicatos y huelgas, aunque sin el eco esperado. El liderazgo de los militares salidos del Tenentismo empezó a pesar mucho. Cuando se preparó la sucesión de Washington Luis, se vio que la solución al problema era mala. Se insistió en un paulista cuando, por las reglas de juego del «café con leche», le tocaba la presidencia a un personaje de Minas. El presidente de Minas, Antonio Carlos, era una figura mucho más fuerte que el presidente de São Paulo, Julio Preste. Las bases se extinguieron. Minas hizo un acercamiento a Río Grande del Sur y, contra la candidatura oficial, el grupo llamado Alianza Liberal, constituido por Minas, Río Grande del Sur y Paraíba, propuso para presidente al del estado sureño, Getulio Vargas.

La campaña fue agitada y con más traumas que la de 1922, a pesar de su frágil plataforma política, en la que se insistía en la amnistía y el voto secreto, con una ligera referencia a la cuestión social, que consideraba «poco grave o inquietante», y, por otra parte, trataba del apoyo a los partidos y a la reforma electoral. Vargas tenía una visión bastante convencional de la vida política, como sus contemporáneos.

Emocionó al país. Sin embargo, Julio Preste fue elegido, aunque de modo discutido por la utilización de la máquina gubernamental. Se pensó en la revolución. Los jefes de la alianza, sin embargo, eran tímidos y dudaron. Ni Antonio Carlos ni Getulio Vargas se decidieron. João Pessoa, el candidato de Paraíba a la vicepresidencia, también dudaba.

En la Alianza Liberal estaban los viejos políticos al lado de los tenientes, a los que tanto habían combatido. Nombres como Epitacio Pessoa, Arturo Bernardes, Antonio Carlos, João Pessoa, Borges de Medeiros y otros muchos, que eran enemigos acérrimos de la joven oficialidad rebelde, estaban juntos con Siqueira Campos, Juárez Távora, Cordeiro de Farias y tantos más en una estrecha alianza sólo explicable por un momentáneo interés político. Los más hábiles conductores de la vida pública atrajeron a los tenientes por considerarlos populares. De las muchas conversaciones entre ellos se derivó un acuerdo. Sólo el más importante de todos, Luis Carlos Prestes, rechazó adherirse, porque veía en los hombres y la causa de la Alianza las viejas prácticas que él y su grupo siempre habían combatido: «un amaño de las oligarquías», como dijo él mismo. Después de las elecciones y de la proclamación de los resultados, los políticos prefirieron retirarse, pero los tenientes decidieron continuar, apelando a la «batalla de las armas», conducidos por algunos políticos poco cautelosos.

Por otro lado, Washington Luis se hizo cada vez más intransigente con la discutible victoria en las urnas, prosiguiendo su actuación en Minas y Paraíba y, con cierta precaución, en Río Grande del Sur. Invalidó a muchos diputados federales, impidiendo el reconocimiento de sus nombramientos por medio de su gente en el Congreso. Impidió el nombramiento de todos los diputados elegidos por Paraíba y el de 14 diputados de Minas, en tanto que apoyó a los gauchos, mediante acuerdos secretos del gobierno del Estado con el federal. En mayo de 1930, en Buenos Aires, Prestes lanzó un manifiesto contra la Alianza, utilizando palabras que se interpretaron como una adhesión al comunismo. Había sido trabajado intensamente por comunistas brasileños, que deseaban contar con él como dirigente, y por militantes argentinos y de otros países. Vargas continuaba reticente y Antonio Carlos no daba un paso. En este marco de apatía, João Pessoa fue asesinado el 26 de julio, hecho que tuvo gran repercusión. El asesinato se produjo por motivos regionales y generales, a los que se sumaron problemas personales.

Se produjo una conmoción que puso al país en guardia y reavivó las protestas revolucionarias. Borges de Medeiros, máximo jefe gaucho, aceptó la lucha armada, contra la que anteriormente había luchado. Los líderes consiguieron implicar al Ejército, en el que obtuvieron mucho apoyo. Se fijó la fecha del 3 de octubre para el comienzo de las hostilidades. Se produjo casi lo imposible; una revolución con políticos cautos. Se llevó a cabo a causa de la insistencia de los tenientes. Cayeron varios estados. Algunos, después de combates, y otros, ante el hecho consumado. El día 23 los rebeldes ocuparon la capital, con el apoyo de la marcha victoriosa de las fuerzas llegadas desde el sur, capitaneadas por Vargas. Washington Luis fue depuesto, faltando 22 días para el final de su mandato. Ocupó el punto una Junta de tres militares que dignamente cedió la presidencia al jefe rebelde, Getulio Vargas, cuyo gobierno comenzó el 3 de noviembre. Washington Luis, que era obstinado, no entendía lo que pasaba, aunque hay que reconocerle su energía y fidelidad al cargo. El levantamiento tuvo un éxito mayor que el esperado, a pesar de su aplazamiento reiterado por la indecisión de los responsables. En octubre se produjeron combates en diversas partes del país: en Minas, en el nordeste y en Río Grande del Sur. Vargas capitaneaba las fuerzas del sur en su avance hacia Río de Janeiro. El gobierno ya había dimitido por consejo de los jefes del Ejército y de la Marina, del cardenal y de otros personajes destacados. La resistencia no tenía perspectivas. El poder pasó de la Junta Militar a Vargas.

El cambio en el poder fue aparentemente simple, pero, en realidad, fue bastante complicado, pues dio comienzo una revisión de la vida nacional. No fue visible de inmediato, pero se impuso con el paso de los meses. La coyuntura interna facilitaba los cambios, que eran reclamados y no podían quedar sin respuesta. La coyuntura exterior era difícil, con la crisis económica mundial de 1929 y el descrédito de la doctrina liberal. Era habitual proclamar sus errores, tanto en lo político como en lo económico, ante la avalancha de ideas nuevas. Estaban las de los radicales de la derecha, que tenían el poder en algunos países, comenzando por Italia, con un fascismo que aparecía bajo formas diversas, desde el corporativismo hasta el culto al estado fuerte y la práctica de la violencia. Así ocurría en Italia y, poco después, apareció con más vigor en el nazismo alemán. Estaban, por otro lado, las ideas de los radicales de la izquierda, que había conquistado el poder en Rusia

y creado el primer gobierno comunista en 1917, que produjeron intentos, entonces malogrados, de imitación en Alemania y Hungría. Ante ese doble peligro para el orden vigente, los propios liberales revisaron su marco teórico y real, como puede comprobarse en la doctrina teórica del economista Keynes, que anunció en 1926 *El final del dejar hacer*, y en la elaboración de su *Teoría general del empleo, del interés y de la moneda*, en 1936, y en las experiencias innovadoras del gobierno de Roosevelt y en su nuevo pacto, en la década de los treinta.

Con el reconocimiento de Vargas como jefe del Gobierno Provisional, o de la Dictadura, como también era llamado, quedó sin vigencia la Constitución de 1891, que había vivido 35 años con una única reforma, la de 1926. El propio gobierno limitó sus poderes con una Ley Orgánica, en tanto no se hacía otra Constitución. El Congreso fue suspendido, había censura de prensa y los gobiernos de los estados fueron sustituidos por interventores. Sólo fue mantenido el de Minas Gerais, que conservó incluso su título. En esos primeros momentos, los tenientes influyeron decisivamente en Vargas y obtuvieron puestos importantes. Juárez Távora, por ejemplo, fue considerado como el virrey del norte, y se nombraron militares para la jefatura de los estados del norte y del nordeste o civiles identificados con ellos. El país asistió con cierta perplejidad a las innovaciones. Vargas capitaneó el cambio y hubo una gran cantidad de legislación que partía del Ejecutivo, sólo funcionaba ese poder, con muchas novedades.

Uno de los primeros actos fue la creación del Ministerio de Educación y Salud y del Ministerio de Trabajo, Industria y Comercio en 1930. Los dos tuvieron una actuación importante. El de Trabajo, regido por el gaucho Lindolfo Collor, aplicó en el plano federal ciertas tendencias de su estado de origen en la consideración de los problemas de los trabajadores, como se verá en otra parte. Notable fue el papel del minero Francisco Campos en el Ministerio de Educación, que realizó la reforma de las enseñanzas en todos los niveles, técnico, primario, medio y superior. En ese momento se produjo la verdadera creación de la Universidad, pues lo anteriormente existente eran escuelas aisladas, algunas de las cuales recibían el nombre de universidades. La de São Paulo es de 1934, y la del Distrito Federal es de 1935. Los interventores citados no siempre fueron aceptados pacíficamente, como se dio en São Paulo, sino que en general se les rechazó como un abuso del poder central.

Vargas, que tenía una antigua experiencia como parlamentario en el ámbito regional y en el federal, o como ministro de Hacienda en 1927, como presidente del estado de 1928 a 1930, aún no tenía la experiencia amplia y profunda que haría de él la principal figura de la Nueva República, pero ya se había revelado como hombre de firmes decisiones (que no había sido el caso durante la preparación del movimiento) y, sobre todo, hábil para manejar a los hombres de las diferentes fuerzas. Cuando nombraba algún gobierno, que cambiaba algunas veces, cuando tomaba medidas aparentemente poco importantes, estaba madurando una acción gubernamental en una línea antiliberal. Los compañeros de la alianza querían que se institucionalizase en seguida el nuevo orden y que se convocara una Constituyente. Vargas y los Tenientes, los hombres del Club Tres de Octubre, que convivían con el presidente y frecuentaban el palacio, y que constituían una especie de «gabinete negro», un gobierno paralelo, no encontraban el momento adecuado. Había presiones para que se convocara la Constituyente. Vargas nombró el 15 de abril de 1932 una comisión para que elaborara un anteproyecto que debería ser sometido a la Constituyente, que habría de ser elegida el todavía lejano 3 de mayo de 1933.

La demora era cierta, pero los paulistas la consideraron un recurso y sintiéndose disminuidos por los interventores nombrados organizaron la llamada Revolución Constitucionalista. Comenzó el 9 de julio de 1932, y duró tres meses, hasta los primeros días de octubre. São Paulo fue derrotado por el Ejército y por las fuerzas policiales de Río Grande del Sur y Minas. El Tenentismo parecía victorioso, pero fue una victoria a corto plazo pues una vez hecha la Constitución, Vargas, que hasta entonces había gobernado con ellos, llegó a un acuerdo con la vieja oligarquía paulista y con las demás iniciando una carrera notable de éxitos políticos, marcada por el disimulo y la habilidad, actuando de acuerdo con sus intereses e imponiendo el juego por medio de una fina estrategia de compromisos, que hicieron de él el más sagaz de todos los jefes de Estado que Brasil ha tenido. La llamada Revolución Constitucionalista de São Paulo causó muchas víctimas y fue la primera manifestación contraria a su poder. São Paulo perdió, pues aunque los estados disponían de una Fuerza Pública, una policía bien equipada y aguerrida, ésta no podía enfrentarse a las armas federales.

Constitución de 1934

La Constitución fue retrasada por el dominio tenientista que la temía y que prefería continuar influyendo en el presidente, con la ampliación de la fase revolucionaria en sentido antioligárquico, pensando en el final del antiguo orden. Este dominio se frustró, pues la Constituyente fue elegida y comenzó su trabajo el 15 de noviembre de 1933, sobre un proyecto realizado por civiles y militares designados para ello. La Comisión partió del texto de 1891, en un intento de incorporar lo que el nuevo derecho estaba creando, ante un marco social y económico diverso, con mucho culto a lo ideológico, además de beber en otras constituciones, entre las cuales estaba la alemana de 1919 (la de Weimar) y la española de 1931.

La nueva Constituyente contaba con la novedad de tener 40 diputados designados, además de los 214 elegidos de forma ordinaria. Eran 18 empleados y 17 empresarios, tres profesionales liberales y dos funcionarios públicos. El Nuevo Código Electoral del 24 de febrero de 1932, establecía esa representación contraria a los políticos tradicionales y que fue motivo de alegría para los Tenientes radicales y para el Club Tres de Octubre y Vargas, que fue ciertamente su inspirador. Era una señal del reconocimiento de otro orden social y económico, como lo fue también la inclusión de capítulos o artículos sobre el asunto, derechos de los trabajadores, asistencia social y la inclusión de los Consejos técnicos, en reconocimiento de la necesidad de racionalizar el estado. La novedad causó protestas y fue denunciada como un tipo de corporativismo practicado por el fascismo. Otros, más agudos, veían en ello la injerencia del estado en el Legislativo o el deseo del gobierno de querer ser más representativo y de manipular las elecciones en el sector designado, lo cual era más fácil que en las generales.

El varguismo ya tenía su perfil, comenzado con la creación del Ministerio de Trabajo y la Ley de Sindicalización, de 19 de marzo de 1931. Era un grupo profesional al lado de los grupos políticos. La elección de esos diputados fue hecha después de la general, en 1933. Sólo los sindicatos organizados por el Ministerio de Trabajo tenían derecho a voto. Crecieron precisamente entonces para participar en el proceso. Se dedicaron a ello dos escritores que tendrían una gran actuación futura: Alceu Amoroso Lima, intelectual fecundo y líder católico, favorable a la pluralidad sindical, que era también la tesis del empresariado



Figura 9. Palacio de Guanabara, Río de Janeiro. Perteneció a la princesa Isabel y hoy es sede del Gobierno del estado de Río de Janeiro. (Fotografía de la colección del Archivo Nacional).

paulista, y Oliveira Viana, sociólogo y jurista, asesor de Vargas, favorable a la unidad y uno de los autores de la legislación laboral.

El grupo más activo fue el de los empresarios. Algunos de los empleados elegidos fueron cooptados por aquéllos, y pocos hicieron oposición al gobierno. La presencia del grupo sindical fue una victoria personal del presidente, y, en cierto modo, la única del Tenentismo en la Constituyente. Vargas quería establecer con ese grupo cierto equilibrio con la representación política dominada por São Paulo y Minas. El sistema no siempre dio buenos resultados, pues los elegidos representaban a sus áreas profesionales, pero también a sus áreas geográficas, como era natural. Los empresarios se empeñaron en la defensa de la acción del Estado y de la racionalización de sus actividades. En esa actuación puede verse el primer momento del Nuevo Estado.

El proyecto oficial fue la base de las discusiones. El centralismo del gobierno ya existía en la Constitución de 1891, pero fue todavía acentuado en la única reforma sufrida por aquélla en 1926. El debate

garantizaba la representatividad de los estados según su población, sin admitir límites. El Consejo Supremo sugerido por el proyecto no se aprobó y prevaleció el bicameralismo, que mantenía al Senado en la línea tradicional. Después de muchos debates, subsistió la elección directa del presidente de la República. Por influencia de la Liga Electoral Católica, el matrimonio continuó siendo religioso e indisoluble. Las novedades se referían al orden económico y social, como una expresión del siglo en el país y en el mundo, con la industria y el crecimiento urbano. Por primera vez, los trabajadores recibieron atenciones. También fueron tratados nuevos problemas como la familia, la educación, la seguridad nacional y la justicia electoral. Las discusiones fueron largas y el documento fue firmado el 16 de julio de 1934.

La nueva Constitución era innovadora respecto a la de 1891. Era minuciosa, como se puede comprobar en sus 187 artículos, en tanto que la anterior tenía sólo 91. Se estudió mucho para hacerla y reflejaba el nuevo derecho, así como las obras de juristas y constituciones posteriores a la Primera Guerra, la principal de las cuales era la de la República de Weimar, y el eco de la política ideológica reciente. En Brasil fue intensa la influencia fascista, como se ha visto en el caso de los integristas. Incluso los políticos considerados innovadores y representantes de las formas tradicionales no fueron inmunes a cierta seducción de la derecha, observable incluso en los Tenientes, que teóricamente eran de izquierdas. El hecho es visible también en los escritores, en un período en el que hubo muchos debates sobre las ideas y se editaron libros de naturaleza historiográfica, jurídica y sociológica. En un país sin una sólida tradición intelectual, con mezcla de ideas poco claras o incluso equivocadas, el pensamiento suele ser fluido y hasta contradictorio.

Los tiempos eran otros. Los sindicatos y las asociaciones profesionales estaban reconocidos. Los sindicatos tenían una autonomía teórica, aunque podían ser manejados por el gobierno a través del Ministerio de Trabajo. La ley garantizaba el salario mínimo, un trabajo de ocho horas, la prohibición del trabajo de los menores, el descanso semanal, las vacaciones anuales y otros derechos, anteriormente no reconocidos. Fueron regulados poco a poco. El sentido innovador de la administración estaba en los Consejos Técnicos, que actuaban junto a los Ministerios y al Legislativo. Se debían al ansia de mejorar los servicios públicos y las prácticas administrativas en consonancia con la

nueva sociedad y las ciencias sociales renovadoras e imponer la racionalización. Surgieron nuevas escuelas como las de filosofía y ciencias económicas, con sus diversos cursos, hasta entonces desconocidas y que eran una exigencia de la complejidad social. El deseo de superar la rutina comenzó en 1930, se acentuó en el Estado Nuevo y tuvo un desarrollo creciente hasta hoy día.

Otro asunto era la seguridad nacional, objeto de mucha atención en los debates y en el texto, que no se refería a la guerra, sino a su condición de instrumento para una política represiva, como se vio en la rebelión comunista y en el reconocimiento del autoritarismo. El tema fue acentuado por otras leyes y algunas enmiendas, previendo las perturbaciones del orden, que imponían a los militares o civiles servidores públicos penas por participar en movimientos considerados como subversivos. Era un nuevo lenguaje en ocasiones ingenuo y en otras amenazador, con un eco creciente y sospechoso. La marea derechista comenzó a tomar cuerpo. El Congreso, con falta de visión, votó medidas represivas, debido a maniobras del presidente elegido por el propio Congreso, Getulio Vargas. La Constitución de 1934 vivió poco más de tres años, pues el episodio comunista y la doctrina integrista dieron armas al gobierno, que tenía una fluidez superior a la de los parlamentarios liberales, de mínima o nula visión política. El Tenentismo ya no contaba. La victoria de Vargas, por elección indirecta del Parlamento, fue la última. A partir de ahí, con las Constituciones de los estados y la elección de casi todos los gobernadores (desapareció la expresión Presidente del Estado), significó el declinar de la corriente que tanto había influido. Desapareció pero no totalmente, pues gran parte de su programa sobrevivió con Vargas, que llevó a cabo casi todo su programa, aunque aliado entonces a los viejos políticos. Vargas era uno de ellos por el origen de su carrera, pero consiguió imponer muchos de los puntos de los antiguos tenientes, que habían perdido la posición oficial de la que gozaron de 1930 a 1932.

Derecha, izquierda, gobierno

La derecha estaba de moda en el mundo y no podía dejar de aparecer en Brasil. Surgió, de hecho, de modo episódico. Ya se ha recordado el agrupamiento de los católicos en torno a una doctrina por me-

dio de la revista *El Orden* y del *Centro Dom Vital*, en 1921 y 1922. Era frágil, ya que no se dirigía a las masas, pero tenía cierta importancia en el plano intelectual y fue el comienzo más claro de la derecha en el país. El mismo año del centenario surgió la Legión del Sur. La derecha ama palabras como Legión, Movimiento, Acción, más que Partido. Tuvo, sin embargo, sus Partidos en varios puntos. Así ocurrió con la Legión de Octubre, en 1930, en la capital y con ramificaciones en los estados, como en São Paulo y Minas. Hubo otras, como la Fluminense y la del Nordeste. La más organizada fue la Legión Liberal Minera. Todas son de 1930 y 1931. Oswaldo Aranha fue el pensador de la Legión de Octubre y también de la Legión Nacional Brasileña. Partía de un «plan ideal para un fascismo brasileño», que no se realizó en la práctica. Hubo otras como la Legión Cearense del Trabajo. Hubo acciones como la Acción Imperial Patria Nueva Católica, corporativa y monárquica, en 1928, con repercusiones. La Acción Social Brasileña, en 1930, en Río Grande del Sur se propuso crear el Partido Nacional Fascista, pero sin éxito. La más importante fue la Acción Integrista Brasileña, creada en 1932, que aunaba varias corrientes bajo nombres que tenían orientación derechista. Hubo también partidos como el Nacional Sindicalista, Fascista Nacional, Nacional Regenerador, Nacionalista de São Paulo, Socialista Brasileño y el Fascista Brasileño.

La máxima afirmación de la derecha radical fue la Acción Integrista Brasileña, fundada el 7 de octubre de 1932 por Plinio Salgado, un político poco conocido anteriormente, pero escritor muy activo, romántico, poeta y teórico del Modernismo. Participó en la Semana de Arte Moderno, ciertamente por error, pues no era un autor de sensibilidad realmente moderna como él mismo lúcidamente percibía, y denunció los peligros de la doctrina de la Semana. Fue biógrafo de Cristo, propagandista de ideas, escribió decenas de libros sobre política de su tiempo defendiendo las tesis antiliberales, conservadoras e incluso fascistas. Era un orador incansable y con cierto poder; conseguía la atención de los auditorios durante horas y fue un periodista constante y combativo, que escribió siempre. Realizó una obra inmensa, pero no escribió ningún libro importante, aunque ejerció mucha influencia. Algunos lo consideraban un pensador, un filosófo profundo, con juicio superficial, ya que no lo era en realidad, sino un doctrinario y un luchador que creía en sus ideas. Sus fuentes eran las clásicas de la derecha, entre las cuales fue importante la del portugués Antonio Sardinha,

ideólogo del integrismo lusitano, de quien tomó el nombre de su corriente.

Plinio fue el centro del integrismo, que creció bastante y llegó a tener centenares de millares de seguidores. Agrupó a las facciones derechistas y jugó un papel de liderazgo intelectual, en ocasiones importante y secundario en otras. Atrajo a los descontentos con el orden liberal. Fue un líder en las Fuerzas Armadas y en la Iglesia, y se atrajo a segmentos importantes de la clase media y de la burguesía por su sistemático anticomunismo. Aprendió mucho en su viaje a Oriente y a Europa, en 1931, en particular a la Italia de Mussolini, que fue su fuente principal. Publicó en marzo de 1931 el *Manifiesto de la Legión Revolucionaria*, escrito en París, en defensa de un estado fuerte y en el que tocó temas que explicaría mejor más tarde. En junio fundó el periódico *La Razón*. En esa época apoyó al Gobierno Provisional, aunque había estado contra Vargas en 1930. En Río tuvo muchos contactos con los Tenientes, que eran personas de ideología a veces caótica. Asumió las ideas parafascistas, que estaban entonces difusas en el país.

A comienzos del año siguiente creó la Sociedad de Estudios Políticos, que tuvo cierta actuación. De ella salió la Acción Integrista Brasileña. Estaba pensado para julio, pero la Revolución Constitucionalista lo impidió. La presentación quedó para octubre. El Estado Integral tendría que ocupar el lugar del Estado Liberal. Los principios fueron explicados ampliamente en muchos libros, sobre todo, en la *Psicología de la Revolución, Lo que es el Integrismo* y la *Cuarta Humanidad*. La doctrina se extendió lentamente en 1932 y 1933 en reuniones y manifestaciones en las que se produjeron choques y muertes. En 1935, debido a la propaganda comunista, la confrontación se radicalizó. El año 1936 fue conocido como «el año verde». Fue el año de la colaboración con el gobierno y el crecimiento de militantes. El año siguiente se celebró la campaña electoral para la sucesión, con dos candidatos fuertes, considerados liberales. Plinio también se presentó como candidato. Hizo campaña a partir de julio, aunque más que una campaña fue una conspiración, pues no creía en las elecciones ni las deseaba, ya que sabía que no estaba en condiciones de vencer. Se enfrentó a Vargas y a otros muchos de su estilo. A principios de noviembre retiró su candidatura, ya que estaba de acuerdo con el golpe que se dio con su apoyo. A pesar de su participación, Acción Integrista fue prohibida como si fuera un partido político. Vargas tomó la decisión sin oírlo.

El integrismo tuvo una rígida organización jerárquica, que se dividía en alas. Usaban uniforme, consistente en camisa verde con corbata negra, y su símbolo era la letra griega sigma, que hacía el papel de la cruz gamada en el nazismo. Adoptó un lema, «Dios, Patria y Familia», y un saludo, el brazo derecho levantado pronunciando la palabra «Anaué» de la lengua tupí, y un grito de guerra, «Usted es mi semejante». Tenía ceremoniales para el bautismo, matrimonio y entierros, en los que se usaban uniformes, ritos y palabras especiales. A la manera de los fascismos europeos, tenía su mística y un ritual severo, que se cumplía eficazmente. Los niños eran iniciados en el sentido de la jerarquía desde los cuatro a los 15 años. Recibían los nombres de infantes, vanguardias y pioneros. Debían obediencia a los superiores en una línea rígida y autoritaria. Posteriormente, todos se inscribían en las milicias, de curias, tercios, banderas y legiones. Con la energía que recibían a través de las instrucciones de los jefes, los seguidores no se echaban atrás ante la violencia. Los militantes llegaron a asustar a la población. Como tuvieron un éxito aparentemente fácil, creyeron en la victoria y en la toma del poder. El integrismo apoyó el golpe del Estado Nuevo. Había homenajeado a Vargas en comicios y desfiles. En realidad, Vargas los utilizó y, después, se deshizo de ellos. Al prohibir los partidos incluyó a Acción Integrista, a la que no le gustaba ser vista como un partido.

Algunos de los seguidores exaltados intentaron poco después dar un golpe, en marzo de 1938, capturaron a varias personas y ocuparon una estación de radio. Fueron vencidos y se rearmaron para hacer un nuevo intento, dos noches después, en mayo, con idea de ocupar el palacio Guanabara y derribar al presidente. La derrota fue más completa, con muertos y encarcelados. Los integristas no habían actuado solos, pues habían contado con la colaboración de otros opositores insatisfechos. Plinio no participaba en esas actitudes. Fue encarcelado y se retiró de la política. No era el líder místico y heroico que algunos seguidores imaginaban. El Estado Nuevo acabó con ellos. El jefe se exilió en Portugal de 1939 a 1945. En 1945 volvió de nuevo a la política. Fundó el Partido de Representación Popular. En 1955 fue candidato a la presidencia de la República y consiguió un cierto número de votos, un 8 % del total. No era el jefe que se imaginaba la derecha del país. Arrogante en los momentos de éxito, era un simple seguidor de órdenes oficiales en los momentos adversos. Así terminó su carrera

como simple diputado. Dejó constancia de su pensamiento, poco original, pero eficaz en su propagación, y atrajo a amplios sectores de la población durante algunos años, para al final consumirse como un político más en la Cámara de los Diputados. Acción Integrista fue un episodio digno de notarse en la trayectoria política de un pueblo que no contaba con momentos importantes y que, en general, estaba adaptado al orden vigente. Aquí representó la ascensión de la derecha en el mundo, pero no consiguió imponerla. Vivió intensamente de 1932 a 1937 y, luego, desapareció. La derecha buscó otras posibilidades, a veces con éxito, pero sin la nota fuerte del integrismo de aquellos pocos años.

El Partido Comunista procedía de 1922. Tuvo un desarrollo lento y no conoció el impulso de las organizaciones derechistas. Fue obstaculizado por la represión, que nunca cesó, al contrario de lo que ocurrió con el adversario, no sólo apoyado, sino incluso festejado por el poder, con el cual tuvo contactos en muchas ocasiones. La represión era un obstáculo serio, pero también lo era el sectarismo de los militantes, que adoptaban ciegamente las órdenes venidas del exterior, de la III Internacional o Komintern, que provenían de personas sin ningún conocimiento de los problemas nacionales. Dependían de esquemas preparados para pueblos que estaban en diferente situación. El Partido estaba tan alienado que llegó a imprimir un periódico informativo o doctrinario que no podía circular, ya que estaba dirigido a los órganos superiores del comunismo en Europa. Con tantas limitaciones, era natural que no creciese. Después de 1930 intentó organizarse mejor, al entrar Brasil en una nueva fase. Consiguió inscribir en sus filas a una figura del prestigio de Luis Carlos Prestes, que rechazó lo ocurrido en 1930, aunque sin adoptar todavía el comunismo. La principal manifestación pública de la izquierda radical fue la Alianza Nacional Libertadora. Reunió lo que quedaba del Tenentismo, corrientes izquierdistas, pequeños sectores de la burguesía y de la clase media y algo del proletariado, que no tenía organización. La clandestinidad obligada no permitió una acción coherente y continua. La mayor parte de la población se contentaba con una Constitución federal, constituciones para los estados y gobiernos elegidos. Vargas capitalizó lo conseguido y pretendió todavía más: una legislación que limitaba las manifestaciones populares, que culminó en la Ley de Seguridad Nacional, de 30 de marzo. Por otro lado, la derecha se extendía en Europa, con

regímenes victoriosos en varios lugares, que como aquí, contaban con el apoyo decisivo de la burguesía, la Iglesia y el ejército. Ante esta situación, surgió la idea de crear una fuerza de izquierda que aglutinara a los sindicatos, las asociaciones y los pequeños partidos. Se pensaba que debía tener ámbito nacional y estar destinada a la lucha por las causas del izquierdismo, contra el gobierno y el integrismo, por medio de huelgas, asambleas y propaganda.

Los preparativos se hicieron a lo largo de abril de 1935 y el día 30 de ese mes, en asamblea pública, se anunció la comisión directiva, se leyó el manifiesto y se proclamó a Luis Carlos Prestes presidente de honor. Éste, como se ha visto, había sido la estrella de los tenientes, su figura de mayor prestigio popular a causa de la Columna de 1925 a 1927. En Bolivia y en Argentina –donde había fundado en 1930 la Liga de Acción Revolucionaria que pretendía una revolución agraria y antiimperialista, que no llegó a tener repercusión y pronto desapareció–, después de la larga marcha fue buscado por políticos deseosos de contar con su apoyo para la Alianza Liberal y otras causas, lo que él rechazó. Fue buscado también por otros, deseosos de adoctrinarlo en el socialismo, y fue más receptivo a ese mensaje, como se deduce de su crítica a la Alianza en mayo de 1930. Después, fue a la Unión Soviética, pero no entró en el partido hasa 1934. Allá vivió pocos años y volvió a Brasil en abril de 1935, designado para organizar lo que él consideraba la «revolución nacional y antiimperialista».

El 5 de julio de 1935 presentó su manifiesto. Trataba de la bandera de la libertad nacional y se pronunciaba contra el imperialismo y el fascismo. En sucesivos pronunciamientos apoyó la reivindicación de protección a los trabajadores, la asistencia a los accidentados, la reducción de horarios, la protección a la mujer y a los niños, salarios, vacaciones, alojamientos y otras ventajas ya solicitadas por el Tenentismo. La consigna era un «gobierno popular, revolucionario y antiimperialista». Se pedía la nacionalización de las empresas extranjeras, la suspensión definitiva del pago de la deuda externa y la entrega de las tierras a los trabajadores sin tener en cuenta a los propietarios. La Alianza se presentó al 30 de marzo, pero, oficialmente, fue registrada el 15 de julio y tuvo que actuar en la clandestinidad hasta octubre. Los delegados brasileños en la reunión de la Internacional Comunista en agosto, en Moscú, consideraban que Brasil estaba maduro para la revolución, con lo que ponían de manifiesto su desconocimiento de la realidad. Prestes

ya estaba aquí y no participó en el encuentro. En la misma reunión se comprobó su prestigio al ser nombrado miembro de la comisión ejecutiva de la Internacional, al lado de Stalin, Bela Kun, Dimitrov, Thorez, Togliatti, Dolores Ibarruri, Mao Tse Tung y otras figuras del socialismo radical en el mundo. La Alianza Nacional Libertadora, a pesar de contar con muchas adhesiones, no tenía perspectivas en un Brasil conservador y tímido, sojuzgado por la legislación represiva que Vargas había conseguido del Congreso. Se planeó un estallido revolucionario, señalado para el día 27 de noviembre. A causa de la desorganización existente se celebró el día 23 en Natal, por motivos locales. Un batallón se levantó y consiguió la victoria, proclamando una «junta de obreros y soldados». Igual que la derecha brasileña repetía los patrones europeos, la izquierda hacía lo mismo, utilizándolos con motivo o sin él. La reacción fue rápida y a los pocos días los rebeldes fueron detenidos. El día 25 le tocó el turno a Recife, donde se levantó un batallón que luchó en solitaro y que tuvo que retirarse hacia el interior, donde algunos de sus miembros fueron detenidos. A pesar de la derrota del nordeste, el mando de la Alianza ordenó el levantamiento en Río de Janeiro el día 27. Se produjo en varios puntos de la ciudad, que pronto fueron derrotados. Sólo consiguió resistir el regimiento de Playa Roja, pero a las pocas horas fue vencido y se entregó. Hubo muertes en los dos bandos y no se obtuvo ningún resultado.

Lo peor fue que la lucha afectó todavía más a los conservadores y al gobierno, que aprovechó la sublevación mal articulada para pregonar el peligro del comunismo y la necesidad de su represión. Los responsables fueron detenidos y juzgados con severidad por el Tribunal de Seguridad Nacional. Prestes fue detenido en marzo de 1936 junto con su esposa y abundante documentación comprometedora, que sirvió para otras muchas detenciones. Era un conspirador al que le gustaban las actas y documentos. Además de su fracaso, el episodio conocido como «intentona comunista» dio base al gobierno para continuar en su línea de autoritarismo creciente. A Vargas le sirvió como el mejor argumento para justificar su conducta y estableció un régimen autoritario, antiliberal con moldes de la derecha, en una actuación premeditada. Los aliancistas dieron motivos para que la reacción instituyera el Estado Nuevo.

Al hablar de ideologías hay que mirar al propio gobierno. Vargas inició en 1934 un nuevo mandato, en ese momento como presidente

electo. Ciertamente no era la situación deseada, ya que hubiera preferido gobernar como antes sin ningún texto que lo limitase tanto, sin un texto de la naturaleza de aquél, demasiado liberal para su concepto de estado, que estaba en la tradición positivista y que pasaba por Julio de Castilhos y Borges de Medeiros y con fuerte presencia militar. Tuvo que constituir un nuevo gobierno pactándolo con las fuerzas que le habían apoyado. Los tenientes ya no contaban. El presidente volvía a actuar con los políticos con los que había convivido siempre y a los que él mismo encarnaba. La situación no era fácil. El país estaba siendo trabajado por la derecha y por la izquierda con otro lenguaje distante del tradicional. Además, debía pensar en la elección directa para la presidencia —la suya la había realizado el Congreso—, y sabía que iba a ser muy disputada. Como tenía que haber elecciones para las constituyentes de los estados, también era preciso pensar en el problema, de modo que con su influencia pudiera marcar los caminos futuros. Había problemas financieros importantes con la deuda externa y la necesidad de regular el comercio exterior. El esquema de Aranha de febrero de 1934 trataba la deuda y señalaba dificultades que tenían que ser superadas.

La vida financiera le preocupaba, pero la efervescencia política, todavía más. Trató de fortalecer el Estado, defendiéndolo de huelgas y otras agitaciones sociales. Para ello contaba con ministros eficientes y con un Congreso sumiso. Los delitos contra el orden político y social fueron definidos en la severa Ley de Seguridad Nacional, sancionada el 4 de abril, que quitó muchos contenidos del texto básico de 1934. Tuvo que recomponer la Administración y alejó al general Goes Monteiro del Ministerio de Guerra, que había sido un elemento decisivo en la preparación de 1930 y posteriormente, así como en ese momento en la imposición y deposición del Estado Nuevo. Era un militar atípico, excesivamente activo, pero también, demasiado extrovertido, de forma que creaba muchas dificultades. Habrá sido el soldado brasileño que más hablaba, aunque también, si no el que más actuó, al menos uno de los más activos en la creación y solución de problemas. São Paulo ya no presentaba problemas, como antes, pero sí presentó algunos Río Grande del Sur debido a la actuación de Flores da Cunha, gobernador del estado, que pretendía dictar normas no sólo en los límites de su estado, sino en todo el país. El presidente quería saber y decidir en todo.

En ese clima se desarrolló la campaña sucesoria de 1937. Vargas, de hecho, deseaba continuar, no quería que lo sucedieran. Vio surgir las candidaturas. El gobernador de São Paulo, Armando de Sales Oliveira, hasta ese momento coordinado con él, se presentó como candidato y pronto consiguió la adhesión de la mayoría de la oposición. Vargas preparó su candidato, alimentó las ilusiones de algunos y acabó fijándose en un nombre ligado anteriormente a los tenientes y que había sido ministro suyo, José Américo de Almeida, de Paraíba. Vargas explotaba las disputas internas de los estados con habilidad para quedar bien con todos, aunque tuviese sus preferidos. Río Grande del Sur y el Distrito Federal eran problemáticos. São Paulo y Minas no lo eran, sobre todo Minas, que estaba en su onda política. El minero Antonio Carlos, presidente de la Cámara de los Diputados, le resultaba sospechoso por su natural fuerza. Vargas manejó su sustitución por otros dos mineros, el gobernador Benedicto Valladares y el diputado Pedro Aleixo, elegido presidente de la Cámara con una pequeña ventaja sobre el anterior considerado incómodo.

Era tal la obsesión anticomunista que llegó a repetirse en pequeña escala el episodio de Canudos y Antonio Conselheiro. En Ceará hubo un episodio mesiánico en un lugar llamado Caldeirao con el santón José Lourenço y sus humildes seguidores. Alegando que entre ellos había algunos comunistas escapados de Río Grande del Norte, fuerzas del estado desbarataron la reunión con apoyo del Ejército y se produjeron muchas víctimas. La alegación de que protegían a forajidos comunistas fue la justificación para alejar a Flores da Cunha, lo que acabó consiguiendo después de muchos expedientes.

Consiguió que se designara a José Américo Almeida como candidato a la sucesión, considerado ahora como favorable al poder federal, en tanto que a Armando de Sales Oliveira se le consideraba como opositor. También fue candidato Plinio Salgado, que acabó alejándose de la disputa. José Américo no era el ideal pues hizo una campaña muy crítica sobre la situación, más que el considerado opositor. Vargas se inclinó hacia el golpe, que era también la actitud de militares notables, de algunos políticos y de gobernadores de estado. Para completar la situación apareció un plan comunista, el Plan Cohen, que era un documento preparado por militares e integristas en el cual se planificaba el camino que tenían que seguir los rojos para conquistar el poder. Fue un procedimiento típico de la derecha, con matices antisemi-

tas. El plan lo hizo el capitán Olimpio Mourao Filho, del Estado Mayor del Ejército y del Servicio Secreto de Acción Integrista. Dutra y Goes Monteiro se lo presentaron a Vargas que encontró en ello la pieza esencial para el golpe.

El anticomunismo funcionó una vez más, justificando el estado de guerra, aprobado por el Legislativo, con base en una impostura. Se produjo un proceso irregular, detenciones generalizadas y falta de respeto a la ley. Flores da Cunha fue forzado a dimitir. El falso Plan —uno de los ejemplos más célebres de falsificación— tuvo una gran divulgación de los órganos oficiales. En realidad, se trataba de preparar el golpe para derribar al liberalismo e instaurar a la derecha bajo forma de corporativismo. Fue una variante del fascismo, que colocó al país en el clima entonces dominante en el mundo.

El Estado Nuevo

Aunque no duró mucho, de 10 de noviembre de 1937 a 29 de octubre de 1945, poco menos de ocho años, fue una de las fases que marcó la historia nacional. En él se afirmó la personalidad del presidente Getulio Vargas, que como se ha visto lo había preparado lentamente. Además, se rodeó de un gobierno con nombres importantes, pues sabedor de su fuerza, no establecía acuerdos con figuras de poca importancia, como se da en el caso de gobernantes inseguros. Creó un régimen que no era original, pues estaba en consonancia con la moda derechista. Se nutrió de los modelos europeos reales y teóricos, de las doctrinas portuguesa, española e italiana de la derecha, así como de los gobiernos de Mussolini y del corporativismo portugués de Salazar, que asumió el cargo de ministro en 1926 e institucionalizó lo que llamó el Estado Nuevo en 1933, así como del ejemplo polaco de Pilsuldki, que gobernó desde 1926. No le faltaron antecedentes inmediatos por no hablar de los remotos, reaccionarios o tradicionalistas del siglo XIX y de antes.

Más que de esos ejemplos universales, se nutrió de la herencia gaucha. Vargas fue el realizador en el plano nacional de la política desarrollada en su estado de Río Grande del Sur durante la República. Ya se ha recordado que el positivismo fue uno de los fundamentos de la República brasileña, sobre todo, en su doctrina sobre la escuela mi-

litar. Uno de los profesores de la Escuela fue Benjamín Constant Botelho de Magalhaes, que tuvo una notoria influencia sobre sus alumnos, que formaron la oficialidad que se rebeló contra la monarquía y se mostró favorable al nuevo régimen. Cuando se pensó en dar forma a éste, ellos no quisieron el modelo liberal americano ni el modelo francés de 1789, sino que prefirieron la autoridad fuerte pensada por Augusto Comte, la dictadura republicana o la sociocrática. En la primera Constituyente la defendieron los gauchos, sobre todo, Julio de Castilhos. No consiguieron imprimir esa tendencia en la Constitución de 1891, que siguió el modelo americano. Consiguieron, sin embargo, imponer el modelo en la Constitución de Río Grande del Sur, que se distanció de las líneas generales de la federal, llegando a negarla. Este Estado tenía una existencia propia dentro del marco brasileño. Allí el presidente del Ejecutivo era todo, pues el Legislativo tenía una función casi ornamental, sin capacidad de iniciativa.

Castilhos murió pronto, pero dejó como heredero a Borges de Medeiros, que fue elegido cinco veces. Las luchas sociales fueron intensas —ya lo eran en el imperio, con fuerzas bien equipadas por ser zona de frontera y sede de la mayor concentración militar—, crearon un tipo especial de vida en el país, de carácter casi folklórico, ya que los gauchos tenían mucho en común con los vecinos rioplatenses que tendían a un poder autoritario simbolizado en un caudillo. Entre las constantes disputas regionales, las más notables fueron las de los gauchos entre republicanos y federalistas. Aquéllos consiguieron más victorias. Vargas y su clan familiar ayudaron a los republicanos. Los políticos sureños se formaron a su sombra. Vargas estuvo siempre a su lado como diputado del estado y federal, como ministro de Hacienda que hablaba en nombre del presidente de su estado y, después, con él mismo en la presencia del estado. La política de Río Grande del Sur no seguía las «de los Estados» o «de los gobernadores» institucionalizada por Campos Sales, sino la opuesta. No daba la aprobación a los candidatos paulista o mineros. Aunque no tuviere la presidencia de la República, en realidad, tenía peso en el plano federal, actuando, sobre todo, a través del senador Pinheiro Machado, la figura más fuerte del Senado, que influía en los asuntos generales, en tanto que el otro liderazgo era el de Rui Barbosa, que estaba casi siempre en la oposición.

A pesar de la muerte de Pinheiro Machado en 1915, el estado continuó teniendo influencia. Borges de Medeiros tenía enemigos lo-

cales importantes, que poco después consiguieron anular su continuidad. La revolución de 1923 fue, sobre todo, contra la reelección, lo que llevó a intervenir al presidente Arturo Bernardes. Se consiguió un acuerdo entre las fuerzas adversarias, las de Borges de Medeiros y las de Assís Brasil. El asunto terminó en una reforma de la Constitución, la de 1926, la única que hizo más rígido el marco legal y debilitó el poder de los estados, aumentando el del jefe de la República. Otro rasgo del positivismo del sur fue una cierta atención a los trabajadores y a la vida económica, lo que significó una intervención desconocida en el resto del país. Uno de los principios de Comte, como es sabido, era el de la incorporación del proletariado a la sociedad. No era una práctica revolucionaria, sino conservadora, pues tutelaba a los trabajadores como se hacía en el sur.

La llegada de un gaucho al poder federal en 1930, con un perfil como el de Getulio Vargas, tuvo un significado que iba más allá del simple cambio en la jefatura de gobierno, pues él trajo una tradición y quería institucionalizarla. La proximidad de Vargas a los tenientes se explica, en gran parte, por el antiliberalismo de los oficiales, que deseaban una política diferente con cierto sentido social que hasta entonces no había sido practicada. Muchos de los oficiales eran positivistas, aunque el pensamiento de Augusto Comte no era simpático a los militares. Vargas se entendía mejor con ellos que con los viejos políticos, aunque él siempre fue un político, pero de corte gaucho. Llegó fácilmente a acuerdos con los tenientes y con ellos gobernó de hecho hasta la Constituyente de 1933 y la Constitución de 1934. Después, gobernó con los políticos y alejó a los viejos compañeros por imposición general y por su interés particular, pues de este modo pudo afirmarse plenamente. En los choques ideológicos entre derecha e izquierda tendió hacia la derecha, que predominaba en el mundo. Manejó al Congreso para conseguir una legislación represiva contra la izquierda. También la usó contra la derecha cuando le convino. De 1934 en adelante, el presidente ya era un hombre determinado, con un programa que aplicó con obstinación. La campaña por la sucesión en 1937 fue escamoteada por él y llegó fácilmente hasta el golpe del 10 de noviembre de 1937. Fundó el Estado Nuevo, con apoyo de buena parte del Legislativo y de la mayoría militar, así como también del pueblo, que había sido preparado por la campaña integrista contra el sistema liberal. La sucesión no podía seguir adelante. La candidatura llamada oficial era

torpedeada por sus bases. A la integrista de Vargas no le gustaban las elecciones y la oposición no disponía de fuerza para luchas en solitario. El golpe fue preparado lentamente, con medidas represoras de todo tipo, aprobadas por el Congreso. Los militares prepararon el plan Cohen, que era una falsificación para justificar las arbitrariedades. Los gobernadores lo aprobaron. Se señaló como fecha para el golpe el día 15 de noviembre que sufrió una prudente anticipación. El día 10 el Congreso fue rodeado, paradójicamente, con el apoyo de muchos de sus miembros. El gobernador de Río Grande del Sur fue forzado a renunciar después de impedírsele actuar. Los de Pernambuco y Bahía fueron forzados a renunciar como protesta antes de ser depuestos. Los partidos fueron prohibidos el 2 de diciembre, incluso la Acción Integrista. El mismo día 10 Vargas anunció a la nación la medida, que, según él, había tomado forzado por el clima de inseguridad creado por los subversivos.

Leyó a todos la nueva Constitución, que estaba en la línea fascista de otros documentos de la época. Había sido redactada hacía algún tiempo por el minero Francisco Campos y fue aprobada por los militares, los políticos conservadores o retrógrados, sectores de la alta burguesía, gobernadores y por el jefe verde Plinio Salgado. Las protestas fueron veladas, pues la censura impedía cualquier manifestación. Algunos de los principales líderes fueron detenidos o se exiliaron. En cuanto a contestación armada, sólo se produjo la integrista en marzo y en mayo de 1938, que fue rechazada en seguida. En el éxito de la represión contó la violencia del jefe de policía, Filinto Muller. Recurrió a la tortura y eliminó a mucha gente, sin hablar de los dados como desaparecidos. Fue una época policial que no tenía antecedentes en el país y que sólo fue igualada por el régimen de excepción instituido en 1964. Brasil iba a entrar en una nueva fase en la que permaneció ocho años. Fue un período decisivo en su trayectoria, como se verá más adelante.

Su constitución fue hecha con buena técnica jurídica y tenía que ser aprobada por el pueblo en un plebiscito. Éste nunca fue convocado. En el caso de ser aprobada, habría que crear una nueva estructura de gobierno y de representación distinta de la antigua integrada por el Senado y la Cámara. Ese Legislativo no llegó a existir. En el ocaso del régimen, en febrero de 1945, la enmienda número nueve dispensó el plebiscito y convocó al Parlamento en su forma tradicional. Vargas or-

ganizó el poder a su manera, en la que sólo funcionaba el Ejecutivo, aprovechándose del momento internacional, ya que estaba seguro de que habría una nueva guerra, como, de hecho vino después en 1939. Interfirió en la vida de los estados, nombrando los interventores. En realidad, destruyó la Federación, aunque el artículo 3.° afirmase que «Brasil es un Estado federal». No lo era. Un símbolo de esa negación fue la quema de las banderas de los estados, que tenían banderas, himnos y emblemas. En ese momento sólo contaba la nación y no sus unidades político-administrativas. La federación también se vio limitada por la supresión de los impuestos interestatales, que eran instrumentos de gran valor económico para los estados. Las fuerzas públicas regionales pasaron a ser severamente controladas por el Ejército.

Sometió totalmente a los sindicatos, que en realidad carecieron siempre de autonomía, aunque la ley lo afirmase. Los sindicatos fueron útiles instrumentos de maniobra del ministro de Trabajo, que creó la figura del trabajador agente del gobierno en el medio obrero, que cobraba por servir a los intereses oficiales. La existencia de la unidad sindical y, posteriormente, del impuesto sindical obligatorio reforzaron esa figura básica en el Estado Nuevo y en la política personal de Vargas. Siempre apeló a ellos de modo que se hizo conocido como su protector o «padre de los pobres». Con un amplio servicio de propaganda en los periódicos y en la radio, con sus retratos en todos los locales, con sus charlas ampliamente divulgadas, con biografías exaltadoras se convirtió en el jefe, casi como el Duce en Italia, el Führer en Alemania y otras autoridades de regímenes radicales de derecha o de izquierda. Si el aparato de endiosamiento personal del jefe y la violencia policial eran las notas fascistas del período, el régimen no era sólo eso.

El Estado Nuevo fue fuerte, antidemocrático, pero tuvo el lado de las grandes realizaciones materiales, con el principio de la modernización del aparato administrativo, el programa de desarrollo económico y una legislación social. Hay que distinguir inicialmente lo económico. El estado intervino cada vez más en la economía. Esa intervención había comenzado débilmente al principio del siglo, cuando ni siquiera la ideología liberal la impidió. La protección del café, principal riqueza y en situación de superproducción, exigió el control del gobierno para garantizar los precios y el mercado, lo que se tradujo en el Convenio de Taubaté, de 1906, entre los tres mayores estados productores, São Paulo, Minas Gerais y Río de Janeiro, que fue asumido por el gobierno

federal. Se crearon órganos especiales para su protección como el Instituto de Defensa Permanente del Café en 1922, de ámbito federal, que fue sustituido por el Consejo Nacional del Café en 1931. A causa de una producción creciente el poder público tuvo que ser más enérgico, ya que no sirvieron las prácticas de valoración adoptadas antes de 1930. El país tenía entonces inmensos depósitos y necesitaba defender el precio, su posición y la de los productores, amenazados por la crisis económica de 1929, que afectó a los grandes consumidores.

Al comienzo, el gobierno adoptó una política atrevida. Para garantizar los precios ordenó la disminución de los depósitos. De 1931 a 1939 se destruyeron 80.000.000 de sacos (cada saco contenía 90 kilos), que fueron quemados o arrojados al mar. Nunca se había visto nada igual en el país y en el mundo. Fue una práctica chocante, un escándalo universal, que supuso la destrucción de millones de kilos de un artículo consumido en gran parte del mundo. Entonces fue más censurada que alabada, pero hoy se ve de otro modo. De hecho, la medida alivió la situación y garantizó el precio del producto. Quien mejor ha estudiado la situación fue el historiador Celso Furtado. Según él, el procedimiento hizo de Brasil el pionero en la práctica de una política anticíclica. Todavía no se conocía la defensa de las inversiones públicas para evitar el subempleo, que Keynes presentó en 1936, en su obra clásica *La teoría general*... La administración brasileña la adoptó con resultados positivos. Los efectos de la crisis general fueron menos sensibles en Brasil, precisamente por la garantía de los factores productivos. Amparando el café se protegía toda la actividad económica, ya que estaba ligada a aquél. Fue, sin embargo, la privatización de los beneficios y la socialización de las pérdidas, según una fórmula certera del economista [1].

No sólo el café mereció la atención oficial. El problema del café contribuyó a la diversificación de la agricultura, que empezó a cultivar otros productos. El pequeño capital nativo fue empleado en otras actividades, no sólo agrícolas sino también industriales. Los recursos obtenidos del café se emplearon en el desarrollo de la industria, pues el temor de que hubiese más crisis cafeteras condujo a invertir en ella. El

[1] Furtado, C., *Formaçaõ econômica do Brasil*, Río de Janeiro, Editora Fundo de Cultura, 1959, pp. 196, 207-226.

Estado Nuevo conoció un brote vigoroso en ese sector. El país continuó sus negocios, se mantuvo el empleo y decrecieron las importaciones. El país producía cada vez más lo que necesitaba. Fue un desarrollo provocado por la sustitución de las importaciones y acentuado por las dificultades de la guerra, ya que las naciones más desarrolladas no podían exportar por estar ocupadas en el conflicto. La dependencia del exterior, sin embargo, continuó en relación con los combustibles, el trigo, los productos químicos, los medicamentos, los vehículos, los motores y otros productos de elaboración compleja. Las dificultades de importación y la fuga de capitales extranjeros impidieron la entrada de manufacturas, que tuvieron que ser producidas aquí. Poco a poco, se pasó de producir bienes de consumo a generar bienes productivos, utilizando máquinas, en una fase más avanzada. Ayudó a ello la promulgación, en julio de 1934, de los Códigos de Minas y de Aguas, que hacía mucho tiempo que habían sido solicitados, pero que fueron obstaculizados por el régimen de propiedad instituido por la Constitución de 1891. La de 1934 volvió a considerar el subsuelo como nacional, como ocurría en el derecho portugués durante la colonia o en el brasileño del imperio, que fue negado por la concepción liberal de los primeros republicanos constituyentes. En este momento, con los Códigos el subsuelo se convirtió en patrimonio de la Unión. El aumento de la producción industrial fue considerable. Produjo más empleo y mayores rendimientos. Desde 1938, la renta industrial era superior a la de la agricultura, desmintiendo la vieja sentencia de que Brasil era un país «esencialmente agrícola». El hecho no significó, por supuesto, la desaparición de la agricultura. Por el contrario, aumentó en cantidad y calidad a causa de las investigaciones del Ministerio de Agricultura y de los servicios especiales de protección, tanto en el ámbito federal como en los Estados y municipios. Las universidades y otros centros de investigación también prestaron atención a los trabajos de cultivo, lo que produjo la elevación del nivel técnico y como consecuencia una mayor producción y productividad. El café tenía la competencia de América Central y de América del Sur, así como de África, pero se siguió cultivando en gran escala. No sólo se trabajaba el café, sino que también se elevó el rendimiento de la caña de azúcar, arroz, tabaco, maíz, judías, mandioca, soja, así como de frutas que antes el país importaba, como peras, manzanas y uvas.

Dejando a un lado la industria de bienes de consumo, siempre creciente, el período se caracterizó por una atención especial a la in-

dustria pesada. La idea de una industria nacional menos dependiente venía del Tenentismo, que la consideraba muy importante. Tal era el caso de la industria siderúrgica, que venía siendo pedida, al menos, desde 1910, cuando se reveló al mundo la enorme riqueza del país en mineral de hierro. El descubrimiento despertó las ambiciones internacionales, como se vio en el proyecto de conseguir el mineral por parte de un grupo inglés-americano conocido como Itabira Iron, controlado por el empresario Percival Ferquhar. El gobierno federal de Epitacio Pessoa estaba dispuesto a llegar a un acuerdo, que fue obstaculizado por el presidente del estado de Minas, Arturo Bernardes. Éste tenía una visión nacionalista y quería que se instalaran en el país las industrias siderúrgicas, preferentemente, en Minas, y no que se exportara el mineral. Como Bernardes pasó del gobierno de Minas al de la República, el asunto no prosperó hasta 1926. La campaña nacionalista sensibilizó al país y fue uno de los puntos esenciales del Tenentismo

Cuando Vargas asumió el poder, aparecieron nuevas dificultades. Él pensó en una gran siderurgia en el país y no en exportar el mineral. Se dedicó a este asunto, sobre todo después de 1937, y negoció la financiación con Alemania y Estados Unidos, aprovechándose de las dificultades de ambos países ante la próxima guerra. Acabó por obtener los recursos deseados por parte del capital.americano. Estados Unidos necesitaba el mineral y suministraron lo necesario para la construcción de una gran factoría, que se construyó en Volta Redonda, en el estado de Río de Janeiro, por la facilidad de importar carbón. Era el carbón nacional del sur del país o el extranjero. Minas tenía hierro, pero no carbón. La creación de la Compañía Siderúrgica Nacional en 1941 fue uno de los grandes actos del régimen. Ya había siderúrgicas como la Belgo-minera de 1921 y otras menores, pero ahora el país emprendió la creación de una gran industria de base, en un momento en que el estado se arrogó el papel de empresario. El país no tenía capitales importantes y los ahorros privados eran reducidos, por lo que el estado tuvo que convertirse en agente económico. El gobierno había creado en 1940 la Comisión Ejecutiva del Plan Siderúrgico. Creó también, en 1922, la compañía Valle del Río Dulce para la exportación de mineral como consecuencia del acuerdo hecho con instituciones financieras de capital americano e inglés para construir Volta Redonda. Hubo otras iniciativas públicas como la Fábrica Nacional de Motores, con la finalidad de equipar aviones para la guerra. No se cumplió el objetivo, pero

se dedicó a la reparación de motores. Más tarde, fabricó camiones y vehículos pesados, al principio con muchas piezas importadas hasta que alcanzó la producción integral autónoma. Otra iniciativa de 1941 fue la Compañía Nacional de Alcaloides para fabricar sosa cáustica, indispensable para la industria química, lo que fue posible por la superproducción de sal, producto que se importaba hasta 1936. El país empezó a tener cemento en las cantidades requeridas, mientras que anteriormente tenía que importarlo casi todo. Las conquistas en el sector industrial fueron notables. La industria de bienes de producción puede decirse que comenzó en este momento. La de bienes de consumo venía de antes, pero conoció un gran aumento. Fue un gran despegue industrial, que instauró un sistema económico importante no sólo en lo cuantitativo, sino también en lo cualitativo.

La estructura administrativa tenía que adaptarse a las nuevas exigencias de la economía. Ya existían anteriormente el Instituto del Azúcar y del Alcohol y el Departamento Nacional de Producción Mineral, de 1933, pero el Estado Nuevo contribuyó a dotar al gobierno de órganos de asistencia técnica o incentivadores de la actividad económica. En 1938, se creó el Instituto Nacional del Mate. En 1939, el Consejo del Petróleo y el Consejo de Aguas y Energía Eléctrica. En 1940 se creó el Consejo del Gasógeno, el de Minas y Metalurgia, la Comisión Ejecutiva del Plan Siderúrgico, el Instituto de la Sal y la Superintendencia de Abastecimiento del Valle Amazónico. En 1941, la Comisión de Combustible y Lubrificantes y el Instituto del Vino. En 1943 se creó la Fundación Brasil-Central. En 1944, la Comisión de Industria de Material Eléctrico y la importante Comisión de Planificación Económica.

La creación de esos servicios se impuso para dirigir el poder político e incentivar y orientar la iniciativa privada, no siempre dirigida a nuevos sectores. Se hicieron comunes palabras como plan y planificación. Se crearon servicios con esos nombres en todos los escalones administrativos. Fue la búsqueda de racionalidad para los problemas económicos. Todo ello puede encontrarse en los libros, estudios e informes, así como en los trabajos de las Misiones Técnicas. Estas últimas eran órganos brasileños de carácter federal, de estado o municipal, que funcionaban al lado de asociaciones profesionales y que se reunían en congresos y conferencias para fijar la línea de conducta. Eran también órganos internacionales, pues las dificultades de la guerra impo-

nían las acciones comunes. El país recibió misiones extranjeras como Cooke, Abbink y Boham.

En la Comisión de Planificación Económica, creada en 1944, se discutió mucho la planificación de la industria, como se vio, sobre todo en el debate entre el industrial Roberto Simonsen y el economista Eugenio Gudin en 1944. Uno defendía la política industrialista y un dirigismo racional, y el otro, liberal típico, censuraba las iniciativas públicas y hacía la apología de la empresa privada con todas sus implicaciones de dependencia del exterior. En definitiva, era la lucha entre la burguesía nacional, defensora del capital nativo, y la burguesía cosmopolita, integrada en el sistema económico internacional. En el plano teórico fue el choque entre la ortodoxia económica, que pretendía la ejecución integral del pensamiento elaborado en los centros dominantes, y las nuevas explicaciones surgidas de la inadecuación entre aquel instrumento político y la realidad de los países subdesarrollados, que buscaban y a veces encontraban la fórmula apropiada a sus peculiaridades.

Fue famosa la controversia brasileña sobre el desarrollo económico, incentivada personalmente por el presidente. Condujo a políticas equivocadas, con un falso desarrollo resultante de la producción a ciertos sectores en detrimento de otros, que enriqueció a mucha gente y agravó los desequilibrios sectoriales y regionales. Se cometieron excesos que desincentivaron el trabajo individual, lo que exigió correcciones. Ciertamente, esa política tuvo la virtud de sacudir la economía brasileña y la de otros países latinoamericanos, sobre todo después de 1948, cuando se creó la CEPAL, Comisión Económica para América Latina, que fue la autora de todo un arsenal explicativo de las peculiaridades del continente. Su pensamiento marcó una época y alertó la conciencia crítica. Tuvo que ser corregida no tanto por sus errores naturales, sino por el rumbo que tomó la economía mundial después de la Segunda Guerra Mundial.

Otro aspecto del Estado Nuevo que hay que destacar fue la modernización de la administración, la formación de personal y el reclutamiento de cuadros para la misma. De ello se encargó el Departamento Administrativo del Servicio Público, el DASP, siglas que fueron famosas. La burocracia era primitiva y se regulaba por criterios de simpatía, relaciones personales y favoritismos. En ese momento se orientó hacia la competencia. Se superó la administración fundada en los fa-

vores y se introdujo una administración burocrática fundada en la eficiencia, preparación y selección de funcionarios por concursos abiertos a todos, así como el establecimiento de la carrera administrativa basada en el mérito. El DASP dio oportunidad a los que se prepararon para la vida pública, a través de los concursos. La clase media fue la gran beneficiada con esta acción.

La clase que mereció mayores cuidados oficiales fue la trabajadora. Vargas comenzó la labor legislativa en los primeros días de su gobierno, a través del Ministerio de Trabajo. Después, poco a poco fue dando satisfacción a las reivindicaciones antiguas de los sindicatos o de los tenientes, concediendo vacaciones, salario mínimo, horario de trabajo y previsión social. Hizo varias leyes sobre los sindicatos, siempre en un sentido tutelador. Con ello consiguió la incorporación del proletariado, como se sostenía en su estado de Río Grande del Sur, orientado por el pensamiento de Comte. No era revolucionario, sino que se trataba de una promoción dentro de las clases con un salario particular de sentido antimarxista. No quería que el obrero conquistara sus derechos mediante la lucha y sus propias organizaciones, sino que lo recibiera como dádiva. Para clarificar todo este cuadro, que tenía múltiples determinaciones, Vargas promovió en 1943 la Consolidación de las Leyes del Trabajo, obra del sociólogo Oliveira Diana, que era conservador y había bebido en las fuentes de la legislación del fascismo italiano, en particular, en la *Carta del Trabajo*. Sometiendo los sindicatos al Ministerio, subordinaba la acción popular a las élites dominantes. Creó el líder obrero agente del gobierno. Esa política le dio buenos resultados al presidente en la conquista del apoyo popular de los trabajadores, que mantuvo siempre y que fue decisivo para su vuelta en 1950, a través del voto.

Otro aspecto que hay que resaltar es el de la política exterior. Habiendo surgido en una época de dominio derechista y siendo una de sus manifestaciones en el marco mundial, era razonable que el Estado Nuevo, corporativista y con una ideología próxima a Portugal, Polonia y otros regímenes fuertes que menospreciaban la democracia liberal, sufriese la seducción de los países fascistas y parafascistas. En la guerra entre el eje Roma-Berlín y los aliados, de 1939 a 1945, Vargas pareció inclinarse hacia el primero. Ya anteriormente había oscilado entre Estados Unidos y Alemania en la búsqueda, por ejemplo, de recursos financieros, como préstamos y acuerdos para inversiones. El caso de la

siderurgia fue significativo. El gobierno negoció con el capital americano y alemán, y no se decidió a firmar con uno ni con otro. Al estallar la guerra, el país se inclinó de manera natural hacia las llamadas democracias, pero el gobierno no se definió. Supuso que Alemania podía vencer y, por tanto, no convenía definirse inmediatamente. Hubo pronunciamientos importantes de Vargas que revelaron su simpatía hacia Alemania. En el gobierno había ministros pro-Eje, como el de la Guerra, general Eurico Gaspar Dutra, y jefes como el general Goes Monteiro, pero también había aliadófilos, como Oswaldo Aranha.

Hubo que tomar postura cuando los Estados Unidos entraron en guerra en 1942. La República del Norte quería el alineamiento del continente a su lado, y en parte lo consiguió. Brasil tuvo que conceder bases de interés militar en el nordeste y en islas del Atlántico. Después, tuvo que participar en la lucha. Los sucesivos torpedeos de navíos brasileños por los alemanes hicieron que el país, trabajado también por periodistas e intelectuales antifascistas, tuviera que declararse contra el Eje, lo que hizo en 1942. Su participación fue mucho más intensa que en 1917-1918. Entonces participó patrullando en el Atlántico junto a la escuadra inglesa y envió una misión médica de 100 cirujanos (algunos estudiantes), además de suministrar materiales, lo que le garantizó una plaza en la mesa de la paz y en la firma del Tratado de Versalles. En la Segunda Guerra no permaneció neutral y acabó participando. La agresión japonesa a Estados Unidos en 1941 en Pearl Harbour provocó la solidaridad continental y la ruptura diplomática con Alemania, Italia y Japón. La intervención fue mucho más intensa. Colaboró con Estados Unidos en la defensa del Atlántico con navíos y aviones, y cedió la base de Natal, que fue decisiva para el ataque a África. Creó el Territorio Federal de Fernando de Noronha, que pertenecía a Pernambuco, para asegurar el litoral. Actuó en Europa con el navío de una fuerza expedicionaria en 1944, que participó en batallas en Italia para expulsar al enemigo. Envió 23.344 hombres jóvenes, muchos de los cuales murieron en combate.

La guerra acentuó la oposición interna al régimen. No era democrático, y cuando Brasil se colocó al lado de Estados Unidos surgió la discusión. ¿Cómo luchar contra el fascismo internacional si el propio régimen tiene rasgos acentuadamente fascistas? La contradicción aumentó el sentido opositor y avivó la petición de democracia para el país. Las organizaciones de estudiantes, los pronunciamientos de los lí-

deres empresariales, intelectuales y sindicales condujeron al resurgimiento de los políticos. El próximo fin del conflicto debilitó al gobierno, como se vio en 1944, con desfiles pro-aliados que, a veces, fueron duramente reprimidos. En enero de 1945 se celebró en São Paulo el I Congreso de Escritores, cuyos debates fueron muy severos con el fascismo y favorables a la democracia. En su comunicado final aparecieron las palabras de censura al régimen y la petición de elecciones. En un gran diario de Río de Janeiro apareció una entrevista en la que se exigían elecciones y poco después fue presentado un candidato. El gobierno reconoció la legitimidad del proceso y admitió la aparición de partidos políticos.

Tuvo que convocar elecciones para el día 2 de diciembre a la presidencia de la República y a la Asamblea Constituyente. Concedió la amnistía a los presos políticos y cayó la censura de imprenta. Vargas tenía un amplio apoyo popular, sobre todo por la manipulación de los trabajadores. Unos querían que se convocara la Constituyente con Vargas en el poder y que, luego, se convocaran elecciones a la presidencia. Otros querían que se le apartara inmediatamente. El jefe comunista, el principal amnistiado, salió de una larga detención y defendió la unión nacional en torno a Vargas para escándalo de muchos. Hubo un amplio movimiento llamado Queremismo («Queremos a Getulio»), con intercambio de opiniones. Vargas, en una prueba más de habilidad, creó un partido de apoyo, el Partido Social Democrático, el PSD, con los gobernadores y otras autoridades, contra la aguerrida, pero débil, Unión Democrática Nacional, la UDN, formada por los políticos que había desplazado en 1937. También creó el Partido Trabajador Brasileño, el PTB. Aceptó la presidencia de éste, no la del PSD, aunque tenía el dominio de ambos.

Ante ciertas actitudes dudosas, denunciaron su intento de continuar en el poder. De hecho, él no veía con buenos ojos la idea de su sucesión. Contra el candidato de la UDN, el general de brigada Eduardo Gomes, un antiguo teniente, preparó la candidatura del general Eurico Gaspar Dutra, su ministro de Guerra y ex simpatizante del Eje. Ante las crecientes sospechas, algunos militares del propio gobierno, ligados a los políticos, dieron el golpe de 29 de octubre de 1945, alejando a Vargas del poder, que pasó a José Linhares como presidente del Tribunal Supremo Federal. El poder Judicial asumió el poder hasta que fuera elegido y tomara posesión el nuevo presidente. Getulio se

retiró a São Borja, su ciudad, donde permaneció gran parte del tiempo en casi un exilio voluntario. Habló poco, pero era el verdadero centro de la orientación de la campaña. Octubre de 1945 fue el final del Estado Nuevo, pero no fue, sin embargo, el final de Getulio Vargas, que venció al ser elegido su antiguo ministro. Él mismo fue elegido senador por dos estados, Río Grande del Sur y São Paulo, y obtuvo la mayoría en la Asamblea Constituyente. Fue senador por su estado y compareció poco en la Constituyente, que comenzó en febrero de 1946. Vargas apareció en ella en junio. Su gobierno fue objeto de críticas constantes y él se defendió. Acabada la Constituyente, cuya Constitución no firmó, realizó varios discursos en el Senado, con ataques a la política económico-financiera del gobierno Dutra. Rompió políticamente con el presidente. Empleó un tono severo, pero nunca perdió la serenidad y fue incluso elegante. Además de hablar en el Senado, hablaba en la campaña. Recorrió el país en las elecciones para gobernadores y parlamentarios de los estados. Durante su mandato, además de faltar muchas veces a las sesiones, estuvo la mitad del tiempo de vacaciones. El exilio en São Borja no fue completo, ya que continuaba presente, se le vía y se le oía. Estaba preparando su vuelta, lo que realizó con éxito en 1950. El Estado Nuevo había acabado, pero Vargas continuaba actuando y dominando.

Caminos de afirmación

Intervalo casi liberal

La nación avanzó bastante de 1930 a 1945. A lo largo de estos 15 años vivió un corto período de normalidad, de 1934 a 1937, la del gobierno provisional de 1930 a 1934 y la del Estado Nuevo de 1937 a 1945. De normalidad con una Constitución votada por el pueblo sólo de 1934 a 1937. Menos de cuatro años. La política sufrió una notable inflexión, pues dejó de ser una mera sucesión de presidentes para convertirse en la búsqueda de algo más allá de la continuidad anodina de las instituciones, que no cambiaban su estructura. El pueblo, aunque en pequeña escala, era en ese momento activo, en tanto que anteriormente era poco oído y no sabía lo que pasaba. Continuó siendo dirigido por el grupo dominante, aunque conociendo ya un principio de

organización, dictado por el sentido ideológico que iba más allá de la mera permanencia de los dirigentes. Se estaba lejos, ciertamente, de la democracia de masas, pues la mayor parte estaba marginada y se mantenía indiferente. La nación crecía. En 1920 contaba con 30.635.605 habitantes según un censo fiable. En 1930 eran 3.625.426. En 1940, 41.236.315.

Tenía una economía diversificada, con una industria de bienes de consumo y una industria de bienes de producción instalada en parte. Seguía habiendo desequilibrios regionales entre el centro constituido por Minas-Río de Janeiro y São Paulo, que poseía la mayor parte de la riqueza, de la industria y de la población. Desde el censo de 1940, São Paulo era la ciudad más poblada, lo que le daba más diputados en el Congreso. Minas perdió el primer lugar y sufrió cierto estancamiento, ya que otras unidades tenían un ritmo de crecimiento más intenso. Los problemas sanitarios y educativos estaban lejos de solucionarse. Centenares de municipios no tenían un médico y la instalaciones hospitalarias eran precarias, incluso, en las grandes ciudades, salvo algunas pocas casas de salud. Empezó a haber muchas escuelas superiores, pero la calidad de la enseñanza no era la deseable. La enseñanza media estaba poco dotada y era cara, casi siempre de pago. La enseñanza primaria era gratuita, pero no atendía a gran parte de los niños ya que había millares que no conseguían matricularse por falta de plazas. Se conoció un renacimiento científico y artístico, pero fue debido a la creatividad popular, pues los frutos de la universidad comenzaron más tarde, en los años 50, y alcanzaron alto nivel en las décadas siguientes. El problema de la tierra continuó siendo un desafío con su mala distribución y latifundios improductivos. Los intentos de reforma agraria fueron tímidos y, aun así, tropezaron con intereses que raramente eran superados. El 1945 surgieron dificultades.

Ya se ha visto que el 2 de diciembre de 1945 se realizaron elecciones a la presidencia de la República y a la Constituyente. La victoria de la situación dominante era inevitable, pues entre el cese de Vargas y las elecciones pasó poco más de un mes. El presidente dejó la máquina bien montada y ésta siempre funcionaba en las elecciones, ya que nuestros políticos nunca dudaron en impulsarla en beneficio propio. En la disputa por la presidencia lucharon el candidato oficial, Eurico Gaspar Dutra, el opositor, Eduardo Gomes, además de Barros con su Partido Social Progresista, ex gobernador de São Paulo (ligado a la

situación pasada), y Yedo Fiuza, nombre poco conocido, que se presentó por el Partido Comunista, que obtuvo un aceptable número de votos (9,70 % del electorado). Dutra venció por amplio margen (55,39 %). Al año siguiente hubo elecciones para el Congreso y los gobiernos de los estados. Las fuerzas mayoritarias eran las mismas, pero la UDN consiguió el gobierno de algunas regiones importantes, en tanto que el PSP lo consiguió en São Paulo.

Desde el punto de vista político lo principal fue la Constitución de 1946. El proyecto fue hecho por una Comisión de 37 miembros, elegidos proporcionalmente a los grupos parlamentarios. El PSD tuvo 19 miembros y con esa mayoría impuso sus criterios. Como base se adoptó la de 1934, que había tenido corta vida. Muchos debates, con amplia participación del grupo comunista –a pesar de tener sólo 15 miembros: 14 diputados y un senador–, grupo muy combativo que casi dominaba los debates, aunque sus causas fueron derrotadas casi siempre. La Constitución era un documento bien hecho, con buena técnica jurídica, que constaba de 222 artículos. Como la anterior, reflejaba las tendencias del derecho y de las constituciones recientes. El mundo había salido de una guerra y la Constitución tenía que reflejar la nueva situación, como había ocurrido en 1934. Como estaba muy próximo el final del conflicto, apenas un año, no incorporó las reivindicaciones de otro género.

Después de 1918 hubo una tendencia derechista, pero después de 1945 hubo una tendencia hacia la izquierda. Sus ecos no se recogieron en la Constitución de 1946, que a grandes rasgos era un documento basado en los principios liberales. Se trataba del liberalismo clásico, con pocos avances respecto a la de 1934, sobre todo si se tiene en cuenta la enorme transformación del país después de 1930. Incorporó mucho de la Carta de 1937, que era corporativista. Lo que se pedía era avanzar más y faltó audacia a sus autores para hacerlo. Los políticos habían negado el Estado Nuevo, pero incorporaron mucho de lo que éste hacía, como la legislación obrera. Ésta debía tenerse en cuenta, pero liberada de su carácter tutelar y de las medidas equívocas sobre la seguridad nacional. Estas últimas se agravaron con la creación, en 1948, de la Escuela Superior de Guerra, que importó, de manera atípica, el pensamiento elaborado en Estados Unidos a causa de la ideología de la guerra fría. En la Escuela fue grande la presencia norteamericana, no sólo en cuanto al modelo, sino por el apoyo a sus ideas y a sus prác-

ticas. El curso superior de la guerra estaba abierto a militares y civiles. Duraba un año, en régimen de tiempo completo. Además de los profesores, había conferenciantes de todo tipo, gente especializada en diversos temas, responsables de todos los sectores de la vida pública. Los que pasaron por ella formaron la Asociación de los Diplomados de la Escuela Superior de Guerra (ADESG) que editó una revista, *Seguridad y Desarrollo*. La Escuela tuvo altas pretensiones ideológicas, que justificó el título de Sorbona militar que se le dio. Tuvo una influencia notoria en la formación de cuadros militares y civiles, responsables de la idea y la conspiración que condujeron a derribar la política vigente en 1964. Además, actuaron en la administración a través de los militares y civiles formados en sus cursos. Poco a poco fue perdiendo vitalidad y su sentido creativo para convertirse en un órgano de un régimen fuerte, preocupado, sobre todo, por la represión de cualquier palabra crítica. Su identificación con 1964 no fue beneficiosa y contribuyó a su desprestigio.

Desde 1945 se asistió a lo se que ha llamado el declinar de Europa y la ascensión de los estados periféricos. Fue una etapa de descolonización, con la independencia de muchas colonias en África, Asia y América. Aparecieron jóvenes naciones, que comenzaron a tener fuerza y se organizaron para la defensa de sus intereses. Era el Tercer Mundo. Las naciones dominantes pasaron a ser Estados Unidos, la Unión Soviética, y, poco después, Japón, aunque este último no entró en la disputa por la división del mundo en áreas de influencia, como ocurrió en la época de la guerra fría.

El gobierno Dutra explotó el clima tenso de lucha latente entre Estados Unidos y la Unión Soviética, que amenazaba la paz con una nueva guerra. Si no se llegó a ella fue por la reflexión y madurez del capitalismo y del socialismo. Fue el comienzo de la convergencia entre los dos sistemas, que moderaron sus orientaciones y exigencias. Gran parte del sentido democrático del Brasil de entonces era la consecuencia de la concepción, que colocaba la seguridad por encima de la libertad. En ciertos momentos se produjo una gran conmoción. En 1947, la Justicia electoral canceló el registro del Partido Comunista y, como consecuencia, el Legislativo tomó la discutible medida de anular los mandatos de sus representantes, legítimamente elegidos, en un acto de inconstitucionalidad, sólo explicable por la formación del presidente Dutra, un militar convencional, y por el clima de guerra fría en el mundo.

La Constitución del 46 sirvió a los gobiernos de Vargas (segundo período), Café Filho, Juscelino Kubitschek, Janio Quadros y João Goulart. Fue derogada en la crisis de los años 60, que culminó con una interrupción más del proceso normal, a causa del golpe militar de 1964. Sufrió algunas enmiendas de carácter general. Si se considera 1954 como el año de su fin, duró 18 años; si se considera 1967, duró 21. En este último año se hizo otra, que no procedía de una Asamblea Constituyente. Después de 1964 sufrió tantas reformas que, en realidad, ese año debe considerarse como el final y no 1967.

No fue fácil su adopción total, pues el liberalismo estaba, de hecho, agotado en su forma clásica, como podía verse en los teóricos autoritarios y no autoritarios o radicales, tanto de izquierda como de derecha. Pueden citarse como ejemplos dos autores de amplia resonancia, Harold Laski y Karl Mannheim. Era una visión heterodoxa del liberalismo porque mezclaba planificación y libertad. Se adaptaba a la nueva situación sin negar su esencia. El federalismo antiguo se consideraba como una supervivencia del feudalismo. El avance de las tecnologías exigía otras formas. Se habló entonces de federalismo cooperativo, en lugar de federalismo segregador. Con la explosión de la población y la dimensión de las inversiones y de los bienes producidos era necesario otro modo de ver. Una gran empresa hidroeléctrica supone capitales de más de una región. A su vez, los recursos generados son de tal importancia que una región o estado no es capaz de consumirlos. Tales obras, por tanto, deben ser hechas por más de una región o por el gobierno federal. Buen ejemplo de ello es la institución del Valle de Tennessee, en los Estados Unidos. Una iniciativa de tal importancia que interesa a más de una parte debe ser competencia del gobierno central.

En Brasil hubo una experiencia idéntica. Uno de los principales momentos del gobierno Dutra fue la Comisión del Valle de San Francisco. Ningún estado del nordeste poseía capital suficiente para la inversión requerida por la hidroeléctrica, que exigió obras a lo largo de todo el río, así como nadie podría usar todo el potencial energético suministrado por ella. Por eso, se revisó el ideal del liberalismo y se adaptó a las nuevas condiciones sociales, económicas y tecnológicas. Así ocurrió en el caso británico, en los Estados Unidos de Roosevelt y, sobre todo, en las naciones nórdicas, que disponían de unas prestaciones sociales consideradas ejemplares, casi en la línea del socialismo no radical o colectivista.

Dutra gobernó en varias partes con su partido y la colaboración de otros en coalición con la UDN, que hacía una feroz oposición. Vargas lo combatió en algunos discursos en el Senado, pero sin intransigencia, pues su Partido Obrero tendía a la conciliación. Hizo una política conservadora. En el plano interno combatiendo todo extremismo, en el externo siguiendo una línea económica y financiera opuesta al populismo. Durante la guerra, el país acumuló muchas reservas en divisas, debido a que el país exportaba más que importaba, pero no supo usarlas. Tenía que haberlas utilizado para adquirir bienes básicos que mejoraran la débil infraestructura del país y de máquinas que elevasen el nivel técnico. Consumió las divisas en la importación de objetos inútiles, que también se producían allí, o en la adquisición de empresas extranjeras, como algunos ferrocarriles británicos. A veces, adquirió bienes anticuados, verdadera chatarra. La pujanza generada por la guerra se esfumó sin provecho.

Merece señalarse la primera gran experiencia de planificación. Durante el Estado Nuevo se había practicado, aunque fuera en pequeña escala, y por sectores, sin una idea de conjunto. En este momento, se presentó la primera planificación de cierta importancia, el Plan SALTE (Salud, Alimentación, Transporte y Energía). No era global, sino sectorial. Además, no fue ejecutado totalmente. Su mayor obra fue la Compañía Hidroeléctrica de San Francisco en 1948, réplica de lo que se había hecho en Estados Unidos en el Valle de Tennessee. Fue importante, ya que contribuyó a cambiar la fisonomía de una zona pobre como era la del nordeste. El gobierno se desarrolló con relativa normalidad y la campaña electoral para la sucesión transcurrió con tranquilidad.

El segundo período Vargas

En 1950 cuatro candidatos se disputaron la presidencia. La UDN, en la oposición, volvió con Eduardo Gomes. El PSD, que ostentaba el poder, presentó a Cristiano Machado; el PTB, a Getulio Vargas, y el Partido Socialista a João Mangabeira. Eran dos conservadores y dos populistas. Los del PSD, más experimentados, conocían la inviabilidad de su candidato y votaron a Vargas, garantizándole así la mayoría parlamentaria y varios gobiernos de los estados. Así se formó la alianza del

populismo con el PTB y el PSP, el partido de Ademar de Barros. La candidatura se formó con el antiguo presidente y Café Filho para vicepresidente, político de Río Grande del Norte con larga experiencia y oratoria moderada, en representación del PSP. La campaña fue exaltada y terminó con la victoria de Vargas, que, por primera vez, ocupó el cargo por el voto directo del pueblo. Brasil tenía entonces 50.944.000 habitantes. El ganador obtuvo el 48,7 % del electorado, en tanto que la UDN consiguió el 29,7 %, el PSD, el 21,5 %, y el socialista, el 0,1 %. Los del PSD sacrificaron a su candidato, que obtuvo más votos que el Partido Obrero.

Ese segundo período, que va del 31 de enero de 1951 al 24 de agosto de 1954, fue el más curioso de la carrera de Vargas. Adoptó la causa populista, pero mantuvo cautelosamente la burguesa, a la que tan bien representaba y que siempre defendió mediante un juego habilidoso. Formó un gobierno con varias tendencias, lo cual era irrelevante, ya que su personalidad se sobreponía a todo. Vargas estaba en plena madurez a sus casi 70 años. Tuvo un mandato marcado por la lucha, pues la prensa contraria no lo apoyaba y tampoco la oposición, que, aunque era minoritaria, no le daba tregua ni en la Cámara ni en el Senado. Fue acusado de animar actividades populares peligrosas a través de los sindicatos, que, en general, lo apoyaban, tutelados todavía en parte por el Ministerio de Trabajo, igual que en el Estado Nuevo. Tal como se ha dicho, la Constitución del 46 no revocó lo esencial de su política obrera.

Quien más hablaba era la UDN, formada por antiguos políticos, presentados como liberales, pero la radicalización surgió en las disputas entre militares en su Club. La elección del presidente del Club sacudió al país como si se tratara de la de un cargo administrativo de importancia. Además, los militares se desentendieron del gobierno, con líderes en las tres ramas: Ejército, Marina y Aire. Los estudiantes tenían una extensa actuación. Formaron la Unión Nacional de Estudiantes creada por ellos mismos en 1939. Fue institucionalizada por decreto-ley de 11 de febrero de 1942. La Unión, a veces, actuaba con una postura de izquierda radical, y, a veces, apoyando al gobierno en su línea nacionalista. Los comunistas actuaban con cierta discreción, pues no podían adoptar posiciones de franca hostilidad, ya que conocían el apoyo de las masas al presidente. La oposición importante era la de la UDN, que lideraba la política centrista, con apoyo de gran parte del

empresariado más cosmopolita, que tenía relaciones con el capital extranjero. El gobierno sufría una oposición más fuerte que la que había sufrido Arturo Bernardes. Ahora había una batalla ideológica, mientras que en el período de aquél el factor ideológico era poco importante.

Vargas actuó de manera decisiva sin abandonar su responsabilidad. Hablaba poco y aparecía en público todavía menos, dando a veces la impresión de tedio o cansancio. Los presidentes habían tenido hasta entonces un alto concepto del cargo. No utilizaban muchas veces la radio. La televisión estaba empezando y se usaba poco. El primer programa de televisión fue el 18 de septiembre de 1950 en São Paulo. Era la TVPI, obra del pionero Assis Chateaubriand, que era el dueño de la mayor cadena de periódicos y de emisoras de radio. Brasil fue el cuarto país en tener televisión, que sólo existía desde hacía 14 años en el mundo. Como los reyes, los presidentes sólo comparecían en solemnidades realmente importantes. No asistían a la inauguración de centros hospitalarios, bailes o partidos de fútbol. Vargas vivía metido en el palacio de Catete y no viajaba más que para inauguraciones de obras importantes. Recuérdese que estuvo en Belo Horizonte, pocos días antes de su muerte, para inaugurar una gran siderurgia de capital brasileño y alemán, la Manesmann. En Río asistía a las solemnidades del día de la independencia, a las fiestas del día 1 de mayo, a la gran carrera anual en el Jockey Club e iba una vez al año a una revista musical de contenido político crítico, en la cual siempre se le retrataba bien.

Además, era una personalidad extraña, con un círculo de amigos mínimo. Es difícil señalar a alguien que haya gozado de su intimidad, ni siquiera entre los antiguos compañeros de lucha en Río Grande del Sur. Era extremadamente reservado y sus declaraciones eran escuetas. Estaba rodeado por cierto misterio que probablemente fue una de sus armas para mantener su prestigio. Esos rasgos de su intimidad le distinguieron de los presidentes siguientes, que eran más comunicativos e incluso extrovertidos y que llegaron a actuar de forma comprometedora para la austeridad que correspondía a su posición superior. Recuérdese que Brasil era presidencialista y que el jefe del Estado tenía un poder enorme, no compartido con otros cargos.

Su política económica siguió una línea nacionalista. Lo más importante de esa tendencia fue la creación del Petrobras, que tenía el monopolio estatal del petróleo. Fue aprobada por el Congreso en 1953.

Curiosamente, el monopolio se concedió en virtud de una enmienda parlamentaria propuesta por la UDN, que era un partido considerado como defensor del capitalismo cosmopolita. Algunos vieron en la propuesta una demostración de antivarguismo, pues el partido hacía una oposición intransigente. El proyecto gubernamental no incluía el monopolio, que había sido pedido en campañas populares en las que destacaban los militares, los estudiantes y los sindicatos. La propuesta de crear un monopolio estaba más en la línea de la política oficial. Sinceramente o por el simple deseo de crear dificultades, el partido asumía una posición nacionalista casi radical, contraria a su política liberal opuesta a la acción del estado.

Esa votación fue la coronación de una de las más intensas campañas populares, con inmensa participación militar, estudiantil, obrera y de asociaciones de clase. La empresa, combatida al principio, se convirtió en la mayor de Brasil. El petróleo generó una polémica aún más viva que la del mineral de hierro. Se había negado su existencia en el país hasta que se descubrió en Lobato, en la región de Bahía, a mediados de la década de los 30. Después apareció también en la Amazonia, en Nova Olinda, en las márgenes del río Madeira. Más tarde, aparecieron otras reservas, tanto en tierra como submarinas. El país llegó a producir cantidades importantes, pero continuó dependiendo de la importación, pues no tenía suficiente para sus necesidades. Petrobras se convirtió en el símbolo del nacionalismo y se consideró intocable, de forma que rechazó enérgicamente la posible participación en ella de los grandes productores mundiales.

Fue muy importante la fundación en 1952 del Banco Nacional de Desarrollo Económico, que alcanzó gran resonancia en los años siguientes. El país le debe gran parte de los mejores proyectos y orientaciones de la política económica. El Banco tenía la última palabra en los asuntos económicos. Corregía las desviaciones y compensaba los desequilibrios, atendiendo a sectores poco atractivos con ayuda técnica y financiera a servicios no suficientemente atendidos. El país destinaba pocos fondos a la inversión o los empleaba mal, en negocios de ganancias fáciles. Por otra parte, tenía serios defectos estructurales. El organismo tuvo un papel importante y lo cumplió, entroncando las actividades públicas con las privadas. Su origen fue la Comisión mixta Brasil-Estados Unidos, de 1951, que realizó estudios y proyectos para algunos sectores con el fin de desarrollar la economía. Su trabajo no

era nada fácil por la falta de datos. La planificación que se propuso no era todavía global. Se dirigió preferentemente al transporte y a la energía, y mucho menos a las industrias pesadas, necesarias para el desarrollo.

El país contaba con buenos cuadros económicos, formados en escuelas especializadas que tenían su origen en la reforma de la enseñanza superior de 1931, o en cursos de perfeccionamiento en el extranjero. Otros se formaron en los servicios de estudios del Ministerio de Agricultura, de Hacienda y en los órganos de la Presidencia de la República, como el Departamento Administrativo del Servicio Público, que fue el primero que emprendió estudios de planificación, o en el Ministerio de Relaciones exteriores, que siempre contó con personal de elevado nivel técnico.

El Banco contó con la ayuda de la CEPAL, Comisión Económica para América Latina, creada en 1948 como órgano de la ONU, que hizo los mejores estudios y planificaciones de la economía latinoamericana. Hubo convenios entre el Banco y la CEPAL para dar cursos de formación de personal y para otras tareas específicas. La CEPAL fue básica por la importancia de sus trabajos y porque fue el organismo que mejor estudió el continente. Adoptó una línea innovadora de las prácticas y tesis tradicionales del liberalismo y en la superación del monetarismo por el estructuralismo, que explicaba de otra forma los procesos inflacionarios. Defendió la industrialización y la planificación como técnica de política económica y denunció la expoliación de los países americanos por los grandes centros industriales, debida a la falsa tesis de la división internacional del trabajo tan cultivada en ese tiempo y que estaba en el origen de la teoría de la dependencia, exaltada hasta el exceso. Esas ideas tuvieron una enorme importancia en el mundo y en el Brasil, sobre todo durante el mandato de Juscelino Kubitschek. Los estudios de la CEPAL dieron un nuevo enfoque a la famosa controversia brasileña del desarrollo económico y al debate entre liberalismo clásico y proteccionismo o nacionalismo.

Este mandato de Vargas se vio perturbado por asuntos políticos. Desde los primeros días, fue acusado de pretender continuar gobernando con otro régimen de excepción. Se preparó su cese antes de que él diera el golpe. Esta situación generó un clima de lucha continua contra el gobierno. Las posiciones extremadas hacían imposible el diálogo. Hubo denuncia de escándalos, de favores a las empresas periodísticas

y acusaciones de corrupción y subversión. Se vio afectada la propia familia del presidente, pero él, personalmente, nunca. Como aún quedaba un año de gobierno, llegó a exigirse su renuncia. El atentado contra un famoso periodista, Carlos Lacerda, el 5 de agosto de 1954, en el que resultó muerto un oficial de Aeronáutica que lo acompañaba, aceleró la crisis. Se pensó en establecer un acuerdo para separar al presidente durante la investigación, que tuvo un matiz violentamente antipresidencial. Todo 1954 fue un año de tensiones, que se agravaron en agosto, después del atentado al periodista. El gobierno se reunió y aceptó la tesis de la renuncia o licencia y fue sorprendido, en la madrugada del 24 de agosto de 1954, por el suicidio de Vargas. Preparó su suicidio, pues dejó una carta-testamento que conmocionó al país durante mucho tiempo y que todavía hoy se recuerda. En ella hacía una terrible denuncia del imperialismo y sus alianzas internas en tono patético. En los párrafos en que mencionaba sus obras y lo que no pudo hacer impedido por las finanzas internacionales y sus agentes locales, había un acento trágico:

> nada más puedo daros, a no ser mi sangre. (...) y a los que piensan que me han derrotado respondo con mi victoria. (...) pero este pueblo del que fui esclavo ya no será esclavo de nadie. (...) os di mi vida, ahora, os ofrezco mi muerte. Nada temo. Serenamente, doy el primer paso en el camino hacia la eternidad y salgo de la vida para entrar en la historia.

La carta-testamento fue muy divulgada entonces y hoy. Puede imaginarse el eco del documento. Después de unos primeros momentos de perplejidad, vino la indignación. Vargas actuaba de un modo programado. No había podido imaginar nada más impactante. Muerto, se hizo más presente que vivo. Toda la política de la segunda mitad de la década y de la siguiente estuvo, en parte, en función de la carta-testamento. Todavía hoy tiene repercusiones. Se temió una convulsión social, pero no se produjo. De acuerdo con la ley, el presidente fue sustituido por el vicepresidente, Café Filho. El viejo político no tenía la garra de otros tiempos. Se había rodeado, sobre todo, de personas contrarias al presidente, que pensaban que ahora iba a mandar. De hecho, Café Filho hizo un gobierno con conocidos miembros de la UDN. Después de un gobierno nacionalista que murió denunciando al

imperialismo, subieron al poder ministros notoriamente ligados a la defensa del capital extranjero, como Eugenio Gudin, que practicó una política económica y financiera en la línea denunciada en la carta. La campaña por la sucesión agravó la situación. Fue una de las más agitadas, que repercutió en la elección presidencial de 1955.

La era J. K.

Entre otros problemas, el suicidio de Vargas suscitó el de la sucesión. El vicepresidente Café Filho tomó posesión de la presidencia inmediatamente. En 1954, ya se había pensado en elegir otro presidente. Los dos candidatos principales eran Juscelino Kubitschek y Juárez Távora. Al primero le costó imponer su nombre, pues en el propio partido había otros personajes más fuertes con cuya resistencia tuvo que contar, eran miembros de un ala importante del PSD minero y líderes militares, que consideraban a Kubitschek demasiado comprometido con el varguismo. Juárez Távora, de larga biografía, procedía del Tenentismo, en el que fue uno de los elementos más importantes. Después de 1930, fue ministro de Vargas y se le consideraba como una figura fuerte, paradigma de los interventores, sobre todo del norte y nordeste, lo que le valió el título de virrey del Norte. Juscelino era del PSD, creado por Vargas. La elección fue muy disputada y Juscelino, el vencedor, consiguió la victoria por un pequeño margen. Obtuvo el 36 % de los votos, mientras que Juárez consiguió el 30 %, Ademar de Barros el 26 % y Plinio Salgado el 8 %. Para hacerse una idea de las dificultades, recuérdese que Juscelino consiguió 3.077.411 votos, en tanto que Vargas, en 1950, tuvo 3.849.040 y Dutra, en 1945, 3.251.507 votos. Además, Juscelino tuvo menos votos que el vicepresidente, João Goulart, que consiguió 3.591.409 votos.

A pesar de mantener en la ilegalidad al Partido Comunista, de conservar la máquina sindical (manejada por João Goulart, un populista que llegaba a acuerdos incluso con la izquierda radical), y de ciertas dificultades con el ministro de Guerra, general Lott, Juscelino fue popular sin ser populista, como algunos políticos de su época, para conquistar más fácilmente a las masas. A veces, incurrió en prácticas poco correctas, intercambio de favores y en otras formas propias de los personajes de la vieja oligarquía. Se planteó entonces si la elección era

legítima, pues no había obtenido mayoría absoluta. La alegación carecía de base, pues la ley no la exigía.

Ante la fragilidad del motivo, se apeló a la toma de posesión, que debía negársele. De nuevo, se producía el clima del golpe. Café Filho, enfermo, estaba en el hospital. Lo sustituyó Carlos Luz, presidente de la Cámara. La figura más fuerte del gobierno era el ministro de Guerra, general Lott, que hasta entonces había sido un militar sin importancia. Precisamente por esa razón había sido nombrado para el puesto. Una vez en él, el general se reveló como un cumplidor intransigente de la ley y de los reglamentos militares. Se opuso al pretendido golpe. Carlos Luz, que parecía estar implicado con los golpistas, quiso apartarlo del ministerio. Lott no traspasó el cargo al nuevo designado y se colocó al frente de los defensores de la toma de posesión del presidente electo. Fue el movimiento del 11 de noviembre de 1955. Carlos Luz fue destituido y sustituido por Nereu Ramos, vicepresidente del Senado, como estaba establecido en la ley. Gran parte de los golpistas fueron detenidos, Carlos Luz no lo fue por poco, ya que se había embarcado hacia Santos, donde instaló el gobierno. No consiguió desembarcar allí y volvió a Río. El viaje fue un tenso paseo. Cuando ya estaba prácticamente depuesto, renunció. Cuando Café Filho se consideró restablecido de su enfermedad, quiso volver a asumir el cargo y fue declarado incapaz por el Congreso. Nereu Ramos, político de Santa Catalina, que había ocupado varios cargos importantes y había sido uno de los candidatos del PSD antes recordados (el más fuerte en la lucha en que venció Juscelino), se afirmó en el poder y transmitió la faja presidencial a Juscelino Kubitschek, el 31 de enero de 1956. Si analizamos la situación, resulta que el golpe de Lott, el 11 de noviembre de 1955, fue, en realidad, un contragolpe. Con él se garantizó la toma de posesión del electo y se aseguró la normalidad.

El gobierno de Kubitschek es una fase importante de la historia reciente. De hecho, fue liberal, no persiguió a nadie y se comportó, quizás, como el más democrático de todos. Era un hombre sociable, extrovertido, con una magnífica comunicación con el pueblo. Era médico y había comenzado como diputado federal entre 1935 y 1937. Después, fue prefecto de Belo Horizonte, nombrado en 1940 durante el Estado Nuevo. Volvió a la Cámara de 1946 a 1950. Fue un diputado federal poco conocido, que destacó en el Ejecutivo, como ocurrió cuando fue prefecto y remodeló la ciudad con grandes obras de estilo

moderno. Fue gobernador del Estado en 1950, que administró de manera notable. Basado en el Plan de Energía y Transporte se entregó a la realización de obras de infraestructura. Hasta entonces Minas carecía de carreteras y de energía eléctrica. Él se dedicó a ellas de manera planificada. Su antecesor, Milton Campos, también administró de manera racional, pero poco atrevida, con su Plan de Recuperación Económica, el primero de cierta importancia en la vida minera.

Desde el comienzo de su gobierno en Minas, Juscelino pensaba en ser el sucesor de Vargas. Impuso su candidatura en una campaña difícil, traumatizada por el suicidio del presidente y con la jefatura poco estable de Café Filho. Era entonces, de hecho, opositor, pues Juárez Távora, de la UDN, hizo oposición a Vargas, pero no al vicepresidente que ocupó la presidencia. Aunque apretada, consiguió la victoria. Con ayuda del contragolpe tomó posesión del cargo. Hizo una política marcada por importantes realizaciones en la economía. Como gobernador desarrolló el Plan de Energía y Transporte y como presidente llevó a cabo un programa osado, el Plan de Metas, el más completo hasta entonces. No era todavía global, pero sí un conjunto bien articulado de planes particulares, con una fijación de metas que debían ser alcanzadas. Era muy arrojado y pretendía hacer en cinco años lo que no se había hecho en 50, quebrando el ritmo lento habitual.

Las metas eran 31. En Energía (1 a 5), sobre energía eléctrica y nuclear, carbón, petróleo (producción y refinado). Transportes (6 a 12), sobre ferrocarriles (construcción y equipamiento), carreteras, marina mercante, puertos y transportes aéreos. Alimentación (13 a 18), sobre trigo, mataderos, frigoríficos, calefacción y fertilizantes. Industrias de base (19 a 29), sobre caucho, exportación de hierro, vehículos motorizados, construcción naval, maquinaria pesada y equipamiento eléctrico. Educación (30) y finalmente, como meta-síntesis la construcción de Brasilia (31). El Plan pretendía abarcar mucho, pero no significaba cambio en la estructura de la sociedad, pues la situación en el campo seguía siendo igual, de acuerdo con los propósitos de los partidos, como el PSD, su base principal, y la UDN. Las tensiones en el campo dieron origen a las Ligas Agrarias del Nordeste, creadas por Francisco Julião, primero en Pernambuco y en Paraíba y después en Río de Janeiro, Goiás y otras partes. Provocaron muchos conflictos, ya que significaron la primera gran confrontación entre latifundistas y trabajado-

res rurales. En las ligas intervinieron sacerdotes de la Iglesia llamada progresista. Llegaron a tener importancia en los gobiernos de Juscelino, Janio y João Goulart e influyeron en la política de esa época. En su carácter radical las condujo a su fin en la represión de 1964. Surgieron con la marea populista y hay que considerarlas ligadas a las ideologías del desarrollo y de la apertura de la sociedad a todos los grupos. Algunas de sus tesis y de las actividades de sus dirigentes fueron asumidas por los sindicatos plurales después de 1965.

La palabra clave era desarrollo, que se magnificó a la vista de las posibilidades económicas de la nación, que habían sido mal aprovechadas hasta entonces. Se puso de moda el llamado desarrollismo, con lo que todo lo demás quedó en un segundo plano, incluso el desarrollo social, que vendría como consecuencia, según sus propios defensores. En 1955, se creó en el Ministerio de Educación y Cultura un órgano famoso en el Brasil de entonces, el Instituto Superior de Estudios Brasileños (ISEB), que consideró el nacionalismo y el desarrollo la razón de ser de todo. Ya desde 1952, se venían reuniendo intelectuales, economistas, sociólogos, politólogos, historiadores y filósofos para intentar formular una teoría que diera base a la acción, a la que se debe el título que dio al órgano uno de sus críticos, Caio Navarro de Toledo, *Fábrica de ideologías* [2]. El ISEB pretendía ser la cabeza del gobierno, aunque Juscelino ya tenía su ideario antes de la labor de este grupo. Llegó a tener fuerza y predicamento por sus publicaciones y cursos, a pesar de que sus ideas fueron combatidas por la extrema derecha y por la extrema izquierda, así como por los llamados liberales y por muchos de los mejores científicos sociales. Realizó algunos estudios notables como los de Álvaro Vieira Pinto, su principal director, sobre todo *Conciencia y realidad nacional* de 1960. En etapas posteriores dejó de tener importancia, hasta que fue extinguido por el movimiento de 1964.

No fue fácil llevar a la práctica un programa tan amplio. En el propio gobierno había discrepancias y fue preciso recomponerlo. Con los gastos y el aumento de la inflación, más de lo previsto por el propio documento, 13,5 % al año, el Fondo Monetario Internacional puso dificultades para la concesión de un préstamo de 300.000.000 de dóla-

[2] Toledo, C. N. de, *ISEB, Fábrica de Ideologías*, São Paulo, Ática, 1977.

res, lo que llevó al presidente a romper con la entidad el 27 de junio de 1959, en un gesto que le significó la pérdida de dinero, pero un alto rendimiento político en el clima de entonces. No faltaron otras fuentes, como bancos norteamericanos, franceses, alemanes y japoneses. Además, el Plan preveía un aumento de la producción en varios apartados y fijaba la cantidad que había que obtener en 1960 o la implantación de actividades nuevas. Además de los grupos de asistencia técnica procedentes del Estado Nuevo, fueron creados otros órganos. Su creación se justificó por la falta de eficacia de la máquina burocrática. Además de los órganos federales, recuérdense los de los estados, con sus Comisiones, Servicios, Planes, Consejos e Institutos, así como los municipales.

Se crearon órganos para resolver problemas de ciertas áreas que, a veces, comprendían varias regiones. Era el nuevo federalismo. Dutra había creado en 1948 la Comisión del Valle de San Francisco y Vargas la Superintendencia del Plan de Revalorización Económica de la Amazonia, en 1953. En 1959, se creó un órgano con estructura y finalidad más claras, la Superintendencia del Desarrollo del Nordeste (SUDENE), bajo la dirección de su forjador y primer superintendente Celso Furtado. Fue la coronación de una serie de institutos de protección a un área pobre, que había recibido ayuda en tiempos lejanos, por medio del Departamento Nacional de Obras contra la sequía, que había hecho obras a comienzos de siglo de modo poco sistemático, más político que técnico.

Los gobiernos de 1947 a 1960, se esforzaron en enfrentarse al problema del comercio exterior, tanto importaciones como exportaciones, a través de medidas arancelarias y control de la entrada y salida de capitales, reguladas por normas sucesivas, que intentaban establecer una práctica racional y beneficiosa. Eran tan numerosas que es imposible enumerarlas. Se dieron sobre todo en los períodos de Vargas, Café Filho y Juscelino. Quede aquí constancia de su existencia.

La ejecución del Plan de Metas no fue fácil, pues inauguraba un estilo nuevo, audaz y que abarcaba muchos frentes. Lo tradicional era gobernar de forma tranquila y convencional. El Estado Nuevo pudo llevar a cabo su programa sin problemas, pues tenía la facilidad propia de un régimen autoritario, sin Legislativo que lo fiscalizara y con la prensa censurada. Juscelino tuvo que enfrentarse a la oposición aguerrida del Congreso, pero consiguió que aprobara lo que pretendía. Re-

currió a la deuda externa y permitió largamente la entrada de capital extranjero. Se volcó sobre la administración y evitó las implicaciones políticas. A los asuntos políticos se dedicaba el vicepresidente, João Goulart, que era un gaucho que había aparecido en los tiempos de Vargas, del que había sido ministro de Trabajo. La línea de conducta de los dos no era idéntica. Goulart mantenía erguida la bandera obrerista, manejando a los sindicatos y creando, a veces, problemas por su apoyo a huelgas y reivindicaciones salariales.

Juscelino era incansable en la ejecución de su Plan. Algunas metas se cumplieron y otras llegaron casi a cumplirse. La que más discusiones despertó fue construcción de Brasilia. Río de Janeiro era capital desde 1963, pero se había manejado en varias ocasiones la idea de trasladarla a la meseta central, distante de la costa y de las perturbaciones de una gran ciudad. En los orígenes de la nación, José Bonifacio escribió con lucidez sobre el asunto, al que otros volvieron después. En la Constitución de 1891 ya se mencionaba el traslado. Se hicieron muchos estudios, pero nadie creía en su realización. Juscelino prometió realizarlo y, contra la opinión mayoritaria, consiguió hacer una ciudad a 1.129 kilómetros de Río de Janeiro, en el centro geográfico del país. La inauguró el 21 de abril de 1960, poco antes de traspasar el cargo a su sucesor.

Brasilia merece destacarse por su nota de modernidad, más allá del hecho espectacular de su construcción a un ritmo vertiginoso, en condiciones difíciles por la distancia a que había que transportar la gran cantidad de materiales necesarios. Fue planeada por el urbanista Lucio Costa, pero el principal arquitecto fue Oscar Niemeyer, que construyó un centenar de grandes obras públicas. Los dos fueron los responsables de la construcción de los palacios, la sede del Congreso, los ministerios, la catedral y muchos otros edificios para los servicios administrativos, plazas, avenidas, viaductos y túneles. Es un ejemplo singular en la historia del urbanismo y de la arquitectura. Se hizo con un refinado gusto artístico y se convirtió en el objeto de la atención de todo el mundo. Con la realización de su promesa, Juscelino probó que tenía no sólo imaginación, sino inventiva y capacidad de trabajo.

Le animó cierta intención de realizar una política panamericana. Le asustaba el desconocimiento de los presidentes de Estados Unidos sobre la realidad del continente. La Operación Panamericana presentada en 1958 pedía la cooperación de los países americanos y de otros

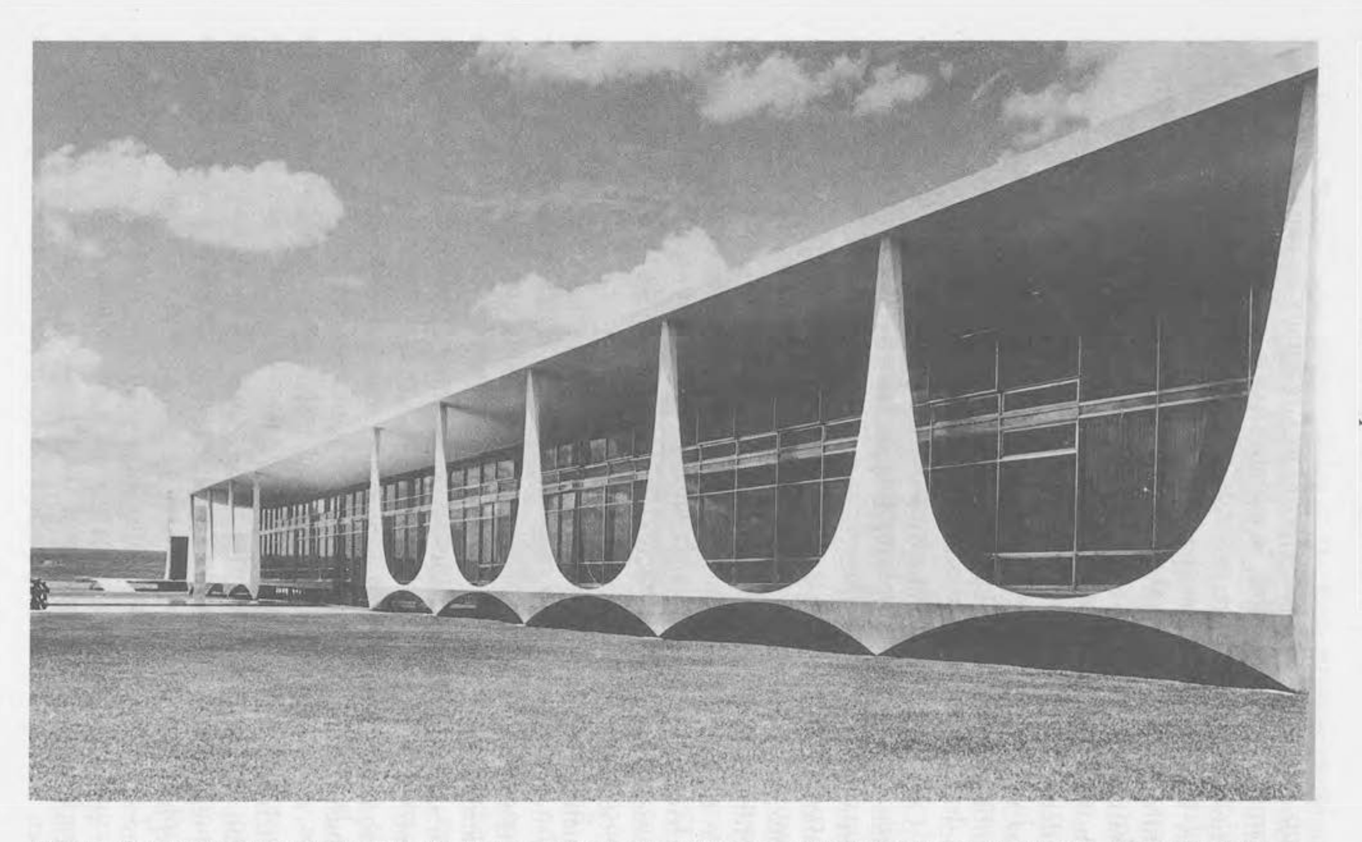


Figura 10. Palacio de Alvorada, Brasilia. Fue construido en 1960 como residencia de los presidentes de la República, utilizado en contadas ocasiones. (Fotografía de la colección de la Secretaría do Patrimônio Histórico e Artístico Nacional)

con el propósito de eliminar el subdesarrollo. El gobierno de Estados Unidos envió a Brasil al secretario John Coster Duyes para explicar su visión del problema en la perspectiva de la guerra fría. La propuesta no tuvo un gran impacto en América Latina, y al final quedó en casi nada. El único gesto llamativo de la política exterior de la época fue la ruptura con el Fondo Monetario Internacional, en junio de 1959, a causa de la defensa de las obras del Plan de Metas, inaceptables para el monetarismo del FMI. De hecho, la política exterior del gobierno era débil. Basta recordar su aprobación a la política colonialista portuguesa en África, lo que dio lugar a votos singulares y extraños en las asambleas de la ONU. Lusofilia fue una nota comprometedora en una época que por lo demás, era bastante abierta.

Otra idea pionera, que tuvo mucho eco, fue el proyecto de la universidad de Brasilia, con nuevas ideas que afectaron a la estructura de la enseñanza tradicional. Juscelino la concibió y Darcy Riveiro la llevó a cabo. Después de 1964, la idea original fue adulterada y se estuvo a punto de paralizarla. La década de los 50 pasó a la historia por su extraordinaria vitalidad artística. La literatura alcanzó esplendor, con obras de autores anteriores que continuaban escribiendo, con nombres del Modernismo de los años 20, 30 ó 40, como es el caso de Carlos Drumomd de Andrade, João Cabral de Melo Neto y Guimaraes Rosa. Las ciencias sociales se cultivaron intensamente y las nuevas facultades comenzaron a madurar. La efervescencia de la sociedad y de la política se reflejó en tesis y libros que intentaban estudiar la situación, influir en ella y reflejarla. Eso ocurrió con los análisis del nacionalismo y del desarrollismo. Lo mismo ocurrió con las artes plásticas y la música, con todo un universo diversificado de manifestaciones y experiencias, así como con el teatro y con el cine. La música popular conoció el impacto de la bossa-nova, que produjo muchas nuevas orientaciones que se pusieron en práctica en los años siguientes.

Al período de 1956 a 1961 se le dio con justicia el nombre de «Era J.K.», igual que se llamó «Era Mauá» al comienzo de la segunda mitad del siglo XIX, 100 años antes, cuando se impuso la figura del empresario Irineo Evangelista de Sousa, ennoblecido con el título de vizconde de Mauá. Es razonable hablar de la era J.K., pues el período destaca sobre los anteriores por sus realizaciones. Ciertamente, él dejó una enorme deuda que había que pagar, pero sacudió el marasmo oficial. Puede cuestionarse el traslado de la sede del gobierno, no comple-

tada todavía 30 años después, pero nadie puede negarle el mérito de la laboriosidad y lucidez, así como la imparcialidad en su sucesión como presidente, que en ocasiones anteriores había sido hecha de modo tendencioso por el propio presidente. Da fe de ello la campaña de 1961 que lo convirtió en un jefe de Estado próximo al ideal democrático de gobierno.

Agravamiento de la crisis

El fenómeno Janio Quadros

Si hay un caso en el que es imposible separar la conducta política de la personalidad de su agente, éste fue el de Janio Quadros. Su paso tumultoso por varios cargos estuvo marcado por un extremo individualismo, propio de una persona rica en notas particulares, parte de ellas negativas y en conflicto con la normalidad democrática. Hay que comenzar hablando de este hombre de Mato Grosso, educado en la enseñanza primaria y parte de la secundaria en Paraná. Su padre, natural de allí, era médico y llegó a ser diputado del estado. En la revolución de 1930 se trasladó a São Paulo con su familia. En la capital paulista el joven completó sus estudios de enseñanza media y estudió derecho.

Comenzó entonces su vertiginosa carrera, de suplente de concejal a presidente de la República (de 1947 a 1951), todo en menos de 15 años. El punto de arranque de su ascensión fue el puesto de concejal en la Cámara municipal de São Paulo por el Partido Demócrata Cristiano, uno de los menos importantes. Fue elegido con 1.709 votos, quedando como suplente, asumió el cargo como titular en 1948, con el cese de los concejales comunistas cuando el Partido fue declarado ilegal. Su Partido contaba con la mayor representación en la Cámara. Ya allí llamó la atención por su singular oratoria, atacando la corrupción del gobierno del estado, y por su indumentaria y aspecto desaliñados, así como por sus visitas a barrios y proyectos llamativos. Ademar de Barros fue siempre su víctima preferida. No se quedó en concejal, pues en 1950 se presentó a las elecciones en la candidatura del PDC y fue elegido diputado del estado con muchos votos. Como parlamentario visitó todas las ciudades que podía, con vistas a ser elegido prefecto de la ciudad de São Paulo.

En marzo de 1953 fue elegido para ese importante cargo, gracias a una campaña de carácter populista, en la que se presentaba al público con un lenguaje curioso y poco frecuente. Tenía mucho de actor histriónico, con gestos estudiados y efectistas, así como frases felices como el tostón (antigua moneda de 10 céntimos) contra el millón, «quien roba un tostón es un ladrón, quien roba un millón es barón». Usaba un lenguaje rebuscado, de antiguo profesor de lengua portuguesa, con corrección gramatical, pero de discutible gusto y hasta cómico por su entonación desagradable. Su aspecto cómico se acentuaba por su ropa gastada, sucia y por el pelo largo y la barba crecida, lo que dejaba al público en la duda de si era un profeta o un payaso. El efecto, entretanto, era bueno, pues las urnas respondían favorablemente. Refugiado en candidaturas menores, la del Partido Demócrata Cristiano y la del Partido Socialista Brasileño, venció a una coalición de los partidos importantes con los comunistas y los ademaristas. Constituía un liderazgo personal.

No se quedó en la prefectura y en 1954 disputó el gobierno del Estado, ganando a un político tradicional, ex gobernador y jefe del Partido Social Progresista, fuerte en el estado, Ademar de Barros. Fue una victoria apretada, pues obtuvo 660.264 votos, en tanto que Ademar logró 641.960, mientras que los otros dos candidatos consiguieron 572.000. Así pues, ganó con menos de un tercio de los votos. Acrecentó su poder electoral limpiando la zona de ladrones, ricos y reaccionarios. Las elecciones eran las primeras después del suicidio de Vargas. Se mantuvo en el puesto hasta el término de su mandato, realizando una buena administración con el saneamiento financiero y la acometida de grandes obras. No usó el título del PDC, sino el del pequeño Partido Obrero Nacional (PON), contando con el apoyo de alas de los demás partidos. El discurso era de estilo moralista y combatía la corrupción administrativa. Al término del mandato del gobernador en 1958, el único cumplido enteramente, su candidato a la sucesión en el estado salió victorioso, derrotando a Ademar una vez más. Resultó elegido el diputado federal por Paraná. Como diputado nunca fue a la Cámara, en una demostración de desprecio hacia el Parlamento. No había apoyado a Juscelino, sino a Juárez Távora, creando algunos problemas a la presidencia. Sólo el estado de São Paulo podía permitirse ese lujo a causa de su fuerza económica, de la que carecían las demás regiones, que no podían dejar de apoyar al gobierno federal, del cual dependían.

La campaña más importante para la presidencia de la República fue la de 1959 y 1960. Juscelino se enfrentó al proceso con imparcialidad. El candidato oficial era el general Lott, apoyado por el PSD, PTB y por el izquierdismo en general.

Juscelino intentó que se presentara una candidatura de alguien con el apoyo del PSD y de UDN, pero no obtuvo éxito ya que fue torpedeado por Carlos Lacerda, que exigió el apoyo inmediato de las UDN a Janio. Éste resultó elegido como candidato por una coalición de varios partidos, el principal de los cuales era las UDN, sin comprometerse con ninguno de los partidos que le habían apoyado. El candidato a vicepresidente fue Milton Campos, que era tan diferente de aquél en todo. El candidato de Lott para vicepresidente era João Goulart, que intentaba la reelección. La campaña de ambos fue muy curiosa. Lott, de izquierdas, tenía un discurso enérgico defensor del orden, anticomunista, en tanto que Janio, apoyado por gente considerada de derechas, defendía una política exterior de apertura, de relaciones con todos los países, en la que Brasil fuera uno de los bloques dominantes, integrando una tercera fuerza. En el interior quería austeridad y contención. Criticaba a Juscelino como «irresponsable presidente volador» a causa de sus obras faraónicas como Brasilia. El contraste entre los dos candidatos era chirriante. Lott era un mal orador y tenía un mensaje antiguo, mientras Janio era un orador de grandes recursos y tenía un discurso ambiguo, más moderno que antiguo.

El resultado superó lo que se esperaba. Janio obtuvo 5.636.623 votos (48,26 % del total), Lott, 3.846.825 (32 %, 1.800.000 menos) y Ademar de Barros, casi 2.200.000 (20 %). Su victoria espectacular puso de manifiesto su atractivo personal, pues su vicepresidente perdió en favor de João Goulart que fue reelegido por pequeña diferencia. Goulart tuvo 4.547.010 votos (en las elecciones anteriores había tenido 500.000 más que el presidente y en éstas 1.100.000 votos menos), en tanto que Milton Campos tuvo 4.237.719, una diferencia de menos de 310.000 votos. Fernando Ferrari obtuvo 2.137.382 votos. Las elecciones de 1960 representaron una victoria clara y fuerte de la oposición. En ese año Brasil tenía 70.992.343 habitantes. Dio buen resultado la pareja Jan-Jan (Janio y Jango, nombre por el que era conocido João Goulart), ya que muchos izquierdistas rechazaron a Lott. Las eleccciones de 1960 revelaron la falta de consistencia de los partidos políticos, ambiguos y sin programas. Comenzó un gobierno que era una incógnita. La na-

ción lo recibió entre la esperanza estusiasmada de muchos y cierta perplejidad o miedo de otros, ante la personalidad inestable del titular. La desconfianza era general, ya que nadie estaba seguro de nada. Janio comenzó a administrar de modo osado, lo que levantó escasas críticas, ya que había dudas sobre su comportamiento futuro. Nombró el gobierno que deseó, sin satisfacer a los partidos pues no había hecho acuerdos con ellos. El grupo de trabajo no tenía importancia, pues a los partidos se sobreponía el presidente, que era voluntarioso y caprichoso. Realizó un gobierno de tipo bonapartista, de acuerdo con la expresión consagrada, que evocaba la política francesa. Otros preferían hablar de bismarckismo, en recuerdo del canciller de la unificación alemana. *Bonapartismo* fue palabra empleada por Marx en su clásico estudio sobre Napoleón III. Representa la acción del estado a través de un Ejecutivo fuerte, que sirve de árbitro entre las clases, de modo que asegura la estabilidad necesaria para el desarrollo, bajo la dirección de la burguesía. El gobierno de Janio era una mezcla de retales, en el que unos se llevaban bien y otros no tanto. Había autoridades típicas de las UDN y del PSD, así como de otros orígenes. Algunos nombres eran conocidos y otros poco conocidos, defensores del capital cosmopolita y nacionalistas radicales. En el departamento de Justicia y en la jefatura de la Casa Civil colocó a gente de su confianza personal. En los ministerios militares dominaba la línea más conservadora y hasta retrógrada.

Janio valoró demasiado a los militares, colocándolos al frente de numerosas Comisiones de Investigación en su afán moralizador. Creó gabinetes presidenciales dirigidos por militares en muchos puntos del país. Valoraba a los militares tanto como despreciaba al Congreso, al que se refería como un «club de ociosos». Hacía reuniones con los gobernadores, reuniendo a dos o más en alguna capital y consultándoles sin intención de seguir sus sugerencias: tal procedimiento se explicaba por no tener mayoría en el Congreso. No era el caso, pues, si de hecho no la tenía, los viejos partidos que tenían mayoría no le creaban problemas. Sólo en el caso de proyectos audaces, como el de la nueva ley antitrust de 15 de marzo o el de envío de beneficios al exterior, hubo debates y firme oposición. La nación no se había definido todavía y estaba a la expectativa. Además, el Parlamento nacional tenía una tradición de docilidad ante el poder, era sumiso y llegaba a la subordinación a la espera de favores.

Desde los primeros momentos, el presidente chocó con la política exterior. La conservadora UDN, por ejemplo, veía espantada como Janio se abría a todos los países ampliando la diplomacia. Su idea era el comercio franco con las naciones y las relaciones estrechas hasta con los socialistas de cualquier tendencia. En realidad, en la campaña ya había hablado de esa apertura, no había escondido sus intenciones.

Otro nota de su mandato fue el contraste de ciertas actitudes de estadista, como la apertura al exterior, y su posición en la política económica interior, que exigieron coraje y decisión, con un comportamiento cotidiano que rayaba en lo ingenuo. Al lado de su talante de estadista había pequeñeces propias de un gobernante provinciano. El trato con los ministros a través de notas era, además de poco respetuoso, propio de un jefe de sección de un servicio poco importante. Ciertas medidas fueron casi ridículas, como la prohibición de las peleas de gallos o las carreras en el Jockey Club en días laborables, la prohibición de usar ropas escasas en los desfiles de mises, en los concursos, la prohibición de usar minifalda o pantalones ajustados, la de poner anuncios en los cines y demás espectáculos, la de lanzar perfumes en las fiestas de carnaval. Hizo más rígida la censura en la radio y en la televisión en nombre de principios moralizadores, lo mismo que en las diversiones públicas y en la publicidad. Exigió rigor en los horarios de los trenes, tranvías y aviones, así como en los transportes de abastecimiento a las ciudades. Quiso establecer un uniforme para los funcionarios públicos, a los que se dispensaba de usar chaqueta y corbata, que podían sustituir con un jersey de cuello alto, usado por él a diario. El papel viejo de los servicios públicos debía ser recogido para venderlo con fines filantrópicos. Algunas de sus entrevistas se hicieron famosas por sus frases inesperadas, a veces cómicas o francamente ridículas. Abrió varias investigaciones para descubrir irregularidades, principalmente desvíos de dinero público en un afán de encontrar a los culpables y castigarlos. Pasaba de lo serio a lo banal, de lo importante a lo intrascendente sin darle importancia. En todas esas medidas, actitudes y palabras se ponía de manifiesto no sólo su autoritarismo, sino también su deseo de llamar la atención.

Adoptó un rigor extremo en el control de los gastos públicos. Debían contenerse despidiendo a funcionarios, siendo rigurosos en la concesión de las ayudas previstas y mediante la contención salarial. El empleado público era para él la oveja negra. Desde su campaña se co-

nocía su posición sobre ello. Janio fue el primero en tomar posesión en Brasilia el 31 de enero de 1961 con un breve discurso convencional. La misma noche habló por radio y televisión explicando cómo encontraba al país y haciendo un negro retrato del que responsabilizaba a Juscelino. Heredó una deuda externa de 2.000.000.000 de dólares y una alta inflación, debidas, según él, a la irresponsabilidad del presidente. Ante tan calamitoso cuadro, propugnó la necesidad del rigor. Anunció la necesidad de hacer economía, apretarse el cinturón y ser rigurosos. El discurso moralizador y austero siempre agradó a la clase media, que se vio así compensada de sus frustraciones. Con las investigaciones castigó a los culpables. La clase media estaba entusiasmada, pero no vio cumplida la promesa hecha, pues no se supo de ningún banquero, empresario o burgués que acabase en la cárcel. Esto ocurre siempre con las políticas de este tipo. Janio era un maniqueo.

La contención del gasto llevó al rigor salarial, perjudicial para la clase media y el proletariado, así como a la paralización del ritmo de las obras públicas, que iba a mantener en la nación en su nivel de pobreza. Esto perjudicó a los contratistas de obras, que se beneficiaban de las grandes construcciones, y se produjo la pérdida de empleos. Para poder realizar las obras que consideraba convenientes Juscelino rompió con el Fondo Monetario Internacional. Janio se acercó a la famosa institución. El capital extranjero entró con más libertad. Se propugnó el liberalismo económico y la privatización de las iniciativas. El comercio exterior fue facilitado por alguna de sus instrucciones, como la más célebre de todas, la 204, establecer cambios de divisas reales, favorecer las finanzas públicas, al capital extranjero y a la burguesía agrario-exportadora. Tales medidas gustaron a los grupos dominantes, que se sentían reforzados. Pensó en crear una Comisión Nacional de Planificación, que no llegó a funcionar. El gobierno no pasó de ser una promesa, un meteoro, pues duró menos de siete meses. El país se había paralizado para ver lo que iba a suceder. Lo que ocurrió fue su renuncia, que contribuyó a dejar perpleja a la nación.

Los grupos dominantes se enfurecían con la política interior y se escandalizaban con la exterior. La primera acaloraba a la derecha y la segunda exaltaba a la izquierda. En la primera no hubo mucha originalidad, pues era la práctica común de los gobiernos, con excepción de Vargas y Juscelino. En la segunda hubo una originalidad real, pues se quebró la tradición diplomática, ampliando las relaciones internacio-

nales. Contra los dos grandes bloques, el capitalismo y el socialismo, se alineó con las naciones jóvenes, con el Tercer Mundo. En tanto que Juscelino aprobaba la política colonial en África, Janio la desaprobó, como a todos los colonialismos. En la Asamblea de la ONU, el canciller Alfonso Arinos de Melo Franco hacía dircursos diferentes, de apoyo a las naciones africanas y a las asiáticas. Lo hacía con cautela, pues aunque hablaba contra el colonialismo portugués no votó a favor de Angola en las sesiones de marzo y abril. Creó embajadas en África. Tomó las primeras medidas para reanudar las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética.

Era comprensible, pues Janio siempre manifestó admiración por Nasser, héroe del Tercer Mundo, así como por Lincoln y Charles de Gaulle. Su aproximación a las naciones jóvenes le llevó a gestos desafiantes hacia la opinión convencional, como ocurrió con la condecoración concedida a Che Guevara el día 18 de agosto, lo que produjo el escándalo en amplios sectores del Ejército y de la Iglesia. Cuando era candidato había estado en Cuba respondiendo a una invitación de Fidel Castro.

Así pueden entenderse las relaciones diplomáticas y comerciales con la Unión Soviética y con los demás países socialistas, sobre todo con Cuba, así como el apoyo a la entrada de China en la ONU y la condena de la invasión de Cuba en la bahía de Cochinos por los norteamericanos. Quiso formar un frente con los países americanos, con una decisión que le faltó a Juscelino. La revolución cubana obligó a los Estados Unidos a replantearse su política, y Kennedy creó la Alianza para el Progreso, justamente al comienzo del gobierno de Janio. Envió misiones a los países socialistas para establecer acuerdos económicos. También las envió a Estados Unidos y a la Europa occidental para establecer acuerdos sobre la deuda y para obtener préstamos. Esa apertura disgustó a la burguesía bien pensante y fue uno de los elementos que desató una oposición intransigente, como la realizada por Carlos Lacerda, que antes había sido adepto suyo. Esa política considerada como izquierdista era fruto del pragmatismo. No podía hablarse de una nueva tendencia general, pues el gobierno continuaba siendo hostil a cualquier acción libre del Partido Comunista.

El período fue muy breve, de apenas siete meses. El día 25 de agosto el presidente asombró una vez más a la nación, presentando su renuncia intempestiva. Envió una carta al Congreso, en la que decía

que lo hacía por no poder actuar libremente, acosado por fuerzas terribles. El Congreso aceptó inmediatamente la renuncia y se produjo una importante crisis. A primera vista, su carta podía recordar a la carta-testamento de Vargas. Sin embargo, no deben relacionarse los dos documentos. El texto de 1954 podía explicarse racionalmente, pero el otro no tenía explicación. Janio no sufrió presiones. Fue elegido por un amplio margen de votos y, debido a su comportamiento inusitado, la nación estaba expectante, entre asustada y esperanzada. Carlos Lacerda lo atacaba violentamente, pero no era la primera vez que lo hacía. En el importante discurso del día 24, víspera de la renuncia, Lacerda denunció la preparación de un golpe palaciego. No había en ello, ni en cierta resistencia del Congreso a apoyar determinados proyectos, nada que justificara ese gesto extremo. Podía explicar el intento de golpe que le atribuían hablando con los parlamentarios. No quiso hacerlo por su temperamento autoritarito, que sólo admitía la subordinación total. Vargas mencionaba en su carta-testamento «fuerzas e intereses contrarios al pueblo» que le impedían la acción, y los enumeró, dando sus nombres. Janio, en su carta-renuncia, habló de «fuerzas terribles», pero no explicitó nada. Aquélla tenía un gran peso y era trágica, ésta era débil y no tenía nada de trágica, sino todo lo contrario; aquélla engrandeció a su autor, ésta sólo provocó espanto y rechazo.

El gesto fue motivo de muchas especulaciones. ¿Habría pretendido dar un golpe para obtener mayores poderes, como De Gaulle? Si hubiera sido su propósito, tendría que haber preparado el terreno en el Congreso y fuera de él. No lo había hecho. Envió la carta y se marchó inmediatamente a São Paulo. Nadie quiso obstaculizar la aprobación de lo solicitado. ¿Fue un gesto de histrionismo, deseo de asustar o falta de madurez? Se fue y cayó en el vacío. La renuncia había partido de él sin ninguna presión y tenía que ser atendida. Generó una crisis que estuvo en el origen del golpe militar de 1964. El presidente envió la carta cuando el vicepresidente estaba en una misión en China. Él sabía que Goulart tenía serios problemas en los medios militares. El proceso natural, su posesión como presidente estaba en peligro. De hecho, ocurrió así. Lo que debía de hacerse de manera automática se hizo después de muchas tensiones y con el compromiso de cambio de las reglas del juego que significó la adopción del parlamentarismo. La política nacional entró en un camino turbulento que acabó con la caída del régimen.

Esa renuncia fue la cuarta de la historia brasileña. La primera fue la de don Pedro I en 1831, la segunda, la del regente Feijó en 1837, la tercera fue la de Deodoro como primer presidente de la República, en noviembre de 1891, la más perturbadora fue sin duda la cuarta.

Janio volvió a la vida pública. El que había sido un conquistador de votos perdió las elecciones de 1962 para el gobierno de São Paulo. Fue su primera derrota y, además, en favor de Ademar de Barros. Sus derechos políticos le fueron anulados en abril de 1964. Retornó con la apertura y disputó otra vez el gobierno del estado en noviembre de 1982, perdiendo nuevamente. Más tarde fue elegido prefecto de la capital, cargo en el que estuvo poco tiempo. Escribió una gramática, dirigió la elaboración de una *Historia del pueblo brasileño* en varios volúmenes, un libro sobre las tres Américas, un diccionario y un libro de cuentos. Eran obras flojas que no tuvieron ninguna repercusión, debido a la falta de preparación de su autor. Tuvieron éxito de ventas gracias a una campaña publicitaria, pero después cayeron en un olvido total y merecido. Hizo muchas declaraciones políticas y algunas ejercieron cierta influencia sobre el sector que siempre le apoyó, pero nada más. En realidad, estaba desacreditado, pues causó el mayor desengaño de la historia brasileña. No hizo lo que se esperaba de él y llevó al país al caos en que se debatió durante algún tiempo y del cual no se ha librado todavía totalmente.

Tal vez hayamos dedicado demasiado espacio a un período de tiempo tan corto. El motivo es su singularidad, marcada más que cualquier otra por el perfil psicológico del personaje, que aportó a la vida nacional rasgos más negativos que positivos.

El auge del populismo

Cuando envió su carta-renuncia al Congreso, Janio tal vez esperaba que no fuera aceptada. En el caso de que fuese aceptada, sabía que crearía dificultades y se imaginaba que tendría que volver, atendiendo a la petición del pueblo. El Congreso, sin embargo, aceptó la dimisión. Fueron escasas las peticiones para que el renunciante reconsiderara su gesto. Algunos gobernadores de estado fueron a la base aérea de Cumbica, donde él se encontraba, para intentar convencerlo. Otras protestas fueron más importantes, como la huelga del ferrocarril

leopoldino. Hubo algunos manifiestos sindicales que denunciaron al imperialismo, que estaba a disgusto con el carácter popular del gobierno, así como de algunos gobernadores que insistían en rechazar la renuncia. El mismo día 25 el Congreso concedió lo solicitado. Como el vicepresidente no estaba en el país, la jefatura pasó provisionalmente, de acuerdo con la ley, al presidente de la Cámara, Ranieri Macilli, que inmediatamente tomó posesión.

Se produjo entonces una enorme crisis. Goulart estaba en China, en misión oficial. Los tres ministros militares vetaron su nombre, apoyados por muchos compañeros de las tres armas. Ante esa manifestación anticonstitucional, de quiebra de la normalidad, el gobernador de Río Grande del Sur, Leonel Brizola, cuñado de Goulart, inició un movimiento de apoyo a la legalidad. Carlos Lacerda se colocó al lado del veto militar. Era entonces gobernador de Guanabara. La ciudad de Río de Janeiro había dejado de ser capital y ya no era Distrito Federal. Se había convertido en un estado el 14 de marzo de 1960. Lacerda fue el primer gobernador electo de Guanabara. El jefe militar de más prestigio, el general Lott, manifestó su apoyo a Goulart y fue detenido. El día 27 Janio embarcó para Londres, ciudad a la que varias veces viajó en barco, tal como le gustaba.

Se produjo una división en las Fuerzas Armadas. En Río Grande del Sur, sede del III Ejército, el más numeroso y armado, su comandante, general Machado Lopes, pensaba como el gobernador Brizola y quería que se cumpliera la ley, tal como pensaban la mayoría de los gobernadores. Se estaba en vísperas de la guerra civil. Los parlamentarios intentaron superar la situación y lo lograron. Una comisión de seis senadores y seis diputados dio su parecer sobre el veto militar. Los militares lanzaron un manifiesto en el que reafirmaban su punto de vista contra la toma de posesión, acentuando el peligro que significaba Goulart por sus acciones subversivas, que acabaría llevando al país a un régimen comunista. La comisión dio su opinión, ampliamente aprobada, en la que se sugería una enmienda constitucional hacia el parlamentarismo. De ese modo, se vaciaba de poder a la jefatura de gobierno, todopoderoso en el sistema presidencialista. Se formó una comisión especial para que preparara la reforma del texto legal.

En un país de funcionamiento lento, en esta ocasión todo se hizo de inmediato. El 2 de septiembre el Congreso aprobó el Acta Adicional, que transformó el sistema en parlamentario (Enmienda Constitu-

cional número 4). Goulart tuvo garantizado su mandato hasta el 31 de enero de 1966. Nueve meses antes de esa fecha tendría que haber un plebiscito sobre la forma parlamentarista o presidencialista. Los militares aceptaron la fórmula. Mientras los políticos, en particular el Legislativo, trabajaban en estos asuntos, Goulart volvió a Brasil. Hizo un complicado viaje que le trajo a Porto Alegre, capital de su estado y sede de la Legalidad, que se resistía a la arbitrariedad de rechazar su nombre. Fue preciso obtener su aceptación para el cambio de las reglas del juego. Había sido elegido como jefe presidencialista, pero aceptó el proyecto que disminuía sus poderes. Goulart admitió la propuesta y tomó posesión el día 7 de septiembre. La crisis había durado 14 días. Dejó marcas negativas y preanunció un período difícil, agravado por la situación económico-financiera y las tensiones sociales. Para complicar el cuadro, tenía que haber elecciones en los estados en octubre del año siguiente.

Conviene mostrar en pocas líneas el perfil del nuevo presidente. João Goulart nació en São Borja, en la misma ciudad de Vargas, hijo de un hacendado implicado en las disputas políticas del estado. Había vivido mucho tiempo en la hacienda. Hizo la carrera de derecho, pero nunca se interesó por la abogacía y prefirió dedicarse a la dirección de las inmensas propiedades de la familia. Vargas, depuesto en 1945, volvió a São Borja, de donde salió poco, entre noviembre y su elección como presidente de la República a pesar de ser senador. Fue un exilio voluntario, durante el cual mantuvo contacto con personajes de todo el país a los que recibió en la finca de Goulart. Esta vecindad llevó al joven a interesarse por la política. Fue elegido diputado del estado en 1947, aunque tuvo una actuación mínima. Contribuyó, sin embargo, decisivamente en la elección de Vargas en 1950, ejerciendo como presentador de la candidatura de éste. En este tiempo trabajó como nadie para organizar el PTB. Durante la campaña, acompañó siempre al candidato y fue elegido diputado federal. Volvió a su estado, donde fue secretario de Interior y de Justicia. Las crisis internas del partido en el ámbito federal hicieron que el presidente lo convocase a Río de Janeiro. Goulart tuvo la misión de conciliar las alas del partido y de ejercer su liderazgo, lo que se relacionó cada vez más con los sindicatos.

Vino a Río en mayo de 1952 y comenzó su actuación en el ámbito federal. Volvió a trabajar en la Cámara de los Diputados y se aproximó a los líderes trabajadores, de los cuales se convirtió en por-

tavoz a causa de su inclinación y de su intimidad con Vargas. Los Institutos de Previsión Social estuvieron bajo su control por indicación de los jefes de primera línea. Fue el principal agente de los sindicatos comprometidos con el poder. Continuaban las luchas internas en el PTB y se encargó de encauzarlas. También se encargó de enfrentarse a las UDN, que hacían una intransigente oposición y que denunciaban los intentos gubernamentales para instalar una República Sindicalista, ayudados por Perón, su aliado natural. Creció su importancia y fue nombrado ministro de Trabajo en junio de 1953. Tuvo graves problemas, entre otros, las crecientes reivindicaciones obreras, a causa de la inflación y de la carestía de la vida. Antes de su toma de posesión hubo huelgas importantes, como la de los 300.000 en São Paulo en el mes de marzo. Se creó el Pacto de Unidad Intersindical (PUI), que iba a presionar al gobierno. En junio se produjo la huelga de los marineros en Río de Janeiro, Santos y en Belem. Ante esta situación, Vargas lo llamó para el ministerio.

En su delicado puesto, Goulart quiso ser contemporizador, pero no lo consiguió, acosado, por un lado, por las reivindicaciones obreras y, por otro, por las fuertes críticas de los conservadores. Tenía que ser hábil y lo fue. Reforzó la estructura de la Previsión Social y quiso satisfacer las quejas de los trabajadores. No le fue fácil, pues en el propio gobierno Osvaldo Aranha, ministro de Hacienda, quería evitar el aumento del gasto público y contener la inflación. Su actuación fue muy censurada, sobre todo en agosto cuando promovió la celebración del I Congreso Brasileño de Previsión Social, considerado como propio de peronistas y comunistas. Goulart se defendió diciendo que era fiel a los principios democráticos y que no incentivaba las huelgas y la lucha de clases. Como propuso aumentos salariales que significaban duplicar el salario mínimo, sufrió la feroz crítica de los empresarios. Los militares presentaron manifiestos, lo que agravó el clima. Vargas cesó al ministro el 22 de febrero de 1954 y Goulart volvió a la Cámara. A pesar de las protestas de Osvaldo Aranha, el presidente en el discurso del 1 de mayo concedió el aumento del 100 % del salario mínimo e hizo un elogio de su ex ministro. La situación de Vargas se agravó y fue denunciado por su supuesto intento de dar otro golpe, el de la República Sindicalista. Su fin estaba próximo. Creció el cerco a su persona, y se suicidió el 24 de agosto. Como Goulart seguía a Vargas con fidelidad, era considerado su heredero, el jefe del populismo, del PTB.

Volvió a São Borja. En octubre de ese año tenía que haber elecciones. Si estaba dispuesto a aislarse, no lo consiguió, pues fue convocado para presentarse candidato al Senado. Se presentó y perdió, así como también fue derrotado el candidato del PTB al gobierno del estado. El joven le había tomado gusto a las disputas políticas y se entregó a la organización del PTB, utilizando la bandera varguista en las elecciones presidenciales de 1955. La ocasión era propicia pues la carta-testamento había sacudido al país y el gobierno de Café Filho no conseguía imponerse. Desde el comienzo se manejó el nombre de Juscelino para el cargo principal en las negociaciones para la formación de la candidatura. El 16 de abril de 1955 triunfó la candidatura Juscelino-Goulart, por acuerdo entre PSD y PTB.

El camino no era fácil pues muchos pedían la intervención militar a causa, sobre todo, de anteriores actividades sospechosas del vicepresidente, que contaba con el apoyo de Luis Carlos Prestes. La candidatura de la UDN se formó con Juárez Távora y Milton Campos. La alianza PSD-PTB salió victoriosa, gracias, en parte, a la actuación sindical. La carta-testamento había sido eficaz. Juscelino inició inmediatamente su importante plan de gobierno y el vicepresidente se dedicó a trabajar en las áreas sindicales, controló algunos ministerios y el de la Previsión Social. Al principio fue cauteloso, pero en seguida asumió una posición incluso como dueño de gran parte del electorado. Promovió excursiones y asambleas. En el propio PTB surgió una tendencia a enfrentarse a él, por medio de la figura de un joven líder, también gaucho, Fernando Ferrari, con la acusación de que el partido estaba estancado, no se renovaba y vivía a la sombra de la herencia de Vargas. El vicepresidente se benefició del cargo para crecer e imponer su nombre.

En 1959 comenzaron las especulaciones sobre la sucesión. Goulart parecía que no deseaba la presidencia, ya que prefería continuar en la vicepresidencia, que era un cargo excelente para las maniobras. Había dos grandes bloques, que congregaban a partidos o alas de partidos. Uno era el Frente Parlamentario Nacionalista, que procedía de 1957 y mantenía la bandera antiimperialista. El otro era la Acción Democrática Parlamentaria, que tenía un programa opuesto. Juscelino se mantenía equidistante entre ambos. Su deseo era conseguir una candidatura conciliadora de los dos partidos, PSD-UDN, y para ese cometido pensaba en Juraci Magalhães, miembro de la UDN de Bahía y antiguo te-

niente. En abril de 1959 fue lanzado el Movimiento Popular Janio Quadros, mientras Janio, entonces diputado federal, se dedicaba a viajar, sobre todo por Inglaterra. La pareja general Lott-Goulart, PSD-PTB, tenía dificultades y la oposición no las ignoraba, pues su líder más activo, Carlos Lacerda, ya había tomado posición favorable a Janio. El año 1959 transcurrió preparando alianzas, a veces imposibles.

El nombre del general Lott encontraba resistencias por su conservadurismo y conocida intransigencia. Quienes lo conocían hablaban de su lealtad, pero también de su rigor, opuesto a meros acuerdos electorales. Ya no estaba desligado de la política como cuando había sido presentado como ministro de Café Filho, estaba bien definido y había que aceptarlo o evitarlo. En 1959 tanto el PTB como el PSD eran firmes partidarios de Goulart para la vicepresidencia, a pesar del veto de algunos líderes de los partidos e incluso de algunos estados. Así se llegó a las elecciones de 3 de octubre de 1959, que dieron la victoria a Janio para la presidencia y a Goulart para la vicepresidencia. La candidatura había sido Janio-Milton Campos, pero el candidato a vicepresidente fue muy atacado y Janio prefirió a Goulart. El miembro de las UDN fue sacrificado no por sus correligionarios, sino por el propio Janio, que asumió el famoso Jan-Jan, con su nombre y el del vicepresidente. Goulart, más conocido por Jango, venció por pequeño margen, pero continuó en la vicepresidencia, que fue más importante que en ocasiones anteriores por la inestabilidad del presidente que renunció intempestivamente al cargo.

Ya se ha comentado el asunto en el apartado anterior, así como las vicisitudes de la toma de posesión de Goulart, de acuerdo con la Constitución. Los militares y sectores empresariales lo vetaban, mientras él estaba en China. Volvió a Brasil y esperaba ocupar el cargo para el cual había sido elegido. Lo consiguió por la acción de la Red de Legalidad, dirigida por Río Grande del Sur, por el gobernador Brizola y por el III Ejército. Los políticos de Brasilia habían encontrado la fórmula mediante una reforma apresurada de la Constitución, que estableció el parlamentarismo. Goulart asumió la presidencia con sus poderes disminuidos. Había sido elegido en un régimen presidencialista y tuvo que gobernar en un régimen parlamentarista. La Ley de la Reforma establecía que se hiciera un plebiscito tres meses antes del término del mandato. Desde los primeros días el nuevo presidente preparó su anticipación.

El gobierno de João Goulart, que no llegó a su fin, tomó posesión el 7 de septiembre de 1961 y fue depuesto el 1 de abril de 1964. Su actuación puede dividirse en dos fases: antes del plebiscito y después de él. Goulart consiguió la deseada anticipación y el plebiscito se celebró el 6 de enero de 1963, con la participación de 18.000.000 de brasileños que dijeron *no* al parlamentarismo. 9.457.488 votaron por el presidencialismo; 2.073.582, por el parlamentarismo. Terminó entonces la experiencia y Jango asumió los poderes que tenía cuando había sido elegido. La fase parlamentarista no debe considerarse como una experiencia seria, pues fue el resultado del acuerdo para evitar la guerra civil y no de la convicción de la superioridad del sistema, que tenía tanto éxito en varias naciones y practicado aquí durante el imperio. Fue un remedo del verdadero parlamentarismo que se practicaba en otras naciones, como se ha dicho en otro lugar.

Veamos ahora el parlametarismo durante el gobierno Goulart y, después, veremos en pocas líneas lo que fue su gobierno presidencialista.

El primer gabinete parlamentarista fue formado el día 8 y tuvo a su frente al minero Tancredo Neves. Era famoso como diputado del estado y federal, al igual que como ministro de Justicia de Vargas en la época de la crisis que concluyó con su suicidio. Era de PSD. El gabinete estaba compuesto por cuatro miembros del PSD, dos del PTB, dos de la UDN y uno del PDC. Había, además, personas independientes y los ministros militares. Desde los primeros días, el gobierno se entregó a la actividad en la línea de las preocupaciones del presidente, como salarios, deuda externa, nacionalizaciones y lo que había de ser el distintivo del período, las reformas de base: administrativa, agraria y urbana, bancaria, fiscal y electoral. Tenían connotaciones delicadas y exigieron la habilidad del primer ministro, debido a las prevenciones del Legislativo, respecto al gobierno. Dudó en la orientación de la reforma agraria, pero prosiguió, con más firmeza todavía, la apertura de la política exterior. En noviembre restableció las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética. El ministro de Exteriores, Santiago Dantas, actuó de manera osada en la ONU y en la OEA, sobre todo en defensa de Cuba. Había problemas pendientes con Estados Unidos a causa de la nacionalización de empresas norteamericanas, realizada por Brizola en Río Grande del Sur. El propio Goulart fue a Estados Unidos a negociar, pero no consiguió resultados apreciables, pues aquel gobierno no se fiaba de sus intenciones. A causa del endeudamiento exterior y

de la inflación, se agravó la situación de los trabajadores urbanos y rurales. Los sindicatos y las ligas agrarias pasaron a la acción. Las corrientes próximas al presidente presionaron para que se hicieran las reformas prometidas, como fue el caso de Leonel Brizola, o con llamamientos a las fuerzas populares. Goulart pidió la reforma de la Constitución de 1946. El gabinete no podía durar mucho. Tancredo Neves, que era conciliador, no podía continuar. Comenzó la campaña del plebiscito. El gabinete dimitió el 26 de junio de 1962. Había durado diez meses. Fue elegido para presidente del Consejo Santiago Dantas, que no consiguió la aprobación del Congreso. No era un radical, pero asustaba a la mayoría por su independencia en la política exterior. Ante su rechazo, fue propuesto el senador Auro de Moura Andrade, que fue aceptado con los votos en contra del PTB. La crisis creció con la preparación de una huelga general de apoyo a Santiago Dantas y a Goulart, lo que llevó a Auro de Moura Andrade a rechazar el puesto, ya que ni el presidente aceptaba el gobierno propuesto por él. Se produjo la huelga, que concluyó con las conversaciones directas entre el presidente y los líderes sindicales. Otro motivo de choque con los empresarios fue el sueldo número trece, que había sido aprobado por el Congreso.

Hasta el 10 de junio no se resolvió el problema de la elección del jefe de gobierno. Fue elegido Brochado da Rocha, político de Río Grande del Sur ligado a Brizola, de quien había sido secretario, pero que no era conocido. Fue una amenaza del radicalismo. Brochado fue cauteloso, y el día 13 organizó un gobierno con personas conciliadoras, algunas de las cuales eran conocidas por su posición socialista, pero no extremista. En el gobierno estaba Alfonso Arinos de Melo Franco en el departamento de Exteriores, miembro de la UDN, que había rechazado aprobar la candidatura de Brochado da Rocha. Éste pidió al Congreso una delegación de poderes para legislar sobre asuntos como la comercialización de minerales, control de la política monetaria, estatuto de los trabajadores rurales y reforma agraria. Las organizaciones empresariales se escandalizaron con la petición, así como con un nuevo aumento del 100 % del salario mínimo y la autorización para la celebración inmediata del plebiscito en las elecciones para la renovación del legislativo el 7 de octubre. Muchos se opusieron a estas medidas, sobre todo miembros de las UDN. También produjo miedo la creación en agosto del Comando General de los Trabajadores (CGT).

La petición fue rechazada. Brochado da Rocha volvió a presentarla poco después y también fue rechazada, lo que produjo la dimisión del gobierno el 15 de septiembre. Había durado poco más de dos meses.

El CGT declaró la huelga general con apoyo de los nacionalistas del Ejército, de tendencia casi radical. Fue aprobada la propuesta de realizar el plebiscito el día 6 de enero de 1963. El gobierno reformó el ministerio de Agricultura y creó la Superintendencia de Política Agraria (SUPA). La reforma agraria era el mayor fantasma de los propietarios, que tenían un peso decisivo en la vida nacional. Goulart había obtenido victorias importantes como la del plebiscito. Además, había conseguido permiso para crear un gobierno provisional, que no dependía de la aprobación del Congreso. En la práctica, era la restauración del presidencialismo. El 18 de septiembre tomó posesión el nuevo gabinete, que fue el último de esta experiencia casi caricaturesca. Su jefe era el conocido profesor y socialista moderado Hermes Lima, que formó un gobierno con nombres conocidos de izquierdistas no radicales. Una prueba de la disposición presidencial para gobernar fue el decreto de 25 de septiembre que creó el Ministerio Extraordinario para la Planificación, que fue confiado al economista Celso Furtado, que ya había actuado con Juscelino en la creación de la SUDENE. Se le pidió que presentara en 60 días un plan de política económica. El resto del año fue empleado en la campaña para la supresión del parlamentarismo en el plebiscito. Fue una tarea fácil, pues la forma parlamentarista no había llegado a ser entendida y fue rechazada por gran mayoría. La forma no le decía nada a nadie, incluyendo al presidente y los ministros. La victoria aplastante del no revocó la enmienda constitucional que había impuesto el sistema por conveniencia.

En octubre hubo elecciones para renovar el Congreso. La campaña fue muy disputada y se utilizó mucho dinero, suministrado por el Instituto Brasileño de Acción Democrática (IBAD), con la finalidad de evitar una mayoría izquierdista y favorecer la elección del mayor número posible de conservadores. Para conseguir diputados el gobierno empleó los recursos de sus órganos y la manipulación de los sindicatos y otras asociaciones. En octubre no se produjo ningún cambio sustancial. El PSD y la UDN consiguieron el 54 % de los representantes. El PTB tuvo un crecimiento notable, pasando de 66 a 104 diputados. Goulart se enfrentó a nuevos problemas con Estados Unidos a causa de la ley de transferencia de beneficios, presentada en septiembre de



Mapa 3. Mapa de Brasil, división política en estados en 1991.

1962 y de la anunciada intención americana de impedir la instalación de misiles soviéticos en Cuba. El gobierno rechazó la propuesta de Kennedy, que deseaba apoyos a su medida. Brasil actuó como intermediario entre los gobiernos de Estados Unidos y Cuba. Al final, los misiles no fueron instalados, no por la actitud brasileña, sino por la prudencia de Kruschev, que evitó una tercera guerra mundial. Las relaciones de Brasil y Estados Unidos estuvieron próximas a la ruptura, por este motivo vino en misión Robert Kennedy, cuyas consecuencias no fueron del agrado norteamericano, pues Brasil no aceptó las críticas a su política exterior y, menos todavía, a la interior.

El plebiscito dio nuevos alientos al presidente para trabajar. Cambió el gobierno. El nuevo tomó posesión el 24 de enero de 1963: estaba constituido por algunos nombres importantes y tenía color de centro unión-izquierda sin radicalismos. El hecho más importante de la nueva etapa, desde el punto de vista administrativo, fue el Plan Trienial de Desarrollo Económico-Social para los años 1963 a 1965, hecho por los ministros Celso Furtado y Santiago Dantas. Tenía cierta perfección técnica, pero en la práctica era insostenible. Debía combatir la inflación creciente y acelerar el desarrollo decreciente. El Plan fue mal visto por la izquierda, que lo consideró como una traición al pueblo y favorable a los grandes propietarios y al imperialismo. Las fuerzas populares se aprestaron a combatirlo con la tolerancia del gobierno. De ahí salió la clasificación de Santiago Dantas de izquierda positiva a izquierda negativa. Para el ministro la negativa sólo presentaba reivindicaciones y no ayudaba al gobierno. Éste era el principal responsable de la frustración popular. La crisis financiera anulaba los aumentos salariales. Los trabajadores se quejaban de sus condiciones y no admitían ninguna medida restrictiva que les afectara a ellos, en tanto que las empresas, sobre todo las mayores, continuaban capitalizándose con el trabajo de los obreros. Ello produjo una campaña de los sindicatos, de algunos parlamentarios y de otros sectores ligados al nacionalismo y al populismo.

Al malograrse el Plan, el gobierno se concentró en las reformas de base. Contaba con parte del Congreso, con los sindicatos y con grupos aparecidos en 1963. En el Congreso estaba Leonel Brizola, segundo líder del PTB y líder de las izquierdas radicales. La imagen de Goulart estaba desgastada, pues la izquierda reclamaba cada vez más y lo consideraba comprometido con el imperialismo y con los latifundistas,

mientras que el centro y la derecha lo atacaban como subversivo. Se sucedieron las huelgas y se produjo un clima de desconfianza, con acusaciones de golpismo de la izquierda a la derecha y de la derecha a la izquierda. La situación era grave en algunos estados pues tenían gobiernos enemigos, como el de Río de Janeiro con Carlos Lacerda, o el de São Paulo con Ademar de Barros, o el de Minas con Magalhães Pinto. Ante tantas dificultades, Goulart solicitó la declaración del estado de sitio. Los políticos tradicionales o centristas rechazaron la petición por motivos obvios. Las organizaciones populares también la rechazaron por temor a que fuera usada contra ellas. El gobernador de Pernambuco, Miguel Arrais, identificado con la causa populista, se sintió amenazado. Ante la certeza de la derrota, el presidente retiró la petición.

El temor al golpe era creciente, por lo que se produjo la movilización popular en la que participó toda la sociedad. La política repercutió hasta en los medios rurales. Ya se ha recordado la aparición de las Ligas Agrarias al final de los años 50. Causaban temor, sobre todo en el nordeste. Con los sindicatos rurales, la sindicalización llegó al campo. Participaron en ella no sólo elementos manejados por Francisco Juliau, sino también los comunistas y muchos sacerdotes. La Acción Popular (AP) que congregaba a sectores avanzados de la Iglesia luchaba en las ciudades y en los campos y consiguió victorias importantes. El Estatuto del Trabajador Rural era de 1963. La creación en agosto de 1962 de una fuerza como el CGT dio vigor y audacia a los sindicatos. Participaron no sólo en luchas salariales, sino también en causas políticas como el combate contra el imperialismo y la defensa de la situación cubana. Agravó la situación la presencia de militares de baja graduación, como ocurrió con el Movimiento Nacional de Sargentos, que pidió la revisión constitucional del artículo que les impedía ser elegidos. Ello provocó la rebelión del 12 de septiembre en Brasilia. Fue vencida con el apoyo de fuerzas como el CGT y las UNE. Las UNE tenían una tradición de lucha desde tiempos del Estado Nuevo, con una amplia participación de los estudiantes en campañas nacionalistas, como la del petróleo, defensa de los trabajadores, toma de posesión de Juscelino y toma de posesión de Goulart en 1961. Intentaba conseguir una alianza obrero-estudiantil-agraria, que a veces se articuló en agrupaciones incisivas como la Política Obrera. En la realidad no sólo actuaba la izquierda, sino también la derecha. Aquélla tenía el incentivo

y el apoyo del gobierno, pero ésta disponía de los recursos de poderosas asociaciones, como las de comercio, industria, agraria, prensa y la del capital cosmopolita, como se vio en las actuaciones del IBAD, en las elecciones para el Ejecutivo y el Legislativo.

La nación participaba en el proceso, lo que se traducía en movimientos sociales y políticos. La actividad pública dejó de ser un privilegio del gobierno y de los partidos y pasó a ser ejercida por la sociedad. Todos hablaban, argumentaban, testimoniaban y reivindicaban. Esto se daba, por ejemplo, en el campo artístico. La búsqueda de nuevos caminos de expresión condujo a un experimentalismo enriquecedor. Las artes querían dirigirse a las multitudes e influir en ellas. Esta situación fue producida por la libertad de acción del período anterior. Surgieron entonces los Centros Populares de Cultura, los CPC, en Río de Janeiro, en el nordeste, en los grandes núcleos urbanos y hasta en el campo, que buscaban una cultura nacional, popular y democrática, tal como figuraba en sus programas. Contaban con el apoyo de UNE y CGT.

Se publicaron muchos libros con un ansia de reflejar todo lo que ocurría. Recuérdese el caso de la música popular, con canciones de protesta, contestación al orden establecido y búsqueda de caminos y formas superiores de vida. Este fenómeno también se dio en Europa y Estados Unidos, con los jóvenes oponiéndose a los patrones de conformismo y consumismo, pasando de la droga y el culto a lo exótico a la lucha política. Aunque poco organizados, a veces conseguían admirables aciertos, como ocurrió en la música, teatro, cine y en la denuncia de los males del sistema en que vivían. La aproximación al pueblo produjo las campañas de alfabetización, en las que se puso en práctica el método de Paulo Freire, propio de la época. Algunos de los grandes artistas de entonces todavía se encuentran hoy activos, casi 30 años después. Brasil estaba pleno de vitalidad y se consideraba dueño de su destino. Sin embargo, las instituciones que lo habían llevado a esta situación no parecían estables y podían desaparecer en cualquier momento.

En realidad, el país estaba maduro para el golpe. ¿Vendría del gobierno o de sus enemigos? La situación no era fácil para Goulart, pues los grupos izquierdistas no se entendían, no encontraban una orientación común. Además, algunos de sus dirigentes temían que el presidente consiguiera todos los poderes y se instaurara el continuismo. Al-

gunos de ellos aspiraban a la presidencia. El año 1964 comenzó de manera amenazadora. Las instituciones corrían peligro y la crisis financiera era explotada por todos los sectores y en todos los sentidos. La derecha maduró más deprisa el golpe. Ya estaba habituada, pues lo había vivido en 1937, 1945, 1954 y 1961. El golpe lo prepararon generales y otros oficiales, gobernadores y parlamentarios. La izquierda se hacía ilusiones y se creía fuerte por el radicalismo retórico de las autoridades y de ciertas asociaciones que tenían apoyo oficial. La manifestación del 13 de marzo a favor de las reformas produjo miedo por su lenguaje violento, incluido el presidencial, por la masa de manifestantes y por los decretos que fueron firmados en público. Todos conspiraban. Había marchas de Familia con Dios por la Libertad y marchas de trabajadores y estudiantes.

La gota de agua que colmó el vaso fue la revolución de los marineros el 26 de marzo en conmemoración del segundo aniversario de la Asociación de Marineros y Fusileros Navales, que era ilegal. Una agrupación de la Marina encargada de detenerlos se adhirió a la causa y agravó la situación. Fueron detenidos, pero puestos en libertad inmediatamente por el ministro de Marina. Los oficiales consideraron el episodio como el final de la disciplina y la jerarquía. Se quebraba un principio sagrado para los militares. Era la Semana Santa lo que daba la sensación de que los ánimos estaban apaciguados. Goulart asistió el 30 de marzo a una reunión en el Automóvil Club para conmemorar el aniversario de la Asociación de Suboficiales y Sargentos de la Policía Militar de Guanabara. No dejó de extrañar ver a los sargentos reunidos en el Automóvil Club, que era una entidad elegante y cerrada de la alta burguesía. El presidente habló allí por última vez, de manera radical, aunque estaba cansado. Al día siguiente el golpe estaba en marcha. No lo vieron ni el gobierno ni las entidades de la izquierda.

PERSPECTIVA FINAL

A lo largo de 464 años Brasil vivió una trayectoria política bastante movida. Los tres primeros siglos, bajo dominación portuguesa, siguieron la línea del pacto colonial, característica de la época mercantilista. Los conquistadores exploraron el territorio que les pertenecía por el Tratado de Tordesillas, yendo mucho más allá, hasta zonas españolas. Conocieron parte de lo que poseían, pero no lo ocuparon. El territorio era inmenso y los portugueses no tenían población suficiente. Lucharon en defensa del territorio contra las pretensiones españolas, francesas, inglesas y holandesas. Ampliaron sus dominios y consiguieron verlos reconocidos por España a través de luchas y tratados. Al final del período colonial el mapa brasileño estaba casi definido. El país desarrolló parcialmente sus recursos, en general, por medio de su expoliación en actividades no siempre racionales. Los indios fueron sojuzgados y desaparecieron en gran número. La venida de millones de africanos proporcionó mano de obra esclava y marcó a la sociedad, tanto desde el punto de vista étnico como técnico, así como en costumbres y sensibilidad.

La venida de la familia real provocada por las vicisitudes de la política europea y el expansionismo de Napoleón significó el principio de la independencia, que se realizó en 1822, de forma original, en el continente. La monarquía gobernó durante 67 años. La política estuvo marcada, incluso durante la colonia, por la dicotomía centralización-descentralización que se mantuvo durante el imperio, a pesar del carácter unitario de la Carta de 1824. La cuestión se avivó durante la República, en 1889, y se adoptó el federalismo. Había una dialéctica de alternancia del predominio del centro sobre todo lo demás y las con-

cesiones bien determinadas a las distintas regiones. La centralización corregía los posibles excesos de la descentralización, así como ésta era necesaria para evitar o disminuir los de aquélla. En el siglo presente se produjo un impulso en todas las áreas y en todos los sentidos, que se notó sobre todo después de 1930. La población creció, la economía se diversificó y el país intentó afirmar sus virtualidades. La industrialización lo confirmó. Hubo no sólo crecimiento, sino también desarrollo económico. El régimen democrático contenido en las Constituciones no siempre se puso en práctica, pues sufrió amenazas y golpes, a veces consumados como ocurrió en 1930, 1937, 1954, 1961 y 1964. La distribución de la renta entre las distintas capas sociales era muy desigual, con un pequeño número de personas que detentaban un alto porcentaje del producto nacional. La tierra todavía tiene una estructura latifundista, con millones de personas que no disponen de un solo palmo. Hay amplios sectores de la población desasistidos en materia educativa y sanitaria. Centenares de núcleos urbanos no tienen un solo médico. Al lado de esas insuficiencias, hay un movimiento científico y artístico importante, con decenas de universidades y centenares de escuelas, algunas de alto nivel. Las artes producen ejemplos admirables en literatura, escultura, pintura, arquitectura y música. En el presente siglo, Brasil ofrece al mundo una de las mayores realizaciones urbanísticas, Brasilia, dentro de un conjunto que lo sitúa en una posición de vanguardia.

Brasil vive hoy graves crisis provocadas por su desarrollo a ritmo acelerado. De ahí las disparidades regionales y las desigualdades sociales, con un reparto de la renta cruel e injusto. Hay una zona extremadamente rica y en constante progreso, São Paulo, que convive en un estado federal con otras zonas pobres, estancadas y carentes de todo, como partes del nordeste, del norte y del centro-oeste. La Amazonia, por ejemplo, que vivió modestamente hasta finales del siglo XIX, conoció un breve brote de progreso con la explotación del caucho, cuando los estados del Amazonas y Pará fueron sacudidos por un ciclo innovador, para luego volver al estancamiento. El intento de relanzar la zona durante el gobierno de Vargas no dio el resultado deseado. La zona siempre ha sido objeto de la codicia extranjera por sus grandes dimensiones y por sus recursos. Más recientemente, fuera ya del período que abarca este estudio, la inmensa región ha sido sacudida con la apertura de carreteras y la atracción de millares de personas que preten-

den explotar su riqueza, como el oro y el manganeso. Se han construido allí grandes empresas hidroeléctricas y se han realizado mejoras básicas. Con el despertar de la conciencia ecológica en el mundo y en el país en defensa del medio ambiente, los bosques, la fauna y la flora amenazados de extinción se ha reavivado el problema de los indígenas, explotados y destruidos, que han sido objeto de cuidados especiales por las autoridades federales y locales. Los indígenas y la Amazonia, en general, se han convertido en tema constante en los parlamentos y en la prensa nacionales y extranjeras. Brasil, por su superficie, es un verdadero continente, constituido por muchas partes, entre otras un archipiélago de muchas islas. Está la Amazonia, el nordeste, el centro-oeste y el sur, cada uno con sus características particulares y sus problemas. No hay peligro de fragmentación, ya que la unidad nacional hecha por los portugueses y brasileños con los indígenas, negros e inmigrantes es sólida y no corre ningún riesgo. La unidad dentro de la diversidad es uno de los mayores resultados de la accidentada trayectoria nacional.

Podrían documentarse todas estas afirmaciones con cuadros numéricos. Como en este libro se ha adoptado una exposición en forma de ensayo para dar una visión general, daremos una breve síntesis a fin de que el lector tenga elementos para comprender la rica experiencia social de Brasil. Es casi un continente, con una extensión de 8.500.000 kilómetros cuadrados y más de 150.000.000 de habitantes. Es la octava potencia industrial del mundo y, al mismo tiempo, tiene un injusto y cruel reparto de la renta nacional, como se ha señalado, que es el responsable de la mala situación del país en materia de bienestar social, lo que lo hace figurar al lado de los estados más pobres en lo que se refiere a salud, educación y mortalidad infantil. En 1964 se rompió una vez más la normalidad política, con el golpe que instauró un régimen autoritario y militarista hasta 1985. Esa etapa experimentó avances y retrocesos. Retrocesos en el aspecto político y avances en lo social considerado en su sentido amplio. La realidad política necesita ajustes para que desaparezca o disminuya la separación entre el poder político y la sociedad. Hablar en la actualidad implica un riesgo de subjetivismo, que hay que evitar. Este libro se ha escrito con esa precaución y con el deseo de proporcionar un cuadro global.

APÉNDICES

CRONOLOGÍA

1494 El Tratado de Tordesillas establece la división del mundo extraeuropeo entre Portugal y España.

1500 Expedición mandada por Pedro Álvares Cabral, con destino a las Indias, llega al litoral brasileño el 22 de abril y fija el distintivo de la posesión portuguesa.

1534 Comienzo de la colonización sistemática por medio del régimen de las capitanías hereditarias.

1549 Llegada del primer gobernador general, Tomé de Sousa. Es fundada la primera ciudad, Salvador, como sede del gobierno.

1555 Los franceses se establecen en la bahía de Guanabara, creando la Francia Antártica.

1565 Expulsión de los franceses y fundación de la ciudad de Río de Janeiro en el lugar que había sido escenario de las luchas entre portugueses e invasores.

1580 Por problemas de sucesión dinástica, la Corona portuguesa pasa a Felipe II de España. Comienzo del período filipino, que se prolonga hasta 1640.

1603 Promulgación del Código Filipino, que sustituye al Manuelino. Está vigente durante todo el período portugués restante.

1613 Los franceses crean la Francia Equinoccial en Maranhao, con sede en São Luis.

1621 La administración portuguesa divide al país en dos partes: el Estado de Maranhao, con sede en São Luis, y el Estado de Brasil, con sede en Salvador. Aquél comprende todo el norte y es suprimido en 1774 por la política centralizadora del marqués de Pombal.

1624 Los holandeses en Bahía.

1630 Los holandeses en Pernambuco. Conquistan las capitanías del Nordeste. Después de muchas luchas, son expulsados en 1654.

1640 Restauración portuguesa. Don João IV en el trono inaugura la dinastía de Braganza.
1680 Fundación de la Colonia de Sacramento en el extremo sur, ante el Río de la Plata, en la vecindad de los españoles.
1684 Revuelta en Maranhao con los monopolios de la Compañía General de Comercio, conocida como revuelta de Beckman o de Bequimao.
1697 Destrucción del poblado de chozas de los Palmares. La más famosa de todas las protestas negras, que duró casi un siglo, desde 1630 a 1697.
1693 Comienza la explotación sistemática del oro en el interior, en la zona que será llamada Minas Gerais.
1703 Tratado de Methuen entre Inglaterra y Portugal, con trascendente repercusión en Brasil, Portugal e Inglaterra.
1707-09 Lucha entre portugueses y no portugueses por la posesión del suelo de Minas, conocida como guerra de los «emboabas». Al mismo tiempo, se da en Pernambuco la guerra de los «mascates», entre Olinda y Recife. Los dos episodios son fundamentales para definir el rumbo de la colonización. A partir de ahí, el estado portugués se afirma plenamente, intentando dominar el privatismo de los señores.
1750 Tratado de Madrid entre Portugal y España para definir los límites de sus dominios en tierras americanas.
1750-77 Gobierno de Sebastião José de Carvalho e Melo, después marqués de Pombal. Expulsión de los jesuitas de Portugal y de sus dominios.
1761 Tratado de El Pardo entre Portugal y España, que anula el Tratado de Madrid.
1763 Cambio de la capital, de Salvador a la ciudad de Río de Janeiro.
1777 Tratado de San Ildefonso entre Portugal y España, delimitando la división de tierras entre las dos Coronas en el mundo americano.
1788-89 Conjuración preparada en Minas y en Río de Janeiro para la emancipación de la tutela portuguesa. conocida como Infidencia Minera, que fracasó por la denuncia de algunos conspiradores y por falta de la debida organización. Se cumple la condena a la horca en 1792, del jefe principal, Joaquim José de Silva Xavier, el Sacamuelas.
1798 Conjuración de soldados y sastres en Bahía, otro movimiento precursor de la independencia.
1807 Ante la perspectiva de invasión de Portugal por fuerzas de los ejércitos de Napoleón, la familia real, acompañada por la mayoría de la Corte, abandona el país y se instala en Río de Janeiro, donde permaneció hasta 1821. Período fundamental en la trayectoria política, económica y social de Brasil.
1815 Elevación de Brasil a la categoría de Reino Unido al de Portugal y el Algarve.

1816 La Misión Artística Francesa en Río.
1817 Revolución en Pernambuco y en las capitanías vecinas. Llega a ocupar brevemente el gobierno, pero es vencido. El más importante de los movimientos precursores de la independencia.
1820 La revolución llamada constitucionalista exige en Porto, entre otras medidas, el regreso del rey de Portugal.
1821 Don João VI, rey desde 1816 (antes era regente, pues sólo entonces muere la reina doña María I, separada del trono por motivos de salud desde hacía tiempo), deja Brasil y regresa a Portugal. Queda en Brasil como regente su hijo, el príncipe don Pedro.
1822 Brasil declara su independencia. Comienza el gobierno de la nación libre.
1824 Otorgamiento de la Constitución por el Emperador.
1831 Abdicación de don Pedro I. Comienzo del período de regencia.
1831-40 Regencia. Primero, la Triple Regencia. Con la reforma de la Constitución de 1824 por el Acta Adicional, en 1834 pasa a ser única. Son regentes Diogo Antonio Feijó (1835-37) y Pedro de Araújo Lima (1837-40). Levantamientos de carácter popular en casi todo el territorio, algunos muy sangrientos: la Cabañada, la Balaiada, la Sabinada y la Harapienta.
1840 Mediante un golpe parlamentario, es declarada la mayoría de edad de don Pedro II, que comienza su largo reinado siendo menor. Mantuvo la Corona hasta 1889. Comienzo del dominio de la economía del café.
1842 Revolución liberal en Minas y en São Paulo.
1848 Revolución Playera en Pernambuco, también liberal.
1850 Extinción del tráfico de esclavos procedentes de África (ley Eusebio de Queirós).
1852 Guerras en Uruguay y en Argentina, contra Rosas.
1853 Intento de conciliación de los partidos políticos, bajo la égida conservadora.
1860 Liga Progresista, otro intento de conciliación, ahora bajo la égida liberal.
1864-70 Guerra de Paraguay. Creación del Club Republicano.
1871 Ley del Vientre Libre: los hijos de los esclavos nacen libres.
1873 Manifiesto del Partido Republicano Paulista.
1885 Ley de los Sexagenarios: son libres los esclavos de más de 65 años.
1888 La ley Áurea termina con la esclavitud.
1889 Proclamación de la República mediante un golpe político liderado por militares.
1891 Constitución republicana, presidencialista y federal.

1892 Revuelta de la Armada en la bahía de Guanabara.
1893-95 Revolución federal en Río Grande del Sur.
1896-99 Movimiento mesiánico de Canudos, el más importante de todos, tanto de los anteriores como de los posteriores.
1903 El tratado de Petrópolis incorpora Acre a Brasil, terminando la disputa con Bolivia.
1904 Revuelta contra la vacunación obligatoria en Río de Janeiro.
1906 Convenio de Tabauté entre los gobiernos de São Paulo, Minas Gerais y Río de Janeiro para regular el mercado cafetero. Es la primera intervención a gran escala en la economía nacional.
1909-10 Campaña civilista para la elección presidencial: senador Rui Barbosa y mariscal Hermes da Fonseca.
1910 Revuelta de los marineros de João Cándido contra los castigos corporales en la Marina.
1917 Brasil participa en la Primera Guerra Mundial, lo que le da derecho a firmar el Tratado de Paz.
1922 Semana de Arte Moderno. Creación del Partido Comunista. Aparición del Tenentismo en la vida política, movimiento de un grupo de militares que tiene gran influencia hasta 1933.
1929 Formación de la Alianza Liberal entre Minas Gerais, Río Grande del Sur y Paraíba. Campaña sucesoria tumultuosa.
1930 Un movimiento armado derriba a la llamada República Antigua. Getulio Vargas asume el gobierno por las armas.
1932 Revolución constitucionalista de São Paulo. Fundación de Acción Integrista Brasileña.
1934 Segunda Constitución republicana.
1935 La Alianza Nacional Libertadora y el movimiento armado comunista.
1937 Vargas interrumpe la normalidad de la campaña sucesoria y funda El Estado Nuevo, con una Constitución en el estilo de la derecha ascendente en el mundo. El modelo es corporativista.
1940 Institución del salario mínimo.
1941 Fundación de la Compañía Siderúrgica Nacional.
1943 Consolidación de las leyes del trabajo.
1944 Participación en la Segunda Guerra Mundial en los campos europeos. La ruptura con el Eje y la declaración de guerra son de 1942.
1945 Congreso Brasileño de Escritores. Se ignora la censura de prensa en el lanzamiento de la campaña presidencial. El 29 de octubre es depuesto Vargas. Elecciones el 2 de diciembre para la presidencia de la República y para la Asamblea Constituyente.
1946 Cuarta Constitución republicana, hecha por una Constituyente como las dos primeras.

1950 Vargas es elegido presidente de la República.
1953 Creación de PETROBRAS.
1954 En agosto, el atentado de la calle de los Toneleros eleva la crisis al máximo. La investigación. La presión para que Vargas dimita o cesarlo lo conduce al suicidio.
1955 Creación de las Ligas Agrarias en el nordeste.
1956 Toma de posesión de Juscelino Kubitschek.
1960 Inauguración de Brasilia, la nueva capital.
1961 Jani Quadros toma posesión el 31 de enero y renuncia el 25 de agosto. Ante el veto de los militares a la toma de posesión por el vicepresidente, João Goulart, una enmienda constitucional establece el parlamentarismo, que dura desde septiembre del 61 hasta enero del 63.
1964 Confrontación entre el gobierno y la oposición. Radicalización de actitudes. Los movimientos políticos culminan con el golpe militar del 31 de marzo, que instaura un régimen autoritario fuerte. Detenciones, anulación de mandatos y derechos políticos. Los sucesivos Actos Institucionales revocan en la práctica la Constitución de 1946.

1950 [illegible]

1953 Creación de PETROBRAS.

1954 En agosto, el asesinato de la calle de los Toneleros eleva la tensión al máximo. La investigación [illegible] Vargas [illegible] se lo comunica al mundo.

1955 Creación de las Ligas Agrarias en el nordeste.

1956 Toma de posesión de Juscelino Kubitschek.

1960 Inauguración de Brasilia, la nueva capital.

1961 Jânio Quadros toma posesión el 31 de enero y renuncia el 25 de agosto. Ante el veto de los militares a la toma de posesión por el vicepresidente, João Goulart, [illegible]

1964 Confrontación entre el gobierno y la oposición. [illegible]

[illegible]

Entre los [illegible]

[illegible]

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA Y COMENTADA

La historiografía brasileña más amplia es la de naturaleza política, como ocurre también en otros países. La de carácter económico, social o de otras especialidades es más rara y ha aparecido más recientemente, pues los historiadores se han dedicado, sobre todo, a los asuntos políticos. A pesar de ser así, hay que reconocer que, aunque sea más numerosa, está lejos de ser satisfactoria. Hay muchos aspectos de la vida política que no han sido objeto de estudio hasta nuestros días. Las historias generales son eminentemente políticas, pero hay aspectos de lo político que todavía no han sido tratados. Falta, por ejemplo, una historia de los partidos y de los procesos electorales, de la forma de obtener la nacional con el amplio número de los todavía excluidos, del Ejecutivo, del Legislativo, del Judicial, de los grupos de presión con sus poderes y límites, de las ideas políticas y de las formas de pensamiento. La política se ha restringido al ejercicio del poder en lo que tiene de superficial y episódico, sin atender al tejido de intereses que configuran y, a veces, eliminan o enmascaran al poder. Los estudiosos se han quedado en lo biográfico, en la importancia de las personalidades, sin fijarse en las presiones de los grupos sociales, que influyen por medio de la economía o de las finanzas y por el prestigio social en sus múltiples manifestaciones. En tanto que esos aspectos no sean considerados, la historiografía política será pobre e incompleta. La reciente historiografía social y económica estudia esos aspectos y los pone de manifiesto, de forma que garantiza que en un futuro próximo haya una historiografía política verdaderamente rica, densa y profunda.

Entre los títulos principales, hay que señalar los siguientes:

M. M. de Alburquerque, *Pequeña história da formacão social brasileira*, Río de Janeiro, Graal, 1981.
Es interesante y sugerente, hace una historia general del Brasil, no exhaustiva, desde el punto de vista de las estructuras económicas, jurídico-políti-

cas e ideológicas. Da una visión general, sin descender a detalles, de las grandes líneas de los procesos sociales. Buena biliografía.

J. M. Belo, *História da República (1889-1954)*, 5.ª ed., São Paulo, Compañía Editora Nacional, 1959.
Es una síntesis de la República de sus primeros 65 años. Es brillante y se limita a lo político, sin considerar los aspectos sociales, a veces decisivos. Es, sobre todo, la historia de los gobiernos. La primera edición es de 1940.

E. Carone, *O Tenentismo*, São Paulo, Difel, 1975.
Es un estudio del Tenentismo a través de los principales acontecimientos, personajes y programas. Presenta un material indispensable para la comprensión del movimiento que tuvo tanta importancia en la renovación de las prácticas políticas, de forma que da al lector lo básico para entender la superación de la llamada República Antigua.

J. C. Costa, *Contribução à História das idéias no Brasil (o desenvolvimento da filosofía no Brasil e a evolução histórica nacional)*, Río de Janeiro, Librería José Olimpio, 1956.
Es una minuciosa y bien documentada historia de las ideas. El objetivo es la filosofía, pero se tratan las ideas en general. Por ello, el volumen es una preciosa ayuda para estudiar las ideas políticas y la historia nacional en su conjunto.

R. Faoro, *Os donos do poder*, Río de Janeiro, Editora Globo, 1958.
Es un estudio de la «formación del patronato político brasileño» de fuerte inspiracicón weberiana, aplica al análisis los instrumentos del sociólogo alemán con buenos resultados. Es la obra de un jurista y politólogo más que la de un historiador. Es un bello texto historiográfico, sobre todo en las siguientes ediciones.

F. Fernandes, *A revolução burguesa no Brasil*, Río de Janeiro, Zahar Editores, 1975.
Como dice el subtítulo, es un «ensayo de interpretación sociológica» que trata principalmente el impacto del capitalismo en la estructura de la sociedad. Fundamentado en el marxismo da una visión socialista del proceso. Es erudito y original, y ofrece muchas referencias bibliográficas.

C. Furtado, *Formação econômica do Brasil*, Río de Janeiro, Fondo de Cultura, 1959.
Al tratar la historia económica, el autor usa el aparato conceptual de la economía, con notables resultados. Más interpretativo que informativo, da

una visión profunda del país desde el punto de vista económico con buenas indicaciones políticas.

S. B. de Holanda, *Raízes do Brasil*, 18.ª ed., Río de Janeiro, Librería José Olimpio, 1986.
Importante estudio sobre la formación del país, en forma de ensayo, publicado en 1936, cuando estaban vivos los efectos de la revolución de 1930, de la lucha entre la derecha y la izquierda. Busca una definición de rumbos, con lenguaje sereno y superior. Brillante y profundo.

S. B. de Holanda y B. Fausto, coordinadores, *História geral da civilização brasileira*, 11 vols., São Paulo, Difusión Europea del libro, 1960/1984.
Obra de varios autores, en general universitarios, con la colaboración de algunos extranjeros. La parte referente a la Colonia (2 vols.) y a la Monarquía (5 vols.) es de Sergio; la referente a la República (4 vols.) es de Boris Fausto. Como otras obras de género, la información es en general correcta y, a veces, notable.

V. Nunes Leal, *Coronelismo, enxada e voto*, Río de Janeiro, Forense, 1948.
Estudio de la vida política en profundidad, con una historia bien fundamentada en la ciencia política y en el derecho. Se detiene en la legislación electoral y en los problemas de los municipios, señalando los condicionamientos sociales de la trayectoria política. Rico en informaciones y análisis.

B. Lima Sobrinho, *A verdade sobre a Revolucão de outubro de 1930*, 2.ª ed., São Paulo, Alfa-Omega, 1975.
Publicado en 1933, al calor de los acontecimientos el texto no ha perdido interés. Se trata de un análisis correcto de lo que fue la llamada Revolución de 1930, un momento de inflexión en la vida del país, que antes era uno y después fue otro.

M. Y. Linhares (organizadora), *História geral do Brasil*, Río de Janeiro, Campus, 1990.
Reuniendo a un grupo de profesores, el volumen ofrece una nueva historia general de Brasil desde la conquista y colonización hasta 1984. Tiene la ventaja de que estudia lo más reciente, con un concepto moderno de la historia. Seis autores se unen para dar una visión del Brasil de hoy, con buen criterio y objetividad.

J. Nabuco, *Un estadista do Império,* 4 vols. São Paulo, Instituto Progrero Editorial, 1949.
Obra clásica, es la biografía de Nabuco de Araujo, importante político del imperio que ocupó los cargos más importantes. A través de sus actividades, se consigue ver el amplio marco de la política. Bien pensado y bien escrito. La 1.ª ed., en 3 vols., es de 1897 y 99, indispensable para el Segundo Reinado.

C. Prado Júnior, *Evolução política do Brasil,* 11.ª ed., São Paulo, Brasiliense, 1979.
Libro breve, pero valioso. Es la estrella del historiador. Análisis inspirado en el pensamiento marxista, que aplica con inteligencia y rigor. Es una excelente introducción para entender el proceso político. La primera edición es de 1933.

C. Prado Junior, *Formação do Brasil contemporâneo (Colônia),* 16.ª ed., São Paulo, Brasiliense, 1979.
Se trata de la obra más completa sobre el período colonial. Consta de una introducción, un capítulo sobre el sentido de la colonización y dos partes inspiradas, a pesar de ser sintéticas, sobre la vida material y la vida social. La primera edición es de 1942.

C. Prado Junior, *História econômica do Brasil,* 22.ª ed., São Paulo, Brasiliense, 1979.
Historia de la economía desde los primeros tiempos hasta 1976. Obra rigurosa y con sentido de síntesis, con un análisis objetivo de la producción de las formas de trabajo. En líneas generales correcto, fija lo esencial. La primera edición es de 1945.

J. H. Rodrigues, *Conciliação e Reforma no Brasil,* 2.ª ed., Río de Janeiro, Editora Nueva Frontera, 1982.
Coetánea de ensayos sobre historia política, entre los que hay que destacar «La política de conciliación, historia cruenta e incruenta», «Tesis y antítesis de la historia de Brasil» y del ensayo sobre «El voto y los derechos políticos». Como es un ensayo, no es exhaustivo, sino sugerente, suscitando problemas y análisis.

J. M. dos Santos, *A política geral do Brasil,* São Paulo, J. Magalhães, 1930.
Estudio inspirado que se divide en dos partes: la obra del Segundo Reinado y la Deformación Republicana. El autor tiene un conocimiento sólido de la historia del Brasil. Severo crítico de la República, da una visión

coherente de la trayectoria política, valiosa por el amplio marco informativo.

H. Viana, *História diplomática do Brasil*, São Paulo, Ediciones Mejoramientos, s/f.
No es el texto ideal de la historia diplomática por demasiado breve y esquemático. Tiene, sin embargo, el mérito de llegar casi hasta nuestros días. La bibliografía todavía espera más volúmenes sobre este asunto. Como es indispensable se optó por éste, conociendo su insuficiencia.

O. Viana, *Instituçoes políticas brasileiras*, 2.ª ed., 2 vols., Río de Janeiro, Librería José Olimpio, 1955.
El autor era jurista y politólogo, e intervino en la vida política. De enfoque muy personal, sirve de ayuda para entender mejor el asunto. La perspectiva es eminentemente conservadora. La primera edición es de 1949.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

ÍNDICE TOPONÍMICO

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
en el mes de junio de 1992.

El libro *Historia política de Brasil,* de Francisco Iglesias, forma parte de la Colección «Realidades Americanas», en la que se analizan aspectos muy diversos (culturales, económicos, sociales), imprescindibles para entender la complejidad de la historia americana.

COLECCIÓN REALIDADES AMERICANAS

- Hispanoamérica-Angloamérica. Causas y factores de su diferente evolución.
- Comercio y mercados en América Latina colonial.
- América en Filipinas.
- Historia política de Brasil.

En preparación:

- Viajeros por Perú.
- El Brasil filipino.
- Comunicaciones en la América hispánica.
- La mujer en Hispanoamérica.
- El indigenismo desdeñado.
- Genocidios.
- Las Reales Audiencias de Hispanoamérica.
- La Universidad en la América hispánica.
- Historia de la prensa hispanoamericana.
- Existencia fronteriza en Chile.
- La familia en la Venezuela colonial.
- Extremo Oriente y el Perú en el siglo XVI.
- Misiones del Paraguay.

DISEÑO GRÁFICO: JOSÉ CRESPO

La Fundación MAPFRE América, creada en 1988, tiene como objeto el desarrollo de actividades científicas y culturales que contribuyan a las siguientes finalidades de interés general:

Promoción del sentido de solidaridad entre los pueblos y culturas ibéricos y americanos y establecimiento entre ellos de vínculos de hermandad.

Defensa y divulgación del legado histórico, sociológico y documental de España, Portugal y países americanos en sus etapas pre y postcolombina.

Promoción de relaciones e intercambios culturales, técnicos y científicos entre España, Portugal y otros países europeos y los países americanos.

MAPFRE, con voluntad de estar presente institucional y culturalmente en América, ha promovido la Fundación MAPFRE América para devolver a la sociedad americana una parte de lo que de ésta ha recibido.

Las *Colecciones MAPFRE 1492,* de las que forma parte este volumen, son el principal proyecto editorial de la Fundación, integrado por más de 250 libros y en cuya realización han colaborado 330 historiadores de 40 países. Los diferentes títulos están relacionados con las efemérides de 1492: descubrimiento e historia de América, sus relaciones con diferentes países y etnias, y fin de la presencia de árabes y judíos en España. La dirección científica corresponde al profesor José Andrés-Gallego, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.



EDITORIAL
MAPFRE